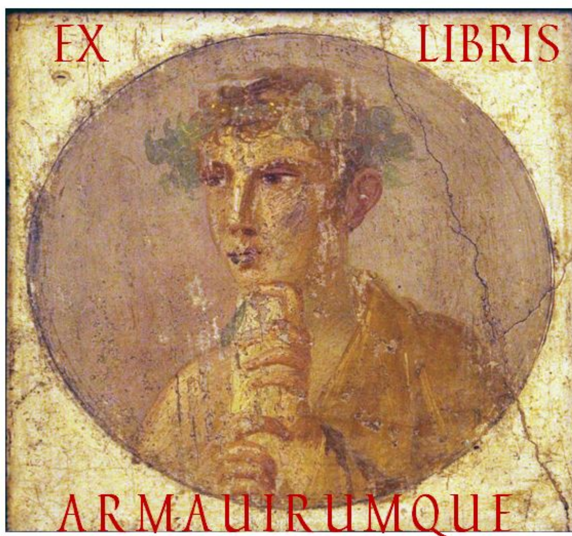
# COMEDIAS
# I

## Plauto

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 170



PLAUTO

# COMEDIAS

## I

ANFITRIÓN - LA COMEDIA DE LOS ASNOS - LA COMEDIA DE LA OLLA - LAS DOS BÁQUIDES - LOS CAUTIVOS - CÁSINA

INTRODUCCIONES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
MERCEDES GONZÁLEZ-HABA



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: Javier Iso y José Luis Moralejo.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por José Antonio Enríquez González.



Depósito Legal: M. 24512-1992.

ISBN 84-249-1497-X. Obra completa.
ISBN 84-249-1496-1. Tomo I.

Impreso en España. Printed in Spain.

**Gráficas Cóndor, S. A.**, Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1992. — 6499.

# INTRODUCCIÓN GENERAL

## *Vida*

Pocas e inseguras son las noticias que poseemos sobre la vida de T. Maccius Plautus[1], el genial comediógrafo de la Antigüedad, el Molière romano. Nacido de familia libre en la ciudad umbra de Sársina[2], trabajó pronto en Roma en el teatro y perdió luego, al dedicarse a los negocios, el dinero que había ganado en su actividad anterior[3]. De vuelta a Roma se vio obligado a trabajar dando vueltas a la rueda de un molino, época en la que, con todo, escribió las comedias tituladas *Saturio, Addictus* y otra cuyo nombre no se conoce[4]; a continuación se hizo famoso en la escena, gozando del favor del público hasta el año de su muerte, 184 a. C., según noticia de Cicerón, *Brut.* 60, en el consulado de P. Claudio y L. Porcio, durante la censura de Catón. La fecha aproximada de su nacimiento se ha calculado también a partir de un texto de Cicerón en su tratado sobre la vejez, *Cato* 50: «¡Quam gaudebat Bello suo Punico

[1] Quien se interese por las escolásticas controversias sobre el nombre del poeta puede consultar cualquiera de las obras sobre historia de la literatura latina citadas en la bibliografía.

[2] Según noticias de FESTO, pág. 238, que le designa como umbro, y JERÓNIMO, que nombra su ciudad natal en *Chron. a. Abr.* 1817; cf. también *Mostellaria* 770.

[3] AULO GELIO, III 3, 14, según Varrón.

[4] JERÓNIMO, *ibid.;* AULO GELIO, *ibid.*

Naevius, quam Truculento Plautus, quam Pseudolo!»; suponiendo que como *senex* tuviera Plauto entonces unos sesenta años y puesto que se conoce la fecha del estreno del *Pseudolus* en el año 191, puede suponerse como fecha aproximada de su nacimiento el 250. Sobre la época de mayor éxito de Plauto nos da noticia Aulo Gelio[5], esto es, no mucho después de comenzada la Segunda Guerra Púnica (219).

## *El texto de las comedias plautinas y su tradición*

Según el testimonio de Aulo Gelio, corrían en un tiempo bajo el nombre de Plauto 130 comedias. L. Elio Estilón, maestro de Varrón, y otros filólogos romanos se ocuparon ya del problema de su autenticidad; Varrón fue quien las clasificó de manera definitiva y son también las que él designó como del todo auténticas —las llamadas *fabulae Varronianae*— las que han llegado hasta nosotros (la número 21, *Vidularia,* en forma muy fragmentaria)[6]. Aparte de las 21 *fabulae Varronianae*, se conocen todavía, conservándose de casi todas fragmentos, más de treinta comedias atribuidas a Plauto.

Noticias sobre fecha y ocasión de la representación, actores, músicos, etc. (didascalias) no poseemos en las obras de Plauto más que para el *Stichus,* y en forma incompleta para el *Pseudolus* (sí, en cambio, para todas las obras de Terencio).

Las comedias de Plauto se mantuvieron en escena también después de su época, lo que dio lugar a retoques en el

[5] XVII 21, 46, *Ac deinde annis fere post quindecim bellum adversum Poenos sumptum est, atque non nimium longe M. Cato orator in civitate et Plautus poeta in scaena floruerunt.*

[6] GEL., III 3, 11.

texto y, en consecuencia, trabajo a los filólogos[7]. Con las comedias se nos han transmitido también los prólogos, de autenticidad dudosa, y los argumentos en verso, acrósticos para todas las piezas, excepto las *Bacchides* y la *Vidularia,* y no acrósticos, obra de los filólogos de la Antigüedad.

El más valioso ejemplar del texto de Plauto es el palimpsesto Ambrosiano de Milán, escrito en mayúsculas del siglo IV, que con todo no fue descubierto hasta 1815 por A. Mai en la Biblioteca Ambrosiana, en cuyo desciframiento trabajó F. Ritschl y más tarde W. Studemund, en 1889. Al haber sido utilizado el códice para escribir un texto de la *Vulgata,* han desaparecido las comedias cuyo título empieza por A y además el *Curculio,* así como partes considerables de las demás; sólo queda, pues, un tercio aproximado del texto.

Todos los otros manuscritos, los llamados Palatinos, por proceder sus más famosos representantes de la Biblioteca Palatina de Heidelberg, derivan de un manuscrito en minúscula probablemente del siglo VIII, descendiente a su vez de un arquetipo en mayúscula de la Antigüedad. En todos los Palatinos falta el final de la *Aulularia* y el principio de las *Bacchides,* todos ponen las *Bacchides* tras el *Epidicus* y ofrecen el *Truculentus* en forma muy deteriorada, no contienen la *Vidularia* y aparecen en la Edad Media repartidos en dos volúmenes de ocho y doce piezas cada uno, de los cuales durante algún tiempo sólo el primero era conocido; del tomo segundo sólo se habían conservado en Alemania tres ejemplares y uno quizá incompleto en Francia, pero ninguno en Italia, por lo que fue de una gran trascendencia la entrega por parte de Nicolás de Cusa al Cardenal Orsini, en el año 1429, de un ejemplar que contenía el segundo volumen y la mitad del primero; es el

[7] Cf. A. THIERFELDER, 1929; O. ZWIERLEIN, 1990.

*Codex Vrsinianus* D *Vaticanus* y de él derivan todos los códices italianos del siglo XV.

La *editio princeps* de Plauto es obra de G. Merula, Venecia, 1472. En 1500 fijó la división en actos y escenas la edición de G. B. Pius. En 1552 publicó una edición completa en Basilea J. Camerarius; luego siguen la de D. Lambinus, París, 1576, la de Ph. Pareus en Neustadt, 1619, y la de F. G. Gronovius, Leiden, 1664, y en Berlín, 1809, la de F. H. Bothe. En 1848 publica F. Ritschl en Bonn la primera edición crítica, que quedó incompleta y que reimprimieron y completaron en una nueva G. Löwe, G. Götz y F. Schöll (Leipzig, 1871-94). Importante es, a pesar de sus arbitrariedades en la constitución del texto, la edición de J. L. Ussing, Copenhage, 1875-92, sobre todo por el comentario completo (reimpreso en 1972, Hildesheim-Nueva York). En 1895-96 sigue la edición de Fr. Leo. Como texto estándar de las comedias de Plauto puede considerarse aún hoy la edición crítica de W. M. Lindsay, Oxford, 1904 (con varias reimpresiones posteriores); en París, 1932-40, aparece (con diversas ediciones revisadas más tarde) la edición crítica con traducción francesa de A. Ernout.

## *Cronología*

Las comedias de Plauto van ordenadas en los manuscritos alfabéticamente[8] y es difícil el problema de su cronología relativa. Criterios seguros de datación —que han sido con todo también puestos en duda por la crítica— son las noticias expresas de las didascalias del manuscrito Ambrosiano, que se conservan sólo por el *Stichus* (200) y el *Pseu-*

[8] Excepto el caso de las *Bacchides*, que por la alusión al *Epidicus* del v. 214 va colocada tras de éste en los manuscritos palatinos.

*dolus* (191). A partir de estas dos fechas fijas, son utilizados luego criterios de otros tipos, por ejemplo, algún dato expreso, como el de la referencia al *Epidicus* en *Bacchides* 214, o datos históricos, que no pueden ser, sin embargo, referidos de manera segura a un determinado acontecimiento y suelen ser interpretados en formas muy distintas y hasta contradictorias por los diversos críticos. Otros criterios de clasificación son de carácter literario —uso más o menos amplio de *cantica*—, motivo por el que se suele clasificar el *Miles,* donde no aparecen, entre las comedias de la primera época y es considerada la *Casina* por la riqueza de sus partes líricas como la última de las comedias conservadas por la tradición. Se llega así a una datación aproximada, que resume E. Paratore[9] como sigue: *Mercator, Asinaria, Miles* y *Cistellaria* son de la primera época, anteriores al *Stichus; Amphitruo, Menaechmi, Curculio, Rudens, Aulularia, Persa, Poenulus, Mostellaria, Epidicus* pertenecen al período medio de la actividad literaria plautina (primer decenio del siglo II a. C.) y son anteriores al *Pseudolus; Pseudolus, Bacchides, Trinummus, Captivi, Truculentus* y *Casina* son obras, en fin, de la última época.

## *Los originales griegos*

Como es sabido, son las comedias latinas versiones más o menos libres de obras griegas de la llamada Comedia Nueva y en varias de las piezas plautinas se nos dice explícitamente en el prólogo el autor, a veces también el título, del original griego utilizado. Sabido es también, que aparte de fragmentos y de los últimos descubrimientos en papiros, no conservamos los modelos griegos utilizados por los poe-

[9] E. PARATORE, 1962, pág. 27.

tas latinos, una circunstancia que ha dado naturalmente mucho que hacer a los filólogos: ¿cuál es el original utilizado?, ¿se trata de una versión servil o libre?, ¿ha «contaminado» el poeta latino originales griegos diversos?, etc. Una comparación del fragmento del *Dis exapatón* de Menandro, publicado en 1968 [10], con las *Bacchides* de Plauto, parece dejar ver una gran libertad del poeta latino frente a su supuesto modelo griego [11]. Es el problema de los «elementos plautinos en Plauto», tema de la conocida obra de E. Fraenkel [12]. Evidentemente el terreno se presta mucho a la fantasía. Y además, en Plauto, casi se podría afirmar que son todos los elementos plautinos; no hay más que ponerle al lado de Terencio: ambos poetas han elaborado más o menos los mismos originales griegos, con el resultado de que las piezas terencianas son descoloridas y aburridas, comedias sin *vis comica,* como fue destacado ya en la Antigüedad [13], y las de Plauto, en cambio, siguen aún hoy teniendo un gran éxito, del que no es sino él mismo responsable.

### *Algunas noticias de la Antigüedad sobre la comedia y el teatro en Roma*

En el *Comentario a Terencio* de Elio Donato se lee, en su introducción sobre el drama y la comedia, que recoge en parte el tratado de Evancio *De fabula,* entre otras cosas lo siguiente:

---

[10] Cf. E. W. HANDLEY, 1968.

[11] Cf. K. GAISER, 1970; S. MARINER, 1971; V. PÖSCHL, 1973.

[12] E. FRAENKEL, 1922.

[13] En un epigrama de C. César transmitido en el cap. 7 de la *Vita Terenti,* en el *Comentario a Terencio* de Donato (=SUET., *Vita Ter.).*

II 4-7: Las comedias de los poetas antiguos no tenían argumentos ficticios como en la actualidad, sino que tenían por tema las actividades reales de los contemporáneos, que eran muchas veces designados por su mismo nombre; una circunstancia que fue entonces de mucho provecho, ya que todos procuraban no caer en culpa, para no servir de espectáculo a los demás, perdiendo el buen nombre en la propia patria. Pero luego que los poetas empezaron a abusar de la pluma y se dejaron llevar del afán de difamar a placer a muchas personas honorables, tuvieron que callar, al darse una ley que prohibía el componer versos infamatorios contra una persona determinada.

De aquí tomó su origen otro género literario, la sátira... La sátira era un género poético que trataba también de los vicios de los contemporáneos, en forma dura y, como si dijéramos, tosca, pero sin hacer mención de nombres personales. Este género de comedia causó también perjuicios a muchos poetas, por las sospechas de los personajes importantes, de que eran ellos los retratados...

Obligados pues los poetas a abandonar la sátira, crearon otro género nuevo, la *néa komodía,* esto es, la Comedia Nueva, que tiene por tema las cosas que les suceden por lo general a las gentes corrientes, con lo cual evitaban al público desagrado y le proporcionaban mucha diversión, y que era agradable por su argumento, de acuerdo con la realidad, provechosa por su contenido y compuesta según las reglas del arte poético.

Así como en los dos géneros anteriormente mencionados hubo autores destacados, así, destacan en la Comedia Nueva otros muchos autores de época anterior y posterior, pero de manera muy especial Menandro y Terencio. De la Comedia Nueva se puede escribir mucho, pero para la instrucción del lector, bastará con exponer la doctrina de los antiguos sobre el arte de la comedia.

III 1-2: La Comedia Antigua estaba constituida al principio por el coro y fue luego aumentando poco a poco en cuanto al número de personajes hasta tener cinco actos. Desapareciendo luego el coro poco a poco, se llegó a la Comedia Nueva, donde no sólo no se hace uso del coro, sino que ni siquiera se le deja lugar

en los intermedios; porque es que, en los intermedios, el público se aburría y empezaba a levantarse y a irse, cuando de la acción se pasaba a las partes cantadas, y por eso se vieron los poetas obligados, primero a suprimir los coros, haciendo sólo una pausa, como hizo Menandro por este motivo y no por otro, como opinan algunos. Después quitaron también las pausas, y ésa es la práctica de los comediógrafos latinos, por lo que resulta difícil en sus obras hacer la división en los cinco actos[14].

Además los prólogos de los griegos tienen un carácter distinto del de los prólogos de los latinos[15]. Después, los dioses *ex machina*, o sea, las figuras de los dioses sólo para dar cuenta de los argumentos, los tienen los demás autores latinos, siguiendo el modelo de los griegos, pero no Terencio. Los llamados personajes protáticos, o sea, figuras que en sí no tienen nada que ver con el argumento de la pieza, no se suelen encontrar en los otros autores[16], pero Terencio hace muchas veces uso de ellos, para aclarar el argumento.

---

[14] En cambio es antigua la división en escenas, que aparece ya notada en los manuscritos. La edición de J. B. Pius del 1500 es la primera que introduce una división en actos de las comedias plautinas. Restos de intermedios musicales encontramos en el *Pseudolus* 573, y de los coros, en el coro de los pescadores de *Rudens* 290 ss.; cf. también los versos atribuidos a la «caterva» o a la «grex» al final de la *Asinaria*, las *Bacchides, Captivi* y *Cistellaria;* CICERÓN, *Sest.* 118, habla de unos versos de Afranio, de la comedia togata *Simulans*, que pronunció *caterva tota clarissima concentione*. Sobre el carácter de los prólogos plautinos, *vid.* DUCKWORTH, 1971, págs. 211 ss.

[15] De Plauto nos quedan quince prólogos; faltan en las *Bacchides* (se ha perdido el comienzo de la obra), en *Curculio, Epidicus, Mostellaria, Persa, Stichus*, los de *Pseudolus* y *Vidularia* están incompletos. De los otros, van cinco pronunciados por personajes alegóricos: *Lar familiaris* en la *Aulularia*, en la *Casina* probablemente por la *Fides*, en la *Cistellaria* por *Auxilium*, en *Rudens* por *Arcturus*, en *Trinummus* por la *Luxuria* (y la *Inopia).* En *Amphitruo, Mercator* y *Miles* pronuncia el prólogo uno de los personajes de la obra, en el resto un personaje que lleva el nombre de Prólogo. En la *Cistellaria* y el *Miles* van después del primer acto.

[16] Personajes protáticos aparecen en Plauto en cuatro comedias: *Epidicus, Mercator, Miles, Mostellaria.*

III 4-6: En lo que se refiere a los preceptos sobre los personajes en cuanto a su forma de presentación, su edad, su función y el orden del grado de su participación en la acción, nadie los ha observado con más detalle que Terencio. Terencio es el único que se atrevió, por afán de realismo en sus tramas, a introducir a veces, en contra de los preceptos del arte de la comedia, meretrices que no son malas, sin que falte motivo para que sean buenas y sin que se mengüe la calidad de la obra por ello.

Terencio dio en todo esto muestras de un arte extraordinario, siendo además de admirar el que supiera mantenerse en los límites de lo que se llama comedia, no sobrepasándose en los afectos de modo que fuera a resultar una tragedia, lo cual entre otras cosas vemos que no se le logró a Plauto ni a Afranio... ni a otros muchos grandes comediógrafos. Entre las cualidades de Terencio es de admirar el que sus comedias saben mantenerse en un buen tono medio, de forma que ni resulten tan altisonantes como la tragedia ni se abajen al burdo nivel del mimo.

A esto hay que añadir que no hace uso de cosas abstrusas o tomadas de la historia, lo cual hace Plauto con frecuencia y por eso resulta más oscuro en muchos pasajes...

III 8: También es de admirar en Terencio en primer lugar el que no hace actuar a cuatro personajes de forma que resulte difícil distinguirlos a unos de otros, y luego el que los actores no se dirigen nunca directamente al público, defecto frecuentísimo en Plauto[17]:

IV 1-5: También es digno de mención que los latinos, después de la Comedia Nueva, crearon otros muchos géneros, como la llamada *fabula togata,* por ser la escena, el escenario y el argumento latinos; la *fabula praetexta,* por la dignidad de los personajes trágicos tomados de la historia romana; las atelanas de la ciudad de Campania de donde son originarias, las rintónicas llamadas así del nombre de su autor; las tabernarias por el bajo nivel de su argumento y su estilo; los mimos que no consisten más que en

[17] Algunos de estos rasgos presentados aquí como méritos de Terencio frente a Plauto, podrían enjuiciarse hoy precisamente al contrario.

una imitación de cosas de muy poca importancia y de personajes de baja categoría.

La tragedia y la comedia se diferencian, entre otras muchas cosas, sobre todo en que la comedia trata de las personas corrientes, en que los conflictos no son de mucha monta y en el *happy end;* en la tragedia, todo al revés, los personajes son de mucha categoría, hay grandes peligros y los desenlaces son fatales. En la comedia, la complicación viene al principio, al final se soluciona todo; en la tragedia, todo lo contrario; la tragedia tiene que ver con la muerte, la comedia con la vida; en fin, en la comedia, los argumentos son siempre ficticios, en la tragedia, históricos.

Livio Andronico fue el primer autor dramático latino y entonces estaba todo tan en sus comienzos que el mismo poeta era también actor de sus propias obras.

Las comedias pueden ser movidas, tranquilas o mixtas. En las movidas es la acción muy inquieta, en las tranquilas es más sosegada, y las mixtas tienen de lo uno y de lo otro.

La comedia se divide en cuatro partes: prólogo, prótasis, epístasis y desenlace. El prólogo es una especie de introducción al drama y sólo debe contener, aparte del argumento, alguna otra información dirigida al público a propósito del autor, de la obra misma o de los actores; la prótasis es el primer acto y el comienzo del drama; la epístasis contiene el incremento y el desarrollo de las complicaciones y del nudo de toda la peripecia, por así decir; el desenlace lo hace volver todo a un *happy end*, que queda manifiesto a todos por los gestos...

VI 4: Los títulos de las comedias se toman del nombre de un personaje, de un lugar, de un hecho o de un suceso; de un nombre, como *Phormio, Curculio, Epidicus;* de un lugar, como *Andria, Leucadia, Brundisina;* de un hecho, como *Eunuchus, Asinaria, Captivi;* de un suceso, como *Commorientes, Crimen, Heautontimorumenos...*

VIII 1-2: En la mayoría de los dramas se ponía antes el nombre de la obra que el de su autor, en algunos primero el nombre del autor, según la antigüedad de la obra. Porque si se trataba de la primera obra de un autor, entonces se decía antes el nombre del

drama que el del poeta, para evitar que las rivalidades fueran a quitarle los ánimos de seguir escribiendo; pero cuando un autor había escrito ya muchas obras y se había ganado un nombre, entonces se decía primero su nombre, para ganarse para las obras la atención del público por la fama del nombre de su autor.

En las comedias se daba noticia de los festivales en que habían sido representadas. Porque hay cuatro clases de juegos organizados por los ediles curules con la subvención del Estado: los Megalenses[18], en honor de los dioses magnos, a los que los griegos llaman *megálous,* los fúnebres..., los plebeyos[19], los Apolinares[20], consagrados a Apolo...

VIII 6: Los viejos van en las comedias vestidos de blanco, siguiendo un uso antiquísimo, los jóvenes con trajes de colores. Los esclavos llevan un vestido muy elemental, ya sea por la pobreza de antes o para que puedan actuar con más libertad. Los parásitos van envueltos en una capa. A los personajes que están felices se les viste de blanco, a los que les va mal llevan un vestido viejo; los ricos van de púrpura, los pobres de escarlata; los militares llevan una clámide purpúrea, las jóvenes van vestidas a la exótica; los rufianes llevan una capa coloreada, las cortesanas un mantón color azafrán, para indicar su avaricia...[21].

---

[18] Celebrados por primera vez en el año 204 en abril en honor de la *Magna Mater,* luego a partir del 194 con festivales escénicos.

[19] Celebrados desde el 212, en julio, organizados por el pretor urbano.

[20] Celebrados probablemente desde el año 220 a cargo de los ediles de la plebe, en noviembre; en estos festivales fue representado en el año 200 el *Stichus* de Plauto, según noticia de la didascalia.

[21] Sobre el uso de pelucas, cf. *Diom. gramm.* I 489, 10 (= SUET., frag., pág. 11): «Antiguamente se hacía uso de pelucas, no de máscaras, y el color de ellas indicaba la edad de los personajes, según fueran blancas, negras o coloradas. El primer actor que utilizó máscara fue el famoso Roscio Galo, porque era bizco y no quedaba bien sin máscara, a no ser en el papel de parásito». Se trata del famoso Roscio amigo de Sila y sobre todo de Cicerón.

VIII 8-11: En la escena se pone también un telón, es como un tapiz, que fue traído a Roma de la corte del rey Átalo[22]. Posteriormente se utilizó el llamado *siparium*, que es un telón para los mimos, que se pone ante el público cuando se cambia la escena.

Las partes habladas las recitaban los actores, las partes cantadas iban acompañadas por la música[23]; que no era obra del comediógrafo, sino de un compositor...

El nombre del compositor se ponía al principio de la comedia, después de los del autor y el primer actor.

Estas piezas se representaban con acompañamiento de flautas y muchos de los espectadores cuando las oían, podían decir qué clase de obra se iba a representar, antes ya de que se anunciara al público el título de la misma. Se utilizaban flautas simétricas, esto es, diestras o siniestras, y flautas disimétricas[24]. Las diestras, por su tono grave, hacían ver que la comedia era una pieza seria, las

---

[22] Átalo de Pérgamo (138-133) nombró heredero al Pueblo Romano en su testamento.

La primera mención de telones en la escena se encuentra en CICERÓN, *Sest.* 65; cf. también VIRGILIO, *Georg.* 3, 25, y SERV., *ad loc: Aulaea autem dicta sunt ab aula Attali regis, in qua primum inventa sunt vela ingentia, postquam is populum Romanum scripsit heredem;* OVIDIO, *Met.* III 111. En las comedias de Plauto y Terencio no se encuentra ninguna referencia a un uso de telón. Cicerón nombra en *prov.* 14 el *siparium* junto al *aulaeum;* cf. APUL., *Met.* I 8, 5, *aulaeum tragicum dimoveto et siparium mimicum complicato* y X 20, *aulaeo subducto et complicitis sipariis.* En lugar de *mimicum velum,* ofrecen otros textos *minutum.*

[23] En las ediciones de la Antigüedad iba señalado el carácter hablado o cantado de los versos por medio de siglas de las que se conservan restos en los manuscritos palatinos de Plauto; *cantica* y recitativos llevaban la letra C, las partes habladas DV *(diverbia).* Según LIV., VII 2, 8 ss., iban los *cantica,* ya desde la época de Livio Andronico, no a cargo del actor, sino de un cantante, que se colocaba junto al flautista, mientras que el actor se limitaba a la mímica (HORACIO hace mención en *Ars* 154 s. de un cantante: *si plausoris eges aulaea manentis et usque sessuri, donec cantor 'vos plaudite' dicat).* La crítica no suele con todo aceptar la autenticidad de esta noticia, por la dificultad práctica que ello llevaría consigo.

[24] Cf. W. VETTER, «Tibia», *Paulys Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft,* Segunda serie, VI A I (1963), 808 ss.

siniestras en cambio anunciaban por la agudeza de su tono que se trataba de una comedia divertida. Cuando se ponía que la pieza iba a ser representada con flautas diestras y siniestras, se daba a entender que habría una mezcla de cosas divertidas y cosas serias.»

Hasta aquí las noticias del *Comentario* de Donato.

Hasta el año 55 a. C., en que fue erigido en piedra el teatro de Pompeyo en Roma, tenían lugar las representaciones escénicas en construcciones provisionales y de madera. Una alusión a escenificaciones en el circo (el circo Flaminio fue construido en el año 211), se ha visto en el pasaje de Plauto, *Miles 991: Iam est ante aedis circus ubi sunt ludi faciundi mihi.* Otros proyectos o construcciones anteriores parecen no haber tenido larga vida o haber sido impedidos por los magistrados (cf. Liv., XL 51, 3, sobre el teatro de Apolo en el año 179, y XLI 27, 5, sobre la construcción de un escenario en el 174); según Val. Máx., II 4, 2, prohibió el cónsul P. Escipión Nasica en el año 154 la construcción ya comenzada de un teatro (cf. también la noticia de Tertuliano, *Spect.* 10: *saepe censores renascentia theatra destruebant).*

Según Vitrubio, V 6, 1 s., eran las proporciones del escenario en el teatro griego 1×12, en el teatro romano 1×8, un espacio, pues, bastante alargado, lo cual facilitaba la acción —actuación independiente de personajes en escena, entrada del *servus currens,* etc.—. La acción se desarrollaba en la calle. En el fondo de la escena se veían tres casas (en correspondencia con las tres puertas del palacio de la tragedia griega), o también dos casas y un templo, y había además un altar, al que se hace referencia repetidas veces en los textos plautinos. La derecha del espectador conducía al centro de la ciudad, la izquierda al puerto y a la lejanía. Las representaciones tenían lugar ya desde la mañana (cf. Plauto, *Poenulus* 21 s.; Cicerón, *Epist.* VII 1,1:

*Neque tamen dubito quin tu in illo cubiculo tuo... per eos dies matutina tempora lectiunculis consumpseris, cum illi interea... spectarent communis mimos semisomni),* y terminaban antes de la cena (cf. *Rudens* 1118 ss.). Los actores eran esclavos o más tarde libertos. No se sabe seguro si el número de actores era mayor que en Grecia; como se desprende de *Poenulus* 126 *(ibo, alius nunc fieri volo),* existía también en Roma el uso de hacer una misma persona más de un papel. Los personajes femeninos eran representados por hombres; sólo en época tardía hubo, según Donato, *Andr.* 716, también actrices (que en los mimos actuaban ya en tiempos de Cicerón). El director de la compañía era el *dominus gregis,* que a veces trabajaba también como actor y que compraba las comedias al autor. Después de terminada la representación se convidaba a los actores: *Cistellaria* 784 s.: *postidea loci, qui deliquit vapulabit, qui non deliquit, bibet* (cf. también *Rudens* 1418).

## *Temas y tipos de la comedia latina*

Al final de los *Captivi* pone Plauto en boca del coro de los actores los siguientes versos:

> Distinguido público, esta comedia es una obra muy moral: no hay en ella ni indecencias, ni amoríos, ni suplantaciones de niños, ni dineros burlados, ni un joven enamorado que libera a una golfa a espaldas de su padre.

Tal como en sus modelos de la Comedia Nueva griega, se repiten en la latina los tipos y los elementos temáticos, un hecho que es objeto de reflexión por parte del poeta mismo [25].

---

[25] Cf. también, por ej., PLAUTO, *Amphitruo* 986 ss.; *Miles* 213; TERENCIO, *Heautontimorumenos* 37 ss.: *Servos currens, iratus senex, / edax parasitus, sycophanta autem impudens, / avarus leno.*

En efecto, aparece siempre de nuevo el joven enamorado, indeciso, algo tímido, romántico, que carece de posibles para liberar a su amada, que recurre al amigo, del que por lo general, tal como es la vida, recibe cualquier cosa antes que dinero; el esclavo, de fidelidad sin límites para con su joven amo, de vista clara y audacia a toda prueba para llevar a cabo sus planes y engañar al primero que se le ponga por delante —que las más de las veces suele ser el padre del joven—, con tal de sacar al amo de sus apuros; el *senex,* el padre, que si es severo y agarrado, cae irremisiblemente víctima de los ardides del esclavo —escenas que suelen ser piezas maestras de comicidad entre los diálogos plautinos—. Contrastando con el padre huraño y a la antigua, vemos al bonancible y comprensivo, capaz hasta de conceder: «¿No hicimos nosotros lo mismo cuando jóvenes?», «¿No se portó mi padre condescendiente conmigo?» Naturalmente no son estos tipos de comedia una creación de la fantasía del poeta y así no falta tampoco el viejo verde, que llega incluso a jugar el papel de rival del propio hijo, y junto a él, como no era sino de esperar, la esposa insoportable, mandona, engreída, metomentodo; pero también la matrona noble, bondadosa, comprensiva. En mejor lugar suele quedar la joven, bella y enamorada —en la comedia latina no aparecían en escena más que matronas o cortesanas, de jóvenes honradas se oye a lo más la voz tras el escenario[26]. Pero el caso es que las más de las veces no profesan ese oficio por su voluntad, sino que son en realidad chicas de buena familia, que por algún mal hado han caído en manos de un rufián o una alcahueta, que se aprovechan de su juventud y su belleza para ganarse su pan

[26] Cf. DONATO, *Ter. Andr. praef.* 1, 9, *adnotandum sane puellarum liberalium in proscaenio nullam orationem induci in comoedia palliata praeter invocationem Iunonis Lucinae, quae et ipsa quoque post scaenam fieri solet.*

cotidiano —encantadoras figuras, románticamente enamoradas de su joven ídolo, que suelen además saber hablar y portarse con finura y discreción y que al fin, ¡cómo no!, terminan por alcanzar la posición que por su nacimiento y sus cualidades merecen—. Y junto a ellas las cortesanas de verdad, seductoras e irresistibles, farsantes, descaradas.

Y luego las «terceras», aprovechadas, listas y realistas, con las que se las tienen que ver los galanes con amor y sin dineros, pero también a veces bondadosas, hasta maternales para con sus acogidas. Y la vieja esclava, que a su manera es quien tiene en la casa la sartén por el mango, mandona, descarada, sabihonda, fiel. Y volviendo a los jefes de la creación, a los hijos de Adán, el militar fanfarrón, con su prototipo en la comedia del mismo nombre, pero que aparece también como personaje secundario en otras piezas. Luego el rufián, en su forma más cruel y repelente en el Balión del *Pseudolus,* pero al que no le faltan a veces ciertos asomos de humanidad. Y el parásito, una figura muy lejos de la sensibilidad moderna, aunque Plauto ha sabido hacer de ella tipos de una comicidad extraordinaria.

Todos ellos desfilan ante los espectadores por obra del gran comediógrafo latino, y no, como quizá podrían pensar espíritus pusilánimes, para hacerles llorar, sino para, con un don único de elemental humor como quizá no vuelva a encontrarse en forma tan marcada en la literatura occidental hasta Molière, para hacerlos reír sobre la gran comedia del mundo.

### *La lengua*

Conocida es la alabanza que en *De or.* III 45 pone Cicerón en boca de Craso sobre la llaneza, la autenticidad

y la pureza de la lengua de las generaciones pasadas: las mujeres, por no tener contacto con la masa, conservan con más facilidad la lengua que aprendieron en su infancia y así, afirma Craso, le parece oír a Plauto o a Nevio cuando oye hablar a su suegra Lelia. Ello es una prueba de que ya la generación de aquella época percibía una diferenciación de su idioma frente al de la época de Plauto. Evidente nos es ese contraste en cuanto a algunas manifestaciones del plano fonético y morfológico. En cuanto a las diferencias relativas al léxico[27], a la sintaxis y a la forma de constitución del texto, no hay que olvidar a la hora de comparar la lengua plautina con la clásica, la cuestión de los géneros literarios: de Plauto conservamos comedias, con todo lo que tal clase de texto supone en cuanto a selección de léxico, construcciones y fórmulas del lenguaje coloquial. Naturalmente existen diferencias entre la lengua de Plauto y la lengua de Cicerón, pero en su mayor parte son atribuibles a otros motivos que a los simplemente cronológicos. La forma plautina de discurrir y de expresarse no puede calificarse de «arcaica»[28]; Plauto es un autor de una genial creatividad literaria y domina de forma soberana todos los recursos de su idioma, componiendo por ejemplo diálogos de una viveza y una veracidad perfecta, adecuada al carácter de sus personajes según estrato social, edad, etc., —diálogos entre esclavos, entre amo y esclavo, entre hombres de alta posición, diálogos femeninos; formas típicas de correcciones, peleas de lo más diversas, engaños, etc.[29], y todo ello sin que le falte el empaque de un marco poético

[27] Sobre las relaciones entre el léxico del latín arcaico y el latín tardío, *vid.* I. MANNHEIMER, 1975.

[28] Como hace, por ejemplo, J. BLÄNSDORF, 1967.

[29] A diferencia de la a la larga fastidiosa monótona típica *ellipsis Terentiana.*

literario, el arte, como pone de manifiesto en las frecuentes correspondencias de miembros entre sí, en las numerosas aliteraciones, asonancias, pleonasmos, figuras etimológicas, juegos de palabras, etc., siendo quizá más apropiado el término de «primitivo» o, lo que es casi lo mismo (conscientemente) «popular», para calificar lo que se ha dado en llamar «arcaico».

## *La métrica*

A diferencia de sus originales griegos, eran las comedias plautinas piezas musicales comparables a nuestras operetas o zarzuelas: junto a secuencias habladas, series de metro uniforme en senarios yámbicos[30], había recitativos al son de un instrumento y también *cantica* o arias. El origen de los *cantica* plautinos es cuestión muy discutida; una de las teorías más aceptadas es la que ve en ellos un influjo de la tradición itálica preliteraria. Una problemática especial es la de su polimetría, que ha inducido a los eruditos a la trivial afirmación de que debe de haber algún motivo para la misma, a consecuencia de lo cual han aparecido laboriosos estudios, donde se intenta descubrir al detalle los diversos motivos que hayan podido inclinar al poeta al uso de uno u otro metro.

La métrica de Plauto es uno de los capítulos más difíciles de la filología plautina, por la inseguridad de las leyes prosódicas sobre todo, pero también de las leyes métricas. Menos problemas ofrecen los versos de metro uniforme, difícil se hace en cambio la prosodia dentro de los cánticos

[30] Cf. CICERÓN, *Orat.* 184: *comicorum senarii propter similitudinem sermonis sic saepe sunt abiecti, ut nonnumquam vix in eis numerus et versus intellegi possit.*

polimétricos. Muchas de las violencias que de parte de los filólogos ha sufrido el texto plautino van a cuenta de la métrica, y una ojeada al comentario de J. L. Ussing basta para cerciorarse de ello; hasta en las modernas ediciones estándar de Plauto disienten los autores en sus interpretaciones. Sobre la forma de recitación se puede afirmar con C. Questa[31] que «nessuno di noi ha mai sentito recitare un verso antico come suonava all'orecchio degli antichi stessi». Por supuesto, no tiene nada que ver con la realidad histórica la enfadosa forma de recitación típica de la escuela tradicional germana[32].

### *Plauto en la Antigüedad y después*

Favorable le fue a Plauto el juicio de Cicerón, quien en su tratado *De officiis* I 104, opone al chiste grosero, el fino y agudo de Plauto, de la comedia griega y de los filósofos socráticos[33]; y hostil, en cambio, Horacio: aparte de sus reproches de inhabilidad y chapucería artística, le echa en cara que es la monetaria su única preocupación[34];

---

[31] C. Questa, 1967, *Introduzione* X.

[32] Una nueva forma de recitación propone W. Stroh en *Proben lateinischer Verskunst* (con casette), Munich, 1981.

[33] *Duplex est omnino iocandi genus, unum inliberale, petulans, flagitiosum, obscenum, alterum elegans, urbanum, ingeniosum, facetum, quo genere non modo Plautus noster et Atticorum antiqua comoedia, sed etiam philosophorum Socraticorum libri referti sunt.*

[34] *Epist.* II 1, 170 ss.:

*adspice, Plautus*
*quo pacto partis tutetur amantis ephebi,*
*ut patris attenti, lenonis ut insidiosi,*
*quantus sit Dossennus edacibus in parasitis,*
*quam non adstricto percurrat pulpita socco.*
*gestit enim nummum in loculos demittere, post hoc*
*securus, cadat an recto stet fabula talo.*

en *Ars* 270 ss.[35], critica a las generaciones pasadas por haber tributado su aplauso a Plauto, dando pruebas así hasta de necedad al poder soportar sus artes de poeta y su comicidad, sobre la que emite un veredicto del todo opuesto al ciceroniano.

Un renacimiento del interés por Plauto y los estudios plautinos supone el movimiento arcaizante del siglo II, y todavía de la época final de la Antigüedad nos es conocida una primera imitación plautina de autor anónimo, *Querolus sive Aulularia.* Tras la época más bien terenciana de la Edad Media, comienza ya en el primer renacimiento del siglo XII a revivificarse la memoria de la obra de Plauto (Vital de Blois en Francia, en Italia en la época de Petrarca), que luego llega a su punto culminante en el Renacimiento, multiplicándose entonces las reelaboraciones y las representaciones de sus comedias, en Roma y otras cortes italianas. También en España, donde se encuentran influencias plautinas en Bartolomé de Torres Naharro, Lope de Rueda o Juan de Timoneda, a través de versiones españolas o de reelaboraciones italianas —hasta la hora del veto expreso de Lope de Vega—. Conocida es también la tradición de representaciones latinas en la Universidad de

---

A la memoria se vienen los conocidos versos de Lope de Vega en su *Arte nuevo de hacer comedias,* 45 ss.:

> y escribo por el arte que inventaron
> los que el vulgar aplauso pretendieron;
> porque, como lo paga el vulgo, es justo
> hablarle en necio para darle gusto.

35

> *at vestri proavi Plautinos et numeros et*
> *laudavere sales, nimium patienter utrumque,*
> *ne dicam stulte, mirati, si modo ego et vos*
> *scimus inurbanum lepido seponere dicto*
> *legitimumque sonum digitis callemus et aure.*

Salamanca, donde a partir del año 1574 fue prohibida la escenificación de otras comedias latinas aparte de las de Plauto y Terencio. Rastros plautinos se encuentran ya pronto en la literatura inglesa y en la alemana. La culminación del plautinismo en la literatura dramática occidental se da en las dos geniales figuras de Shakespeare y Molière, mientras que, como se ha dicho, se resiste a él nuestro Lope de Vega[36], no estando en cambio Calderón libre de sus influencias[37].

Una clara prueba de la inmortalidad del comediógrafo latino es el que sus obras entran aún hoy, traducidas a las lenguas modernas, a formar parte de los repertorios de escenificaciones de obras de teatro clásico; hasta en la lengua original divierten al público y cosechan su aplauso en representaciones de teatros de ensayo y universitarios. En Alemania, donde la cultura parece estar tan arraigada que no consiguen hacerle gran mella ni siquiera el celo, sin duda bien intencionado, de disposiciones ministeriales, son numerosos en la actualidad los grupos de teatro universitarios que estudian y ofrecen año tras año las más famosas de las piezas plautinas, por ejemplo en la Universidad Autónoma de Berlín, en Bonn, Francfort, Mainz, Münster, Trier, así como también en los ya famosos *Ludi Latini* de Freising, organizados por Walafridus Stroh, de Múnich. Y para un autor dramático, aparte de las disquisiciones muchas veces inútiles de la erudición, el éxito sobre las tablas es lo que cuenta, y ése es el destino del que ha gozado y aún goza Plauto tras más de veinte siglos de historia.

---

[36] *Arte nuevo de hacer comedias,* 40-43.

[37] Para toda clase de datos y detalles sobre el plautinismo en la literatura occidental, puede consultarse la típica obra de erudición germana de KARL VON REINHARDSTOETTNER, 1886.

## *Advertencias sobre la traducción*

Una traducción, sobre todo de una obra literaria y además en verso[38], es una empresa difícil. La cuestión de si debe ser literal o libre carece de sentido, porque una traducción «literal» no merece tal nombre; un buen ejemplo de ello son las versiones de textos sagrados, en los que el traductor se deja llevar de un exagerado celo de exactitud —un intento que, realizado por medios erróneos, tiene por necesidad que resultar fallido—.

Una traducción debe desde luego ser fiel, exacta, pero el mejor modo de conseguirlo no es el traducir palabras, ni siquiera frases teniendo sólo en cuenta su contenido proposicional, o sea, lo que dicen, sino lo que quieren decir, su fuerza ilocutiva. El problema es además de una relevancia especial en el caso de la traducción de textos coloquiales. Para el poeta es la unidad la palabra, para el pueblo la locución, la frase hecha, el estereotipo de concepto y de forma, el refrán. El caso ideal, aunque seguramente imposible, sería el poder sustituir todas estas unidades de la lengua original por otras de idéntico carácter en la nueva. En cualquier lengua se puede decir todo, pero hay cosas que se dicen de una manera especial, no de cualquiera, o no como se dicen en otra lengua distinta, y eso no lo determina la

[38] «Ni aún fuera bien que vos le entendierais (*sc.* a Ariosto) —respondió el Cura—; y aquí le perdonáramos al señor Capitán que no le hubiera traído a España y hecho castellano, que le quitó mucho de su natural valor, y lo mesmo harán todos aquellos que los libros de verso quisieren volver en otra lengua; que, por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegarán al punto que ellos tienen en su primer nacimiento», dice el Cura al Barbero cuando el famoso escrutinio de la librería del Ingenioso Hidalgo en el capítulo VI de la primera parte del *Don Quijote;* el traductor a que se hace referencia es Jerónimo de Urrea, traductor del *Orlando.*

gramática, sino las convenciones sociales, que varían de una lengua a otra y aún dentro de la misma según los diversos estratos o grupos de sus hablantes —se puede conocer muy bien la gramática de una lengua y decir a pesar de eso muchos disparates al hablarla—.

Un punto a destacar es el de la traducción de las interjecciones, que suelen por lo general dejarse poco menos que en la lengua de origen, siendo así que un «¡Por Hércules!» o «¡Por Pólux!» en medio de un texto español hacen desaparecer al instante la ilusión de la ficción literaria y con ello la posibilidad de su recepción auténtica. Mientras que se cree poder sustituir fácilmente vocablos latinos por sus correspondientes españoles, son dejadas las interjecciones sin más explicación en la lengua original. Las interjecciones son signos inarticulados, comparables a ideogramas y teóricamente se necesita que sea explicada su significación; aunque de hecho puede ser deducida del contexto pragmático y/o lingüístico en que se encuentran, muchas veces va también la frase articulada equivalente acompañándolas. Pero una vez entendida, no se ve el motivo para no sustituirla por una interjección propia del idioma al que el texto va vertido.

Un problema es también el de los juegos de palabras, tan frecuentes en Plauto, ya que a pesar de ser el castellano actual en el fondo un latín del siglo XX, no pueden ser conservados en todos los casos; entonces, o se intenta sustituirlos por otros juegos de palabras que sean más o menos tolerados por el sentido del texto, o tienen que ser suprimidos. Por lo general se hace referencia a esta circunstancia en nota.

Los nombres propios no se traducen salvo en algunos casos de nombres parlantes, donde además hasta se hace en el texto latino alusión a ello.

Un hecho especial hay que tener en cuenta en la lectura

de un texto dramático: al leer un drama puede tenerse la impresión de que falta algo —y realmente falta—. Un drama no es un texto concebido para ser leído, sino para ser oído y visto[39]. Se echa de menos lo que falta, los elementos lingüísticos suprasegmentales —cualidad de la voz, entonación, etc.—, y los elementos paralingüísticos[40], —gestos y ambiente en general de la ficción literaria, lugar y aspecto de los personajes en cuanto a edad, vestido, etc.—; todo ello nos lo explica, en el texto literario de la novela, por ejemplo, el autor por medio de prolijas descripciones, informaciones que, en parte, también el drama puede suministrar, en monólogos o palabras de alguno de los personajes.

Por eso la forma ideal de recepción de un drama es asistir a su representación. Un drama leído es sólo algo a medias; una cierta ayuda son las llamadas anotaciones para el director de escena[41], que con todo se limitan a una cierta orientación local o sobre la interacción de los personajes. La única solución, pues, al leer un texto dramático, es dar libre vuelo a la fantasía.

La constitución del texto plautino presenta muchos problemas y no puede ser tarea de un traductor el intentar darles una solución. La tendencia adoptada es de tipo conservador frente a la tradición manuscrita, a la que, a falta de saber más, es preferible atenerse antes que dejarse llevar del afán, propio o ajeno, de hacer conjeturas tantas veces

---

[39] Cf. DONATO, *Ter. Andria* 310: *'hic' gestu scaenico melius commendatur, nam haec magis spectatoribus quam lectori scripta sunt.*

[40] Cf. la descripción de elementos paralingüísticos puesta en boca de Periplectómeno que acompaña al habla, interior en este caso, del esclavo Palestrión en *Miles* 200 ss.

[41] Tales anotaciones se encuentran ya en el comentario a Terencio de Elio Donato.

falsas o al menos inseguras. Los textos que van entre [ ] son de autenticidad dudosa.

El texto tomado como base para la traducción es por lo general el de Lindsay, salvo en los pasajes que se indican a continuación.

## NOTA TEXTUAL

Relación de los pasajes en los que se utiliza otro texto que el de Lindsay.

### ASINARIA

| Texto de Lindsay | Texto adoptado | |
|---|---|---|
| *volo amari -obsecutum- illius, volo amet me patrem* | *[volo amori obsecutum illius, volo amet me patrem]* (Ernout según Fleckeisen). | 77 |
| *Fietne? De. ambula* | *De. ei, bene ambula* (Ernout según Fleckeisen). | 108 |
| *da* | *dare* (Fleckeisen). | 445 |
| *salus interior corporis* | *salus interioris hominis* (B y Ernout, que considera la forma del texto como una corruptela de origen cristiano, siguiendo a Leo). | 656 |

### AULULARIA

| Texto de Lindsay | Texto adoptado | |
|---|---|---|
| *tibi rem potiorem video* (en el aparato crítico: *verbo* Leo, fort. *recte).* | *tibi rem potiorem verbo* (Leo y Ernout). | 693 |

## BACCHIDES

Después del v. 495 hasta el final de la escena se utiliza el texto de la edición de C. QUESTA, Florencia, 1975.

## CAPTIVI

| | TEXTO DE LINDSAY | TEXTO ADOPTADO |
|---|---|---|
| 201 | *[multa] oculis multa mira* (en el *Comentario: oculis multa mira aitis)* | *mala malis ultro additis* (HAVET). |
| 296 | *scio* | *sci*<t>*o* (ERNOUT). |
| 335 | *PHILOC. pol* | TYND. *Pol* (ERNOUT, según la *editio princeps).* |
| 387 | *auribus* | *viribus* (CAMERARIUS, según Cod. J.). |
| 439 | *fac fidele sis fidelis* (según NONIUS y BERGK). | *fidelis sis fideli* (Codd. y ERNOUT). |
| 531-32 | *maxumas nugas ineptiam incipisse* | Texto inseguro; *incipisso* (CAMERARIUS, para el sentido la lección más fácil, según afirma ERNOUT en nota). |

## CASINA

| | TEXTO DE LINDSAY | TEXTO ADOPTADO |
|---|---|---|
| 311 | *qua istam opera* | *qua istuc opera* (ERNOUT según BRIX). |
| 606 | *diu morabor, quin cupio tibi* | *diu morabor* <AL.> *quin cupio tibi* (ERNOUT). |
| 749-50 | *i sis, ego hic abeo* | i sis <LY.> *ego hic abeo* (ERNOUT, según CAMERARIUS). |

# BIBLIOGRAFÍA[42]

## COMENTARIOS

J. L. USSING, *Commentarius in Plauti Comoedias. Denuo edendum curavit indicibus auxit* A. THIERFELDER, Hildesheim, Nueva York, 1972.

*Amphitruo*

W. B. SEDGWICK, Manchester, 1960.

*Asinaria*

F. BERTINI, Génova, 1968.

*Aulularia*

L. NICASTRI, Nápoles, 1970.
W. STOCKERT, Stuttgart, 1983

*Bacchides*

A. ERNOUT, París, 1935.
J. BARSBY, Warminster, 1986.

*Captivi*

W. M. LINDSAY, Londres, 1900.
J. BRIX, M. NIEMEYER, O. KÖHLER, 7.ª ed., Leipzig, 1930.

[42] Sólo se ofrece una breve selección.

*Casina*

W. TH. MACCARY, M. M. WILLCOCK, Cambridge, 1976.

*Curculio*

J. COLLART, París, 1962.

*Epidicus*

G. E. DUCKWORTH, Princeton, 1940.

*Menaechmi*

J. BRIX, M. NIEMEYER, F. CONRAD, 6.ª ed., Leipzig-Berlín, 1929.
R. E. H. WESTENDORP-BOERMA, Zwolle, 1959.

*Mercator*

P. J. ENK, Leiden, 1932.

*Miles gloriosus*

J. BRIX, M. NIEMEYER, O. KOEHLER, 4.ª ed. Leipzig-Berlín, 1916.
M. HAMMOND, A. W. MACK, W. MOSKALEW, Cambridge, Mass., 1963.

*Mostellaria*

A. O. F. LORENZ, 2.ª ed., Berlín, 1981 (=1886).
E. A. SONNENSCHEIN, 2.ª ed., Oxford, 1907.
J. COLLART, París, 1970.

*Persa*

G. AMMENDOLA, Lanciano, 1922.
E. WOYTECK, Viena, 1982.

*Poenulus*

G. MAURACH, Heidelberg, 1975.

*Pseudolus*

A. O. F. LORENZ, Berlín, 1876.
E. A. STURTEVANT, New Haven, 1932.
M. M. WILLCOCK, Brístol, 1987.

*Rudens*

F. MARX, Amsterdam, 1959 (=Leipzig, 1928).

*Stichus*

H. PETERSMANN, Heidelberg, 1972.

*Trinummus*

J. BRIX, M. NIEMEYER, F. CONRAD, 6.ª ed., Berlín-Leipzig, 1931.

*Truculentus*

P. J. ENK, Leiden, 1953.

TRADUCCIONES COMPLETAS

*Español*

F. A. MARTÍN ROBLES, Madrid, 1931-45.
M. OLIVAR, Madrid, 1974.
J. ROMÁN BRAVO, tomo I, Madrid, 1990.

*Italiano*

M. SCANDOLA, Milán, 1953-6.
G. AUGELLO, Turín, 1968-72.
C. CARENA, Turín, 1975.
E. PARATORE, Roma, 1978.

*Francés*

A. ERNOUT, París, 1932...
P. GRIMAL, París, 1971.

*Inglés*

P. Nixon, Cambridge/Mass., 1916-38.
G. Duckworth, Nueva York, 1942.

*Alemán*

L. Gurlitt, Berlín, 1921.
W. Binder, W. Ludwig, Darmstadt, 1969.

## Otras obras


Abel, K., *Die Plautusprologe,* Mülheim-Ruhr, 1955.

Adrados, *vid.* Rodríguez Adrados, F.

Bader, B., *Szenentitel und Szeneneinteilung bei Plautus,* Tubinga, 1970.

Beare, W., *The Roman Stage,* 3.ª ed., Londres, 1964.

Bennet, C. E., *Syntax of early Latin,* Boston, 1910-14.

Blänsdorf, J., *Archaische Gedankengänge in den Komödien des Plautus,* Wiesbaden, 1967.

—, «Plautus», *Das römische Drama,* Darmstadt (1978), 135-222.

Braun, L., *Die Cantica des Plautus,* Gotinga, 1970.

Buck, C. H., *A Chronology of the Plays of Plautus,* Baltimore, 1940.

Drexler, H., *Plautinische Akzentstudien,* Breslau, 1932-33.

Duckworth, G. E., *The nature of Roman Comedy,* Princeton, 1952.

Dupont, F., *Le Théâtre latin,* París, 1988.

Fernández Martínez, C., *La categoría verbal «modo» en Plauto,* Sevilla, 1986.

Fraenkel, E., *Plautinisches im Plautus,* Berlín, 1922 [trad. italiana F. Munari, *Elementi plautini in Plauto,* Florencia, 1960].

—, *Iktus und Akzent im lateinischen Sprechvers,* Berlín, 1928.

Gaiser, K., «Die plautinischen Bacchiden und Menander "Dis exapatón"», *Philologus* 114 (1970), 51-87.

—, «Zur Eigenart der römischen Komödie: Plautus und Terenz

gegenüber ihren griechischen Vorbildern», *Aufstieg und Niedergang der Röm. Welt, Festschrift J. Vogt,* editado por H. TEMPORINI, I 2, Berlín - Nueva York (1972), 1072 ss.

GRISMER, R. L., *The influence of Plautus in Spain before Lope de Vega,* Nueva York, 1944.

HANDLEY, E. W., *Menander and Plautus. A Study in Comparison,* Londres, 1968 [= *Menander und Plautus: eine vergleichende Untersuchung,* en E. LEFÈVRE (ed.), 1973].

HAFFTER, H., *Untersuchungen zur altlateinischen Dichtersprache,* Berlín, 1934.

HARRISON, A. R. W., *The Law of Athens, I: The Family and Property,* Oxford, 1968.

HOFFMAN, I. B., *Lateinische Umgangssprache,* Heidelberg, 3.ª ed., 1951 = *El latín familiar* [trad. J. COROMINAS], Madrid, 1958.

HUGHES, J. D., *A Bibliography of scholarship on Plautus,* Amsterdam, 1975.

HUSS, W., *Geschichte der Karthager,* Múnich, 1985.

LEFÈVRE, E. (ed.), *Die römische Komödie: Plautus und Terenz,* Darmstadt, 1973.

—, «Die römische Komödie», *Neues Handbuch für Literaturwissenschaft,* Tomo 3, Römische Literatur, Francfort (1974), 33-62.

LEO, F., *Die plautinischen Cantica,* Berlín, 1897.

—, *Plautinische Forschungen,* Darmstadt, 1966 (= 2.ª ed., Berlín, 1912).

LINDSAY, W. M., *Syntax of Plautus,* Oxford, 1907.

LODGE, G., *Lexicon Plautinum,* Hildesheim, 1962 (= Leipzig, 1924-33).

LÖFSTEDT, E., «Plautinischer Sprachgebrauch und Verwandtes», *Glotta* 3 (1912), 171-91.

LUDWIG, W., «Ein plautinisches Canticum: Curculio, 96-157», *Philologus* 111 (1967), 196-97.

MANIET, A., *Plaute, Lexique inverse,* Hildesheim, 1969.

MANHEIMER, I., *Sprachliche Beziehungen zwischen Alt- und Spätlatein,* Zurich, 1975.

MARINER, S., «La comedia latina a la luz de los redescubrimientos de Menandro», *Estudios Clásicos* 61 (1971), 1-25.

MARQUARDT, J., *Das Privatleben der Römer*, Darmstadt, 1964 (=2.ª ed., Leipzig, 1886).

MARTI, H., *Untersuchungen zur dramatischen Technik bei Plautus und Terenz*, Winterthur, 1959.

MAURACH, G., *Untersuchungen zum Aufbau plautinischer Lieder*, Gotinga, 1964.

MIDDELMANN, F., *Griechische Welt und Sprache in Plautus'-Komödien*, Múnich, 1938.

MOLINA SÁNCHEZ, M., *Estudio escénico literario y comparativo de la Aulularia de Plauto*, Granada, 1985.

OTTO, A., *Die Sprichwörter und sprichwörtlichen Redensarten der Römer*, Hildesheim, 1962 (=Leipzig, 1914).

PARATORE, E., *Storia del teatro latino*, Milán, 1957.

—, *Plauto*, Florencia, 1962.

PÖSCHL, V., *Die neuen Menanderpapyri und die Originalität des Plautus*, Heidelberg, 1973.

QUESTA, C., *Introduzione a la metrica di Plauto*, Bolonia, 1967.

—, «Alcune strutture sceniche di Plauto e Menandro», *Menandre. Entretiens Fondation Hardt* 16, Ginebra, 1970.

REINHARDSTÖTTNER, K., *Plautus. Spatere Bearbeitungen plautinischer Lustspiele*, Leipzig, 1886 (= Hildesheim, 1980).

RODRÍGUEZ ADRADOS, F., *Fiesta, Comedia y Tragedia*, Barcelona, 1972.

SCHANZ, M., HOSIUS, C., *Geschichte der römischen Literatur*, Múnich, 1927 (= 1966).

SCHMUDE, M. P., *Reden-Sachstreit-Zänkereien. Untersuchungen zu Form und Funktion verbaler Auseinandersetzungen in den Komödien des Plautus und Terenz*, Stuttgart, 1988.

SCHUTTER, K. H., *Quibus annis comoediae Plautinae primum actae sint quaeritur*, Gotinga, 1952.

SEGALE, E., *Roman laughter*, Harvard, 1968.

SLATER, N. W., *Plautus in Performance*, Princeton, 1984.

SONNENBURG, P. E., «T. Maccius Plautus», *Paulys Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft* 27 (1928), 95-126.

SPRANGER, P. P., *Historische Untersuchungen zu den Sklavenfiguren des Plautus und Terenz,* 2.ª ed., Stuttgart, 1984.

TALADOIRE, B. A., *Essai sur le comique de Plaute,* Mónaco, 1956.

TEUFFEL, W. S., KROLL, W., SKUTSCH, F., *Geschichte der römischen Literatur,* Tomo I, Aalen, 1965, (=6.ª ed., Leipzig, 1916).

THIERFELDER, A., *De rationibus interpolationum Plautinarum,* Leipzig, 1929.

WILLE, G., *Musica Romana,* Amsterdam, 1967.

WISSOWA, G., *Religion und Kultur der Römer,* 2.ª ed., Múnich, 1942.

ZAGAGI, N., *Tradition and Originality in Plautus,* Gotinga, 1980.

ZWIERLEIN, O., *Zur kritik und Exegese des Plautus,* I, Maguncia-Stuttgart, 1990; II, 1991.

# ANFITRIÓN

*(Amphitruo)*

# INTRODUCCIÓN

El *Anfitrión* es la única comedia de Plauto con un tema mítico, la leyenda del ciclo tebano sobre el nacimiento de Hércules y las circunstancias que le preceden. Entre sus personajes se cuentan dioses, por lo que en el prólogo se designa la pieza como una «tragicomedia»; y así es, en efecto. Tipos de tragedia son Alcmena y la esclava Bromia, Anfitrión en parte; las dos figuras de dioses no son en sí tipos de comedia, pero Júpiter es presentado como un perfecto sinvergüenza y Mercurio como un pillo redomado; si bien se piensa, dos figuras desconcertantes, y de ahí su comicidad. Sólo Sosia, el Sosia auténtico, es un esclavo de comedia como Dios manda: fiel a su amo, consciente de la mala suerte de su condición, pero hecho y dispuesto a sobrellevarla con humor y hasta con optimismo.

La acción del *Anfitrión* plautino es como sigue: Sosia, que ha acompañado a su amo Anfitrión durante su campaña como general del ejército tebano contra los teléboas, llega del puerto en medio de la noche a casa, a donde le ha mandado Anfitrión, mientras él queda aún en la nave que los ha traído, para llevar el mensaje de su vuelta a la patria a su esposa Alcmena. Pero Mercurio, metamorfoseado en Sosia, monta guardia a la puerta de la mansión, prestando un servicio a Júpiter, su padre, que, en figura de Anfitrión, pasa la noche con Alcmena, de la que está perdidamente

enamorado —una noche, que por orden del mismo Júpiter se alarga y no acaba de terminar—. Inútiles son los intentos de Sosia de entrar en casa: Mercurio, su doble, se lo impide, le regala con una buena paliza y le hace volver, casi al borde de perder la cabeza, al puerto; allí le contará a su amo el extraño suceso de la geminación de su persona.

Mercurio se congratula de su buen éxito y participa al público el futuro y, en último término, feliz curso de los acontecimientos. Entre tanto, se despide Júpiter de Alcmena, dolida por la rápida partida del que cree ser su marido.

Llegado al puerto Sosia, no puede Anfitrión dar crédito a su relato, tomándole por loco y echándole en cara el querer burlarse de su amo. Apenas ha despedido Alcmena a Júpiter, cuando ve llegar al verdadero Anfitrión en compañía del verdadero Sosia: asombro de ella, desencanto y perplejidad de él al no poder comprender el desconcertante y frío recibimiento de su esposa; Alcmena sabe ya además todo lo sucedido en la campaña contra los teléboas. Tras una serie de confusiones, malentendidos y reproches, deja Anfitrión a Alcmena, indignada y dolida por las acusaciones de su marido, para volver al puerto y buscar a Náucrates como testigo de que ha pasado la noche en la nave.

De nuevo entra Júpiter en acción, que, visto el escándalo sucedido, viene en auxilio de Alcmena, entre otras cosas para seguir asegurándose sus favores y se disculpa ante ella, afirmando que sus reproches (de los que en realidad ha sido autor el Anfitrión verdadero) no han sido más que un juego y una broma. Apaciguada Alcmena, entra en casa para disponer lo necesario para las ofrendas que, según promesa, quiere Júpiter-Anfitrión cumplir ahora. Júpiter vuelve a solicitar la ayuda de Mercurio-Sosia, quien en un monólogo, da cuenta de su firme propósito de mantener alejado a toda costa de la casa a Anfitrión,

cuando vuelva del puerto. Anfitrión vuelve: a Náucrates no lo ha encontrado, pero encuentra al llegar a Mercurio, que en figura de Sosia le hace el más descarado recibimiento. Desgraciadamente sigue aquí en el texto una larga laguna de unos trescientos versos, de los que sólo quedan fragmentos transmitidos por los gramáticos; a juzgar por las intenciones que el mismo Mercurio había dado a conocer en los vv. 997-1008, una pérdida que priva a la obra con toda seguridad de pasajes de una comicidad extraordinaria. El texto se continúa en el v. 1035 con la renuncia de Blefarón, piloto de la nave de Anfitrión, a seguir actuando como árbitro en la contienda entre los dos Anfitriones rivales. Blefarón se marcha, Anfitrión, desesperado y furioso, se decide a entrar sea como sea en su casa; en vano, ya que un terrible trueno resuena y cae como muerto al suelo.

En el acto final, la esclava Bromia da cuenta, en la típica forma de la tragedia, de todo lo sucedido: el trueno, el doble parto sin dolor de Alcmena, el nacimiento de Ificles, hijo de Anfitrión, y de Hércules, hijo de Júpiter, que da muerte al poco de nacer a las dos encrestadas serpientes. Consolado Anfitrión al saber la nueva y enterarse de que es Júpiter su rival, decide llamar al adivino Tiresias para tomar de él consejo; no hace falta, ya que un nuevo y terrible trueno y las palabras de Júpiter, que confiesa su pecado, ponen *happy end* a la tragicomedia.

No se conoce el modelo griego que haya Plauto eventualmente utilizado para su *Anfitrión;* en forma de tragedia se tiene noticia de un *Anfitrión* de Sófocles, del que sólo quedan fragmentos y que podría haber sido el modelo para la tragedia del mismo nombre de Accio, de la que así mismo no se conservan más que fragmentos en los gramáticos; la *Alcmena* de Eurípides la nombra Plauto mismo en *Rudens* 96. Naturalmente han sido hechas toda clase de hipótesis, cada cual más insegura o difícil de comprobar que la

otra —en fin de cuentas, cuestiones bizantinas, que ni quitan ni ponen nada al producto literario del genial poeta latino—.

El *Anfitrión* es una pieza rica en partes cantadas (el monólogo de Sosia, vv. 153-59; su descripción de la batalla contra los teléboas, vv. 203-62; el monólogo de Alcmena, vv. 633-53, y el cántico de Bromia, vv. 1053-85).

La fecha de la obra es, a pesar de los muchos y diversos intentos de su datación, desconocida, y los argumentos aducidos en favor de una u otra tesis no son convincentes.

El *Anfitrión* es una de las obras más famosas de Plauto y fue pronto objeto de traducciones o imitaciones en lengua modernas; recordemos aquí sólo las de tres autores de fama en la literatura universal: Camões, Molière y Von Kleist.

## ARGUMENTO I

Mientras que Anfitrión está en la guerra contra los teléboas, Júpiter, haciéndose pasar por él, se aprovecha de su esposa Alcmena. Mercurio se transforma en el esclavo Sosia, que también está ausente, y Alcmena es víctima de su farsa. Al volver el verdadero Anfitrión y el verdadero Sosia, son burlados los dos en una forma increíble. El resultado es la pelea y el escándalo entre marido y mujer, hasta que Júpiter hace sonar un trueno y confiesa con potente voz desde el cielo su adulterio.

## ARGUMENTO II

Júpiter está enamorado de Alcmena y toma la figura de su esposo Anfitrión, mientras que éste está en la guerra contra los enemigos en defensa de la patria. De esclavo le sirve Mercurio, transformado en Sosia, que se burla del esclavo y del amo a su vuelta a casa. Anfitrión le arma un escándalo a su esposa y los dos rivales se acusan mutuamente de adulterio. Blefarón, que debe actuar de árbitro, no puede decidir cuál de los dos es el Anfitrión verdadero. Al final se descubre todo y Alcmena da a luz dos gemelos.

## PERSONAJES

MERCURIO, dios.
SOSIA, esclavo de Anfitrión.
JÚPITER, dios.
ALCMENA, esposa de Anfitrión.
ANFITRIÓN, general de los tebanos.
BLEFARÓN, piloto.
BROMIA, esclava de Anfitrión.

La acción transcurre en Tebas.

## PRÓLOGO

### MERCURIO

ME.—Vosotros queréis que yo os sea propicio y os proporcione ganancias en vuestros negocios de compra y venta y que os haga sentir mi protección en todos vuestros asuntos; queréis también éxito para vuestras empresas dentro y fuera de la patria, y prosperidad y provecho continuo en los negocios emprendidos y por emprender; queréis que os comunique buenas noticias a vosotros y a todos los vuestros, que os traiga y os anuncie nuevas favorables a vuestra república (porque, como sabéis, los otros dioses me han confiado la misión de ser el abogado de las comunicaciones y del comercio); lo mismo, pues, que vosotros queréis mi bendición para todo lo que acabo de decir, y que ponga mi esfuerzo al servicio del continuo acrecentamiento de vuestras ganancias, lo mismo os pido yo por mi parte ahora que guardéis silencio durante esta representación y que seáis para ella jueces justos y equitativos.

Ahora os voy a decir por orden de quién y para qué vengo, y al mismo tiempo os daré mi nombre: vengo por orden de Júpiter, mi nombre es Mercurio. Júpiter, mi padre, me ha enviado a vosotros con un ruego: él sabía bien que lo que os dijera de su parte sería para vosotros una orden, porque es consciente de que le reverenciáis y le

teméis, como es natural tratándose de Júpiter; pero así y todo me ha encargado que os hiciera mi petición como si fuera un ruego, en términos corteses y amables; porque es que el Júpiter este aquí de nuestra compañía, por orden del cual estoy ante vosotros, pues eso, no teme menos que cualquiera de los presentes una paliza: él ha nacido de una madre humana y de un padre humano, o sea, que no tiene que causar extrañeza a nadie que tenga sus escrúpulos; y el caso es que también yo, que soy hijo de Júpiter, tengo miedo a los palos, seguro que por influjo de mi padre. Por lo mismo vengo en son de paz y a traeros la paz: lo que yo quiero de vosotros es una cosa justa y sin problemas; yo he recibido el encargo de venir como embajador justo a hacer una petición justa a gente que también lo es; y es que no está bien pedir cosas injustas a personas justas, pero el pedir cosas justas a gente injusta, es una necedad, que los que son injustos ni quieren saber nada del derecho ni se atienen al mismo.

Pero ahora, prestad todos atención a lo que os voy a decir: vosotros debéis estar dispuestos a complacernos, que bastante es lo que hemos hecho, lo mismo yo que mi padre, por vosotros y por vuestro pueblo. Yo no tengo por qué enumerar —como he visto hacer a otros dioses en las tragedias, por ejemplo a Neptuno, el Valor, la Victoria, Marte o Belona, al ponerse a relatar los beneficios que os han hecho—, no quiero enumerar, digo, los beneficios de que para todos es artífice mi padre, el soberano de los dioses. Y es que nunca fue tampoco él así, de condición de echar en cara sus beneficios a las buenas personas. Él piensa que le estáis agradecidos por ello y que os hace a justo título los beneficios que os hace.

Ahora os voy a decir, primero a qué he venido y después os explicaré el argumento de esta tragedia. Pero bueno, ¿qué pasa?, ¿fruncís el ceño porque he dicho que iba

a ser una tragedia? Nada, no hay que apurarse, soy un dios, la transformaré; si es que estáis de acuerdo, la volveré de tragedia en comedia sin cambiar un solo de verso. ¿Queréis, sí o no? Pero tonto de mí, de preguntároslo, como si no supiera lo que queréis, siendo un dios. Ya sé lo que os gustaría: haré una mezcla, una tragicomedia; no, es que hacer que sea todo el tiempo una comedia, viniendo reyes y dioses, la verdad, no me parece ni medio bien. Vamos a ver, como también hay un papel de esclavo, haré que sea una tragicomedia, como acabo de decir. Bueno, pues Júpiter me ha dicho que os pida que vaya gente inspeccionando fila por fila a los espectadores, y que si se dan cuenta de que están allí para hacer de claque en favor de alguno de los actores, que se les coja allí mismo en prenda la toga; y los que hayan intrigado para hacer conseguir la palma a los actores o a cualquiera de los artistas (ya sea por escrito o personalmente o por un tercero), asimismo si los ediles la dieran de manera fraudulenta a alguno, ha ordenado Júpiter que se les aplique la misma ley que si hubieran intrigado para conseguir un cargo público para sí o para otro.

Júpiter ha dicho que vosotros debéis vuestras victorias a vuestro valor y no a las intrigas o al fraude: ¿por qué no va a valer la misma ley para los actores que para las personas de alta categoría? Hay que esforzarse por salir adelante por los propios méritos, no por medio de alabarderos; alabarderos tiene de sobra siempre el que actúa como debe, presupuesto que sean personas honradas los que tienen la cosa en la mano. Asimismo, me ha dicho también Júpiter que hubiera inspectores para los comediantes: que a los que encargara gentes para que los aplaudan o para quitar el favor del público a otro, que les hicieran pedazos sus disfraces y su pellejo.

No querría que os extrañarais de por qué se preocupa Júpiter ahora de los comediantes; no os asombréis: el

mismo Júpiter en persona va a representar esta comedia. ¿A qué viene esa sorpresa? ¡Como si fuera una novedad el que Júpiter haga oficio de comediante! Además, el año pasado, cuando los comediantes lo invocaron aquí en las tablas, vino en su auxilio. Y luego, en las tragedias sale de todas maneras. Esta pieza, digo, la va a representar, pues, hoy Júpiter en persona y yo junto con él. Ahora prestad atención mientras os explico el argumento de la comedia.

Esta ciudad es Tebas. En esa casa vive Anfitrión, nacido en Argos al igual que su padre, y que está casado con Alcmena, hija de Electrión. Anfitrión es ahora general en jefe del ejército, porque es que los tebanos están en guerra con los teléboas. Antes de salir para el frente, dejó embarazada a su mujer Alcmena. Bueno, yo creo que vosotros sabéis ya cómo es mi padre, lo liberal que es en todas estas materias y qué pasión tan grande pone una vez que le ha entrado algo por el ojo. Mi padre empezó a hacerle el amor a Alcmena a espaldas de su marido y se unió con ella, dejándola encinta de su unión; o sea, para que estéis bien enterados ahora con respecto a Alcmena: ella está doblemente embarazada, de su marido y del soberano Júpiter. Ahora mismito está de mi padre ahí dentro acostado con ella, y por ese motivo es esta noche más larga, mientras está disfrutando ahí con la mujer que quiere. Sólo que se ha cambiado la figura, de modo que parece que es Anfitrión. Ahora, para que no os extrañéis de mi indumentaria, de que venga aquí con figura de esclavo: os voy a ofrecer una vieja y antigua historia en una forma nueva, por eso me presento ante vosotros con una nueva indumentaria. O sea, mi padre está ahora ahí dentro, Júpiter, metamorfoseado en Anfitrión, y todos los esclavos que le ven, se creen que lo es —así cambia el pellejo cuando le da la gana—; y yo he tomado la figura del esclavo Sosia, que ha acompañado a Anfitrión a la guerra, para poder estar así al ser-

vicio de mi enamorado padre y para que la gente de la casa no me preguntara que quién era al verme andar de acá para allá. Así, como creen que soy un esclavo y un colega suyo, pues nadie me preguntará quién soy o qué es lo que hago aquí. Mi padre está ahora a sus anchas ahí dentro: está en la cama abrazado a la mujer objeto de todos sus deseos; le está contando a Alcmena todas las cosas que han pasado en la guerra; ella se cree que es su marido, y en realidad, está con un adúltero. Ahí mi padre le cuenta ahora cómo ha puesto en fuga las legiones de los enemigos y todos los trofeos que ha recibido en premio. Nosotros le hemos quitado a Anfitrión los trofeos que le han dado; claro, mi padre no tiene dificultad alguna para hacer todo lo que quiere. Pero la cosa es que hoy llega aquí Anfitrión de vuelta de la guerra y también el esclavo de quien yo he tomado la figura en que me veis. Ahora, para que nos podáis distinguir más fácilmente: yo llevaré este penachillo aquí en el sombrero, mi padre un cintillo de oro por bajo del suyo, Anfitrión no lo llevará: estos distintivos no serán visibles para la gente de la casa, pero sí para vosotros. Pero ése es Sosia, el esclavo de Anfitrión, viene del puerto con su farol. Ya me encargaré yo de mantenerle alejado de la casa cuando llegue. ¡Poned atención, que merecerá la pena el ver aquí a Júpiter y Mercurio haciendo de comediantes!

## ACTO I

### ESCENA PRIMERA

SOSIA, MERCURIO

So. — Mira que se necesita ser atrevido y confiado de verdad para, sabiendo cómo es la gente joven, andar solo

por aquí a estas horas de la noche. A ver qué haría yo ahora, si me llevara la ronda de la policía a la cárcel. Me sacarían de allí al día siguiente, como se sacan las provisiones de la despensa, para recibir una buena ración de palos; ni me sería posible defenderme, ni mi amo estaría dispuesto a prestarme ayuda, ni habría nadie que no pensara que me estaba pero que muy bien empleado. Como si fuera un yunque, se pondrían a pegarme golpes ocho tíos como castillos; ése sería el alojamiento con que me honraría oficialmente la ciudad a mi vuelta del extranjero. Y de todo esto no tiene la culpa más que la frescura de mi amo, que me ha hecho salir a la fuerza del puerto a estas horas de la noche. ¿Es que no podía haberme mandado aquí igual al ser de día? La esclavitud es más dura cuando el amo es un potentado, se es más desgraciado cuando se es esclavo de un hombre rico: de día y de noche tienes más que de sobra que hacer o que decir, de forma que no puedas parar un minuto en paz; el amo que por ser rico no tiene ni idea de lo que es el trabajo y la fatiga, se figura que es posible todo lo que a uno se le antoja; se cree que eso es la cosa más normal del mundo y no se da cuenta de los sudores que cuesta; ni se parará a pensar si está bien o mal lo que manda. O sea, que en la esclavitud hay que pasar por muchas injusticias: es una carga que hay que llevar y soportar a fuerza de sudores.

ME. — *(Aparte)* Mejor podía yo quejarme de la esclavitud que no él: a mí, que era hoy mismo libre, me ha reducido mi padre a la esclavitud; éste, que ha nacido esclavo, se queja.

SO. — Verdaderamente que soy un canalla de esclavo: ¿se me ha pasado siquiera por la imaginación invocar a los dioses al llegar y darles las gracias por los beneficios recibidos? Diablos, si me quieren pagar en la misma moneda, van a echar mano de alguien que me parta la cara a mi

llegada, por no haber agradecido ni echado cuenta de los beneficios que me han hecho.

ME. —*(Aparte.)* Éste hace lo que pocos, él mismo sabe bien lo que se merece.

SO. —Lo que ni yo ni otro ninguno de mis compatriotas hubiera podido ni soñar, eso es lo que ha sucedido: sanos y salvos nos encontramos de vuelta en la patria. Vencidos los enemigos, vuelve el ejército victorioso a la patria, después de haber dado cima a la mayor de las contiendas y muerte a los enemigos. La ciudad que ocasionó tantas dolorosas muertes al pueblo tebano ha sido vencida y expugnada por la fuerza y el valor de nuestros soldados, bajo el mando y los auspicios particularmente de Anfitrión, mi amo, que ha enriquecido a sus conciudadanos con botín, territorios y gloria y ha consolidado al rey Creón su reino. Él me ha mandado a mí por delante del puerto a casa, para que le diera estas noticias a su esposa, de cómo ha llevado a cabo la misión encomendada bajo su dirección, su mando y sus auspicios. Voy a pensar ahora cómo se lo cuento, cuando llegue; si digo mentiras, no haré más que a lo que estoy hecho; porque la verdad es, que cuando los otros peleaban con todas sus ganas, entonces yo huía con todas las mías; pero, bueno, yo haré como que he estado presente y contaré lo que he oído decir. Pero primero voy a pensar aquí para mis adentros cómo y de qué manera se lo tengo que contar. Así empezaré a decir: a lo primero, cuando llegamos allí, luego que tomamos tierra, enseguida fue Anfitrión y escogió unos delegados entre los más principales de sus jefes; los manda de embajadores y les ordena comunicar a los teléboas su propuesta: si es que están dispuestos a entregar por las buenas y sin llegar a las manos todo lo que han robado y a los autores de los robos y a devolver todo lo que se han llevado, entonces él hará retornar inmediatamente al ejército a sus lares, los argivos abandonarán el

territorio enemigo y los dejará tranquilos y en paz; si es que son otras sus intenciones y no le dan lo que les pide, entonces, está dispuesto a cargar sobre su ciudad en ataque masivo, con todo su potencial bélico.

Cuando los delegados de Anfitrión les relataron todo esto ce por be a los teléboas, que son una gente de muchos humos, van y, confiados en su valor y en sus fuerzas, con una altanería y una desconsideración sin límites, increpan a nuestros enviados y les dicen que ellos pueden salvaguardarse por la guerra a sí y a los suyos y que, por lo tanto, que se den prisa en sacar el ejército de su territorio. Cuando los legados trajeron esta respuesta, Anfitrión hace salir enseguida a todo el ejército del campamento. Por su parte, los teléboas hacen salir de la ciudad sus legiones, que iban equipadas con unas armas fantásticas. Después que salen de ambas partes con todas las tropas, se alinean los soldados, se forman las filas, nosotros disponemos nuestras legiones según nuestra costumbre y manera, los enemigos hacen igual por su parte. Después, van y salen los dos generales al medio y hablan uno con otro fuera de las filas. Se ponen de acuerdo en que los que salgan vencidos en el combate entreguen al vencedor la ciudad, sus territorios, sus altares, sus hogares y sus personas. Entonces se ponen a sonar las trompetas de un lado y del otro. Resuena la tierra, lanzan las dos partes un griterío, los dos generales, el nuestro, el de ellos, hacen votos a Júpiter, arengan cada uno a sus hombres. A continuación cada uno por su parte da de sí todo lo que está en sus fuerzas y en sus posibilidades, chocan las armas, se quiebran los dardos, retumban los cielos con el bramido de los soldados, se forma una nube con el aliento y el jadeo, caen los hombres bajo la violencia de los golpes. Al fin, se imponen nuestros soldados con arreglo a nuestros deseos: los enemigos caen a racimos, los nuestros se les echan encima, quedamos vic-

toriosos frente a nuestros arrogantes adversarios. A pesar de todo, nadie se da a la fuga ni cede un paso, siguen luchando a pie firme; prefieren perder la vida a moverse un solo paso hacia atrás; todos caen allí mismo donde estaban en pie y guardan allí la fila. Cuando Anfitrión mi amo se apercibe de ello, manda enseguida meter la caballería por la derecha; los jinetes obedecen rápidos: se lanzan por la derecha con gran griterío en un fogoso asalto, rompen las filas enemigas y aplastan sus tropas, justo castigo a la violación de la justicia.

ME. —*(Aparte.)* Hasta ahora no ha dicho ni una palabra falsa, que yo mismo estuve allí, y mi padre también, durante el combate.

SO. —El enemigo se da a la fuga; entonces los nuestros cobran ánimos; los teléboas llevan sus cuerpos acribillados de dardos en su retirada y el mismo Anfitrión le corta la cabeza por propia mano al rey Ptérelas. El combate duró desde la mañana a la tarde (que me acuerdo sobre todo de ello porque me pasé el día sin probar bocado), pero al fin, la noche puso término a la lucha con su llegada. Y al día siguiente vienen a nuestro campamento los jefes de la ciudad, con lágrimas en los ojos; llevaban en sus manos las enseñas de los suplicantes [1] y nos piden que perdonemos su falta y se entregan ellos con todas sus cosas, divinas y humanas, su ciudad y sus hijos todos, al poder y al arbitrio del pueblo tebano. Después, se le entrega a Anfitrión mi amo, en premio a su valor, la copa de oro de la que bebía el rey Ptérelas. Así se lo contaré todo a mi ama. Ahora, a lo que iba, a cumplir el encargo de mi amo y a recogerme a casa.

ME. —*(Aparte.)* Eh, eh, ese viene para acá, saldré a su encuentro, ni hablar de dejarle acercarse a la casa. Como

[1] Cf. VIRG., *En.* VIII 128, ramas de olivo adornadas con cintas; XI 101.

tengo su mismo aspecto, verás cómo le tomo el pelo. Y verdaderamente, como he tomado su figura y su condición no está mal que me apropie también de su manera de ser y de obrar; así que tengo que ser malo, pillo, ladino y echarle de la puerta con sus mismas armas, con la malicia. Pero, ¿qué es lo que ocurre ahora? Está mirando al cielo; voy a observar lo que hace.

So. — Demonio, desde luego, si hay una cosa de la que estoy seguro cien por cien, tengo la impresión de que el lucero de la noche ha cogido una borrachera y se ha quedado dormido; porque ni la Osa Mayor se mueve a parte ninguna en el cielo, ni la luna se cambia del punto por donde ha salido, ni Orión, ni Venus, ni las Pléyades se ponen: ni un pelo se mueven de donde están, ni la noche deja paso al día por parte ninguna.

Me. — *(Aparte.)* Noche, continúa como empezaste, dale gusto a mi padre. Tú prestas así el mejor de los servicios al mejor de los dioses de la mejor manera posible, no te quedarás sin recompensa.

So. — Yo no creo haber visto en mi vida una noche más larga que ésta, aparte, claro está, de una que me la pasé entera colgado, después de que me dieron de palos; bien sabe Dios que aquélla le ganó en largura a ésta. Diablos, tengo la impresión de que el sol está durmiendo después de haber bebido a base de bien; milagro si no es que durante la cena se ha pasado un si es no es de la raya con el copeo.

Me. — *(Aparte.)* ¿Qué dices, bribón? ¿Te crees que los dioses son como tú? Te las vas a tener que ver conmigo por esa manera de hablar y de portarte. Deja, acércate, te vas a encontrar con la horma de tu zapato.

So. — ¿Dónde están esos bragueteros a los que no les gusta dormir solos? Esta noche es única para pasarla con una tía que te haya costado cara.

Me. — *(Aparte.)* Según lo que dice éste, mi padre sabe

bien lo que se hace, que se deja ir echado en brazos de Alcmena, su amada.

SO. —Voy a decirle a Alcmena lo que me ha encargado el amo. Pero ¿quién es ese individuo que está ahí a la puerta a estas horas de la noche? No me hace gracia ninguna.

ME. —*(Aparte.)* Éste es un miedoso como hay pocos.

SO. —Se me está viniendo a las mientes, que ese hombre va a tejerme de nuevo la capa, con la lanzadera, a fuerza de golpes, digo.

ME. —*(Aparte.)* Tiene miedo; verás cómo le tomo el pelo.

SO. —Muerto soy: siento una desazón en los dientes: seguro que cuando me acerque me va a recibir a puñetazos. Seguro que es que se compadece de mí; como mi amo me ha hecho pasar la noche en vela, quiere hacerme dormir a fuerza de puños. Estoy perdido, ¡Santo Dios!, qué tío más grande y más forzudo!

ME. —*(Aparte.)* Voy a hablar en alto, para que me oiga lo que digo; verás cómo le entra así todavía más miedo. Venga, queridos puños, ya hace tiempo que no me llenáis la andorga. Me parece que hace un siglo desde ayer, cuando habéis dejado fuera de combate y en cueros a los cuatro tipos aquellos.

SO. —Estoy temblando, que no me cambie éste el nombre y me ponga Quinto en lugar de Sosia; afirma que ha dejado ayer fuera de combate a cuatro, mucho me temo que conmigo vamos a ser cinco.

ME. —*(Aparte.)* ¡Hala pues, así se hace!

SO. —Se arremanga la túnica; ya se está preparando.

ME. —*(Aparte)* No se escapará sin recibir palos.

SO. —Pero, ¿quién?

ME. —*(Aparte.)* El primero que se acerque aquí, se va a comer mis puños.

So.—Quita, quita, no tengo ganas de comer a estas horas de la noche, yo acabo de cenar, de modo que, si eres prudente, harás mejor en darle esa cena a gente que tenga hambre.

Me.—*(Aparte.)* ¡Menudo peso tiene este puño!

So.—¡Muerto soy, está sopesando sus puños!

Me.—*(Aparte.)* ¿Qué tal, si le hago un par de caricias, para que se duerma?

So.—Pues sería mi salvación, porque llevo ya tres noches seguidas sin pegar ojo.

Me.—*(Aparte.)* Esto es un fastidio, no doy golpe, esta mano no tiene la técnica de dar buenos guantazos; y es que tienes que dar los puñetazos de tal modo, que le cambies la cara al que le toques.

So.—Este hombre me va a dejar bien retocado y me va a modelar una cara nueva.

Me.—*(Aparte.)* A quien tú le des un buen golpe, no le tienes que dejar ni un hueso en toda la cara.

So.—Milagro si no es que está pensando éste en deshuesarme como a un besugo. ¡Al diablo con este deshuesador de hombres! Si me descubre, estoy perdido.

Me.—*(Aparte.)* A carne humana me huele de algún desgraciado.

So.—Pero bueno, ¿es que doy yo algún olor?

Me.—*(Aparte.)* Y además, quien sea, no debe estar lejos, pero es alguien que viene de lejos.

So.—Este hombre es adivino.

Me.—*(Aparte.)* Tengo los puños muy intranquilos.

So.—Pues si vas a ensayarte conmigo, por favor, desbrávalos primero contra una pared.

Me.—*(Aparte.)* Ha llegado por los aires una voz a mis oídos.

So.—Verdaderamente ha sido una mala suerte el no

cortarle un poco las alas: resulta que tengo una voz que vuela.

ME. —*(Aparte.)* Ese hombre viene aquí a buscarse su perdición a uña de caballo.

SO. —Pues lo que es yo, no tengo conmigo cabalgadura alguna.

ME. —*(Aparte.)* Hay que cargarle de puñetazos a base de bien.

SO. —Estoy cansado todavía del barco con el que hemos hecho la travesía, ¡maldición!, todavía estoy mareado, apenas puedo dar un paso sin carga, no creas que voy a poder andar con peso ninguno.

ME. —*(Aparte.)* Pues desde luego aquí habla quien sea.

SO. —Estoy salvado, no me ve; afirma que habla «quien sea», y yo no me llamo así, sino Sosia.

ME. —*(Aparte.)* Aquí por la derecha parece que hiere una voz mis oídos.

SO. —Temo no vaya a ser golpeado yo hoy a cuenta de la voz que le hiere a éste.

ME. —*(Aparte.)* ¡Estupendo, se me acerca!

SO. —Estoy aterrado, paralizado, ni siquiera podría decir en dónde demonios me encuentro, si alquien me lo pregunta, desgraciado de mí, no puedo ni dar un paso a fuerza de miedo; cosa hecha: al demonio se han ido juntitos los encargos del amo y Sosia. Pero te aseguro que voy a atreverme a hablar con el tipo este, para darle la impresión de valiente y que no me ponga así la mano encima.

ME. —¡Eh! ¿A dónde vas con el dios del fuego metido ahí en ese farol?

SO. —¿Para qué lo quieres saber, tú, que le partes a la gente los huesos de la cara a fuerza de puñetazos?

ME. —¿Eres libre o esclavo?

SO. —Soy lo que me da la gana.

ME. —¿De verdad?

SO. —Sí, de verdad.

ME. —Te estoy viendo apaleado[2].

SO. —Y yo te estoy viendo mentir.

ME. —Ya verás cómo no.

SO. —Bueno, ¿y a cuento de qué?

ME. —¿Puedo saber a dónde vas, quién es tu amo y qué es lo que quieres aquí?

SO. —Vengo aquí, soy esclavo de mi amo; ¿estás ahora mejor enterado?

ME. —¡Sinvergüenza, ya verás cómo voy yo a zumbármela a esa mala lengua!

SO. —Imposible: está muy bien guardada y es muy pudorosa.

ME. —¿Te empeñas en seguir platicando? ¿Qué tienes tú que hacer en esta casa?

SO. —Eso mismito te pregunto yo a ti.

ME. —El rey Creón pone aquí siempre un sereno por las noches.

SO. —Muy bien hecho: como nosotros estábamos fuera, aquí se ha hecho cargo él de la vigilancia; pero ahora, márchate, dile que ya han venido los de casa.

ME. —Yo no sé en qué grado eres tú de la casa o no, pero si no te largas de aquí ahora mismo, tú, que dices pertenecer a esta familia, verás la familiaridad con que te voy a recibir.

SO. —Aquí, digo, vivo yo, y soy esclavo de la familia esta.

ME. —¿Sabes una cosa? Verás cómo te voy a convertir hoy en un gran señor, si no te largas de aquí.

SO. —Y ¿cómo?

ME. —Te llevarán otros, no te irás por tus pies, si echo mano de un palo.

---

[2] El equívoco producido por la forma *verbero* en latín es difícil de reproducir en la traducción.

SO. — Pero si te digo que yo soy uno de aquí, de los de la casa.

ME. — Tú dirás los palos que quieres recibir si no te largas inmediatamente.

SO. — Pero, ¿pretendes no dejarme entrar en casa viniendo de fuera?

ME. — Pero, ¿es que es ésta acaso tu casa?

SO. — Sí que lo es, digo.

ME. — ¿Quién es tu amo entonces?

SO. — Anfitrión, que es ahora general en jefe del ejército tebano, el marido de Alcmena.

ME. — A ver, ¿cómo te llamas?

SO. — Sosia me dicen los tebanos, hijo de Davo.

ME. — Verdaderamente que por tu mal has venido hoy aquí con esa sarta de mentiras, eres el colmo de la desvergüenza, no paras de tramar enredos.

SO. — Nada de tramar enredos, trama tienen las túnicas con que vengo.

ME. — Pues sigues mintiendo, porque vienes con los pies, no con las túnicas.

SO. — Así es, en efecto.

ME. — Recibe entonces ahora una paliza en efecto, por mentir de esa manera.

SO. — En efecto te juro que no quiero.

ME. — Pues entonces te juro que vas a ser apaleado en efecto quieras que no. *(Le pega.)* Y este «en efecto» es, pero que bien seguro; no admite discusión.

SO. — ¡Misericordia, por favor!

ME. — ¿Te atreves a decir que eres Sosia, si lo soy yo?

SO. — ¡Muerto soy!

ME. — Eso no es nada para lo que te espera. ¿Quién es tu amo, pues?

SO. — Tú que me has hecho tuyo a fuerza de puños. ¡Socorro, tebanos!

ME. —¿Gritos encima, canalla? ¡Habla! ¿A qué has venido?

SO. —A que tuvieras a quien dar de puñetazos.

ME. —¿A quién perteneces?

SO. —Soy Sosia, de Anfitrión, digo.

ME. —Pues ahora, por decir falsedades, vas a recibir más golpes; yo soy Sosia, no tú.

SO. —¡Ojalá lo fueras tú y yo el que reparte palos!

ME. —¿Te atreves a decir ni una palabra más?

SO. —Ya me callo.

ME. —¿Quién es tú amo?

SO. —El que tu quieras.

ME. —Entonces, qué, ¿cómo te llamas?

SO. —De ninguna manera, sino como tú digas.

ME. —Pues, ¿no decías que eras Sosia, el esclavo de Anfitrión?

SO. —Me he confundido, lo que quise decir es que era «socio» de Anfitrión.

ME. —Bien sabía yo que no tenemos otro esclavo que se llame Sosia aparte de mí. Tienes perdida la cabeza.

SO. —¡Ojalá que fuera el mismo caso con tus puños!

ME. —Yo soy el Sosia que tú me decías que eras.

SO. —Te suplico que me permitas hablarte por las buenas sin recibir palos.

ME. —De acuerdo, pero sólo te concedo una breve tregua, si es que quieres decirme algo.

SO. —No diré nada, sino después de firmada la paz, que tú tienes unos puños más fuertes.

ME. —Habla, si quieres algo, no te haré nada.

SO. —¿Me puedo fiar de tu palabra?

ME. —Puedes fiarte.

SO. —¿Y si me engañas?

ME. —Entonces, caiga sobre Sosia la ira del dios Mercurio.

SO. —Escúchame, ahora puedo hablar con libertad lo que quiera: yo soy Sosia, esclavo de Anfitrión.

ME. —¿Otra vez con las mismas?

SO. —Hemos hecho la paz, hemos hecho un pacto; digo la verdad.

ME. —Vete al cuerno.

SO. —Puedes hacer lo que te dé la gana y como te dé la gana, que tus puños son más fuertes; pero, hagas lo que hagas, esto, ¡por Dios!, que no me lo callo.

ME. —En tu vida conseguirás jamás que no sea yo Sosia.

SO. —Y tú, te juro que no conseguirás que pertenezca a otro, ni hay donde yo esté otro Sosia fuera de mí, yo, que salí de aquí con Anfitrión para la guerra.

ME. —Este hombre está mal de la cabeza.

SO. —Eso mismo que me echas en cara, es a ti a quien te pasa; demonio, ¿es que no soy yo acaso Sosia, el esclavo de Anfitrión? ¿No ha llegado esta noche nuestro barco aquí desde el Puerto Pérsico, el barco que me ha traído? ¿No me ha mandado aquí mi amo? ¿No estoy yo ahora aquí delante de nuestra casa? ¿No tengo una farola en mi mano? ¿No hablo, no estoy despierto? ¿No acabo de recibir de éste una buena tunda? ¡Caray que no ha sido así, que todavía me duelen las mandíbulas, pobre de mí! ¿A qué pues tanto titubeo, o por qué no entro ya de una vez en nuestra casa?

ME. —¿Cómo «nuestra» casa?

SO. —Sí señor, nuestra casa.

ME. —No señor, todo lo que acabas de decir son mentiras: yo soy en realidad Sosia, el esclavo de Anfitrión, que esta noche hemos despegado con nuestro barco del Puerto Pérsico y conquistamos la ciudad donde reinaba el rey Ptérelas y nos hicimos por la fuerza de nuestras armas con las legiones teléboas, y Anfitrión en persona le cortó la cabeza al rey Ptérelas en el combate.

SO.—*(Aparte.)* Llego a dudar hasta de mí mismo, cuando le oigo a éste relatar todo esto: desde luego se sabe ce por be todo lo que ha ocurrido allí. Pero, a ver, ¿qué es el regalo que le han hecho los teléboas a Anfitrión?

ME.—La copa de oro de la que bebía el rey Ptérelas.

SO.—*(Aparte.)* Así es como ha dicho. ¿Y dónde está ahora esa copa?

ME.—En una caja que está precintada con el sello de Anfitrión.

SO.—¿Y cómo es el sello?

ME.—El sol saliendo con su cuadriga. ¿Quieres cogerme en un renuncio, ¿no es verdad, canalla?

SO.—*(Aparte.)* Sus pruebas son convincentes, tengo que buscarme otro nombre, yo no sé desde dónde ha visto éste todo eso. Pero ahora le voy a coger bien cogido, porque lo que he hecho yo estando solo, sin haber nadie presente dentro de la tienda, eso no me lo podrá decir de manera ninguna. Sí tú eres Sosia, ¿qué es lo que hiciste en la tienda mientras las legiones estaban en lo más duro del combate? Si me lo dices, me doy por vencido.

ME.—Había allí un cántaro de vino, he cogido y llenado una jarra.

SO.—*(Aparte.)* Va por buen camino.

ME.—Y me eché el vino al coleto, puro, tal como lo trajo al mundo la madre que lo parió.

SO.—*(Aparte.)* Desde luego, así fue, que yo me tragué allí una jarra de vino puro; milagro si no es que estaba él dentro.

ME.—¿Qué dices ahora? ¿Te das por vencido de que no eres Sosia?

SO.—¿Tú afirmas que no lo soy?

ME.—¿Cómo no lo voy a afirmar, si lo soy yo?

SO.—Juro por Júpiter, que lo soy yo y que no digo mentira.

ME. —Y yo juro por Mercurio que Júpiter no te creerá; porque sé muy bien, que me cree más a mí sin juramentos, que a ti con ellos.

SO. —Entonces, dime quién soy yo, si no soy Sosia.

ME. —Cuando yo no quiera ser Sosia, entonces puedes serlo tú, ahora, como lo soy yo, recibirás una paliza, si no te largas, forastero.

SO. —*(Aparte.)* ¡Diablos!, la verdad es que, cuando le miro a él, reconozco mi figura, tal como yo soy (que me he mirado muchas veces en el espejo); se parece una barbaridad a mí; tiene el mismo sombrero y el mismo vestido; es igualito que yo: las piernas, los pies, la estatura, el peinado, los ojos, la nariz y la boca, el corte de cara, la barbilla, la barba, el cuello: todo. ¿Para qué más? Si es que tiene la espalda llena de cicatrices, no hay dos cosas más parecidas. Pero si recapacito, yo soy seguro el mismo que he sido siempre; conozco a mi amo, conozco nuestra casa; tengo la cabeza clara y me doy cuenta de todo. Ea, no le hago caso, voy a llamar a la puerta.

ME. —¿A dónde vas?

SO. —A casa.

ME. —Aunque salgas corriendo de aquí montado en el carro del mismo Júpiter, ni así siquiera podrás escapar a tu perdición.

SO. —¿No puedo decir a mi ama lo que me ha encargado el amo?

ME. —Díselo a la tuya, si quieres; a la nuestra, no permitiré que le hables. Y si me haces perder los nervios, te vas a ir de aquí con las costillas hechas pedazos.

SO. —Más vale que me vaya. ¡Válgame Dios! ¿Dónde me he buscado mi perdición? ¿Dónde he sido transformado? ¿Dónde he perdido la figura de antes? ¿Es que me he dejado yo a mí mismo olvidado allí sin darme cuenta? Porque es que desde luego éste es una reproducción exacta

de mi persona, según lo que yo era hasta lo presente, es un retrato mío; nada, que se me hace ya en vida, lo que a un pobre desgraciado como yo no le iba a hacer nadie después de muerto[3].

Me voy al puerto y le contaré al amo lo que ha pasado; a no ser que él tampoco me reconozca; Júpiter lo quiera, para que hoy mismo, pelado y calvo, me den el gorro de la libertad[4]. *(Se va.)*

## ESCENA SEGUNDA

MERCURIO

ME. — ¡Qué bien me ha salido la cosa! He conseguido largar de la puerta al mayor impedimento para que mi padre pudiera continuar en los brazos de Alcmena sin riesgo alguno. Cuando el otro encuentre a su amo Anfitrión, le contará que el esclavo Sosia le ha impedido entrar en casa; Anfitrión pensará naturalmente que le está contan-

[3] Alusión al *ius imaginum,* que poseían en un principio sólo los patricios: de los difuntos de la familia que habían desempeñado una magistratura curul, se hacía después de la muerte una mascarilla de cera, que era luego pintada en colores y llevaba una inscripción con los cargos públicos desempeñados; estos retratos se guardaban en un armario en el atrio de la casa, que se abría en ocasión de fiestas familiares, pero su finalidad primera era representar a los miembros ilustres de la familia en los entierros. Valerio Máximo nos da noticia (8, 15, 1) de que la *imago* de Escipión Africano se conservaba en el templo de Júpiter en el Capitolio y de allí se sacaba para hacerla desfilar en los entierros de algún miembro de la *gens Cornelia;* la de Catón el censor se conservaba en la Curia.

[4] En Roma era el *pilleus,* un gorro de forma cónica, símbolo de libertad, el distintivo del ciudadano romano, y por eso se entregaba en el acto de la manumisión; cf. SUETONIO, *Nerón* 57, donde se da cuenta del júbilo del pueblo de Roma a la muerte de Nerón y cómo iba la gente por toda la ciudad con el *pilleus* puesto (señal de liberación).

do mentiras y no creerá que ha venido aquí como él le había ordenado, ¡buenos los voy a poner a fuerza de equívocos y de locura a los dos y a toda la casa de Anfitrión, hasta que mi padre se sacie de la mujer que ama! Al final, todos se enterarán de lo que ha pasado; luego, ya se encargará Júpiter de restablecer la armonía entre Alcmena y su marido, porque Anfitrión al principio le armará un escándalo a su mujer y la acusará de adulterio; entonces mi padre apaciguará la tempestad, por mor de ella. Pero ahora, que antes no lo dije, de Alcmena, que va a dar a luz hoy dos gemelos: uno nacerá a los nueve meses, el otro a los siete; uno de ellos es de Anfitrión, el otro de Júpiter: pero el niño menor es hijo del padre mayor, el mayor, del menor. ¿Enterados? Pero por mor de Alcmena ha procurado mi padre que nazcan al mismo tiempo, para que salga de una vez del doble trabajo y para que no se sospeche de un adulterio y queden así ocultas sus relaciones clandestinas; aunque, como os he dicho, Anfitrión se enterará al final de todo; y qué, nadie se lo tomará a mal a Alcmena; porque no parece que esté bien que un dios permita que de lo que es una transgresión y una culpa propia se le vayan a pedir cuentas a un simple mortal. Pero me callo la boca, suena la puerta: el doble de Anfitrión sale con Alcmena, su esposa de pega.

## ESCENA TERCERA

### JÚPITER, ALCMENA, MERCURIO

JÚ.—Adiós, Alcmena, continúa a la vela de nuestra casa y familia; y por favor, cuídate; ya sabes que se cumplen los meses. Yo no tengo más remedio que irme, hazte cargo tú en mi nombre del hijo o de la hija que nos nazca.

AL. —¿Qué es esto de tener que marcharte tan pronto de casa, esposo mío?

JÚ. —Bien sabe Dios, que no es que sienta disgusto de ti o de nuestro hogar; pero cuando el general no está con el ejército, ocurre más rápido lo que no debe suceder que lo que no hace falta que suceda.

ME. —*(Aparte.)* ¡Qué embustero tan perfecto, como mi padre que es! Ya veréis con qué suavidad va a calmar a la señora.

AL. —Por Dios, ya veo que tu esposa no significa nada para ti.

JÚ. —Pero, ¿es que no te basta si no hay otra mujer a la que ame igual que a ti?

ME. —*(Aparte.)* Te juro que, si Juno supiera los negocios que te traes entre manos, yo haría que prefirieras ser Anfitrión que no Júpiter.

AL. —Obras son amores y no buenas razones. Te vas antes de haber calentado siquiera en nuestro lecho el lugar donde te echaste. ¿Has venido ayer a media noche y te vas ya? ¿Te parece bien una cosa así?

ME. —*(Aparte.)* (Voy a acercarme y a hablarle, le echaré una mano a mi padre.) Por Dios, yo creo que jamás mortal alguno ha amado tan perdidamente a una mujer como tu esposo está perdidamente perdido por ti.

JÚ. —¡Bribón! ¿A mí con ésas?, ¿desapareces de mi vista? ¿Qué tienes tú que meterte en este asunto, bandido, ni decir una palabra? Como llegue a echar mano de este bastón...

AL. —Deja, por favor.

ME. —¡Qué mal han estado a punto de salirme mis primeros servicios!

JÚ. —Pero por eso que dices, querida esposa, no debes enfadarte conmigo: he venido aquí a hurtadillas, le he robado al ejército el tiempo que te he dedicado a ti, para

que fueras tú la primera que de mí oyera el éxito de mi gestión; todo te lo he contado; si no te amara más que a nadie en este mundo, no lo hubiera hecho.

ME. —*(Aparte.)* ¿No decía yo? ¡Cómo sabe coger con sus zalamerías a la cuitada!

JÚ. —Ahora, para que las tropas no se den cuenta, tengo que volver en secreto, no vayan a decir que he antepuesto mi mujer a las obligaciones públicas.

AL. —Dejas a tu esposa deshecha en lágrimas por tu partida.

JÚ. —Deja, que te vas a estropear los ojos; yo vuelvo enseguida.

AL. —Ese «enseguida» se me hace a mí muy largo.

JÚ. —No es por mi gusto que te dejo y me separo de ti.

AL. —Sí, ya lo veo, la misma noche que has venido vuelves a marcharte.

JÚ. —¿Por qué me retienes? Ya es hora: quiero salir de la ciudad antes de que amanezca. Mira, Alcmena, te dejo de regalo esta copa, que me han entregado allí en premio a mi valor, la copa de la que bebía el rey Ptérelas, a quien yo di muerte por mi mano.

AL. —Eres el de siempre. ¡Dios mío, un regalo digno de la persona que lo hace!

ME. —No, sino digno de la persona que lo recibe.

JÚ. —¿Otra vez? ¿No sabes, desgraciado, que puedo perderte?

AL. —Por favor, Anfitrión, no te enfades con Sosia por causa mía.

JÚ. —Como quieras.

ME. —*(Aparte.)* ¡Qué antipático se pone con los amoríos!

JÚ. —¿Algo más, querida?

AL. —Que me guardes tu amor aunque no esté contigo, que yo soy tuya aún en tu ausencia.

ME. —Vamos, Anfitrión, que se hace ya de día.

JÚ. —Ve tú por delante, ahora mismo te sigo. ¿Algo más?

AL. —Sí, que vuelvas pronto.

JÚ. —Vale. Vendré antes de lo que tú piensas; hale, anímate. *(Alcmena entra en casa.)* Ahora, tú, noche, que me has estado esperando, ya estás libre, deja paso al día, para que alubre a los mortales con su luz clara y resplandeciente; y tanto cuanto fuiste más larga que la noche anterior, haré que sea más corto el día, para que haya una compensación y surja de la noche el día. Me voy para alcanzar a Mercurio.

## ACTO II

### ESCENA PRIMERA

ANFITRIÓN, SOSIA

AN. —Hale, ven tras de mí.

SO. —Yo te iré siguiendo los pasos.

AN. —Eres un infame.

SO. —Pero, ¿por qué motivo?

AN. —Porque me cuentas lo que no es ni ha sido ni será jamás.

SO. —¡Equilicuatre, ya estás haciendo de las tuyas, no te fías un pelo de tu gente!

AN. —¿Qué? ¿Cómo? Te juro que te voy a cortar esa mala lengua, malvado.

SO. —Tuyo soy, o sea que haz conmigo lo que te venga bien y lo que te de la gana; pero así y todo, nunca jamás me podrás intimidar de forma que no diga las cosas tal como han sucedido.

AN.—Infame, más que infame, ¿te atreves a decirme que estás en casa estando aquí?

SO.—No digo más que la verdad.

AN.—Te vas a ganar el castigo de los dioses y también el mío.

SO.—En tu mano está, porque tuyo soy.

AN.—Bribón, ¿te atreves a burlarte de tu amo? ¿Te 565
atreves a decir una cosa que nadie jamás ha visto hasta
ahora ni es posible, el que una persona esté al mismo
tiempo en dos lugares distintos?

SO.—En efecto, así es como digo.

AN.—¡Júpiter te confunda! 570

SO.—Pero amo, ¿qué falta he cometido yo contra ti?

AN.—¿Encima me lo preguntas, malvado, mientras que sigues burlándote de mí?

SO.—Tendrías razón en reñirme, si fuera como dices; pero yo no estoy diciendo mentiras, yo no digo más que cómo son las cosas.

AN.—Yo creo que este hombre está bebido.

SO.—¡Ojalá! 575

AN.—Estás deseando una cosa que ya tienes.

SO.—¿Yo?

AN.—Sí, tú. ¿Dónde has bebido?

SO.—No he bebido en parte ninguna. 576

AN.—¡Menudo tipo está hecho éste!

SO.—Te lo he dicho cien veces: estoy en casa, digo. 577
¿Me oyes? Y estoy yo, Sosia, también aquí contigo. ¿Te lo 578
he dicho ahora bastante a las claras?

AN.—¡Anda, vete ya! 580

SO.—¿Qué pasa?

AN.—Estás apestado.

SO.—Pero, ¿por qué dices eso? Yo me encuentro bien y 583
en buena salud, Anfitrión.

AN.—Pues ya verás cómo vas a recibir tu merecido y 584a

no vas a estar bien y vas a ser un desgraciado, si es que acabo de llegar sano y salvo a casa; hazme el favor de seguirme, tú, que te estás burlando con esas locuras que dices y que después de no haber cumplido el encargo de tu amo, vienes ahora encima a reírte de él; bribón, que me vienes con unas historias imposibles, que nadie ha oído nunca jamás. Ya verás cómo van a caer todas estas mentiras sobre tus espaldas.

So. —Anfitrión, para un siervo fiel y veraz para con su amo, es la peor de las desgracias el tener que experimentar que la verdad es vencida por la violencia.

An. —Pero, maldición, discurre conmigo, ¿cómo puede ser que tú estés al mismo tiempo aquí y en casa? Dime.

So. —Pues la verdad es que estoy aquí y allí. Cualquiera puede asombrarse de una cosa así, y la verdad es que a mí no me parece menos asombroso que a ti.

An. —¿Cómo?

So. —Te digo que a mí no me parece esto menos asombroso que a ti, ni yo, bien lo sabe Dios, podía darme crédito a mí mismo, Sosia, hasta que ese Sosia que es yo mismo, hizo que le diera crédito a él: ce por be me ha relatado todo lo sucedido durante la guerra. Además, no me ha cogido sólo el nombre, sino también la figura: dos gotas de leche no pueden ser más semejantes entre sí que ese otro yo lo es de mí. Porque luego que me mandaste por delante desde el puerto a casa antes de amanecer...

An. —¿Qué?

So. —Estaba yo allí delante de la puerta mucho antes de haber llegado.

An. —¡Maldición! ¿Qué bromas son ésas? ¿Estás en tu juicio?

So. —Estoy así como ves.

An. —Alguna mano maléfica le ha metido a este hom-

bre el mal que sea dentro del cuerpo, después de que se fue de mi lado.

So. —Eso sí que es verdad, porque he sido golpeteado pero que muy malamente a fuerza de puños.

An. —¿Quién te ha pegado?

So. —Yo mismo a mí mismo, que estoy ahora allí en casa.

An. —Mucho cuidado con contestar a otra cosa que lo que te pregunto: lo primero de todo quiero que me digas, quién es ese Sosia.

So. —Tu esclavo.

An. —Yo desde luego tengo más que bastante contigo solo, ni he tenido en toda mi vida otro esclavo Sosia, aparte de ti.

So. —Pero yo ahora, Anfitrión, te digo: ya verás, como cuando llegues a casa, te encuentras allí otro esclavo Sosia aparte de mí, digo, hijo de Davo lo mismo que yo, con mi misma facha y la misma edad que yo. ¿Qué quieres que te diga? Tú tienes ahora un doble Sosia.

An. —¡Qué cosas más raras dices! Pero a mi mujer, ¿la viste?

So. —¡Pero si no se me consintió entrar en casa!

An. —¿Quién te lo impidió?

So. —El Sosia ese que te estoy diciendo todo el tiempo, el que me dio de puñetazos.

An. —Pero, ¿quién es ese Sosia?

So. —Yo, repito. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir?

An. —Vamos a ver, ¿es que te habías quedado dormido?

So. —Ni hablar.

An. —No sea que es que hayas visto a ese Sosia en sueños.

So. —No suelo yo cumplir en sueños las órdenes de mi

amo; lo vi despierto, lo mismo que despierto veo ahora, despierto estoy hablando, despierto él me apuñeteó a mí despierto.

AN. —¿Quién?

SO. —Sosia, digo, yo, él... ¿No me entiendes, por favor?

AN. —¡Maldición! ¿Quién puede entenderte? No hablas más que disparates.

SO. —Tú vas a enterarte de la verdad enseguida, cuando conozcas al esclavo Sosia ese.

AN. —Ven conmigo, que esto es lo primero que tengo que esclarecer; pero mira que se saquen del barco todas las cosas que dije.

SO. —Lo tengo presente y me cuidaré de que esté a punto todo lo que mandes, que no he hecho yo desaparecer tus órdenes de un trago junto con el vino.

AN. —¡Quiera Dios que los hechos desmientan tus palabras!

## ESCENA SEGUNDA

### ALCMENA, ANFITRIÓN, SOSIA

AL. —*(Sin ver a Anfitrión ni a Sosia.)* Bien poco es lo que al correr del tiempo en esta vida se disfruta de cosas agradables en comparación de las muchas contrariedades. Ése es el destino de todos y cada uno de nosotros en este mundo, y ésa es la voluntad de los dioses, que no haya rosa sin espina; y es que hasta es mayor el disgusto y la pena que se tiene enseguida a punto, si es que se ha tenido la suerte de disfrutar de un bien. Y esto lo sé yo ahora por experiencia propia; hay que ver, aunque corta, qué grande ha sido mi alegría de volver a ver a mi marido, una sola noche; y luego, de repente, se marcha y me deja, antes del

amanecer. Ahora me hace el efecto de que estoy aquí completamente sola, después que está él ausente, él a quien amo más que al mundo entero. Más pena me ha dado su marcha, que alegría su venida. Aunque eso sí, una cosa me hace feliz al menos, el saber que ha salido victorioso y que vuelve a la patria cubierto de gloria; eso me consuela. Consiento en que esté ausente, con tal que vuelva conseguida la victoria. Dispuesta estoy a conformarme y a soportar su ausencia con fortaleza de ánimo; si se me da en pago saberle vencedor, con eso me doy por satisfecha. El valor es por sí mismo la mejor de las recompensas. No hay nada que lo supere: la libertad, el bienestar, la vida, la hacienda y los padres, la patria y los hijos, todo lo protege y lo salva. El valor es un compendio de todos los bienes y ninguno de ellos le falta a quien está en posesión suya.

AN. —*(Sin ver a Alcmena.)* Por Dios, bien creo que mi esposa me va a recibir con los brazos abiertos; tal es el mutuo amor que nos une, sobre todo después que vuelvo habiendo tenido éxito en mi gestión y conseguida la victoria sobre los enemigos. Todos pensaban que eran indomables: bajo mi auspicio y mi mando, los hemos vencido al primer encuentro. Estoy seguro de que está esperando mi llegada con toda su alma.

SO. —Bueno, ¿y te crees tú que mi amiga no está esperando la mía?

AL. —Ése es mi marido.

AN. —*(A Sosia.)* Ven conmigo.

AL. —¿Cómo es que vuelve ahora, si decía hace nada que tenía tanta prisa por irse? ¿Será que lo hace a posta para ponerme a prueba y quiere enterarse de si es que echo de menos su ausencia? Bien sabe Dios que no tengo nada en contra de verle volver a casa.

SO. —Anfitrión, yo creo que es mejor que nos volvamos al barco.

AN. —¿Y eso, por qué motivo?

SO. —Porque aquí en casa, no nos va a ofrecer nadie un almuerzo a nuestra llegada[5].

AN. —¿Por qué se te ocurre una cosa así?

SO. —Pues porque, según veo, llegamos un poco tarde.

AN. —¿Pero por qué?

SO. —Porque a juzgar como veo al ama ahí delante de casa, me parece que está bien harta.

AN. —Si es que la dejé encinta cuando me marché.

SO. —¡Ay, pobre de mí!

AN. —¿Qué es lo que te pasa?

SO. —Ya veo que vengo a punto para acarrear agua, cumplidos los nueve meses, según la cuenta que dices.

AN. —No te apures, hombre.

SO. —¿Que no me apure? Como coja el cubo, no me vuelvas a creer en tu vida ni un pelo, si no le arranco el alma entera al maldito pozo, si me pongo.

AN. —Ven conmigo, yo le encargaré a otro ese trabajo, no padezcas.

AL. —Yo creo que mi deber sería ahora salir a su encuentro.

AN. —Anfitrión tiene el gusto de saludar a su tan deseada esposa. Alcmena, tú, la mejor de las tebanas a los ojos de tu marido, la intachable en opinión de todo el pueblo de Tebas. ¿Cómo te ha ido durante mi ausencia? ¿Estabas esperando mi llegada?

SO. —*(Aparte.)* No me digas: lo saluda con la misma alegría que si fuera un perro el que viene.

AN. —¡Qué alegría verte en estado y ya tan adelantada!

AL. —Oye, por Dios, ¿qué manera es esa de burlarte de mí? Me hablas y me saludas, como si no acabaras de verme,

[5] Era costumbre ofrecer una comida al que venía de un viaje; cf. también, por ej., *Bacchides* 94; *Curculio* 526 s.

como si llegaras ahora mismo a casa de vuelta de la guerra [y me hablas como si hiciera mucho que no me ves].

AN. —No, yo a ti, si no es ahora mismo, no te he visto en parte ninguna.

AL. —¿Por qué lo niegas?

AN. —Porque he aprendido a decir la verdad.

AL. —No hace bien el que olvida lo que aprendió. ¿Es que queréis poner a prueba mis sentimientos? ¿Por qué volvéis tan pronto? ¿Es que te ha detenido algún agüero, o es por el mal tiempo, que no te has marchado al ejército, como me dijiste hace nada?

AN. —¿Hace nada? ¿Cuándo ha sido eso que dices?

AL. —Me quieres poner a prueba: hace un rato, ahora mismo.

AN. —Por favor, ¿cómo es posible que haya sido, como dices «hace un rato, ahora mismo»?

AL. —Bueno, ¿es que crees que me pongo yo también de bromas como tú, que dices que acabas de llegar, cuando lo que acabas es de irte?

AN. —Esta mujer no dice más que locuras.

SO. —Espera un poquillo, hasta que despierte de su sueño.

AN. —¡Si está soñando despierta!

AL. —Por Dios, despierta estoy y despierta os digo lo que ha pasado, que os he visto poco antes del amanecer, lo mismo a ése que a ti.

AN. —¿En dónde?

AL. —Aquí, en tu propia casa.

AN. —Imposible.

SO. —Calla. Quizá es que el barco nos ha traído aquí desde el puerto, mientras dormíamos.

AN. —¿Ahora te vas a poner tú también a llevarle la corriente?

SO. —¿Qué quieres? ¿Es que no sabes, que si le quieres

hacer frente a un bacante en su delirio, la volverás todavía más loca de lo que está y redoblará sus golpes, y en cambio, si le llevas el humor, sales del paso con un solo sopapo?

AN. —Así y todo te juro que estoy decidido a echarle una buena reprimenda por no querer saludarme a mi llegada.

SO. —Eso es como si te pones a azuzar a avispas.

AN. —Calla. Alcmena, quiero hacerte una pregunta.

AL. —Pregunta lo que quieras.

AN. —¿Es que te has vuelto tonta o se te han subido los humos a la cabeza?

AL. —Pero, ¿cómo se te ocurre preguntarme una cosa así, marido mío?

AN. —Pues porque otras veces me saludabas siempre al llegar y me hablabas así como las mujeres decentes hacen con sus maridos. Y ahora al llegar a casa, veo que has perdido esas buenas maneras.

AL. —Por Dios, que eso lo hice ya ayer cuando llegaste, te saludé enseguida y te pregunté cómo te había ido, marido mío, y te tomé la mano y te di un beso.

SO. —¿Que tú has saludado ayer al amo?

AL. —Y a ti también, Sosia.

SO. —Anfitrión, yo había pensado que tu mujer te iba a dar un hijo, pero no es un hijo lo que lleva dentro del cuerpo.

AN. —Sino ¿qué?

SO. —Locura.

AL. —Yo estoy en mi juicio y espero, con la ayuda de Dios, dar a luz con salud a mi hijo. Pero lo que es tú, te vas a ganar una buena, si mi marido obra como debe; tú, agorero, por ese mal agüero, recibirás tu merecido.

SO. —No, sino la parturienta es la que se va a ganar

una buena, manzana[6], digo, para que tengas donde mordisquear cuando empieces a sentirte mal.

AN. — Pero, ¿dices entonces que me has visto aquí ayer?

AL. — Sí te he visto, digo, si es que quieres que te lo repita cien veces.

AN. — Será en sueños quizás.

AL. — No, sino despierta, lo mismo yo que tú.

AN. — ¡Ay pobre de mí!

SO. — ¿Pero qué te pasa?

AN. — Mi mujer se ha vuelto loca.

SO. — Eso es de la atrabilis: no hay otra cosa que haga delirar más rápido a la gente.

AN. — ¿Y desde cuándo has empezado a sentir ese mal?

AL. — Por Dios, yo estoy completamente bien.

AN. — ¿Pues por qué dices entonces que me has visto ayer, si hemos atracado en el puerto esta noche pasada? Allí he cenado y he dormido toda la noche en el barco, ni he puesto hasta ahora un pie en casa, después que marché con el ejército al país de los teléboas ni desde que los vencimos.

AL. — No señor, has cenado conmigo y conmigo te has acostado.

AN. — Pero, ¿qué dices?

AL. — La pura verdad.

AN. — En este punto, por Dios, ni pensarlo; por lo demás, no digo que no.

AL. — Tú te volviste al ejército al despuntar el alba.

AN. — ¿Pero, cómo?

SO. — Ella te lo dice así como lo tiene en la memoria: te está contando un sueño. Pero tú, ama, después que desper-

---

[6] El texto latino utiliza un equívoco entre *mālum* = paliza y *mălum* = manzana.

So. —Velo tú.

An. —Sí, está tal como yo lo sellé.

So. —Dime, amo, ¿por qué no mandas que le hagan un exorcismo, como si estuviera posesa?

An. —Por Dios, que creo que sería necesario, tiene malos espíritus dentro del cuerpo.

Al. —*(Enseñándole la copa que trae Tésala.)* Mira, no hay más que decir, toma la copa, aquí la tienes.

An. —Trae.

Al. —Anda, mira ahora, tú que te empeñas en negar los hechos; verás cómo ahora le convenzo: ¿es ésta la copa que te han regalado allí?

An. —¡Soberano Júpiter! ¿Qué ven mis ojos? Ésta es realmente la copa. Muerto soy, Sosia.

So. —¡Demonio!, o esta mujer es una bruja sin par, o la copa tiene que estar aquí dentro.

An. —Venga, abre el cofre.

So. —¿A qué lo voy a abrir? El precinto está como se debe; todo nos ha salido a pedir de boca: tú has parido a otro Anfitrión, yo he parido a otro Sosia; ahora, si es que la copa ha parido a otra copa, nos hemos duplicado los tres.

An. —Quiero abrir el cofre y ver qué pasa.

So. —Controla primero el sello, no sea que vayas luego a echarme la culpa a mí.

An. —Abre ya, que ésta nos va a volver locos con las cosas que dice.

Al. —¿De dónde la voy a haber sacado yo, si no es que tú me la has regalado?

An. —Eso es lo que quiero averiguar.

So. —¡Júpiter, oh Júpiter!

An. —¿Qué te pasa?

So. —Aquí en el cofre, no hay copa ninguna.

An. —¿Qué es lo que oigo?

SO. — La pura verdad.

AN. — Y lo vas a pagar tú, si la copa no parece.

AL. — Pero si está aquí.

AN. — ¿Quién te la ha dado?

AL. — El mismo que hace esa pregunta.

SO. — Tú me estás engañando, seguro que es que te adelantaste aquí a carrera por otro camino desde el barco en secreto y sacaste la copa de aquí y se la diste y luego volviste a precintar el cofre a escondidillas.

AN. — ¡Ay de mí! ¿Ahora te pones tú también a fomentar su locura? ¿Dices que nosotros vinimos ayer aquí?

AL. — Sí, y nada más llegar, me saludaste y yo a ti y yo te di un beso.

AN. — Ese comienzo del beso, no me hace gracia; anda, sigue.

AL. — Luego tomaste un baño.

AN. — ¿Y después del baño?

AL. — Te pusiste a la mesa.

SO. — ¡Ole, fantástico! Venga, sigue interrogándola.

AN. — No interrumpas; sigue diciendo.

AL. — Se sirvió la cena; tú cenaste conmigo, yo estaba también a la mesa.

AN. — ¿En el mismo diván?

AL. — Sí, en el mismo.

SO. — Eh, no me hace gracia esa cena.

AN. — Déjala explicarse; y después que cenamos, ¿qué?

AL. — Decías que tenías sueño; se levantó la mesa y nos fuimos a acostar.

AN. — ¿En dónde te acostaste tú?

AL. — En el mismo lecho que tú, contigo en nuestro dormitorio.

AN. — Me has perdido.

SO. — ¿Qué te pasa?

AN. — Acaba de darme muerte.

AL. —¿Por qué, por favor?

AN. —No me digas nada.

SO. —Pero, ¿qué te pasa?

AN. —Pobre de mí, estoy perdido, mi mujer ha sido seducida en mi ausencia.

AL. —Por Dios, esposo mío, dime, ¿por qué me dices una cosa así?

AN. —¿Yo soy tu esposo? Falsaria, no me llames con un nombre falso.

SO. —*(Aparte.)* Esto ya es el lío padre, si resulta que éste, de marido que era, se ha convertido en mujer.

AL. —¿Qué he hecho yo para que se me digan tales cosas?

AN. —¿Conque tú misma relatas tus hechos y luego me preguntas que en qué has faltado?

AL. —¿Qué falta he cometido yo, si he estado contigo, con quien estoy casada?

AN. —¿Que tú has estado conmigo? ¿Habráse visto algo más atrevido que esta desvergonzada? Al menos, si es que no tienes vergüenza, debías simular que la tenías.

AL. —Esa acción que tú me echas en cara, es indigna de mi linaje; si es que tratas de cogerme en delito de infidelidad, no lo vas a conseguir.

AN. —¡Dioses inmortales! ¿Me conoces tú por lo menos, Sosia?

SO. —Más o menos.

AN. —¿He cenado yo anoche en el barco en el Puerto Pérsico?

AL. —Yo también tengo testigos que pueden ratificar lo que yo afirmo.

SO. —Yo no sé decir qué es lo que aquí ocurre, como no sea que es que haya otro Anfitrión, que se ocupa en tu ausencia de tus intereses y haga aquí tu oficio mientras no estás; porque si ya es más que asombroso lo del Sosia ese

de pega, desde luego esto de un doble de Anfitrión es ya el colmo.

AN. — Aquí está de por medio el embaucador que sea, que engaña a esta mujer.

AL. — Por el reino del supremo rey del cielo te juro, y por Juno, la diosa madre, a la que me corresponde reverenciar y temer en grado sumo, que ningún mortal fuera de ti ha tocado mi cuerpo con el suyo haciéndome perder mi pudor.

AN. — ¡Ojalá sea verdad!

AL. — Verdad es lo que digo, pero en vano, porque no quieres creerme.

AN. — Se ve que eres una mujer, no te falta atrevimiento para jurar.

AL. — Quien no ha caído en falta, puede atreverse y hablar en favor propio con aplomo y con valentía.

AN. — Desde luego no te falta osadía.

AL. — Como corresponde a una mujer honrada.

AN. — Sí, de palabra.

AL. — Para mí la dote, no es lo que corrientemente recibe ese nombre, para mí la dote es la honestidad, el pudor, el dominio de la pasión, el temor de los dioses, el amor filial y la concordia entre la familia, el ser complaciente contigo, generosa con los buenos, dispuesta a ayudar a la gente de bien.

SO. — ¡Caray!, que, si es verdad lo que dice, es un modelo de mujer.

AN. — Me tiene tan cautivado, que no sé ni quién soy.

SO. — Anfitrión eres, no te dejes usurpar tu persona; tal es la manera en que se transforman aquí la gente después que hemos vuelto del extranjero.

AN. — Alcmena, estoy decidido a investigar el caso.

AL. — Por mi parte, con mucho gusto.

AN. — Dime, ¿qué te parece, si hago venir aquí del

puerto a tu pariente Náucrates, que ha hecho la travesía junto conmigo en uno y el mismo barco? Si él afirma que no ha sido así como tú dices, ¿qué debe hacerse entonces contigo? ¿Hay algún motivo entonces para que no te castigue con el divorcio?

AL. —Si es que he cometido una falta, no lo hay.

AN. —Trato hecho. Tú, Sosia, haz entrar a éstos *(los esclavos);* yo voy a buscar a Náucrates, para traerle aquí. *(Se va.)*

SO. —Ahora que estamos a solas: dime la verdad, ¿hay ahí dentro un segundo Sosia, que sea igualito que yo?

AL. —¿No te quitas de mi vista, digno esclavo de tu amo?

SO. —Me largo, si tú lo ordenas. *(Entra con los esclavos en casa.)*

AL. —Por Dios, qué cosa tan extraña, el empeñarse mi marido en echarme en cara en falso una acción tan deshonrosa; sea ello lo que sea, ya me enteraré por mi pariente Náucrates.

## ACTO III

### ESCENA PRIMERA

JÚPITER

JÚ. —Yo soy el Anfitrión que tiene por esclavo al Sosia que se convierte en Mercurio cuando le viene bien, y que tengo mi morada en el piso de arriba y que a ratos me convierto en Júpiter según me viene en gana; sólo en cuanto que llego aquí, me convierto al momento en Anfi-

trión y cambio de indumentaria. Ahora estoy aquí en atención a vosotros, para no dejaros a medias mieles con la comedia esta; también vengo para prestar ayuda a Alcmena, que se ve acusada de infidelidad por su esposo Anfitrión, siendo inocente: me haría yo culpable, si se le pidieran responsabilidades a Alcmena por una falta, que he sido yo el único en cometer. Ahora voy a hacerme pasar otra vez por Anfitrión y a poner toda la casa en una confusión sin precedentes; después haré que se descubra todo y prestaré mi ayuda a Alcmena en el momento oportuno: va a dar a luz sin dolor al mismo tiempo a la criatura que debe a su marido y a la que me debe a mí; a Mercurio le he dado orden de que me siga sin demora, para el caso de que tenga necesidad de sus servicios. Ahora voy a hablar con Alcmena.

## ESCENA SEGUNDA

### ALCMENA, JÚPITER

AL. — *(Saliendo de casa.)* No puedo resistir más en esta casa. ¡Verme acusada de infamia, de adulterio, de deshonor por mi marido! Lo que en realidad ha pasado, me grita que no ha pasado y me acusa de cosas que no han pasado y de delitos que no he cometido. ¿Piensa él quizá que me va a dejar indiferente semejante conducta? Bien sabe Dios que no será así, ni estoy dispuesta a tolerar que me acuse en falso de un tal delito: o le abandono, o me ha de dar una satisfacción y jurarme además que se arrepiente de las acusaciones que me ha hecho, siendo yo inocente.

JÚ. — *(Aparte.)* Yo soy el que tiene que poner por obra lo que pide, si es que quiero que acepte mi amor. Puesto que mi conducta ha redundado en perjuicio de Anfitrión y

salga, y que haga venir a Blefarón, nuestro piloto, para que almuerce con nosotros —que se va a quedar en realidad en ayunas y con la boca abierta cuando me vea agarrar a Anfitrión por el cuello y darle el pasaporte—.

AL. —*(Aparte.)* Qué será lo que dice ahí entre sí a solas. Abren, es Sosia que sale.

## ESCENA TERCERA

SOSIA, JÚPITER, ALCMENA

SO. —Aquí estoy, Anfitrión; si necesitas algo, a mandar que yo cumpliré tus órdenes.

JÚ. —Vienes muy a tiempo, Sosia.

SO. —¿Os habéis reconciliado ya? Es mucha la alegría que me da de veros en paz. Y es que además un esclavo como Dios manda debe estar dispuesto a regirse por sus amos y poner la misma cara que ellos, mostrarse de mal talante, si los amos lo están, y sonreír, si los amos están contentos. Pero, hale, contéstame, ¿estáis otra vez a buenas?

JÚ. —Te estás burlando, cuando sabes que yo lo había dicho todo de broma.

SO. —¿Que lo dijiste de broma? Pues yo había creído que era en serio y de verdad.

JÚ. —Me he disculpado; ya hemos hecho las paces.

SO. —Estupendo.

JÚ. —Yo entro ahora en casa, para cumplir las ofrendas prometidas.

SO. —Me parece muy bien.

JÚ. —Tú llama de mi parte al piloto de nuestro barco, a Blefarón, para que tome el almuerzo conmigo después que termine con el servicio religioso.

SO. — Estaré de vuelta antes de que lo pienses.

JÚ. — Vuelve rápido.

AL. — ¿Quieres alguna otra cosa o entro para disponer lo necesario?

JÚ. — Entra y prepáralo todo lo más rápido posible.

AL. — Tú ven cuando quieras, no tendrás que esperar.

JÚ. — Dices bien y tal como cuadra a una solícita esposa. *(Alcmena entra en casa.)* Lo que es estos dos, el esclavo y el ama, han caído en la trampa: creen que soy Anfitrión: se equivocan de parte a parte. Ahora preséntate tú aquí, divino Sosia (tú oyes mis palabras aunque estés ausente): arréglatelas para largar de aquí a Anfitrión cuando venga; inventa lo que sea, quiero que se le tome el pelo mientras yo me doy gusto aquí con la esposa a préstamo. Que me lo resuelvas todo tal como sabes que son mis deseos y asísteme durante el sacrificio que me voy a ofrecer ahora.

## ESCENA CUARTA

### MERCURIO

ME. — ¡Atrás, paso, dando calle, que nadie se atreva a ponerse en mi camino! ¡Caray!, yo creo que siendo un dios, voy a poder tener el mismo derecho de regañar al personal, si no se me quitan de enmedio, que un miserable esclavo en las comedias; ellos sólo hacen traer la noticia de que ha llegado un barco o que el viejo ha vuelto y está enfurruñado; yo estoy cumpliendo un mandato de Júpiter, por orden suya vengo, o sea, que mayor motivo aún para quitarse de enmedio y hacerme paso. Mi padre es quien me reclama, vengo a su llamada, a cumplir sus órdenes y sus mandatos. Yo soy para con mi padre lo que se dice un hijo

ejemplar: le sirvo en sus amores, le animo, le asisto, le aconsejo, comparto sus alegrías; si mi padre se siente feliz, eso supone para mí el colmo de la felicidad. Ahora está dedicado a hacer el amor: tiene razón, hace bien en darse gusto, cosa a la que en sí tienen derecho todas las personas, con tal naturalmente de que no se pasen de la raya. Ahora mi padre quiere que se la demos a Anfitrión: y tanto que se la daremos, distinguido público: ustedes van a ser testigos de ello. Me pondré una corona de flores a la cabeza y me haré el borracho. Me subiré ahí arriba, desde ahí me será facilísimo el largarle cuando se acerque; pingando le voy a poner, aunque venga sin una gota encima. Después será Sosia, su propio esclavo, el que las pague, porque le acusará de haber hecho lo que en realidad he hecho yo. Pero a mí, ¿qué? Yo lo único es llevarle la corriente a mi padre y servirle los deseos.

Mira, ahí viene Anfitrión; veréis cómo le voy a tomar el pelo, si es que estáis dispuestos a prestarnos vuestra atención. Voy dentro, para disfrazarme de borracho; luego me subiré ahí a la terraza, para largarle. *(Entra.)*

## ACTO IV

### ESCENA PRIMERA

ANFITRIÓN

AN. — No he podido hablar con Náucrates, como quería, porque no estaba en el barco, y ni en su casa ni en la ciudad encuentro a nadie que le haya visto: me he recorrido todas las calles, los polideportivos, las perfumerías; por el puerto y en el mercado, en el gimnasio y en el foro,

por las consultas de los médicos y las barberías, por todos los templos estoy cansado de buscarle: ni rastro de Náucrates por ninguna parte. Ahora voy a casa y seguiré con mis preguntas a mi mujer, a ver si puedo averiguar, quién es el que la ha deshonrado. Antes morir, que dejar hoy esta cuestión sin resolver. Pero, qué raro, han cerrado la casa. ¡Estupendo, seguimos con las mismas! Llamaré a la puerta. ¡Abrid! ¡Eh! ¿No hay nadie, sale alguien a abrir?

## ESCENA SEGUNDA

### MERCURIO, ANFITRIÓN

ME.—*(Desde arriba.)* ¿Quién es?

AN.—Yo soy.

ME.—¿Cómo «yo soy»?

AN.—Sí, yo soy.

ME.—Tú tienes contra ti a Júpiter y a los dioses todos; vas a romper las puertas.

JÚ.—¿Cómo?

ME.—Como que vas a ser un desgraciado de por vida.

AN.—¡Sosia!

ME.—Sí, Sosia soy, a no ser que pienses que se me ha olvidado. Vamos a ver, ¿qué es lo que quieres?

AN.—Descarado, ¿encima me preguntas qué es lo que quiero?

ME.—Sí señor, te lo pregunto. ¡Loco, casi has hecho saltar las puertas! ¿Es que te crees que están subvencionadas por el Estado? ¿A qué te quedas así mirándome, pasmado? ¿Qué es lo que quieres o quién eres?

AN.—¿Bribón, todavía encima me preguntas que quién soy, tú, con la cantidad de palos que llevas rotos en tus

espaldas? ¡Verás cómo te voy a calentar a fuerza de golpes por tanta insolencia!

ME. —Seguro que en tu juventud has sido un derrochador.

AN. —¿Por qué?

ME. —Porque ahora, a la vejez, me estás mendigando una paliza.

AN. —Pillo, te estás buscando tu perdición con eso que dices.

ME. —Te voy a hacer una ofrenda.

AN. —¿Por qué?

ME. —Porque te voy a obsequiar con una rociada de palos.

* * *

FRAGMENTOS

I AN. —Pues yo te voy a obsequiar con la horca, bribón.

II (ME. —) Mi amo Anfitrión está ocupado.

III (ME. —) Ahora tienes ocasión de marcharte.

IV (ME. —) Se tendría razón en romperte una olla de ceniza en la cabeza.

V (ME. —) Verdaderamente estás pidiendo que se te tire un jarro de agua a la cabeza.

VI (ME. —) Estás endemoniado. ¡Ay, el pobre! Anda, vete a buscar al médico.

VII (AL. —) Tú me has jurado que me lo habías dicho en broma.

VIII (AL. —) Por favor, que te den lo que sea, te entra el ataque. Tú estás desde luego poseso o endemoniado.

IX (AL. —) Si no ha sido así como digo, no tengo nada en contra de que me acuses de adulterio.

X (AN.—) Una mujer que en mi ausencia se ha prostituido.
XI (AN.—) ¿Qué es lo que amenazabas hacer, si hubiera llamado a esa puerta?
XII (AN.—) Allí vas a cavar más de sesenta hoyos por día.
XIII (AN.—) No intercedas por una malvada.
XIV (AL.—) Contén el aliento.
XV (JÚ.—) A este ladrón que tengo agarrado por el cuello, le he cogido en flagrante delito de adulterio.
XVI (AN.—) Yo soy, tebanos, quien tengo en mi mano a quien ha deshonrado a mi mujer en mi misma casa, este abismo de ignominia.
XVII (AN.—) ¿No te da vergüenza, canalla, de aparecer en público?
XVIII (AN.—) Clandestinamente.
XIX (JÚ.—o AN.—) Que no puedes distinguir, cuál de los dos es Anfitrión.

## ESCENA TERCERA

BLEFARÓN, ANFITRIÓN, JÚPITER

(BL.—) Arreglároslas entre vosotros; yo me marcho, que tengo que hacer. En mi vida he visto en parte ninguna semejantes prodigios.

AN.—Por favor, Blefarón, préstame tu asistencia y no te vayas.

BL.—Queda con Dios. ¿Cómo voy yo a poder prestar asistencia a nadie, si no sé a cuál de los dos se la tengo que prestar?

JÚ.—Yo me entro: Alcmena está a punto de dar a luz.

AN. — ¡Pobre de mí! ¿Qué hago yo ahora? * * * Todos me abandonan, mis defensores y mis amigos. Bien sabe Dios que no se va a burlar de mí en vano ése, quienquiera que sea; me voy derecho al rey y le expondré lo ocurrido. Yo me he de vengar de ese hechicero tesalio[7], que ha vuelto locos a toda mi gente. Pero, ¿dónde está ahora? Por Dios, se ha entrado en casa, seguro que a buscar a mi esposa. Soy el más desgraciado de todos los tebanos. ¿Qué puedo hacer, si nadie me conoce y se burlan de mí todos como les viene en gana? Ya lo tengo: entraré en casa por la fuerza y con todo el que dé, sea esclava o esclavo, mi esposa o su amante, mi padre o mi abuelo, degollado quedará en el sitio. Ni Júpiter en persona ni todos los dioses juntos, por más que se empeñen, podrán impedirme que ponga por obra lo que me he propuesto. *(Suena un trueno y cae al suelo.)*

## ACTO V

### ESCENA PRIMERA

### BROMIA, ANFITRIÓN

BR. — *(Saliendo de la casa sin ver a Anfitrión.)* Todas mis esperanzas, todos mis recursos yacen sepultados dentro de mi pecho, perdidos están todos los ánimos que hubieran anidado en mi corazón: el mar, el cielo y la tierra, el universo entero parecen aplastarme y acabar con mi vida. ¿Qué hacer en medio de tal desgracia? Tremendos son los portentos ocurridos en nuestra mansión. Morir me siento,

[7] Tesalia era famosa en cuanto a embrujos; cf. HOR., *Carm.* I 27, 21; TIB., II 4, 56; PROP., I 5, 6; OV., *Rem.* 249; PLIN., *Nat.* XXX 7.

desgraciada de mí. ¡Agua, por favor! Estoy destrozada, muerta, el dolor se apodera de mi cabeza, no puedo percibir los sonidos, nublada tengo la vista, ni hay ni puede imaginarse nadie una mujer más desgraciada que yo. ¡Qué cosas le han ocurrido a mi ama! Le llega la hora del parto y dirige una plegaria a los dioses; entonces, un estrépito, un estallido, un estruendo, un trueno: qué manera tan espantosa de tronar, tan de repente, tan de cerca; todos caen al suelo con su estallido. Entonces exclama una voz de una potencia sin límites: «Alcmena, no temas, que no estás abandonada; es un ser celeste el que está aquí para ayudarte a ti y a los tuyos, levantaos», dice, «vosotros que habéis caído al suelo atemorizados por el terror que os he infundido». Entonces, tendida en el suelo que estaba, me levanto. Me parecía que ardía la casa, tal era el resplandor que de ella salía. Oigo la voz de Alcmena que me llama. Yo estoy paralizada de terror, pero el miedo por mi ama puede más y corro a su lado para saber qué es lo que quiere y veo que ha dado a luz dos gemelos, sin que ninguno de nosotros se hubiera dado cuenta del parto ni la hubiéramos atendido. *(Divisando a Anfitrión, que está tendido en el suelo ante la casa.)* Pero, ¿qué es esto?, ¿quién es este hombre que yace ahí tendido ante nuestra casa?, ¿habrá sido herido de un rayo de Júpiter? Por Dios, eso creo, Júpiter me valga, que yace ahí como si fuera un cuerpo muerto. Voy a acercarme para ver quién es. ¡Es Anfitrión, mi amo! ¡Anfitrión!

AN. —¡Ay de mí!

BR. —Levántate.

AN. —Muerto soy.

BR. —¡Venga esa mano!

AN. —¿Quién me agarra?

BR. —Tu esclava Bromia.

AN. —Estoy temblando, Júpiter me ha fulminado,

tengo la sensación como si volviera del otro mundo. Pero, ¿por qué estás tú aquí?

BR. —El mismo espanto se ha apoderado de nosotros y nos ha llenado de terror en la casa donde tú habitas. He sido testigo de unos portentos extraordinarios. ¡Ay de mí, Anfitrión! Todavía no he podido volver en mí.

AN. —A ver, sácame de dudas. ¿Sabes tú que yo soy tu amo Anfitrión?

BR. —Sí.

AN. —Fíjate bien.

BR. —Sí lo eres.

AN. —Ésta es la única de toda mi casa que está en su juicio.

BR. —Todos lo están.

AN. —Pero mi mujer me tiene loco con su infame conducta.

BR. —Pero yo haré, Anfitrión, que tú mismo hables de otra manera y sepas que tu esposa es una mujer fiel y honrada; yo te daré pruebas convincentes de ello en pocas palabras. En primer lugar: Alcmena ha dado a luz dos gemelos.

AN. —¿Dos gemelos, dices?

BR. —Sí, dos.

AN. —¡Gracias sean dadas a los dioses!

BR. —Déjame hablar, para que te enteres que tanto tú como tu esposa gozáis del favor de los dioses.

AN. —Habla, pues.

BR. —Después que empezó a venirle el parto a tu esposa, cuando le entraron los dolores, como suelen las parturientas, suplica la ayuda de los dioses inmortales, luego de haberse purificado las manos y haberse velado la cabeza. Entonces suena un trueno espantoso; en un primer momento creímos que se venía la casa abajo; toda ella daba un resplandor igual que si fuera de oro.

AN.—Por favor, déjate ya de burlas y apresúrate a sacarme de mi incertidumbre. ¿Qué es lo que pasa luego?

BR.—Mientras ocurre todo esto, ninguno de nosotros oyó a tu mujer quejarse ni llorar: Alcmena ha dado a luz sin sentir dolor alguno.

AN.—Eso me llena de alegría, sea como sea la forma en que se ha portado conmigo.

BR.—Déjate ahora de eso y oye lo que te digo: luego que dio a luz, nos dijo que bañáramos a los niños y nosotras nos pusimos a ello; pero el que lavé yo es muy grande y tiene una fuerza extraordinaria: no hubo manera de envolverle en los pañales.

AN.—Es prodigioso lo que dices; si es que es verdad, no hay duda de que los dioses han prestado su ayuda a mi esposa.

BR.—Pues espera, que aún va a crecer tu asombro: después que le pusimos en la cuna, bajan volando al patio dos serpientes encrestadas enormes y empiezan a erguir la cabeza.

AN.—¡Ay de mí!

BR.—No temas: las serpientes se ponen a mirar a todos a su alrededor y luego que divisan a los niños, cogen y se van derechas a ellos; yo me pongo a retirar la cuna, tirando de ella hacia atrás, temiendo por las criaturas y toda asustada por mí misma, y las serpientes a perseguirnos con tanto mayor empeño. Al divisar uno de los niños a las serpientes, salta rápido de la cuna y se va derecho a atacarlas, y coge a cada una con una mano con una rapidez asombrosa.

AN.—Es portentoso, espantable, lo que cuentas, me haces temblar todo con tus palabras, pobre de mí. Pero, ¿qué es lo que pasó luego? Continúa.

BR.—El niño da muerte a las dos serpientes. Entre tanto, llama con sonora voz a tu esposa...

AN. —¿Quién?

BR. —Júpiter, el supremo señor de los dioses y los hombres: dice que ha dormido en secreto con Alcmena y que el niño que había dado muerte a las serpientes, es su hijo, y tuyo el otro.

AN. —Bien sabe Dios que no me duele, si es con Júpiter con quien tengo que partir la mitad de mi bien. Entra y di que me preparen enseguida los vasos para que en ofrenda de numerosas víctimas pida el favor del soberano Júpiter. Yo voy a hacer venir mientras al adivino Tiresias, para consultarle qué es lo que me aconseja hacer y contarle todo lo sucedido. Pero, ¿qué es esto? ¡Qué trueno tan espantoso! ¡Oh dioses, misericordia!

ESCENA SEGUNDA

JÚPITER

JÚ. —Tranquilízate, Anfitrión, vengo a ayudaros, a ti y a los tuyos; no tienes nada que temer. Déjate de adivinos y de agoreros; yo te diré lo por venir y lo pasado mucho mejor que ellos, porque soy Júpiter. En primer lugar te hago saber que me he unido con Alcmena y la he dejado encinta de mi unión, al igual que tú cuando te marchaste a la guerra; en un solo parto ha dado a luz a dos criaturas, una de ellas, la engendrada por mí, te llenará de gloria inmortal con sus hazañas. Tú puedes reanudar tus buenas relaciones con tu esposa Alcmena: ella no ha dado motivo para que la acuses, yo he sido quien la obligó a obrar así. Ahora me marcho al cielo. *(Desaparece.)*

## ESCENA TERCERA

ANFITRIÓN

AN. — Haré así como ordenas y te ruego que cumplas tus promesas. Voy a reunirme con mi mujer, al viejo Tiresias no le necesito ya.

Ahora, distinguido público, un fuerte aplauso, en atención al soberano Júpiter.

# LA COMEDIA DE LOS ASNOS

*(Asinaria)*

# INTRODUCCIÓN

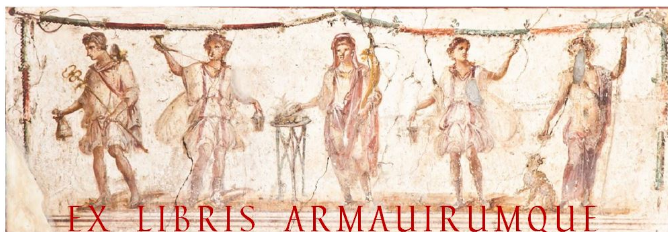
La *Asinaria* es una de las comedias plautinas menos apreciadas y hasta se ha llegado a dudar de su autenticidad (L. Havet), evidentemente sin motivo; aunque sin alcanzar la altura de las más famosas de las «varronianas», se encuentran en ella, no sólo los tipos y situaciones característicos del teatro de Plauto —el *servus currens,* la «tercera» exigente y calculadora, el padre rival del hijo en los amores, la esposa odiada del marido, etc.—, sino también escenas de una comicidad extraordinaria. Esta vez no es sólo el joven enamorado el que carece de dineros, sino también el padre, el viejo, que así y todo quiere ser condescendiente con su hijo —aunque, para decir verdad, con segundas—. Deméneto, el padre, da orden a su esclavo Líbano de sacar a quien las famosas veinte minas que necesita el hijo para hacerse con su amada; a él, desde luego, difícilmente, porque anda a la cuarta pregunta, pues su mujer Artemona es quien tiene el dinero y, como consecuencia, la sartén por el mango. En un famoso diálogo entre Argiripo —según Havet y Ernout, entre el segundo enamorado de la pieza, Diábolo—, y la 'Celestina' Cleéreta, queda clara la difícil situación en la que el joven se encuentra. Una feliz coinci-

dencia puede ponerle remedio: el mayordomo Sáurea, esclavo dotal de la adinerada Artemona, ha vendido unos asnos a un cierto mercader forastero, y un criado suyo, que viene con el encargo de entregar la suma de su importe, pregunta por la casa de Deméneto al esclavo Leónidas. A Leónidas se le ocurre al momento la genial idea de hacerse pasar por Sáurea, para quedar así en poder del dinero y hacerlo pasar a manos de su joven amo; típicos diálogos plautinos, entre Líbano y Leónidas, y luego, durante el forcejeo por convencer al forastero de que Leónidas es el mayordomo Sáurea en persona; con todo, necesitan para el éxito la prometida colaboración de Deméneto. Dinero en mano, se aprovechan los dos pillos de su aventajada posición para gastarle una serie de pesadas bromas a Argiripo y Filenio —la parte más débil de la obra, a causa del excesivo retardamiento de la acción—. Con todo, es dueño Argiripo al fin de las veinte minas y sale vencedor de su rival Diábolo. Pero no hay dicha completa: Deméneto, el padre, se hace pagar caros sus servicios: una cena y una noche con Filenio, la amada de su hijo. Viene la tensa escena final; se ha hablado de contaminación en la *Asinaria,* por la segunda intriga del personaje Diábolo. Hay que reconocer, que si Plauto ha «contaminado», ha sabido hacerlo muy bien: el despecho de Diábolo a la pérdida de su amiga, se utiliza como motivo para provocar el desenlace: la atmósfera está muy cargada, Argiripo se ve obligado durante la cena a tolerar con buena cara el ver a Filenio en brazos de Deméneto; la tormenta se avecina: Diábolo sabe cómo vengarse y manda al parásito a contar el caso a Artemona, quien tras dar rienda suelta a su amargo desengaño, le agua la fiesta al enamorado viejo. *Happy end.*

Según se nos dice en el prólogo, es el original griego de la *Asinaria* una comedia titulada *El arriero,* de Demófilo, autor del que no se conoce más que el nombre. La *Asina-*

*ria,* que se caracteriza por la ausencia casi absoluta de metros líricos, está considerada como una comedia de la primera época del poeta.

La resonancia de la *Asinaria* en la literatura posterior ha sido muy escasa.




## ARGUMENTO

Un viejo que vive bajo la férula de su mujer, quiere ayudar económicamente a su hijo, que está enamorado, y da orden de que se le entregue al esclavo Leónidas el precio de unos asnos que debía recibir Sáurea. El hijo entrega el dinero a su amiga y se la cede por una noche al padre. Un rival, desesperado de ver que le han quitado a la muchacha, se lo hace saber todo por medio de un parásito a la mujer del viejo, que se presenta y se lleva al marido del burdel.

## PERSONAJES

LÍBANO, esclavo.
DEMÉNETO, viejo.
ARGIRIPO, joven, hijo de Deméneto.
CLEÉRETA, alcahueta.
LEÓNIDAS, esclavo.
MERCADER.
FILENIO, cortesana.
DIÁBOLO, joven.
GORRÓN.
ARTEMONA, matrona, mujer de Deméneto.

La acción transcurre en Atenas.

# PRÓLOGO

Distinguido público, un poco de atención, si sois tan amables y que todos salgamos con bien, vosotros, yo y nuestra compañía y sus directores y organizadores. ¡A ver, tú, pregonero, haz que el público sea todo oídos! *(Después que ha mandado callar al público.)* Venga, ahora siéntate; pero no vayas a dejar de pedir tu salario por eso, ¿eh?

Ahora os diré el motivo por el que he salido aquí a escena y qué es lo que pretendo: se trata simplemente de deciros el título de la comedia, porque por lo que toca al argumento, bien breve que es. Ahora os voy a decir lo que dije que quería deciros: esta comedia se llama en griego *El arriero* y su autor es Demófilo; Maco la ha traducido al latín y, con vuestro permiso, la quiere titular *Asinaria;* la pieza tiene gracia y chiste, es una comedia de risa. Ahora tened la amabilidad de prestarnos vuestra atención, y que el dios Marte os siga protegiendo como ya lo ha hecho en otras ocasiones.

## ACTO I

### ESCENA PRIMERA

LÍBANO, DEMÉNETO

LÍ. —Así como tú deseas que, sano y salvo, te sobreviva tu único hijo, así te conjuro yo por tu vejez y por la persona de quien te tiene con el corazón en un puño, tu señora esposa: si me dices ahora algo que no sea la pura verdad, ojalá que te sobreviva ella una vida entera y te largues tú al otro barrio, vivo en vida de ella.

DE. —Tú me haces una pregunta invocando al dios de la Fidelidad, o sea, que veo que no me queda sino jurar también lo que te conteste. [Me apremias en una forma tal con tu pregunta, que no sería capaz de quedarme con nada dentro al contestarte.] De modo que, venga, dime enseguida qué es lo que quieres saber. Lo que yo sepa, no dejaré de hacértelo saber también a ti.

LÍ. —¡Por Dios!, Deméneto, te lo ruego, contéstame en serio a lo que te pregunte, y además sin decir mentira.

DE. —Venga, habla por esa boca.

LÍ. —¿Tienes tú intenciones de mandarme allí donde la piedra restriega a la piedra?

DE. —¿Y eso qué significa?, ¿o en dónde diablos se encuentra ese lugar?

LÍ. —Allí donde lloran las malas personas que están dedicadas a moler la polenta, en las islas Garrotarias y Arrastracadenarias, donde toros que están ya muertos arremeten contra hombres que están todavía vivos.

DE. —¡Caray!, Líbano, ya caigo a qué lugar te refieres: tú dices quizá el molino.

LÍ. — No, no, por Dios, ni lo digo, ni quiero que lo diga nadie, escupe esas palabras, por favor.

DE. — Bueno, bueno, como quieras.

LÍ. — Venga, venga, sigue escupiendo.

DE. — ¿Todavía más?

LÍ. — Sí, ¡por Dios!, todavía más, desde el fondo de las tragaderas.

DE. — Pero bueno, ¿hasta cuándo?

LÍ. — Hasta reventar.

DE. — ¡Que te la vas a ganar!

LÍ. — Hasta reventar —tu mujer, quiero decir, no tú—.

DE. — En recompensa de lo que acabas de decir, ya sabes, no tienes nada que temer.

LÍ. — Dios te oiga.

DE. — A ver, atiéndeme tú ahora: ¿por qué motivo voy yo a tener que andar sonsacándote, por qué te voy a hacer amenazas por no haberme informado o por qué, en fin, voy a estar enfadado con mi hijo como hacen otros padres?

LÍ. — ¿Qué novedades son esas? *(Aparte.)* ¡Qué cosas! Temblando estoy, no sea que me vaya a salir por peteneras.

DE. — Yo sé que mi hijo está enamorado de la prójima esta de al lado, Filenio. ¿Es así o no, Líbano?

LÍ. — Vas por buen camino: es así como dices. Pero lo peor es que le ha entrado una enfermedad muy grave.

DE. — ¿Una enfermedad? ¿Cuál?

LÍ. — A ver, pues la enfermedad de que las dádivas no corresponden a sus promesas.

DE. — ¿Eres tú el que está al servicio de sus amoríos?

LÍ. — Sí, y también Leónidas.

DE. — ¡Caray!, hacéis bien, y bien agradecido que os estoy por ello. Pero, mi mujer, Líbano, tú sabes ya la clase de pieza que es, ¿no?

LÍ. — Tú eres el primero en sufrir las consecuencias, pero nosotros no nos quedamos tampoco fuera de cuenta.

DE. —No puedo por menos de decir que es una persona molesta e inaguantable.

LÍ. —Antes te lo creo que te oigo decirlo.

DE. —De hacerme a mí caso los otros padres, Líbano, serían tolerantes con sus hijos: ésa es la única forma de granjearse su afecto y su simpatía. Por lo que a mí toca, pongo todo mi empeño en hacerlo así: yo quiero ser amado de los míos; yo quiero tomar ejemplo de mi padre, que por mor mío, fue y se disfrazó de marinero y engañó al rufián para llevarse a la joven de la que yo estaba enamorado. A su edad, no se avergonzó de una tal impostura, granjeándose así con sus bondades el afecto de su hijo. Yo estoy decidido a seguir su conducta. Es que mi hijo, Argiripo, me ha pedido hoy dinero para sus amores; y yo quiero de todos modos condescender a su ruego. [Yo quiero favorecer sus amores, quiero que sienta afecto por su padre.] Aunque su madre le tiene atado corto, cosa que por lo general son los padres los que lo suelen hacer. A mí, desde luego, no se me pasa por las mientes cosa semejante; sobre todo, una vez que él me ha hecho digno de su confianza, no estaría ni medio bien que yo no fuera a hacer honor a su buen natural; él ha acudido a mí, como debe hacer un hijo respetuoso con su padre y por eso es mi deseo que disponga de dinero para su amiga.

LÍ. —Me hace a mí el efecto que esos deseos tuyos son completamente vanos: Sáurea, el esclavo que tu mujer ha traído con su dote, dispone de más medios que tú mismo.

DE. —Verdad es que al aceptar el dinero de su dote, vendí al mismo tiempo mi autoridad. Ahora te voy a decir en dos palabras qué es lo que quiero de ti. Mi hijo necesita rápido veinte minas: ocúpate de ponerlas a su disposición sin demora.

LÍ. —¿De dónde demonios?

DE. —Sácamelas a mí.

LÍ. — No dices más que pamplinas: es como si me dices que le quite los vestidos a uno que está en cueros. ¿A ti te las voy a sacar? Venga, tú, hale, vuela sin tener alas. ¿A ti te las voy a sacar, si no dispones de una perra, a no ser que tú, a tu vez, se las saques a tu mujer?

DE. — A mí, a mi mujer, al esclavo Sáurea, según puedas, engáñanos, bírlanos el dinero: yo te doy palabra de no ponerte dificultades, si lo consigues hoy mismo.

LÍ. — ¡Menudo encarguito el que me das! Por el mar corre la liebre, por el monte la sardina.

DE. — Dile a Leónidas que te ayude; trama, inventa lo que sea: tu único objetivo tiene que ser que mi hijo disponga hoy del dinero que debe dar a su amiga.

LÍ. — Una cosa, Deméneto.

DE. — A ver.

LÍ. — Si se da la casualidad de que caigo en una emboscada, ¿estás dispuesto a redimirme, si se apoderan de mí los enemigos?

DE. — Estáte tranquilo.

LÍ. — Entonces, tú a lo tuyo. Yo me voy al foro, si no mandas más, ¿de acuerdo?

DE. — ¡Hale!, andando. ¡Ah, una cosa!

LÍ. — ¿Qué?

DE. — Si quiero algo, ¿dónde vas a estar?

LÍ. — Donde me dé la gana. Desde luego, de aquí en adelante no temo ningún mal de parte de nadie, después de que, con lo que me has dicho, me has dejado tu actitud bien clara; más todavía, tú mismo me importas un bledo, si consigo rematar mi empresa. Me voy, pues, al foro y allí daré comienzo a mi plan.

DE. — Oye, yo estaré donde el banquero Arquibulo.

LÍ. — O sea, ¿en el foro?

DE. — Sí, por si surge algo.

LÍ. — Muy bien. *(Se va.)*

DE. —No creo que haya en todo el mundo un esclavo más redomado que éste, ni más ladino, ni del que sea más difícil ponerse a salvo; pero al mismo tiempo, si es que quieres que te hagan algo en debida forma, no tienes más que encargárselo a él; preferirá la peor de las muertes antes que no dar cima a lo que ha prometido. Desde luego estoy tan seguro de que mi hijo tendrá a su disposición el dinero, como que estoy viendo ahora este bastón en mis manos. Pero me voy ya para el foro, como quería; me voy y espero allí en el banquero.

## ESCENA SEGUNDA

ARGIRIPO

AR. —*(Saliendo de casa de Cleéreta.)* Pero, ¿será posible? ¡Mira que echarme de la casa! ¿Éste es el pago que me dais por haberme portado como me he portado? Tú eres mala con quien es bueno contigo, y con el que es malo, eres buena; pero me las vas a pagar, porque me voy ahora derecho a la policía, y daré allí vuestros nombres y os va a costar la cabeza, ¡embaucadoras, maléficas, perdición de la juventud! Chico, el mar no es mar en comparación con vosotros, sois el más bravío de los mares; en el mar hice mi fortuna, aquí me he quedado limpio de ella. Ni pagado ni agradecido, todo en vano lo que os he dado, todas mis atenciones con vosotras, pero lo que es en adelante, te haré todo el mal que pueda y te lo tendrás bien merecido. Te juro, que te haré volver al punto de donde saliste, a la más cochina de las miserias, y te juro que vas a enterarte de lo que eres ahora y lo que has sido antes, tú, que antes que yo viniera con tu hija y le entregara mi amor, estabas más

pobre que una rata y tenías que contentarte con un pedazo de pan negro y un par de harapos, y dabas gracias a todos los dioses si es que no te faltaba lo poco que tenías. Tú misma, ahora que te va tanto mejor, quieres ignorarme a mí, a quien me lo debes, malvada. Ya verás qué mansa te voy a poner a fuerza de hambre, tan arisca que estás ahora, espérate. Porque yo contra tu hija no tengo nada, ella no tiene culpa ninguna; ella no actúa más que por lo que tú le dices, no hace más que obedecer tus órdenes: tú eres su madre y su ama al mismo tiempo. De ti es de quien me voy a vengar, a ti es a quien te voy a dar el golpe de gracia, como te lo mereces y conforme a tu conducta conmigo. Pero mira la malvada, cómo ni siquiera piensa que sea digno de que se me acerque, de que hable conmigo y de que intente apaciguarme. Ahí sale al fin, la embaucadora esa; yo pienso que aquí a la puerta podré decirle a mis anchas lo que me venga en gana, ya que dentro no me lo han permitido.

## ESCENA TERCERA

### CLEÉRETA, ARGIRIPO

CL. — Ni a cambio de buenos doblones de oro[1] le vendería a nadie una sola de tus palabras, puesto que en el caso

[1] El texto latino habla de filipos de oro, una moneda que acuñada por los reyes de Macedonia a partir de Filipo II (359-336) era usual en el comercio del mundo mediterráneo, y la moneda de oro corriente en Roma durante gran parte del siglo II; según noticias de T. Livio (34, 52; 37, 5; 39, 5; 39, 7; 45, 39), trajeron diversos generales romanos grandes cantidades de filipos de oro a Roma en el curso del siglo II. Plauto nombra esta moneda también repetidas veces en otras de sus comedias, mientras que no hace nunca Terencio mención de ella.

de que alguien me las quisiera comprar, todos esos insultos tuyos no son para mí más que puro oro y pura plata: tú tienes clavado el corazón aquí en nuestra casa con un dardo de Cupido; anda, prueba a huir lo más deprisa que puedas, al remo y a la vela: mientras más te vayas metiendo mar adentro, tanto más te empujarán las olas en dirección al puerto.

AR. —Pues yo te juro que no estoy dispuesto a pagar peaje aquí a este aduanero; en adelante puedes estar segura de que te trataré con arreglo a tu conducta conmigo y con mi dinero, puesto que tú no me tratas a mí en forma adecuada a mi proceder, y me echas de casa.

CL. —Bien sabido nos tenemos que todo eso no son más que bravatas, a las que luego no siguen los hechos.

AR. —Yo solo te he sacado de tu soledad y de tu miseria; aunque sea yo solo quien la posea, no podrías nunca pagarme lo que me debes.

CL. —Sí señor, poséela solo, si es que puedes también siempre solo dar el precio que te pida: con la condición de que seas tú el que ofrezca la suma más alta, puedes contar siempre con la seguridad de que tú eres el elegido.

AR. —¿Y hay acaso algún término para dar? Porque tú no te ves nunca harta; en cuanto que has recibido algo, ya estás nada más que mirando a ver qué puedes pedir de nuevo.

CL. —¿Y qué término hay para llevártela, para hacer el amor? ¿Es que te ves alguna vez harto? No has hecho más que traérmela, cuando pides otra vez que te la entregue.

AR. —Yo te he dado lo concertado.

CL. —Y yo te dejé la muchacha; una cosa se va por la otra, el servicio a cambio del dinero.

AR. —Te portas muy mal conmigo.

CL. —¿Por qué me haces reproches si cumplo con mi deber? Porque nunca jamás ha habido un escultor, ni un

pintor ni un poeta que hayan figurado que una proxeneta como Dios manda trate bien a ningún enamorado.

AR. —Es que es en tu propio interés el tener algo más de consideración conmigo, así me puedes conservar más tiempo.

CL. —¿No sabes tú una cosa? La que tiene consideraciones con los amantes, no las tiene consigo misma. Los amantes son para la proxeneta como el pescado: no son buenos más que cuando están fresquitos; sólo el pescado fresco está jugoso y agrada al paladar, da igual cómo lo prepares, cocido o asado, le des las vueltas que le des; el amante que está todavía fresquito, ése es el que está dispuesto a dar y a que le pidan lo que sea, porque su bolsa está todavía llena, no se fija en lo que da, ni en los gastos que hace, porque va a lo que va. No tiene otro deseo que el de agradar a su amiga, agradarme a mí, agradar a la acompañanta, agradar a los sirvientes, agradar también a las criadas; hasta a mi perrillo le hace carantoñas un amante nuevo, para que le haga fiestas cuando le vea. Yo no digo más que la verdad: es lo natural que cada uno ande con vista en lo que se refiere a su oficio.

AR. —Bien sé por experiencia que es verdad lo que dices, y sus buenos dineros que me ha costado.

CL. —¡Caray!, que si tuvieras ahora para dar, hablarías de otra manera; por eso piensas que te la vas a llevar a fuerza de malas palabras.

AR. —No es ésa mi manera de ser.

CL. —Tampoco es la mía el dejártela de balde. Así y todo, en atención a tu edad y a tu persona y a que nos has proporcionado más ganancias a nosotras que a tu propia reputación, si se me entregan en mano dos talentos de plata[2] contantes y sonantes, te la dejo esta noche de balde, por ser tú quien eres.

---

[2] El talento era una unidad de peso y monetaria. Un talento equivalía

AR. —¿Y si no los tengo?

CL. —Yo te creeré que es así; a ella, con todo, se la llevará otro.

AR. —¿Dónde ha quedado todo lo que hasta ahora te di?

CL. —Gastado está, que si me quedara todavía, te entregaría la muchacha, no te pediría absolutamente nada; el día, el agua, el sol, la luna, la noche, todo eso no necesito comprarlo por dinero: pero todas las otras cosas que se necesitan, no las podemos comprar más que por cuanto vos contribuisteis[3]; cuando vamos al panadero a buscar el pan, el vino al tabernero, no te dan la mercancía hasta tener el dinero en mano; el mismo sistema tenemos nosotras; nuestras manos tienen cien ojos, no creen más que lo que ven. Hay un viejo refrán que dice: inútil es obligar a pagar, etc. —tú ya sabes a quién—. No digo más.

AR. —Ahora que estoy desplumado me hablas de una manera distinta, bien otras son tus palabras ahora, digo, y antes, cuando os daba, bien diferentes de antes, cuando intentabas cazarme a fuerza de carantoñas y de zalamerías; entonces, hasta la casa misma parecía sonreírme cuando llegaba; me asegurabas, que tanto tú como tu hija me preferíais a mí entre todos los demás; cuando os daba algo, como pichones andabais las dos siempre colgadas de mi boca, no teníais otros deseos que los míos, siempre andabais tras de mí, hacíais siempre lo que yo decía, lo que yo

---

a 60 minas (=6.000 dracmas). El precio corriente de un esclavo oscilaba entre 20 y 30 minas. En la comedia latina se hace también repetidamente mención del *talentum magnum* (cf., por ej., *Aulularia* 309); en PRISCIANO, *De figuris numerorum, gramm.* III 408, se lee: *talentum Atheniense parvum minae sexaginta magnum minae octoginta tres et unciae quattuor.* Cf. el comentario de MARX a *Rudens* 728, y de STOCKERT a *Aulularia* 309.

[3] El texto latino dice *Graeca... fide;* Ernout compara la expresión con la de *ad Kalendas Graecas,* o sea, una cosa que no existe.

quería; lo que no quería, lo que os prohibía, hacíais por evitarlo, ni intentar hacerlo se os pasaba siquiera por la imaginación. Ahora en cambio, os importa tres pitos lo que quiera o deje de querer, malvadas.

CL. —Pero, ¿es que no sabes? Este oficio nuestro es parecidísimo al del pajarero. El pajarero, una vez que prepara el terreno, esparce los granos; los pájaros cogen la querencia. Para ganar algo, no hay más remedio que hacer algún gasto; vienen muchas veces a comer, pero si una vez los cazan, entonces se desquita el cazador de ellos. Lo mismo es con nosotras: la casa es para nosotras el campo de caza, el pajar soy yo, el cebo es la muchacha, el lecho es el reclamo, los enamorados son los pájaros: ellos cogen la querencia a fuerza de zalamerías, de besos, de palabras dulces y suaves; si es que tientan una tetita, no es más que en interés del pajarero; si les arrancan un besito, entonces, le tienes ya cazado sin necesidad de más redes. ¡Mira que habérsete olvidado todo esto, tú que has estado tanto tiempo en la escuela del amor!

AR. —Tú tienes la culpa, que despides a tu alumno a medio enseñar.

CL. —Tú puedes volver tranquilamente, cuando tengas para los honorarios; ahora, lárgate.

AR. —¡Espera, espera, escucha! Dime cuánto es lo que crees que te debo de dar por ella, para que no esté durante un año con ningún otro más que conmigo.

CL. —¿Tú? Veinte minas, y con una condición: si otro las entrega antes, adiós. *(Hace ademán de irse.)*

AR. —Espera, que te quiero decir todavía otra cosa, antes de que te vayas.

CL. —Di lo que te dé la gana.

AR. —Yo no estoy todavía del todo en las últimas, todavía me queda algo que perder, tengo de donde darte lo que me pides, pero sólo te lo daré imponiendo mis condi-

ciones, para que lo sepas, o sea, que esté a mi disposición todo un año y no reciba a ningún otro hombre más que a mí.

CL. — No, si quieres, mejor todavía, haré castrar a los esclavos que hay en casa. En fin tráenos un contrato, diciendo lo que quieres de nosotras; ponnos las condiciones que quieras, como te dé la gana: solamente no te olvides de traer también el dinero, por todo lo demás estoy dispuesta a pasar sin dificultad alguna. Es que, sabes, las casas de trata son muy parecidas a las de los aduaneros: si apoquinas, abiertas, si no tienes de qué apoquinar, cerradas. *(Entra en casa.)*

AR. — ¡Muerto soy, si no encuentro las veinte minas! Y desde luego, si no pierdo ese dinero, soy yo el que estoy perdido. Ahora me voy al foro y lo intentaré por todos los medios, de la forma que sea, rogaré y suplicaré a todos los amigos con los que me tope, estoy decidido a abordarlos y a suplicarles a todos lo mismo si viene a cuento que si no viene. Y si no consigo que me las presten, voy y cojo y las tomo a rédito. *(Se va en dirección al foro.)*

## ACTO II

### ESCENA PRIMERA

LÍBANO

LÍ. — ¡Caray!, de verdad, Líbano, ahora es mejor despabilarse e inventar alguna estratagema para hacerse con el dinero. Ya hace mucho que dejaste al amo y te fuiste a la plaza, para urdir algún engaño para encontrar el dinero. Allí te has pasado todo el rato hasta ahora dormitando sin

dar golpe; venga, sacude esa indolencia, fuera con esa dejadez, vuelve otra vez a tu ladina condición de siempre; ayuda a tu amo, no hagas como suelen la mayoría de los esclavos, que no son listos más que para engañarle. Pero, ¿de dónde lo voy a sacar?, ¿a quién birlárselo?, ¿a dónde dirigir mi embarcación! *(Mirando al cielo.)* Ya tengo los augurios y los presagios: las aves permiten cualquier dirección: el pájaro carpintero y la corneja por la izquierda, el cuervo y el quebrantahuesos por la derecha me alientan de consuno; desde luego que estoy dispuesto a haceros caso. Pero, ¿qué significa eso de que el picoverde golpea el olmo? Seguro que no es una casualidad. Por lo menos, según lo que yo deduzco del augurio del picoverde, hay vergajos preparados o para mí o para Sáurea, el mayordomo. Pero, ¿por qué vendrá ahí Leónidas corre que corre jadeando de esa forma? Eso me inquieta, viene por la izquierda, mal agüero para mis proyectos de engaño.

## ESCENA SEGUNDA

LEÓNIDAS, LÍBANO

LE. — *(Viene corriendo.)* ¿Dónde podré encontrar ahora a Líbano o al hijo del amo, para que pueda ponerlos más alegres que unas pascuas? ¡Menudo es el botín y el triunfo que les traigo con mi venida! Juntos nos cogemos las melopeas, juntos nos vamos de golfas, junto con ellos quiero repartir también el botín ganado.

LÍ. — *(Aparte.)* Ese tío ha desvalijado alguna casa según su costumbre. ¡Ay del que no ha sabido guardar su puerta!

LE. — Me comprometería con gusto a ser esclavo de por vida con tal de encontrar ahora a Líbano.

LÍ. —¡Caray!, desde luego por lo que a mí toca, no vas a ser libre muy pronto.

LE. —Y encima ofrecería doscientos palos con cargo a mis espaldas y además dispuestos a multiplicarse.

LÍ. —Éste se queda sin su peculio, porque todo su tesoro lo lleva cargado a sus espaldas.

LE. —Porque es que si Líbano deja escapar ahora esta ocasión, nunca jamás podrá volver a echarle mano, así vaya tras ella con una cuadriga de corceles blancos; dejará al amo cercado de sus enemigos y al mismo tiempo embravecerá a éstos. En cambio, si junto conmigo se pone a echar mano de la ocasión que se nos ofrece, proporcionará, juntamente conmigo a los amos, a los dos, al hijo y al padre, riquezas y satisfacciones sin cuento, de forma que nos queden los dos obligados de por vida, atados por los lazos de nuestros beneficios.

LÍ. —Habla de que están atados quienes sea; no me hace gracia; mucho me temo, que haya hecho alguna zalagarda por cuenta de los dos.

LE. —Perdido del todo soy, si no encuentro a Líbano inmediatamente, esté donde demonios esté.

LÍ. —Ése está buscando un camarada que comparta con él la rociada que le espera; no me hace gracia. Es una mala señal eso de sudar y tiritar al mismo tiempo.

LE. —Pero, ¿cómo es que después de venir tan a la carrera, ando tardo con los pies y ligero con la lengua? ¿Por qué no mando callar a quien me está haciendo desperdiciar mi tiempo?

LÍ. —¡Caray con el desgraciado este!, hacer violencia a su defensora; que si es que ha hecho alguna mala pasada, la lengua es quien jura en falso por él.

LE. —Voy a darme prisa, no sea que se haga demasiado tarde para poner a salvo nuestro botín.

LÍ. —Pero, ¿qué botín es ese del que habla? Voy a su

encuentro y le sacaré lo que sea. *(Yendo hacia él.)* Leónidas, se te saluda, con toda mi voz y con todas mis fuerzas.

LE. —Buenos días, palestra para palos.

LÍ. —¿Qué tal tú, abonado a la cárcel?

LE. —¡Oh, ciudadano de Cadenópolis!

LÍ. —¡Oh, delicia de los látigos!

LE. —¿Cuánto piensas tú que pesas en cueros?

LÍ. —Chico, pues no lo sé.

LE. —Ya sabía yo que no lo sabías; pero yo lo sé, te lo juro, que te he contrapesado: en cueros y encadenado pesas cien libras, si es que estás colgado por los pies.

LÍ. —¿Y eso, cómo?

LE. —Yo te explicaré cómo y de qué manera: cuando tienes colgado de los pies un peso de cien libras, las esposas en las manos y bien sujetas al travesaño, te quedas en un equilibrio perfecto y no pesas ni más ni menos que un empecatado y un bribón.

LÍ. —¡Te la vas a ganar!

LE. —Esa ganancia te la deja a ti la esclavitud en herencia.

LÍ. —Bueno, basta ya de dimes y diretes. ¿Qué es lo que hay?

LE. —He decidido hacerte confianza.

LÍ. —Hazlo con toda tranquilidad.

LE. —Vale, si es que quieres ayudar al hijo del amo en sus amoríos: tan grande es la buena oportunidad que se nos presenta de improviso, pero no sin sus ribetes de peligro; vamos a darles ocupación continua a los verdugos. Líbano, ahora es el momento en el que se precisa echarse para adelante y portarse con astucia; es tal el golpe que se me acaba de ocurrir, que vamos a ser declarados los más dignos candidatos del mundo a coleccionar suplicios.

LÍ. —Así me extrañaba yo antes de sentir una cierta intranquilidad en las espaldas, que estaban augurando alguna buena rociada. Habla, sea lo que sea.

LE. —Se trata de un gran botín con un buen acompañamiento de palos.

LÍ. —Aunque se conjuren todos para hacer caer sobre nosotros sus torturas, yo por mi parte pienso tener en casa una espalda, no necesito ir a buscarla a parte alguna.

LE. —Si eres capaz de mantener una tal firmeza de ánimo, estamos salvados.

LÍ. —Más aún, si se trata sólo de pagar con mis espaldas, estoy dispuesto a robar hasta el tesoro público: no confesaré nada, me mantendré firme, hasta juraré en falso.

LE. —Ahí tienes, eso se llama valor, el soportar las penas con entereza si llega el caso; a quien sabe llevar los males con entereza, le caen en suerte luego también los bienes.

LÍ. —Venga, explícame ya de qué se trata, que estoy deseando recibir los palos.

LE. —Vamos por partes, que descanse; ¿no ves que estoy todavía resoplando de la carrera que me he pegado?

LÍ. —Venga, venga, como quieras, si es preciso, esperaré hasta que revientes.

LE. —¿Dónde está el amo?

LÍ. —El viejo, en el foro, el joven aquí en casa.

LE. —Eso me basta.

LÍ. —Oye, ¿es que eres ya un ricachón?

LE. —Déjate de bromas.

LÍ. —Bien, soy todo oídos.

LE. —Pon atención, que sepas tanto como yo.

LÍ. —Ya estoy punto en boca.

LE. —¡Qué felicidad! ¿Te acuerdas tú de que nuestro

mayordomo vendió unos burros de Arcadia[4] a un tratante de Pela?

Lí. — Sí que me acuerdo, y qué.

Le. — Pues que el tratante ha enviado aquí el dinero, para que le sea entregado a Sáurea en pago de los susodichos burros; acaba de llegar un muchacho que lo trae.

Lí. — ¿Dónde está ese tío?

Le. — ¿Ya estás pensando en tragártelo, en cuanto que le eches la vista encima?

Lí. — Desde luego. ¿Pero tú dices aquellos burros viejos, cojos, que tenían los pobres bichos las pezuñas comidas hasta los muslos?

Le. — Los mismitos, aquellos que transportaban aquí de la finca los vergajos de olmo destinados para tu persona.

Lí. — Sí, ya sé, los que te llevaron a ti puesto en cadenas a la finca.

Le. — Tienes buena memoria. Pero, estaba yo sentado allí en la barbería, cuando me empieza el muchacho este a preguntar si es que conozco a un cierto Deméneto, hijo de Estratón. Yo le digo enseguida que sí, que le conozco, y que soy esclavo suyo, y le indico en dónde está nuestra casa.

Lí. — ¿Y luego, qué?

Le. — Luego va y dice que es portador del precio de los burros a Sáurea, el mayordomo —veinte minas—, pero que él no sabe quién es Sáurea, y en cambio, que a Deméneto lo conoce muy bien. Luego que me dijo esto...

Le. — ¿Qué?

Lí. — Escucha pues, y lo sabrás. Enseguida me pongo a dármelas de fino y de gran señor y le digo que yo soy el

[4] Los asnos de Arcadia eran famosos en Grecia, cf. Varrón, *Rust.* II 1, 14; Plinio, *Nat.* VIII 167.

mayordomo. Entonces él va y me dice: «¡Diablos!, yo no conozco a Sáurea ni sé la facha que tiene; por lo tanto, no me lo tomes a mal: si quieres, tráeme a tu amo Deméneto, que a ése me lo tengo bien conocido, y entonces te entregaré el dinero al instante». Yo le he dicho que se lo traeré y que estaría en casa a su disposición; él quería ir todavía a los baños y de allí se vendrá luego para acá. ¿Qué resolución crees que debemos tomar ahora? A ver, dime.

LÍ. — Toma, eso es lo que estoy pensando yo, cómo birlarle el dinero al portador y a Sáurea. Hay que poner deprisa manos a la obra; porque en cuanto que el forastero se adelante a traer aquí el dinero, quedamos nosotros dos fuera de combate. Es que el viejo me ha tomado hoy aparte aquí fuera de casa a mí solo y nos ha amenazado a los dos, a ti y a mí, con ponernos buenos de palos, si Argiripo no tiene hoy a su disposición la cantidad de veinte minas; ha dicho que, por él, que engañemos a su mayordomo o hasta a su mujer, y que él estaba dispuesto a prestarnos la ayuda prometida. Ahora tú, vete al foro a buscar al amo y cuéntale el plan que tenemos: tú te convertirás de Leónidas en el mayordomo Sáurea, cuando el tratante traiga el dinero para el pago de los burros.

LE. — Así lo haré.

LÍ. — Yo, entre tanto, lo entretendré aquí, si es que viene antes.

LE. — Oye, tú.

LÍ. — ¿Qué?

LE. — Si acaso te doy un puñetazo luego, cuando sea Sáurea, no se te vaya a ocurrir encabritarte.

LÍ. — Hm. A ti es a quien no se te tiene que ocurrir tocarme, por la cuenta que te tiene, no te vaya a traer mala suerte el haber cambiado de nombre.

LE. — Líbano, por favor, yo te ruego que te aguantes.

LÍ. — Aguántate tú también cuando te devuelva el mandoble.

LE. — Yo lo único que hago es decirte lo que creo que es conveniente hacer.

LÍ. — Y yo te digo, lo que estoy dispuesto a hacer.

LE. — No te niegues, hombre.

LÍ. — No, si es que te prometo, digo, devolvértelas según lo merezcas.

LE. — Yo me marcho, ya te aguantarás, estoy seguro. Pero ¿quién es ése? Es él, él en persona. Ahora mismo vuelvo; entreténle tú aquí mientras. Tengo que informar al viejo.

LÍ. — Hale, a lo tuyo, a salir pitando.

## ESCENA TERCERA

MERCADER, LÍBANO

ME. — Según los informes que me han dado, tiene que ser ésta la casa donde dicen que vive Deméneto. *(Al esclavo que le acompaña.)* Hale, muchacho, llama a la puerta y di que salga Sáurea, el mayordomo, si es que está en casa.

LÍ. — ¿Quién llama de esa forma a nuestra puerta? ¡Eh, tú!, digo, ¿me oyes?

ME. — Nadie ha puesto un dedo en la puerta hasta ahora. ¿Estás en tu juicio?

LÍ. — Me pareció que sí la habías tocado, como venías así en esta dirección. No quiero que maltrates esta puerta, que es mi colega; yo le tengo cariño a todas nuestras cosas.

ME. — Caray, si es que te pones en esa forma con todos

los visitantes, no hay peligro de que nadie le haga saltar los goznes.

LÍ. —Sí señor, esta puerta acostumbra a llamar a gritos al portero, en cuanto que ya de lejos ve acercarse a algún coceador. Pero, ¿a qué vienes, qué es lo que buscas?

ME. —Quería ver a Deméneto.

LÍ. —Si estuviera en casa, te lo diría.

ME. —¿Y su mayordomo?

LÍ. —Tampoco está.

ME. —¿Dónde está entonces?

LÍ. —Dijo que iba al barbero.

ME. —¿Y no ha vuelto todavía?

LÍ. —No señor. ¿Qué es lo que le querías?

ME. —Veinte minas hubiera cobrado, si hubiera estado aquí.

LÍ. —¿Y a cuenta de qué?

ME. —De unos asnos, que le vendió en la feria a un tratante de Pela.

LÍ. —Sí, lo sé. Y ¿tú traes ahora el importe? Yo creo que tiene que estar al llegar.

ME. —¿Qué facha tiene vuestro Sáurea? *(Aparte.)* Así podré saber, si es el que acabo de ver ahora.

LÍ. —Los cachetes hundidos, el pelo tirando a rojo, barrigudo, arisca la mirada, de mediana estatura, enfurruñado el gesto.

ME. —Un pintor no hubiera podido hacer una descripción más exacta.

LÍ. —Huy, mira, ahí le veo, viene meneando la cabeza, está de malas, ¡pobre del que se le ponga por delante, le va a costar una paliza!

ME. —Te juro que aunque venga con más humos que un Aquiles, como se desmande y llegue a ponerme un dedo encima, desmandado recibirá su ración de pelos.

## ESCENA CUARTA

LEÓNIDAS, MERCADER, LÍBANO

LE. —¡A ver qué plan es éste, que a nadie le importa tres pitos lo que yo mando! Le había dicho a Líbano que viniera a la barbería, y Líbano, que si quieres. Muy bien, eso se llama no tener consideración con sus espaldas y sus piernas.

ME. —*(A Líbano.)* ¡Oye tú, qué autoritario!

LÍ. —*(Al mercader.)* ¡Pobre de mí!

LE. —¡No, que no parece sino que es al liberto Líbano, a quien he dado los buenos días! Según parece, eres ya libre, ¿no?

LÍ. —¡Misericordia, por favor!

LE. —¡Maldición!, te aseguro que te va a costar caro el haberme salido al paso. ¿Por qué no has venido a la barbería, como te había mandado?

LÍ. —*(Señalando al mercader.)* Aquí me ha detenido.

LE. —Te juro que, por más que digas que te ha detenido el soberano Júpiter en persona, y aunque fuera él mismo a interceder por ti, jamás podrás escapar al castigo. Tú, bribón, ¿te has atrevido a despreciar mis órdenes? *(Le pega.)*

LÍ. —Forastero, estoy perdido.

ME. —Sáurea, yo te lo ruego, no le pegues por causa mía.

LE. —¡Ojalá tuviera ahora mismo un látigo en mis manos..!

ME. —¡Cálmate, por favor!

LE. —Para hacerle migas esos costados llenos de cicatrices a fuerza de zurriagazos! ¡Quita tú y déjame acabar con éste, que me pone siempre fuera de quicio, ladrón, que

no consigo encargarle lo que sea una sola vez, sino que tengo que decírselo y chillárselo cien veces lo mismo, que no puedo ya dar abasto a mi trabajo, demonios, a fuerza de gritar y de ponerme hecho una furia! ¿No te he dicho, bandido, que quitaras la mierda esta de delante de la puerta, no te he dicho que sacudieras las telarañas de las columnas? ¿No te he dicho que sacaras brillo a la clavetería de la puerta? ¡Nada! Voy a tener que ir siempre con un bastón, como si estuviera cojo. Como llevo ya tres días en el foro nada más que ocupándome de encontrar a alguien que quiera dinero a réditos, aquí vosotros entre tanto, ea, a dormir, y el amo vive en una pocilga, no en una casa. ¡Toma, pues! *(Le pega.)*

LE. —¡Forastero, yo te suplico, ayúdame!

ME. —Sáurea, déjale, por favor, hazlo por mí.

LE. —¡Eh! tú, ¿ha pagado alguien el trasporte del aceite?

LÍ. —Sí.

LE. —¿A quién le ha sido entregado el dinero?

LÍ. —A Estico, tu ayudante, en persona.

LE. —Bah, pretendes amansarme, ya lo sé yo que tengo un ayudante y que no hay otro esclavo en toda la casa de más mérito que él. Y los vinos que vendí ayer a Exerambo, el vinatero, ¿se ha hecho ya Estico cargo el dinero?

LÍ. —Yo creo que sí, porque he visto a Exerambo venir aquí con un banquero.

LE. —Así me gusta a mí hacer los negocios; la otra cantidad que me debía, apenas se la pude sacar un año después; esta vez en cambio no para hasta traernos él mismo el banquero a casa y nos hace la escritura de pago. ¿Ha traído Dromo su salario?

LÍ. —Sí, pero solamente la mitad, creo.

LE. —¿Y el resto?

LÍ. —Decía que lo iba a traer enseguida que se lo pagaran, porque es que no se lo habían entregado todavía, para

asegurarse de que iba a acabar la obra que le habían encargado.

LE. — Y las copas que le presté a Filodamo, ¿las ha devuelto?

LÍ. — Todavía no.

LE. — ¿Hm? ¿Que no? ¡No, si quieres quedarte sin algo, ve y préstalo a los amigos!

ME. — ¡Pardiez!, estoy perdido, va a acabar por echarme de aquí, qué hombre más insoportable.

LÍ. — *(A Leónidas, por lo bajo.)* Eh, tú, ya está bien, ¿no oyes lo que dice?

LE. — Sí que oigo, ya paro.

ME. — *(Aparte.)* Por fin parece que se ha callado. Lo mejor es abordarle ahora, antes que empiece otra vez a cencerrear. A ver, ¿me quieres escuchar?

LE. — Ajá, estupendo. ¿Cuánto tiempo hace que estás aquí? En serio que no te había visto, te ruego que no me lo tomes a mal, es que estaba ciego de ira.

ME. — No tiene nada de particular. Pero, si es que está en casa, quería hablar con Deméneto.

LE. — Éste *(Líbano, que le hace señales)* dice que no está; pero si es que me quieres entregar el dinero ese, te daré garantía de que está liquidada la deuda.

ME. — Yo prefiero entregártelo en presencia de tu amo Deméneto.

LÍ. — *(Al mercader.)* El amo le conoce a éste y él al amo.

ME. — En presencia del amo se lo entregaré.

LÍ. — Dáselo a riesgo mío, yo respondo de todo; porque si el amo se enterara de que no se le ha dado crédito a éste, se molestaría, una persona que goza de toda su confianza.

LE. — A mí me da igual, que no me lo entregue si no quiere; déjale ahí de plantón.

LÍ. — Dáselo, digo. ¡Ay, pobre de mí, me horroriza

pensar, que éste se vaya a figurar que es que yo he intentado convencerte de que no te fiaras de él! Págale, hombre, no te preocupes, el dinero estará a buen seguro en sus manos.

Me. —Creeré que está a buen seguro, mientras que yo lo tenga en las mías. Yo soy aquí forastero y no conozco a Sáurea.

Lí. —Pues, venga, conócelo entonces.

Me. —¡Demonio!, yo no sé si es él o no lo es. Si es que lo es, pues lo será. Yo por lo menos sé seguro, que no le entregaré este dinero a ninguna persona que no sepa seguro quién es.

Le. —¡Caray!, mal rayo te parta. No le digas ni una palabra más. Está envalentonado por tener en su poder mis veinte minas. Nadie se hace cargo entonces de ellas, vete a tu casa, largo de aquí, déjanos en paz.

Me. —¡Menos humos!; a un esclavo no le va tanta altanería.

Le. —*(A Líbano.)* Tú, te la vas a ganar, si no le dices a éste lo que se merece.

Lí. —*(Por lo bajo.)* ¿No ves que está montando en cólera?

Le. —¡Sigue, sigue!

Lí. —¡Canalla! *(Bajo.)* Entrégale el dinero a éste, por favor, que paremos ya de insultos.

Me. —Os juro que os la estáis buscando.

Le. —*(A Líbano.)* Te voy a hacer partir las piernas, si no sigues diciéndole a este desvergonzado los insultos que se merece. *(Le pega.)*

Lí. —¡Ay, muerto soy! ¡Venga, desvergonzado, miserable! ¿No quieres prestar ayuda a tu compañero de desdichas?

Le. —¿Pero todavía sigues rogándole a ese malvado?

ME. — Pero bueno, ¿qué es eso? ¿Tú, un esclavo, injurias a un hombre libre?

LE. — ¡Anda ya y vete a que te den morcilla!

ME. — A ti sí que te la van a dar, ¡maldición!, en cuanto que yo vea a Deméneto. Quedas citado a juicio. 480

LE. — No acudo.

ME. — ¿Que no acudes? ¡Mira bien lo que haces!

LE. — Y tanto.

ME. — Os juro que se me dará satisfacción a costa de vuestras espaldas.

LE. — ¡Ay de ti, canalla! ¿A ti se te va a dar satisfacción a costa de nuestras espaldas?

ME. — Y además me las vais a pagar por todos vuestros insultos.

LE. — ¿Qué, bribón? ¡Conque patibulario! ¿Es que te 484-485
piensas que rehuimos a nuestro amo? ¡Venga, vete ya al amo, delante del que nos citas, detrás del que andas ya todo el rato!

ME. — ¡Ajajá! ¿Ahora al fin? Desde luego que no sacarás ni una perra de aquí *(señalándose a sí mismo),* a no ser que Deméneto en persona me dé orden de que te lo entregue.

LE. — Haz lo que te dé la gana, hale, andando pues. Tú puedes hacer ultrajes a los demás y a ti no no se te puede decir una mala palabra, ¿no? Tanto soy yo una persona 490
como lo eres tú.

ME. — Desde luego, así es.

LE. — Anda, ven entonces conmigo. Aunque me esté mal el decirlo, nadie me ha hecho a mí hasta ahora nunca jamás un reproche merecido, ni hay hoy por hoy otra persona en toda Atenas que goce de una más reconocida fama de solvencia que yo.

ME. — Todo puede ser; pero así y todo, no te saldrás con la tuya de hacerme entregar el dinero a una persona que

no conozco. Cuando una persona te es desconocida, pues es para ti, como un lobo, no un hombre.

LE. —Ya te vas poniendo un poco más manso. Ya sabía yo que te disculparías ante mi humilde persona por tus injurias; aunque me ves así con unos atavíos de nada, pero soy un hombre como Dios manda, y mis riquezas personales no se pueden ni contar.

ME. —Todo puede ser.

LE. —También Perífanes, un rico comerciante de Rodas me entregó, en ausencia del amo, nada más que él y yo presentes, un talento de plata; hizo confianza en mí y no ha tenido motivo alguno de queja.

ME. —Todo puede ser.

LE. —Y también tú mismo, si te hubieras informado por otros sobre mí, estoy bien seguro, qué caray, de que me hubieras confiado lo que traes.

ME. —No digo que no. *(Se van.)*

## ACTO III

### ESCENA PRIMERA

CLEÉRETA, FILENIO

CL. —*(Saliendo de su casa con la hija.)* Pero bueno, ¿es que no va a ser posible que me obedezcas cuando te prohíbo algo? ¿Es que estás dispuesta a hacer caso omiso de la autoridad de tu madre?

FI. —Pero, ¿cómo me iba a ser posible guardar mis sentimientos de fidelidad, si quisiera complacerte conduciéndome en la forma que tú me mandas?

CL. —¿Es que está acaso bonito el hacer la contra a lo que yo te mando?

FI. —¿Pero qué es lo que pasa?

CL. —¿Eso se llama guardar los sentimientos de fidelidad, el menoscabar la autoridad materna?

FI. —Yo ni condeno a las que obran bien ni apruebo a las que se portan mal.

CL. — Anda, que estás hecha una enamorada con muy buen pico.

FI. — Madre, así es mi oficio: la lengua pide, el cuerpo desea, el corazón habla, los hechos te dan la pauta.

CL. — Yo quería corregirte y tú te pones ahora a hacerme reproches.

FI. —Por Dios, madre, yo ni te hago reproches ni pienso que me sería lícito el hacerlo; sólo que me lamento de mi suerte al verme separada de aquel a quien amo.

CL. —¿Me va a ser posible coger yo también la palabra en todo el santo día?

FI. — Habla tú, por ti y por mí; tú eres la que das la pauta para hablar y para callar; pero si suelto yo el remo y me dedico a no hacer nada en cubierta, no funciona nada en tu casa.

CL. —¿Qué es lo que dices, descarada, más que descarada? ¿Cuántas veces te he prohibido dirigir la palabra a Argiripo el de Deméneto, hacerle carantoñas, charlar con él, ni siquiera mirarle? A ver, ¿qué es lo que nos ha dado, qué los regalos que nos ha mandado? ¿Es que acaso piensas que las palabras zalameras son oro y las cosas bien dichas sustituyen a las dádivas? Tú eres la primera en quererle, la primera en buscarle, la primera en hacerle venir. De los que te dan, te burlas; los que se burlan de ti, por esos te mueres. ¿O es que te parece bien estar esperando, si alguno te promete que te hará rica, cuando se vaya su madre al otro barrio? ¡Por Dios!, que corremos nosotras, y toda

nuestra casa el gran peligro de morirnos de hambre mientras estamos esperando la muerte de la otra. Yo te digo, que si no me trae aquí las veinte minas dichas, que te juro que se le pondrá de patitas en la calle, a ése, que no sabe dar otra cosa más que lloriqueos. Este es el último día en el que acepto la excusa de que no tiene.

FI. — Madre, si me privas de la comida, me aguantaré.

CL. — Yo no te prohíbo amar a los que pagan para ser amados.

FI. — Pero madre, mi corazón lo tiene ya otro. ¿Qué voy a hacer? Dime.

CL. — Toma, mira mis canas, si es que quieres obrar en interés propio.

FI. — También el pastor que guarda ovejas a sueldo, madre, tiene alguna propia, con la que se consuela, déjame amar sólo a Argiripo, tal como el corazón me lo pide, él es mi elegido.

CL. — Anda y vete dentro, por Dios, no he visto cosa más descarada que tú.

FI. — Como quieras, madre, tu hija está hecha a obedecerte. *(Entran en casa.)*

## ESCENA SEGUNDA

### LÍBANO, LEÓNIDAS

LÍ. — Sean dadas alabanzas y gracias a la Alevosía, puesto que a base de nuestros timos, engaños y manipulaciones, fiados en lo sufridas que son nuestras espaldas y en la fuerza de nuestros brazos..., nosotros, que frente a látigos, hierros candentes, cruces y grillos, potros, cárceles, virotes, lazos, argollas y frente a los implacables ejecutores,

que se tienen sabidas de memoria nuestras espaldas, por haberlas marcado ya tantas veces de cicatrices... ***. Todas estas legiones y estas tropas y estos ejércitos, después de una dura lucha, se han dado a la fuga, a causa de nuestros perjurios; todo ello debido a la valentía de éste mi colega y a lo servicial que es uno. ¿Quién más intrépido para aguantar golpes?

LE. —Te juro que no podrías tú ensalzar todas tus hazañas tan bien como yo las fechorías que cometiste en tiempo de paz y de guerra. De verdad que las puedo enumerar todas una por una: cuando defraudaste al que puso confianza en ti, cuando fuiste infiel a tu amo, cuando juraste en falso solemnemente a sabiendas y como te daba la gana, cuando has horadado paredes, has sido cogido en delito de robo, cuando has tenido que defender tu causa colgado contra ocho tíos bien fornidos, que no se andan con contemplaciones y saben manejar bien los látigos.

LÍ. —Leónidas, yo confieso que es verdad lo que dices. Pero, te juro que también se pueden enumerar tus numerosas y verdaderas fechorías: cuando a sabiendas hiciste traición al que era fiel contigo, cuando has sido cogido en robo manifiesto y has sido azotado, cuando has jurado en falso, cuando has echado mano a algún objeto sagrado, cuando tantas veces has causado a los amos pérdidas, molestias y deshonor, cuando has negado que se te ha dado lo que se te ha dado, cuando has sido más fiel a tu amiga que a tu amigo, o cuando tantas veces, por tener una piel de elefante, has acabado con las fuerzas de ocho azotadores provistos de flexibles varas de olmo. ¿Qué tal la forma en que te he dado las gracias haciendo el elogio de mi colega?

LE. —Lo has hecho tal como era digno de mí, de ti y de la condición de ambos.

LÍ. —Basta ya de esto y contéstame a lo que te pregunte.

LE. —Pregunta lo que quieras.

LÍ. —¿Tienes las veinte minas?

LE. —Eres un adivino; caray, que el viejo Deméneto se ha portado de maravilla con nosotros. ¡Hay que ver con qué habilidad fingía que yo era Sáurea! Casi no pude contener la risa, cuando se puso a chillarle al otro, por no haber querido fiarse de mí en su ausencia; ni una vez se le escapó el no llamarme Sáurea, su mayordomo.

LÍ. —Espera un momento.

LE. —¿Qué es lo que pasa?

LÍ. —¿No es Filenio ésa que sale ahí con Argiripo?

LE. —Calla el pico, ellos son; vamos a escuchar lo que dicen.

LÍ. —Mira, él está llorando y ella le sujeta por la capa y llora también. ¿Qué será lo que pasa? Vamos a escuchar en silencio.

LE. —¡Eh!, se me acaba de ocurrir una cosa. ¡Si tuviera ahora mismo un palo!

LÍ. —¡Pero para qué!

LE. —Para darle a los borricos, si acaso se pusieran a rebuznar aquí dentro de la bolsa.

## ESCENA TERCERA

### ARGIRIPO, FILENIO, LÍBANO, LEÓNIDAS

AR. —¿Por qué me retienes?

FI. —Porque te quiero y si te vas, me quedo sin ti.

AR. —Adiós, que lo pases bien.

FI. —Me parece que lo pasaría un poco mejor si te quedaras.

AR. —Adiós, que sigas bien.

FI. —¿Que siga bien, cuando, al irte me pones mala?

AR. —Tu madre me ha dado un ultimátum, me ha mandado a casa.

FI. —Pues va a enterrar a su hija antes de tiempo, si me tengo que ver privada de ti.

LÍ. —¡Ahí va!, le han puesto de patitas en la calle.

LE. —Exacto.

AR. —Déjame, por favor.

FI. —¿A dónde te vas ahora? ¿Por qué no te quedas aquí?

AR. —Me quedaré luego por la noche, si quieres.

LÍ. —¿Te das cuenta qué rumboso se pone tratándose de trabajo nocturno? No parece sino que por el día estuviera más ocupado que un Solón, dictando leyes para el pueblo. ¡Qué manera de hacer papeles! Que quienes se dispongan a cumplir las leyes de éste, de seguro que no serán jamás gentes de provecho, no harán otra cosa día y noche sino empinar el codo.

LE. —Desde luego si pudieran, yo creo que no se alejaría él de ella ni un palmo, con la prisa que aparenta ahora y con tanto amagar que se marcha.

LÍ. —Calla ya el pico, que pueda oír lo que dice éste.

AR. —Adiós.

FI. —¿Pero a dónde vas con tanta prisa?

AR. —Adiós, digo; en el otro mundo nos veremos, que estoy decidido a quitarme la vida cuanto antes.

FI. —Por favor, ¿qué es lo que he hecho yo para que te empeñes en acarrearme la muerte?

AR. —¿Yo acarrearte la muerte a ti? ¿Yo, que si viera que peligraba tu vida, te entregaría la mía y que sacrificaría una parte de la mía para alargar la tuya?

FI. —¿Pues por qué amenazas con que te vas a quitar la vida? ¿Qué es lo que crees que voy a hacer yo, si haces tú eso que dices?

AR. —¡Oh, eres más dulce que la dulce miel!

FI. —Mi vida, abrázame.

AR. —Con toda mi alma.

FI. —¡Ojalá nos podamos ir así los dos juntos a la tumba!

LE. —¡Ay, Líbano, pobre de aquel que ama!

LÍ. —¡Caray, yo creo que es mucho más pobre el que está colgado!

LE. —Bien que lo sé yo por experiencia. Vamos a rodearlos, tú de un lado, yo de otro. Amo, se te saluda. Pero bueno, ¿es que es humo esa mujer que estás abrazando?

AR. —¿Por qué?

LE. —Como tienes los ojos así lagrimosos, por eso te lo preguntaba.

AR. —Habéis perdido a la persona que hubiera sido una vez para vosotros vuestro patrono.

LE. —Pues, lo que es yo, no he perdido un patrono, porque no lo he tenido nunca.

LÍ. —Hola, Filenio.

FI. —Los dioses os concedan todos vuestros deseos.

LÍ. —Si mis deseos se cumplieran, querría una noche contigo y una jarra de vino.

AR. —¡Mucho cuidado con lo que dices, bribón!

LÍ. —Es para ti para quien lo quiero, no para mí.

AR. —Entonces, si es así, di todo lo que te venga en gana.

LÍ. —Apalear a éste *(a Leónidas)* me viene en gana.

LE. —Sí, que te va a creer eso nadie, tú, marica, con esa cabeza llena de ricitos, ¿tú me vas a dar palos a mí, si tu alimento es recibirlos?

AR. —¡Cuánto más afortunados sois vosotros que yo, Líbano! A la tarde habré dejado de existir.

LÍ. —Pero bueno, ¿por qué motivo?

AR. —Por el motivo de que yo amo a Filenio y ella me ama a mí y no puedo encontrar lo que darle, y su madre, a pesar de mi amor, me ha echado de casa. Veinte minas me han llevado a la muerte, veinte minas, que ha prometido Diábolo entregarle hoy a ella, para que no la deje estar con otro un año entero. ¿Os dais cuenta de la fuerza y del poder que tienen veinte minas? El que las pierde, queda a buen seguro; yo, que no las pierdo, estoy perdido.

LÍ. —¿Ha entregado el otro ya el dinero?

AR. —No.

LÍ. —Entonces, anímate, no padezcas.

LE. —Ven por aquí un momento, Líbano, que quiero hablar a solas contigo.

LÍ. —Como quieras. *(Se retiran los dos.)*

AR. —Venga ya, abrazaos de paso, que así se habla con más gusto.

LÍ. —Una y la misma cosa no agrada de la misma manera a todos, amo, sábetelo. A vosotros, que estáis enamorados, os gusta charlar abrazados; yo no tengo interés ninguno en que éste me abrace y a él le pasa otro tanto de lo mismo conmigo. O sea, que haz tú eso que nos aconsejas a nosotros que hagamos.

AR. —Yo desde luego, y bien sabe Dios que con mucho gusto; retiraos ahí entre tanto un poco, si os parece.

LE. —*(A Líbano.)* ¿Quieres que le gastemos una broma al amo?

LÍ. —Y bien merecido que se lo tiene.

LE. —¿Quieres que haga que me abrace Filenio delante de él?

LÍ. —¡Ja, que si quiero!

LÍ. —Ven conmigo.

AR. —¿Habéis dado ya con alguna solución? Ya habéis charlado bastante.

LE. —Escuchadme y prestadme atención y tragaos lo

que voy a decir. En primer lugar, nosotros no negamos ser tus esclavos; pero si se te entregan veinte minas, ¿cómo nos llamarás?

AR. — Libertos.

LE. — ¿Patronos no?

AR. — Sí, más bien eso.

LE. — Aquí, en esta bolsa, hay veinte minas; si quieres, te las doy.

AR. — Los dioses te guarden siempre, guardián de tu amo, gloria del pueblo, tesoro de riquezas, salud de los humanos [5], y soberano del amor. Suelta la bolsa aquí, ponla llanamente en mi cuello.

LE. — No, que no quiero, que siendo mi amo, me lleves esa carga.

AR. — ¿Por qué no te liberas de ese peso y me lo cargas a mí?

LE. — Yo la llevaré; tú, como corresponde al señor, marcharás delante de mí sin carga alguna.

AR. — Entonces, ¿qué?

LE. — ¿Qué hay?

AR. — ¿Por qué no me entregas la bolsa, para que yo sienta su peso sobre mis hombros?

LE. — Dile a ésta *(Filenio),* a quien se las va a dar, que me la pida y que se entienda conmigo, que me hace el efecto que tiene mucha pendiente el lugar donde dices que te la ponga llanamente.

FI. — Leónidas, mis ojos, rosa mía, mi alma, alegría mía, dame el dinero, no quieras separar a dos enamorados.

LE. — Llámame entonces tu gorrioncete, tu pollito, tu codorniz, dime que soy tu corderito, tu cabrito, tu ternerito, cógeme de las orejas y pon tus labios en los míos.

AR. — ¿A ti te va a besar, bribón?

---

[5] Texto corrupto.

LE. —¿Y qué tiene eso de malo? Te juro que no vas a llevarte nada, a no ser que te abraces a mis rodillas.

AR. —A la fuerza ahorcan: serán abrazadas. ¿Me das lo que te pido?

FI. —Anda, Leónidas de mi alma, ayuda al amo en sus amores, redímete de la esclavitud con este beneficio y cómprate con este dinero.

LE. —Eres un encanto y una delicia, y si este dinero fuera mío, no me lo pedirías en vano; más vale que se lo pidas a ése, él me lo ha dado a mí para que lo guardara. Hale, monada, allí; toma, Líbano. *(Le da la bolsa.)*

AR. —Tú, patibulario, ¿otra vez me burlas?

LE. —Jamás lo haría, si no hubieras abrazado mis rodillas de tan mala gana. Venga, ahora te toca a ti, sigue con la broma y abraza a la joven.

LÍ. —Calla, ya verás.

AR. —Vamos a abordar ahora a éste, Filenio, que es una buena persona, a diferencia de ese ladrón.

LÍ. —Vamos a dar unos paseítos, ahora les toca suplicarme a mí.

AR. —¡Caray!, por favor, Líbano, si quieres salvar a tu amo de hecho, dame esas veinte minas. Tú ves que estoy enamorado y no tengo dinero.

LÍ. —Ya se verá. En principio, estoy dispuesto a ello. Vuelve al anochecer. Por lo pronto, dile a ésta que me lo pida y que se entienda conmigo.

FI. —¿Quieres que te lo pida nada más que diciéndote cositas, o tengo que darte un beso?

LÍ. —Las dos cosas.

FI. —Hala pues, Líbano, yo te suplico, sálvanos tú también a los dos.

AR. —¡Oh Líbano, patrono mío, entrégame eso! Es más oportuno que sea el liberto y no el patrón quien lleve la carga por la calle.

FI. —Líbano querido, tú, niña de mis ojos, eres un amor y un encanto, por favor, yo hago todo lo que tú quieras, pero danos ese dinero.

LÍ. —Entonces, llámame patito, paloma o cachorrito, golondrina, grajito, gorrioncito chiquitín, haz de mí una serpiente, que tenga una lengua doble, haz de tus brazos un collar, cuélgate de mi cuello.

AR. —¿Que se cuelgue de tu cuello, bandido?

LÍ. —¿Es que te parece que no lo merezco? Para que no hayas dicho en vano un tal despropósito, verás, me vas a servir de montura, si es que quieres hacerte con el dinero.

AR. —¿Que te sirva de montura?

LÍ. —¿Que te vas a llevar el dinero de otra manera?

AR. —¡Ay de mí! Si te parece que está bien que el amo sirva de montura a su esclavo, sube.

LÍ. —Así hay que domar a estos engreídos; ponte, pues, así como cuando eras un chiquillo, sabes lo que quiero decir. *(Argiripo se pone a cuatro patas.)* Venga, así, muy bien, desde luego, en cuanto a penco, no hay otro más listo que tú.

AR. —Hale, sube.

LÍ. —Ahora mismo. ¡Eh, qué es eso! ¡Qué manera de marchar es ésa! Te voy a acortar la ración de cebada si no coges un buen trote.

AR. —Líbano, por favor, ya está bien.

LÍ. —Ni que lo pienses; ahora te espolearé para que subas una cuesta arriba al galope, después te mandaré al molino para que te las hagan pasar negras a fuerza de correr. ¡Sooo! Que me baje ya en la cuesta abajo, aunque no te lo mereces de malo que eres.

AR. —Y ahora, ¿qué?; por favor, después de que nos habéis tomado el pelo como os ha dado la gana, ¿nos dais el dinero?

LÍ. —Con la condición de que me dediques una estatua

y un altar y de que me hagas la ofrenda de un toro, como si fuera un dios, que yo soy para ti la divinidad de la Salud en persona.

LE. —Amo, no le hagas caso a éste y ocúpate conmigo y dame a mí los honores que él te ha pedido y hazme una súplica.

AR. —Y a ti, ¿qué divinidad te voy a llamar?

LE. —Yo soy la Fortuna y la Fortuna a tus pies.

AR. —Eso me gusta más.

LÍ. —Tú, ¿es que hay algo mejor para el hombre que la Salud?

AR. —Yo puedo alabar a la Fortuna sin por eso hacer de menos a la Salud.

FI. —Por Dios, las dos son buenas personas.

AR. —Estaría de acuerdo, si es que recibo de ellas un beneficio.

LE. —A ver, expresa un deseo que quieras que se te cumpla.

AR. —Y si lo hago, ¿qué?

LE. —Pues se te realizará.

AR. —Yo deseo todo un año entero el favor de Filenio.

LE. —Ya lo has conseguido.

AR. —¿De verdad?

LE. —De verdad, te digo.

LÍ. —Ahora, dirígete a mí y haz la prueba: expresa el deseo que quieres que se te cumpla: se te cumplirá.

AR. —¿Qué otra cosa voy yo a desear más sino aquello que me falta, veinte minas contantes y sonantes para dárselas a la madre de Filenio?

LÍ. —Se te darán, un poco de optimismo; se te cumplirán tus deseos.

AR. —Como de costumbre, la Salud y la Fortuna se burlan de los mortales.

LE.—Yo he sido la cabeza en este asunto de proporcionarte el dinero.

LÍ.—Y yo los pies.

AR.—Pues lo que yo veo es, que lo que decís no tiene ni pies ni cabeza; yo no acierto a saber qué es lo que queréis decir, ni por qué me gastáis estas bromas.

LÍ.—Basta ya de burlas. Ahora vamos a decirte cómo son las cosas. Atiende, pues, Argiripo. Tu padre nos ha mandado traerte este dinero.

AR.—¡Qué a tiempo y con cuánta oportunidad!

LÍ.—Aquí dentro hay veinte minas, buenas, pero mal adquiridas; él nos ha encargado entregártelas bajo ciertas condiciones.

AR.—¿Bajo cuáles, por favor?

LÍ.—Que le cedas la muchacha por una noche y que le des una cena.

AR.—Dile que venga, por favor; se tiene más que merecido que le cumplamos sus deseos, que él es quien ha compuesto nuestros descompuestos amores.

LE.—Pero tú, Argiripo, ¿vas a poder sufrir verla en brazos de tu padre?

AR.—Ésta *(la bolsa)* me lo hará sufrir fácilmente. Leónidas, ve corriendo, por favor; dile a mi padre que venga.

LE.—Ya hace tiempo que está ahí dentro *(en casa de Filenio).*

AR.—Pues no ha pasado por aquí.

LE.—Es que ha dado la vuelta para entrar a escondidas por la puerta falsa por el jardín, para que no le viera ninguno de casa ir ahí, por miedo de que se enterara su mujer; si tu madre se entera de la historia esta del dinero...

AR.—Ea, no vengáis ahora con malos agüeros.

LÍ.—Entraos enseguida.

AR.—A pasarlo bien.

LE.—Y vosotros, a amar bien.

## ACTO IV

### ESCENA PRIMERA

DIÁBOLO, GORRÓN

DI. — Venga, enséñame el contrato ese que has escrito entre mi amiga y la alcahueta y yo; léeme todas las cláusulas; desde luego te las pintas solo para estos asuntos.

GO. — A la señora se le van a poner los pelos de punta, cuando se entere de las cláusulas que hemos puesto.

DI. — Venga, por favor, léemelo.

GO. — ¿Me escuchas?

DI. — Soy todo oídos.

GO. — «Diábolo, hijo de Glauco, ha entregado a la proxeneta Cleéreta veinte minas, para que Filenio esté con él de noche y de día durante el plazo de un año».

DI. — Y con otro ninguno.

GO. — ¿Pongo eso también?

DI. — Ponlo y cuida de escribirlo bien claro.

GO. — «No dejará entrar a otra persona ninguna en su casa; ni que diga que se trata de un amigo o un patrono suyo o un amante de una amiga suya; las puertas estarán cerradas para todos, excepto para ti. Ella deberá poner un letrero en la puerta que diga: 'Ocupada'. O para el caso de que diga que ha recibido una carta del extranjero, no deberá tener en casa carta alguna, ni tampoco tabla encerada ninguna; si es que tiene algún cuadro que no sirva para maldita la cosa, que lo venda; en el caso de que no lo haya enajenado en un plazo de tres días después de haber recibido el dinero de ti, deberá quedar a tu disposición, pudiéndolo quemar, si quieres, para que no tenga ella cera para escribir cartas. Ella no podrá invitar a nadie a

cenar, sino a ti. Ella no podrá dirigir su mirada a ninguno de los invitados; si mira a otra persona fuera de ti, que quede ciega al momento. Ítem, ella beberá junto contigo y lo mismo que tú: tú le pasarás la copa, ella beberá a tu salud, luego beberás tú».

DI. —Me parece muy bien.

GO. —«Ella deberá evitar toda clase de sospechas. Al levantarse de la mesa, cuidará de no tocar con su pie el pie de nadie; cuando pase al diván de al lado o al bajarse del mismo, no dará la mano a nadie. No dará su anillo a nadie para que lo vea[6], ni pedirá el de nadie para verlo ella. No deberá ofrecer el juego de las tabas a nadie más que a ti. Cuando ella tire, no dirá 'por ti', sino que te nombrará con tu nombre; puede invocar la ayuda de la diosa que le parezca, pero no la de un dios; pero si acaso le entra escrúpulo, entonces, te lo dirá a ti, y tú le pedirás al dios en su nombre, que le sea propicio. Ella no deberá hacer señas ni guiños, ni asentir con gestos a nadie. Para el caso de que se apague la lámpara, no deberá moverse ni un pelo en la oscuridad».

DI. —Estupendo; naturalmente lo hará así. Pero, bueno, luego en el dormitorio... Eso quítalo mejor, allí tengo interés desde luego en que se mueva mucho; no quiero que encuentre un pretexto, que diga que es que se lo han prohibido.

GO. —Sí, comprendo, tienes miedo a verte cogido.

DI. —Exacto.

GO. —O sea, que lo quito, como dices, ¿no?

DI. —Desde luego.

GO. —Escucha lo que sigue.

DI. —Habla, soy todo oídos.

GO. —«Ella no dirá palabras de doble sentido ni deberá

[6] Cf. PETRONIO, 67, 6.

saber otra lengua que la del Ática. Si acaso le entra tos, cuidará de no toser de forma que deje ver la lengua a nadie. Y para el caso que ella haga así como si se le cayera la moquita, tampoco entonces hará así *(se relame el labio superior)*; es mejor que tú le limpies los labios, que no que vaya ella a tirarle un beso a nadie en público. Su madre, la proxeneta, no vendrá entre tanto a beber con los comensales ni le dirá una mala palabra a nadie; si la dice, será castigada con no probar el vino durante un plazo de veinte días».

DI. —¡Muy bien redactado, un contrato estupendo!

GO. —«Ítem, si da orden a una esclava de que le ofrezca a Venus o a Cupido coronas de flores o guirnaldas o perfume, deberá un esclavo tuyo observar si es que se las da realmente a Venus o a algún hombre. Si acaso dice que quiere abstenerse alguna vez, deberá luego darte tantas noches de amor, como las noches que se ha abstenido». Ahí tienes, nada de pamplinas ni de sonsonetes de entierro.

DI. —Encuentro que está todo muy bien. Ven, vamos a entrar.

GO. —Te sigo. *(Entran en casa de Cleéreta.)*

## ESCENA SEGUNDA

DIÁBOLO, GORRÓN

DI. —*(Saliendo con el gorrón de casa de Cleéreta.)* Ven por aquí. No, ¿voy a aguantarme yo con una cosa así ni voy a guardármela para mis adentros? Mejor quisiera verme muerto que dejar de contárselo todo a su mujer. *(Volviéndose hacia dentro de la casa, donde está Deméneto.)* Conque, ¿qué te parece?, con una amiga, como si fueras un

pollo, y luego con tu mujer vas y te disculpas diciéndole que eres ya un viejo; ¿birlándole la amiga a su amante y atascando a la tercera de dinero, mientras que en casa a tu mujer la dejas limpia a escondidas? Mejor quiero colgarme que no que te salgas con la tuya sin que nadie diga una palabra. Te aseguro, que me voy ahora mismo derecho a ella, para informar a quien tú, si no es que ella te toma la delantera, vas a arruinar de todas todas para poder hacer frente a los gastos de tus calaveradas.

GO. —Mi opinión es que hay que proceder de la siguiente manera: es mejor que me encargue yo de este asunto y no tú, para que no piense ella que lo haces más bien incitado por los celos que no por atención a su persona.

DI. —Tienes toda la razón; arréglatelas para meter al otro en un lío y en una reyerta, di a su mujer que está de francachela en pleno día con su hijo en casa de una amiga y que la está desvalijando a ella.

GO. —Déjate de advertencias, yo me encargo del asunto.

DI. —En casa te espero.

## ACTO V

### ESCENA PRIMERA
### ARGIRIPO, DEMÉTENO

ARG. —Anda, padre, vamos a ponernos a la mesa.

DE. —Como tú ordenes, hijo, así se hará.

ARG. —*(A los esclavos.)* ¡Muchachos, poned la mesa!

DE. —A ver, hijo. ¿Te produce pesadumbre, si ella se pone aquí junto conmigo?

ARG. —La piedad filial, padre, hace que no me duela el verlo; aunque la quiero, soy capaz con todo de hacerme a llevar con paciencia el verla a tu lado.

De. — A los jóvenes, les está bien el ser respetuosos, Argiripo.

Arg. — Por Dios, padre, tú te lo tienes bien merecido.

De. — Hala, pues, disfrutemos del convite bebiendo y charlando a placer. Yo no quiero que sea temor, sino amor, lo que mi hijo experimente por mí.

Arg. — Yo experimento las dos cosas, tal y como corresponde a un buen hijo.

De. — Te lo creeré, si te veo con una cara más alegre.

Arg. — ¿Es que piensas que no lo estoy?

De. — ¿No lo voy a pensar, si estás ahí con una cara más larga que si tuvieras un plazo ante los tribunales?

Arg. — No digas eso.

De. — No estés tú así y verás como no lo digo.

Arg. — Venga, mírame. ¿Ves? Me río.

De. — ¡Ojalá se rían de esa manera los que me quieren mal!

Arg. — Yo sé desde luego, padre, el motivo por el que tú crees que te pongo mala cara: el que ella está contigo. Y a mí, padre, para decirte la verdad, eso es lo que me trae a mal traer; y no porque yo no quiera para ti todo lo que tú mismo quieras; pero es que yo estoy enamorado de ella. Si fuera otra la que estuviera ahí contigo, no me importaría lo más mínimo.

De. — Pero es que yo quiero precisamente a ésta.

Arg. — O sea, que tú tienes lo que quieres; yo querría que también ése fuera mi caso.

De. — Aguanta sólo este día, puesto que te he dado la posibilidad de estar con ella un año y te he proporcionado el dinero para tus amores.

Arg. — Sí, claro, precisamente por eso me has quedado obligado.

De. — Entonces, ¿por qué no me pones una cara más alegre?

## ESCENA SEGUNDA

ARTEMONA, GORRÓN, ARGIRIPO
DEMÉNETO, FILENIO

ART. —Por favor, ¿dices que mi marido está ahí de copeo con mi hijo y que le han dado a la fulana veinte minas y que el padre comete una desvergüenza tal a sabiendas de su hijo?

GO. —Artemona, no vuelvas a creerme de aquí en adelante ni un pelo de nada, si es que me coges en mentira ahora.

ART. —¡Y yo, pajolera de mí, que pensaba que tenía un marido modelo, un hombre no bebedor, una persona de mérito, ordenado, amante en extremo de su mujer!

GO. —Pues ahora sábete, que es el más pillo de todos los mortales, un borracho, un donnadie, un libertino que no puede ver a su mujer ni en pintura.

ART. —Bien sabe Dios que, si no fuera verdad todo eso que dices, no haría las cosas que está haciendo ahora.

GO. —Te juro que yo también le había tenido siempre por una persona como Dios manda, pero con esta jugada, se me ha quedado al descubierto. ¡Mira que ponerse de copeo con el hijo y repartirse con él la amiga, el viejo ese decrépito!

ART. —¡Demonio, ésas son las cenas a las que sale todas las noches! Se pone con que va a casa de Arquidemo, de Quereas, de Queréstrato, de Clinias, de Cremes, Cratino, Dinias, o Demóstenes, y lo que hace en realidad es corromper a su hijo en casa de una fulana y dedicarse a corretear locales de mala fama.

GO. —¿Por qué no das orden a tus esclavas de que se lo lleven en volandas a casa?

ART. —¡Espérate, te juro que le voy a hacer la vida imposible!

GO. —Ése no me cabe duda que va a ser su destino, al menos mientras estés tú casada con él.

ART. —Desde luego. Ése era el que no estaba dedicado más que a su trabajo en el senado o a atender a sus clientes y por eso luego, agotado del trabajo, se llevaba la santa noche roncando; por dar el jornal fuera es por lo que vuelve a mí cansado por la noche; el campo ajeno lo ara y el propio lo deja baldío, y además no contento con ser él un canalla, coge y corrompe también a su hijo.

GO. —Acércate conmigo por aquí, verás cómo le coges con las manos en la masa.

ART. —Te juro que no hay nada que hiciera con más gusto.

GO. —¡Un momento!

ART. —¿Qué pasa?

GO. —¿Si divisaras a tu marido tumbado en el diván con una corona de flores a la cabeza y abrazado a su amiga, si lo vieras, podrías reconocerlo?

ART. —Sí que puedo, demonio.

GO. —¡Ea!, mira, ahí le tienes.

ART. —¡Muerta soy!

GO. —Espera un poco; vamos a observar desde aquí a escondidas qué hacen sin que ellos nos vean.

ARG. —Padre, ¿cuándo vas a acabar de abrazarla?

DE. —Yo te confieso, hijo mío...

ARG. —¿El qué?

DE. —Que estoy completamente con el alma en los pies por culpa del amor de ésta.

GO. —¿Oyes lo que dice?

ART. —Y tanto que lo oigo.

DE. —¡Y que no le voy yo a quitar a mi mujer su man-

tón preferido para traértelo a ti! Te juro que no me harían renunciar a ello ni por un año de vida de mi mujer.

GO. —¿Crees tú que es hoy cuando ha empezado a frecuentar las casas públicas?

ART. —¡Demonio, él era quien me estaba sisando, mientras yo sospechaba de mis esclavas y las hacía atormentar sin que fueran culpables!

ARG. —Padre, di que nos sirvan vino; ya hace mucho que me tomé la primera copa.

DE. —Sírvenos vino, muchacho, empieza por mi derecha, y tú, por mi izquierda, venga, dame un beso.

ART. —¡Ay, pobre de mí, muerta soy, cómo la besa el maldito, el viejo, con un pie en la sepultura que está ya!

DE. —Dios mío, un aliento un poco más dulce que el de mi mujer.

FI. —Oye, dime, ¿es que a tu mujer le huele el aliento!

DE. —Agua sucia preferiría beber, si fuera preciso, que no besarla a ella.

ART. —¿Te parece bonito? Te juro que te la vas a ganar por haber dicho esa injuria contra mí. Deja, vuelve a casa y verás cómo te hago saber las consecuencias que trae el hablar mal de una esposa que tiene su dote.

FI. —¡Dios mío, pobre de ti!

ART. —Dios mío, bien merecido se lo tiene.

ARG. —Padre, dime, ¿la quieres tú a madre?

DE. —¿Que si la quiero? Ahora la quiero, porque no está presente.

ARG. —¿Y cuando lo está?

DE. —Entonces muerta la quisiera ver.

GO. —Éste te quiere mucho, a juzgar por lo que dice.

ART. —Yo te aseguro que me va a pagar cara esa retahíla: si vuelve hoy a casa, me vengaré de él comiéndomelo a besos.

ARG. —Echa las tabas, padre, que echemos luego nos-

otros *(Echando las tabas.)* ¡Que tú, Filenio, seas mía y que mi mujer pase a mejor vida! ¡Ha salido la jugada de Venus![7] Muchachos, un aplauso, y servidme una copa de vino con miel por esta jugada!

ART. — No puedo aguantar más el oír tanto golpe.

GO. — No tiene nada de particular, si es que no has aprendido el oficio de batanero. * * *; tíratele a los ojos, eso es lo mejor.

ART. — *(Lanzándose sobre Deméneto.)* Te juro que yo seguiré viviendo y que esa invocación que acabas de hacer te va a salir pero que bien cara.

GO. — *(Aparte.)* ¿No hay nadie que vaya a carrera a buscar al tío que prepara los cadáveres?

ARG. — Madre, se te saluda.

ART. — ¡Quédate con tus saludos!

GO. — Muerto es Deméneto; ya es tiempo de que me quite de en medio, que la pelea va tomando fuerzas que es un placer... Voy a buscar a Diábolo, a decirle que su encargo ha sido cumplido según sus deseos y le propondré que nos pongamos a la mesa mientras que éstos están ahí enzarzados. Después, le traeré aquí mañana a la tercera, para que le entregue las veinte minas y pueda así también el pobre enamorado tener parte en los favores de Filenio; yo espero que Argiripo se dejará convencer de disfrutarla con él una noche sí y otra no. Porque si no lo consigo, me he quedado sin mi rey, tan grande es la llama del amor que le devora. *(Se va.)*

ART. — *(A Filenio.)* ¿Qué tienes tú que recibir aquí en tu casa a mi marido?

FI. — ¡Dios mío, pobre de mí, que casi me hace morir de asco!

ART. — ¡Arriba, galán enamorado, largo a casa!

[7] Cf. CURCULIO, 356 ss.

De. — Muerto soy.

Art. — No, muerto no, sino, no lo niegues, el más sinvergüenza de todos los mortales. Pero todavía sigue sin moverse, el cuco este. ¡Arriba, enamorado, a casita!

De. — ¡Ay de mí!

Art. — ¡Y tanto! ¡Arriba, enamorado, a casita!

De. — *(A Filenio.)* Échate, pues, un poco para allá.

Art. — ¡Arriba, enamorado, a casita!

De. — Yo te suplico, esposa mía.

Art. — ¿Ahora de pronto te acuerdas de que soy tu esposa? Antes, cuando estabas soltando esa retahíla de insultos contra mí, entonces, no era tu esposa, sino un ser inaguantable.

De. — Estoy del todo perdido.

Art. — Conque apesta el aliento de tu mujer, ¿eh?

De. — Tiene un perfume de mirra.

Art. — ¿Me has quitado ya el mantón para dárselo a tu amiga?

Fi. — Sí que es verdad, que prometió que te lo iba a quitar.

De. — ¿No te callarás?

Arg. — Yo estaba pretendiendo disuadirle, madre.

Art. — ¡Bonito hijo estás hecho! *(A Deméneto.)* ¿Es ésa la conducta de la que debe un padre dar ejemplo a sus hijos? ¿No te da vergüenza?

De. — Yo te juro, si no de otra cosa, de ti, mujer mía, sí que me da vergüenza.

Art. — ¡Cuco!, ¿con esa cabeza llena de canas tiene que venir tu mujer a sacarte de una casa de perdición?

De. — Artemona, la cena se está haciendo. ¿No puedo quedarme por lo menos hasta que cene?

Art. — Te juro que vas a cenar hoy el castigo que te mereces.

DE. — Mala noche me espera: mi mujer me condena y me lleva a casa.

ARG. — Ya te decía yo, padre, que no te portaras mal con ella.

FI. — Oye, que no te olvides del mantón.

DE. — *(A Argiripo.)* ¡Manda a ésta que desaparezca de mi vista!

ART. — ¡A casita!

FI. — Dame un beso, antes que os marchéis.

DE. — Vete al cuerno.

FI. — No, sino aquí, a casa. Ven conmigo, mi vida.

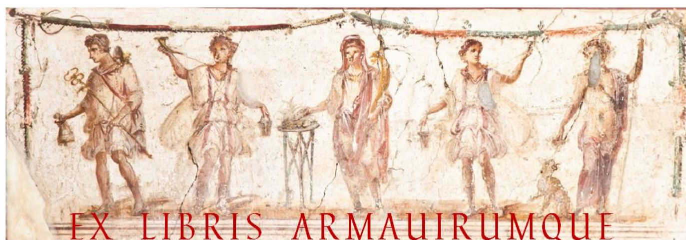
ARG. — Con mil amores.

## EL CORO DE ACTORES

Este viejo, al no querer privarse de nada a espaldas de su mujer, no hizo ninguna cosa nueva ni rara, sino ni más ni menos que lo que hacen todos. Ni hay tampoco nadie de condición tan dura ni de ánimo tan firme, que renuncie a darse gusto, si se le presenta la ocasión. Ahora, si queréis interceder para que el viejo no reciba una paliza, esperamos que lo podréis conseguir si nos dais un sonoro aplauso.

# LA COMEDIA DE LA OLLA

*(Aulularia)*




# INTRODUCCIÓN

La *Aulularia* o «Comedia de la olla» es la historia del caso de un viejo avaro, que a fuerza de un miedo neurótico a perder un tesoro encontrado, acaba, como no podía ser de otra manera, por perderlo en la realidad. Pero la *Aulularia* es una comedia: el viejo recupera el tesoro y, según lo que sabemos —no se conserva el final de la pieza—, sin intervención de un psiquiatra, también la salud mental: «Ni de noche ni de día tenía un momento de tranquilidad; ahora podré volver a dormir», exclama en un grito de liberación después de haber hecho entrega de la dichosa olla de oro a Fedria, su hija, y al esposo de ésta, Licónides.

El dios lar de la casa, harto de la indiferencia para con él de más de una generación de sus habitantes y conmovido por las ofrendas de Fedria, la hija del actual *pater familias* Euclión, ha hecho descubrir a éste el tesoro que le confió uno de sus antepasados, sólo en atención a ella, Fedria, para que tenga su padre con qué dotarla y poderla casar. Pero Euclión, que según parece tiene ya una cierta predisposición al ahorro, pierde la cabeza con el hallazgo y vive bajo el continuo miedo de su pérdida, y se siente obligado a controlar una y otra vez, no sea que quizá haya desaparecido. Fedria espera un hijo; nadie lo sabe aparte de su aya Estáfila, la vieja esclava. Ella no conoce al padre, pero el padre, Licónides, el joven y adinerado vecino, sí sabe

que es Fedria la muchacha que violó por culpa del vino y del amor en la noche de la vigilia de Ceres. Eunomia, madre de Licónides, quiere convencer a su solterón, otoñal y patriarcalista hermano, el ricachón Megadoro, de que se case; Megadoro consiente, pero ha de ser con la vecinita Fedria, a pesar, o precisamente por su pobreza; el motivo es claro: dineros, gracias a Dios, le sobran, y así será él quien tenga el bastón de mando. Lleno de recelos y sospechas de que sea su tesoro lo que induce a Megadoro a emparentarse con su familia, accede al fin Euclión a concertar la boda. Ante el alboroto organizado en su casa por los cocineros que Megadoro ha hecho venir para preparar la cena nupcial, decide Euclión sacar la olla de su escondrijo y la lleva primero al Templo de la Fidelidad. Desgraciadamente no resulta en su caso verídico aquello de *nomen omen:* un esclavo de Licónides lo ha visto y Euclión lleva entonces el oro al bosque de Silvano, a donde le sigue el esclavo, que consigue al fin hacerse con la olla. Fedria entre tanto está a punto de dar a luz y Licónides ruega a su madre que interceda con Megadoro para que le ceda la joven como esposa. Sigue el lamento de Euclión por el tesoro perdido. Licónides lo oye y, como no sabe nada de la olla, piensa que el motivo es su propia trastada. Euclión es informado y entra en casa para cerciorarse de todo. El esclavo de Licónides comunica a su amo el feliz hallazgo, que intenta luego negar ante su reacción de ira y sus amenazas. En este punto termina el texto llegado hasta nosotros. Por fragmentos y otras noticias se sabe que la pieza termina bien: Licónides consigue recuperar la olla y se la entrega a su dueño, que, curado de su mal, se desprende voluntariamente de ella en favor de Fedria y Licónides.

La *Aulularia* es en cuanto a su temática mucho menos una obra de producción en serie que la mayoría de las

comedias de Plauto: no hay joven enamorado y sin recursos, ni muchacha en poder de un chulo o una alcahueta, ni chulo perjuro y avaricioso, ni parásito bufón.

El personaje central de la obra es Euclión, a cuyo carácter se le ha puesto la etiqueta de «el avaro», aunque en sí es más bien el motivo de su miedo neurótico lo que queda en primer plano, y no es tampoco Euclión un tipo desagradable ni una mala persona; tendrá la manía de no gastar, pero unas coronas de flores y un poco de incienso compra para el lar, que conceda felicidad a su hija. Escenas famosas de la *Aulularia* son por ejemplo el *duetto* de Eunomia y Megadoro por la perfección y la propiedad en el desarrollo del diálogo: femenina y hábilmente persuasiva ella, deferente, cortés, caballeroso para con el sexo débil el hermano; insuperable la comicidad de los diálogos entre Euclión y Megadoro; típica la escena de los cocineros y casi al final, el diálogo entre Euclión y Licónides, en el que —cada loco con su tema—, durante treinta versos consigue el poeta hacer hablar a sus personajes sobre lo que para ellos es una y la misma cosa, pero en realidad son dos: Euclión se refiere a la olla del oro, Licónides a la hija de Euclión.

La *Aulularia* es también notable por la riqueza de sus partes líricas. En cuanto al original griego, se está por lo general de acuerdo en atribuirlo a Menandro. La fecha de estreno de la *Aulularia* es desconocida, pero seguramente pertenece al período medio de la actividad literaria del poeta, primer decenio del siglo II, antes del *Pseudolus* (191). El más famoso descendiente literario de la *Aulularia* es *L'Avare* de Molière.

## ARGUMENTO I

Un viejo avaro, Euclión, que no se fía ni de sí mismo, encuentra enterrada en su casa una olla con un tesoro, y después de volverla a enterrar otra vez bien hondo, pierde la cabeza a fuerza de miedo y no se dedica más que a vigilarla. Su hija había sido violada por Licónides, pero el viejo Megadoro, inducido por su hermana a que se case, se la pide al avaro en matrimonio. El viejo, que es un hombre muy huraño, se la concede a duras penas y, temiendo por su olla, la saca de casa y la esconde en diversos lugares. Un esclavo del Licónides que había violado a la muchacha, le tiende una emboscada. Licónides suplica a su tío Megadoro que le ceda como esposa a su amada. Euclión es engañado y pierde la olla, pero después de que contra toda esperanza la vuelve a encontrar, lleno de satisfacción, casa a su hija con Licónides.

## ARGUMENTO II

Euclión encuentra una olla llena de oro y la guarda con un empeño sin igual y sin poder encontrar reposo. Licónides viola a su hija. Megadoro quiere casarse con ella sin dote, y para que Euclión consienta con más gusto, le

manda unos cocineros con provisiones para una cena. Euclión teme por el oro y lo esconde fuera de casa. Un esclavo de Licónides le observa y se lo roba, pero Licónides se lo devuelve a Euclión, que le entrega el oro, una esposa y su hijo.

## PERSONAJES

LAR FAMILIAR, prólogo.
EUCLIÓN, viejo.
ESTÁFILA, vieja esclava.
EUNOMIA, matrona, hermana de Megadoro, madre de Licónides.
MEGADORO, viejo.
ESTRÓBILO, esclavo.
CONGRIÓN, cocinero.
ÁNTRAX, cocinero.
PITÓDICO, esclavo.
LICÓNIDES, joven.
ESCLAVO DE LICÓNIDES.
FEDRIA, joven, hija de Euclión.
FLAUTISTAS.

La acción transcurre en Atenas.

## PRÓLOGO

### EL DIOS LAR

LAR — Unas breves palabras sobre mi persona, para que nadie se extrañe y se pregunte, qué es lo que quiere éste aquí. Yo soy el dios lar de esta familia de aquí, de donde me habéis visto salir ahora mismo. Ya hace muchos años que estoy instalado en esta casa y encargado de su tutela, en tiempos ya del padre y del abuelo del que vive ahora en ella. La cosa es que el abuelo de éste me vino un día con muchas súplicas y me encomendó en secreto un tesoro y fue y lo enterró en medio del hogar, pidiéndome en su rogativa que me hiciera yo cargo de ello. Cuando murió, que era de una condición muy avara, no quiso dar cuenta del asunto del tesoro a su hijo y prefirió dejarle sin una perra que indicarle dónde estaba escondido; le dejó sólo un pedazo de terreno de nada, teniendo el hombre que arrastrar así una vida trabajosa y miserable. Cuando murió su padre, o sea, el que me había encomendado el tesoro, me puse yo a observar, a ver si es que el hijo me hacía un poco más de caso que me había hecho el padre. Pero qué, cada vez se ocupaba menos de mí y me hacía menos ofrendas. Yo por mi parte hice exactamente lo mismo, o sea que se murió tan pobre como había vivido. Dejó un hijo, que es el que vive actualmente aquí en la casa, que es de la misma condición que el padre y el abuelo, y tiene una hija única

que no deja pasar un día sin venir a rezarme, me ofrece incienso, vino o lo que sea y me pone coronas de flores. Ella ha sido la causa por la que he hecho encontrar el tesoro a Euclión, su padre, para que la pudiera casar así más fácilmente, si es que quería. Porque es que la ha violado un joven de una familia de muchas campanillas. Él sabe quién es ella, pero ella no sabe quién es él y el padre no sabe nada de nada. Por obra mía va a pedirla hoy en matrimonio el viejo ese que vive ahí al lado, pero eso lo hago sólo con el fin de que se case más fácilmente con ella el joven que la violó. Y es que el viejo que la va a pedir en matrimonio es tío del joven que la violó de noche, en la vigilia de Ceres. Pero ya está nuestro viejo gritando ahí dentro como de costumbre. Está echando a la vieja fuera, para que no se entere de nada. Seguro que es que quiere darle una vuelta al tesoro, no sea que se lo hayan robado.

## ACTO I

### ESCENA PRIMERA

EUCLIÓN, ESTÁFILA

EUC. —¡Fuera, digo, hala, fuera, afuera contigo, maldición!, ¡mirona, más que mirona, con esos ojos de arrebañadera!

ESTÁ. —Pero, ¿por qué me pegas? ¡Desgraciada de mí!

EUC. —¿Que por qué te pego, desgraciada! Pues para que lo seas de verdad y para que lleves una vejez tal como te la mereces, de mala que eres.

ESTÁ. —Pero, ¿por qué me echas ahora de casa?

EUC. —¿A ti te voy a tener que dar yo cuentas, cosechera de palos? ¡Allí, retírate de la puerta! ¡Mira qué manera de moverse! ¿Pues sabes lo que te espera? ¡Maldición! ¡Como llegue a echar mano de un palo o de un látigo, verás cómo te alargo esos pasitos de tortuga!

ESTÁ. —¡Mejor prefería verme en la horca que no tener que servir en tu casa en esta forma!

EUC. —¡Mira cómo rezonga para sus adentros, la maldita! Los ojos te voy a sacar, malvada, para que no puedas andar espiando lo que hago. Retírate más, un poco más, un —¡eh!, para ahí—. Te juro que si te mueves de ahí ni un dedo ni una uña o si vuelves la cara para acá antes de que yo te lo ordene, en la horca vas a acabar, a ver si así aprendes. No he visto en mi vida una vieja más mala que ésta. ¡Menudo miedo la tengo!, de que se las arregle para engañarme si me descuido y que se huela dónde está escondido el oro; en la nuca tiene también ojos, la maldita. 66 Bueno, voy ahora a dar una vuelta, a ver si está todavía el oro allí donde lo dejé, desgraciado de mí, que no me deja este asunto ni un momento de tranquilidad. *(Entra en casa.)*

ESTÁ. —Por Dios, que no puedo figurarme qué clase de maleficio o de locura le ha entrado a mi amo: lo mismo que ahora me echa de casa hasta diez veces al día, desgraciada de mí. Por Dios, que no sé qué mal le trae de esta manera; se pasa las noches enteras en vela, por el día no se mueve de casa, ¡ni que fuera un zapatero cojo! Y no sé ya cómo ocultarle la deshonra de su hija, que está a punto de dar a luz; me parece que la mejor solución sería echarme una soga al cuello y quedarme colgando como una espingarda.

## ESCENA SEGUNDA

### EUCLIÓN, ESTÁFILA

EUC. —Por fin salgo ya de casa más desahogado, después de comprobar que está todo en orden. *(A Estáfila.)* ¡Éntrate ya y vigila ahora allí!

ESTÁ. —¿También ésas? ¿Que vigile dentro? ¿Acaso para que no se lleven la casa? Porque otra cosa no veo yo que puedan sacar de ahí los ladrones, así está toda de vacía; como haber, no hay ahí más que arañas.

EUC. —Milagro que no me haga Júpiter por mor de ti un rey Filipo o un Darío [1], bruja. Quiero quedarme con mis arañas, confieso que soy pobre y estoy conforme con ello y me amoldo a la voluntad de los dioses. Éntrate y cierra la puerta, enseguida vuelvo. Mucho cuidado con dejar entrar a nadie en la casa. Para el caso de que viniera alguien a pedir fuego, quiero que lo apagues, que no haya motivo de que venga nadie a pedírtelo: si el fuego vive, tú dejarás de vivir al instante. Di también que se ha ido el agua, si alguien viene a pedírtela; el cuchillo, el hacha, el macharatajo, el mortero, todos esos cacharros que andan siempre pidiendo prestados los vecinos, di que han venido los ladrones y se los han llevado. En resumen, mientras yo esté fuera, no quiero que se deje entrar a nadie en mi casa. Todavía más te digo, así venga la buena suerte en persona, no la dejes entrar.

[1] Eran proverbiales las riquezas del rey Filipo II de Macedonia y del rey persa aqueménida Darío; había también monedas de oro de sus nombres; cf. nota a *Asinaria* 153.

ESTÁ. —¡Por Dios!, de eso me parece que se cuida ya ella misma, porque hasta ahora no ha puesto jamás los pies en nuestra casa, a pesar de no andar lejos de por aquí.

EUC. —Calla y adentro contigo.

ESTÁ. —Callo y entro.

EUC. —Cierra por favor la puerta con los dos pestillos. Yo vuelvo enseguida. *(Estáfila entra en casa.)* Se me parte el alma de tener que salir de casa. Juro que me voy pero que completamente a la fuerza. Pero yo sé lo que me hago. Porque es que el jefe de nuestra curia ha dicho que va a hacer un reparto de a moneda de plata por cabeza; si lo dejo y no voy a por ello, enseguida van a sospechar todos que es que tengo un tesoro en casa, porque es muy inverosímil que una persona pobre se deje pasar la ocasión de ir a recoger dinero, sea la cantidad que sea. Es que precisamente mientras que me esfuerzo por ocultar con tanto empeño que no se entere nadie, parece que lo saben todos y me saludan todos más atentos que me saludaban antes, se acercan, se paran conmigo, me dan la mano, me preguntan qué tal estás, cómo se anda, qué haces. Ahora, a lo que iba, y luego a casita lo más pronto posible.

## ACTO II

### ESCENA PRIMERA

EUNOMIA, MEGADORO

EUN. —Yo quisiera, hermano, que tú tuvieras la convicción de que mis palabras nacen de mi afecto hacia ti y de mi interés por tu bien, ya que vienen de parte de una

verdadera hermana. Aunque no se me oculta que se nos tiene aversión a las mujeres, porque tenemos fama de charlatanas, y con razón y hasta dicen que ni hoy en día ni nunca jamás ha habido una mujer que fuera muda. Así y todo, hermano, quiero que reflexiones lo siguiente: nadie hay más allegado para ti que yo, ni que tú para mí, por lo que es natural que discurramos de común acuerdo y nos aconsejemos mutuamente aquello que consideremos que es en interés del bien de ambos y que no nos lo andemos ocultando o callando por miedo, sino que hagamos intercambio mutuo de nuestras opiniones. Éste es el motivo por el que te he traído aquí a solas para poder hablar con tranquilidad contigo de tus intereses familiares.

ME. —Eres una mujer fantástica, ¡dame esa mano!

EUN. —¿Fantástica? ¿Dónde está? ¿Es que hay alguna que lo sea?

ME. —Tú lo eres.

EUN. —¿Yo?

ME. —Si te empeñas, entonces, no.

EUN. —Sé sincero, una mujer fantástica no existe. Cada una es peor que la otra, hermano.

ME. —Ésa es también mi opinión y de seguro que no te voy a llevar la contraria en ese punto, hermana.

EUN. —Préstame atención, por favor.

ME. —Soy todo oídos, no tienes más que mandar, si quieres algo.

EUN. —Es una cosa, que en mi opinión, es lo mejor para ti lo que quiero aconsejarte.

ME. —Hermana, eres la misma de siempre.

EUN. —Me alegro.

ME. —A ver, hermana, ¿de qué se trata?

EUN. —Se trata de una cosa que ojalá te traiga felicidad sin término: para que tengas hijos...

ME. —¡Dios lo haga!

EUN. — Quiero que contraigas matrimonio.

ME. — ¡Dios mío, muerto soy!

EUN. — Pero, ¿qué pasa?

ME. — Pobre de mí, tus palabras, hermana, me hacen saltar los sesos, son más duras que la piedra.

EUN. — Ea, haz lo que te dice tu hermana.

ME. — Si fuera de mi agrado, sí que lo haría.

EUN. — Es por tu bien.

ME. — Sí, antes morir que casarme. De todos modos, estoy dispuesto a ello, si me das una mujer con la condición de que entre mañana en casa y pasado mañana la saquen... Si estás de acuerdo con esta condición, entonces, enseguida, haz los preparativos de la boda.

EUN. — Yo, hermano, te tengo ya buscada una, que tiene una buena dote, pero... es un poco mayor, una mujer así de media edad. Si quieres que la pida para ti en tu nombre, estoy dispuesta a hacerlo.

ME. — ¿Me permites hacerte una pregunta?

EUN. — No faltaba más, pregunta lo que te apetezca.

ME. — Si un hombre de más de media edad, se casa con una mujer de edad media, si se da el caso de que la vieja se queda en estado del viejo, ¿no crees que la criatura recibe de todas todas el nombre de Póstumo? Yo, hermana, quiero ahorrarte y aminorarte todos esos cuidados. Gracias a Dios y a nuestros mayores, tengo suficientes riquezas; grandes partidos, afán de representar, ricas dotes, vocinglerías, órdenes, calesas con marfiles, mantones, púrpuras, todo eso me trae sin cuidado, cosas todas que no hacen más que reducir a los maridos a la servidumbre.

EUN. — Dime entonces, quién es la que quieres tomar por esposa.

ME. — Ahora mismo. ¿Conoces tú al viejo este pobrete de aquí al lado, Euclión?

Eun. — Claro que le conozco y, por Dios, que no es mala persona.

Me. — Su hija, que es soltera, quiero pedir por esposa. No me digas nada hermana, que sé lo que vas a decir: que es pobre; pues pobre y todo, me gusta.

Eun. — Que sea para bien.

Me. — Así lo espero.

Eun. — ¿Algo más?

Me. — Que te vaya bien.

Eun. — Lo mismo digo, hermano. *(Entra en casa.)*

Me. — Voy a acercarme a ver a Euclión, si está en casa. Ah, mira, ahí viene, vuelve ahora mismo de donde sea.

## ESCENA SEGUNDA

### Euclión, Megadoro

Euc. — No, si tenía yo el presentimiento al salir de casa de que iba en tonto, y por eso me marchaba a disgusto: no se ha presentado ni nadie de la curia, ni el jefe que iba a hacer el reparto. Ahora, derecho a casa, que, bueno, estar, estoy aquí, pero en realidad de verdad, con mi magín, es allí donde estoy.

Me. — ¡Salud y suerte, Euclión!

Euc. — Queda con Dios, Megadoro.

Me. — ¿Qué tal, contento y bien de salud?

Euc. — *(Aparte.)* No creas que cuando un rico se pone tan amable con un pobre, es así a la buena de Dios: ése sabe ya que tengo el oro, por eso me saluda tan atento.

Me. — Dime, pues, ¿sigues bien?

Euc. — A ver, en lo referente a los monises, así así.

Me. — Caray, si es que sabes llevarlo, tienes bastante para un buen pasar.

EUC. —*(Aparte.)* La vieja le ha descubierto lo del oro, ¡maldición!, está más claro que el agua; cuando vuelva a casa le voy a cortar la lengua y a sacarle los ojos.

ME. —¿Qué es lo que estás hablando ahí a solas?

EUC. —Me estoy quejando de mi pobreza. Tengo una muchacha soltera ya mayor, sin dote y que no hay quien la case, lo que es yo no soy capaz de encontrarle una colocación.

ME. —Calla, no te apures, Euclión, se le dará una dote, estoy dispuesto a ayudarla. Habla, si necesitas algo, no tienes más que mandar.

EUC. —*(Aparte.)* Con tanto ofrecimiento, lo que hace en realidad es pedir; está con la boca abierta dispuesto nada más que a tragarse mi oro; en una mano tiene una piedra y con la otra te enseña un pan. Yo no me fío de nadie que siendo rico se pone tan atento con un pobre, al mismo tiempo que te tiende tan amable la mano, te carga con el daño que sea; yo me conozco a estos pulpos, que una vez que le han echado la garra a algo, no lo sueltan ni a tiros.

ME. —Atiéndeme un momento, si no te incomoda, Euclión, tengo que hablarte de un asunto que nos interesa a los dos.

EUC. —*(Aparte.)* ¡Ay desgraciado de mí, eso es que me han soplado el oro! Seguro que es que quiere por eso hacer una componenda conmigo, pero voy un momento a casa a dar una vuelta.

ME. —¿A dónde vas?

EUC. —Ahora mismo vuelvo, que tengo que ir a casa a ver una cosa. *(Entra en casa.)*

ME. —Caray, me parece que en cuanto le diga algo de la hija, de que me la dé en matrimonio, va a pensar que me burlo de él; es que yo no he visto nadie que se ande con más estrecheces a causa de su pobreza.

EUC. —*(Aparte, saliendo de casa.)* Gracias a Dios, todo está en orden; en orden está lo que no ha fenecido. ¡Menudo miedo tenía! Antes de entrar en casa, casi me desmayo. Aquí me tienes, Megadoro, para lo que quieras mandar.

ME. —Gracias. Vamos a ver, contéstame francamente y sin reparos a lo que te pregunte.

EUC. —De acuerdo, con tal que no me preguntes algo que yo no tenga gana de decir.

ME. —Dime, ¿qué opinión te merece mi linaje?

EUC. —Buena.

ME. —¿Me tienes por una persona honorable?

EUC. —Desde luego.

ME. —¿Qué dices de mi conducta?

EUC. —Digo que no es ni mala ni reprobable.

ME. —¿Sabes... la edad que tengo?

EUC. —Sé que es elevada, lo mismo que tus riquezas.

ME. —Yo, por mi parte, bien sabe Dios que siempre he creído, y lo sigo creyendo, que eres lo que se dice un ciudadano sin tacha.

EUC. —*(Aparte.)* A éste le da el tufo del oro. ¿Qué es lo que quieres entonces de mí?

ME. —Puesto que tú estás bien informado sobre mi persona y yo sobre la tuya, ahora, lo cual sea para bien mío, tuyo y de tu hija, te pido que me la des a ella por esposa. Prométemelo.

EUC. —Vamos, Megadoro, esa manera de proceder no es digna de tu conducta, burlarte de mí, una persona pobre, que no te ha hecho nunca nada ni a ti ni a los tuyos. De verdad, ni de hecho ni de palabra me he portado nunca contigo como para darte ocasión a que hagas lo que haces.

ME. —Por Dios que no es mi intención el burlarme de ti; ni me burlo, ni creo que venga ello a cuento.

EUC. —¿Por qué me pides entonces la mano de mi hija?

ME. —Pues para que tú veas acrecentado tu bienestar por mí y yo el mío por ti y los tuyos.

EUC. —Pero es que, Megadoro, yo pienso que tú eres un hombre rico, influyente y yo el último de los pobretones, o sea, que si te doy a mi hija en matrimonio, me parece como si tú fueras un buey y yo un borrico; si me pongo a la par de ti, al no poder llevar la carga como tú, yo, el asno, pararía en el barro, tú, el buey, no me dignarías una mirada, tal como si no existiera; tú me dejarías sentir tu superioridad y al mismo tiempo sería el hazmerreír de la gente de mi clase; me quedaría sin establo fijo en una parte y en la otra, en el caso de que sobreviniera una separación: los asnos me harían pedazos a mordiscos y los bueyes me envainarían con sus cuernos. Así que veo yo un gran peligro en eso de pasarse de los asnos a los bueyes.

ME. —Mientras más te arrimes a las gentes de bien, tanto mejor para ti. Euclión, acepta mi propuesta, oye lo que te digo y prométeme a tu hija.

EUC. —Pero no tengo dote que darle.

ME. —Déjate de dotes, con tal que sea de buena condición, bastante dotada está.

EUC. —No, yo te lo digo, porque no vayas a pensar que he encontrado un tesoro.

ME. —Lo sé, no hace falta que me lo avises; prométeme la mano de tu hija.

EUC. —Sea. *(Se oyen unos golpes de zacho.)* ¡Santo Dios, ahora sí que estoy perdido!

ME. —¿Qué te pasa?

EUC. —¿Qué es lo que ha sonado, algo así como un ruido metálico? *(Entra corriendo en casa.)*

ME. —*(Volviéndose a mirar hacia su casa.)* No, es que he mandado cavar aquí en casa el jardín. ¿Pero dónde está éste? Se ha marchado sin darme una contestación. Se porta con altanería porque ve que busco su amistad; hace igual

que todos: deja a una persona rica ir a buscar el favor de un pobre; el pobre no se atreve a entrar en contacto con él; por miedo, echa a perder la cosa y luego, después que feneció la ocasión, entonces, cuando ya es tarde, la echa de menos.

EUC. —*(Hablando con Estáfila a la puerta.)* ¡Maldición!, si no te hago arrancar la lengua de raíz, te doy orden y te autorizo a que me hagas castrar por quien te dé la gana.

ME. —Caray, Euclión, estoy viendo que me tomas por una persona a propósito para, a pesar de mi edad, andar jugando conmigo, y eso sin que yo dé motivo para ello.

EUC. —¡Por Dios!, Megadoro, ni lo hago, ni aunque quisiera, tendría posibles para juegos de ninguna clase.

ME. —Entonces, ¿qué? ¿Me prometes la mano de tu hija?

EUC. —Pero con las condiciones y con la dote que te dije.

ME. —Entonces, ¿me la prometes?

EUC. —Te la prometo.

ME. —Que sea para bien.

EUC. —Dios lo haga. Pero ten presente que hemos convenido que no llevaría dote al matrimonio.

ME. —Lo sé.

EUC. —Pero yo también me sé los subterfugios que os gastáis: lo convenido no está convenido, lo no convenido está convenido, según os viene en gana.

ME. —No habrá problema entre nosotros. Pero, ¿tienes algo en contra de que celebremos la boda hoy mismo?

EUC. —De ninguna manera, todo lo contrario.

ME. —Entonces me voy para hacer los preparativos. ¿Algo más?

EUC. —Nada, que te vaya bien.

ME.—*(A su esclavo.)* ¡Tú, Estróbilo, ven conmigo enseguida deprisa al mercado!

EUC.—Se fue. ¡Dioses inmortales, lo que puede el oro! Estoy seguro que es que se ha enterado de que tengo un tesoro en casa y no está más que deseando echarle la garra, por eso se ha empeñado en emparentarse conmigo.

## ESCENA TERCERA

EUCLIÓN, ESTÁFILA

EUC.—¿Dónde estás tú, demonio, que le has cascado ya a toda la vecindad que le iba a dar una dote a mi hija? Tú, Estáfila, te estoy llamando. ¿Es que estás sorda? Deprisa, lava y purifica el cacho de vajilla que hay en casa, que he prometido a mi hija: hoy mismo la caso con Megadoro.

ESTÁ.—Que sea para bien, pero por Dios, no puede ser con tanta prisa.

EUC.—Calla y vete. Ocúpate de que esté todo a punto cuando vuelva del foro. Y cierra la casa, ahora mismo vuelvo. *(Se va.)*

ESTÁ.—Dios mío, ¿qué hago yo ahora? Estamos al borde de la perdición, lo mismo yo que la hija del amo, que está a punto de dar a luz y se va a descubrir su deshonra; hasta ahora lo hemos tenido oculto y en secreto, pero ya es imposible. Me voy dentro, para que cuando vuelva el amo esté dispuesto lo que me ha mandado. ¡Dios mío, no es nada el brebaje de penas y de palos que estoy viendo que voy a tener que tragarme!

## ESCENA CUARTA

### ESTRÓBILO, ÁNTRAX, CONGRIÓN

ESTR. — Después que el amo ha hecho la compra y contratado los cocineros y estas flautistas en el mercado, me ha dado orden de hacer de todo dos partes equitativas.

ÁN. — Hm, a mí, te lo digo a las claras, a mí no me partes tú; si quieres que vaya entero a donde sea, estoy dispuesto.

CO. — ¡Bonito puto me estás hecho! ¡Mira qué decente que es! Y a la postre, si alguien te lo pide, anda que no dejarías hacerlo.

ESTR. — Ántrax, yo lo había dicho en otro sentido, no en ese que tú te figuras. Bien, mi amo celebra hoy su boda.

ÁN. — ¿Quién es el padre de la novia?

ESTR. — Euclión, el vecino de aquí al lado. Por eso me ha dado orden de que se le dé la mitad de la compra, uno de los cocineros y una de las flautistas.

ÁN. — ¿Dices entonces que la mitad para aquí y la mitad para vuestra casa?

ESTR. — Exacto.

ÁN. — ¿Qué, es que no podía el viejo este hacer la compra de su dinero para las bodas de la hija?

ESTR. — ¡Ja!

ÁN. — ¿Qué pasa?

ESTR. — ¿Que qué pasa, dices? Ese viejo es más seco que la piedra pómez.

ÁN. — ¿De verdad?

CO. — ¿Es posible?

ESTR. — Tú figúrate ***: se empeña en que está arruinado, del todo perdido; hasta implora el socorro de los

dioses y los hombres en cuanto que ve que se escapa por donde sea humo de su chabola. Lo que es más, cuando se va a la cama, se pone un saquillo de cuero atado a la boca.

ÁN. —¿Pero, para qué?

ESTR. —No sea que se le escape algo de aire mientras duerme.

ÁN. —¿También se tapa el agujero de atrás, para que no se le escape el aire mientras duerme?

ESTR. —Yo pienso que me lo debes creer, igual que dado el caso te lo creería yo también a ti.

ÁN. —No, no, si te lo creo.

ESTR. —Pero, ¿sabes? ¡Ja, cuando se baña, llora, porque se gasta agua!

ÁN. —¿Crees tú que podríamos conseguir del viejo un talento magno[2] para comprarnos la libertad?

ESTR. —¡Uf!, así le pidieras prestada el hambre no te la daría. Veréis, otra cosa: hace poco le cortó el barbero las uñas: fue y recogió y se llevó todas las recortaduras.

ÁN. —¡Caray!, sí que es un tío roñoso de verdad.

ESTR. —¿Que si es roñoso y vive como un miserable? Verás, el otro día se le llevó un milano la carne; coge y se va lloriqueando al pretor, empieza allí a exigir llorando y lamentándose, que se le permitiera hacer un proceso al milano. Cientos de cosas te podría contar, si tuviéramos tiempo. Pero a ver, ¿cuál de los dos es más ligero?

ÁN. —Yo, en consonancia con mi mayor categoría.

ESTR. —Yo pregunto por un cocinero, no por un ladrón.

ÁN. —¡Un cocinero es lo que digo!

ESTR. —¿Y tú qué dices?

CO. —Digo que soy así como ves.

[2] Cf. nota a *Asinaria* 193.

Án. —¡Ése es un cocinero de domingo, no va a guisar más que una vez por semana!

Co. —El nombre de ladrón, que seis letras tiene, tú, ladrón, ¿te atreves a hablar mal de mí?

Án. —Ladrón tú, más que ladrón.

## ESCENA QUINTA

### Estróbilo, Ántrax, Congrión

Estr. —Calla ya y coge el cordero más gordo y llévalo ahí dentro a casa.

Án. —Vale.

Estr. —Tú, Congrión, toma éste y vete allí dentro y vosotros íros con él.

Co. —¡Caray!, vaya una manera de repartir, ésos se llevan el cordero más gordo.

Estr. —A cambio te llevarás tú la flautista más gorda; ve con él, Frigia, y tú, Eleusio, aquí a nuestra casa.

Co. —¡Ay Estróbilo, traicionero, largarme aquí con el viejo avaro este! Y si necesito algo, ¿qué? ¡Hasta perder la voz lo tendré que pedir antes que se me dé nada!

Estr. —Estás tonto y, por lo que veo, no tiene sentido el portarse decentemente cuando resulta que lo echas en saco roto.

Co. —¿Y eso, por qué?

Estr. —¿Que por qué, dices? En primer lugar, ahí descuida, que no tendrás problema alguno: si necesitas algo, tráetelo de tu casa, para que no pierdas el tiempo en pedirlo. Aquí, en cambio, en casa de mi amo hay un lío y una cantidad de gente enorme, muebles, joyas, vestidos, vajilla de plata; si fenece algo (y yo sé que tú eres muy

capaz de no tocar nada, si no tienes nada a tu alcance) dicen: ¡los cocineros se lo han llevado, echarles mano, atarlos, azotarlos, a la cisterna con ellos!; nada de eso te puede pasar a ti, porque aquí no hay nada para llevarse. Hale, ven conmigo.

CO. — Vale.

## ESCENA SEXTA

ESTRÓBILO, ESTÁFILA, CONGRIÓN

ESTR. — ¡Tú, Estáfila, sal y ábrenos!

ESTÁ. — ¿Quién va?

ESTR. — Soy yo, Estróbilo.

ESTÁ. — ¿Qué es lo que quieres?

ESTR. — Que hagas pasar a estos cocineros y aquí a la flautista; ten también la compra para la fiesta de las bodas; es para Euclión de parte de Megadoro.

ESTÁ. — Oye, tú, ¿son las bodas de Ceres[3] lo que vais a celebrar?

ESTR. — ¿Por qué?

ESTÁ. — Pues porque no veo vino por ninguna parte.

ESTR. — Pero se traerá cuando venga el amo del mercado.

ESTÁ. — Aquí nosotros no tenemos ni gota de leña.

CO. — ¿Tenéis vigas?

ESTÁ. — ¡Sí que tenemos, demonio!

CO. — Pues entonces hay también leña, no hace falta ir fuera a buscarla.

---

[3] En los ritos de Ceres de las *Orci nuptiae* estaba prohibido el uso de vino (SERV., *Georg.* 1, 344), por lo cual equivale esta expresión a «una fiesta sin vino».

ESTÁ. —Qué, tú, tío asqueroso, por mucho que estés al servicio del puro dios del fuego, ¿vas a querer que por culpa de la cena o por llevarte tú tu salario prendamos fuego a nuestra casa?

CO. —No, no, no he dicho nada.

ESTR. —Hale, llévalos dentro.

ESTÁ. —¡Venid conmigo!

## ESCENA SÉPTIMA

PITÓDICO, (¿ESTRÓBILO?)

ESTR. —¡Hale! Yo entretanto voy a ver qué hacen los cocineros, que bien sabe Dios que es la única ocupación que tengo hoy, el vigilarlos. Como no sea que haga una cosa: que preparen la cena dentro de la cisterna; luego cuando esté, la subimos en cestos arriba. Y para el caso de que se coman abajo lo que guisen, se quedan los de arriba en ayunas y los de abajo desayunados. ¡Pero estoy aquí charlando como si no tuviera nada que hacer, con toda la casa llena de Monipodios! *(Se va.)*

## ESCENA OCTAVA

EUCLIÓN, CONGRIÓN

EUC. —Quise darme un empujoncillo hoy al fin para regalarme un poco por las bodas de mi hija: voy al mercado, pregunto por el pescado: está caro; caro el borrego, cara la vaca, la ternera, el atún, el cerdo: todo caro; caro sobre todo, por falta de pasta, así que me marcho de mal

humor, porque no puedo comprar nada; con tres palmos de narices les he dejado a todos esos sinvergüenzas. Después, me pongo yo a pensar entre mí por el camino: si echas la casa por la ventana en un día de fiesta, tienes que privarte los demás días, a no ser que hayas andado con cuenta. Después que le expuse este razonamiento a mi caletre y a mi estómago, quedamos al fin de acuerdo en lo que desde el principio había sido mi propósito, o sea, casar a mi hija con el menor gasto posible; entonces he comprado este poquillo de incienso y estas coronas de flores, que le pondré a nuestro lar en el hogar, para que haga feliz a mi hija en su matrimonio.

Pero, ¿mi casa abierta? Y dentro, ¡qué jaleo! Desgraciado de mí, me están robando.

CO. — *(Desde dentro.)* Ve a pedirle a algún vecino una olla más grande que ésta, si es posible; ésta es pequeña, aquí no coge.

EUC. — ¡Ay de mí, estoy perdido, Dios mío! Se me roba el oro, se busca una olla. Muerto soy si no me doy prisa a entrar en casa. Apolo, yo te suplico, ven en mi socorro, ayúdame, atraviesa con tus saetas a esos ladrones de mi tesoro, tú, que has prestado ya ayuda a otros en iguales circunstancias. Pero voy allá corriendo, antes de que sea demasiado tarde. *(Entra en casa.)*

## ESCENA NOVENA

### ÁNTRAX

ÁN. — *(Saliendo de casa de Megadoro y hablando con los otros cocineros dentro.)* Dromón, escama el pescado. Tú, Maquerión, deshuesa el congrio y la murena, lo más rápido que puedas, yo voy a la casa de al lado, a pedirle a

Congrión un molde para pan. Tú, si tienes cabeza, me vas a dejar este gallo más liso que un saltarín bien afeitado. Pero ¿qué son esos gritos que salen de la casa de al lado? Seguro que es que los cocineros están haciendo de las suyas. Me voy dentro, no sea que se vaya a armar aquí también el mismo jaleo.

## ACTO III

### ESCENA PRIMERA

CONGRIÓN

CO. — *(Saliendo de casa de Euclión.)* ¡Eh, ciudadanos, compatriotas, habitantes y vecinos de la ciudad, forasteros todos, dadme paso que huya, dejad libres y vacías todas las calles! Nunca jamás hasta hoy había venido a cocinar a una bacanal entre bacantes, desgraciado de mí, que nos han molido a golpes, a mí y a mis compañeros. Estoy todo dolorido, muerto, tal es la forma en que se ha ensañado conmigo el viejo. ¡Huy, Dios mío, estoy perdido, pobre de
411ª mí, se abre la puerta, viene, me persigue! Verás, ya sé lo
412ª que tengo que hacer, él mismo ha sido mi maestro y me lo ha enseñado. En mi vida he visto repartir leña más bonitamente, tan cargados de palos nos ha echado a todos fuera, a mí y a éstos.

### ESCENA SEGUNDA

EUCLIÓN, CONGRIÓN

EUC. — Ven para acá, ¿a dónde vas? ¡Sujetadle, sujetadle!

Co. —¿A qué vienen esos gritos, loco?

Euc. —Vienen a que voy a dar cuenta de ti a la policía.

Co. —¿Pero, por qué?

Euc. —Porque tienes un cuchillo.

Co. —Como debe un cocinero.

Euc. —Y ¿por qué me has amenazado?

Co. —En lo que he hecho mal es no haberte atravesado el costado.

Euc. —No hay en todo el mundo otro sinvergüenza igual ni nadie a quien con más gusto le haría daño aposta.

Co. —¡Ja!, aunque no dijeras nada, bien clara está la cosa, los hechos cantan, que me has puesto más blando que unos zorros a fuerza de palos. ¿Pero qué tienes tú que ponerme la mano encima, tío pordiosero?

Euc. —¿Cómo? ¿Encima lo preguntas? ¿Quizá porque todavía me he quedado corto?

Co. —Deja, que te va a costar caro, si es que puedo dar señales de mí.

Euc. —No me interesa el día de mañana; por lo pronto bien claras que están las señales que llevas en la cabeza. Pero, ¿qué es lo que tenías tú que hacer en mi casa durante mi ausencia, sin mi autorización? Eso es lo que quiero saber.

Co. —¡Calla entonces! Hemos venido a guisar para la boda.

Euc. —Maldición, ¿qué tienes tú que meterte en si yo como crudo o guisado, o es que eres acaso mi tutor?

Co. —Yo quiero saber si nos dejas o no nos dejas que preparemos aquí la cena.

Euc. —Y yo quiero saber, si van a quedar o no van a quedar a salvo mis cosas en mi casa.

Co. —¡Ojalá me pueda llevar a salvo las cosas mías que traje! A mí no me falta de nada, no creas que voy a querer nada tuyo.

EUC. — Lo sé, no hace falta que me des lecciones, me lo tengo bien sabido.

CO. —¿Cuál es entonces el motivo, por el que nos impides preparar aquí la cena? ¿Qué es lo que hemos hecho, que es lo que hemos dicho en contra de tus deseos?

EUC. —¿Todavía me preguntas, malvado, después que estáis andando libremente de acá para allá por todos los rincones de mi casa y de sus habitaciones? Si hubieras estado allí donde estaba tu oficio, en la cocina, no llevarías la cabeza partida en dos: bien merecido te lo tienes. Y ahora, para que lo sepas, como llegues a acercarte un tanto así aquí a la puerta sin mi autorización, voy a hacer de ti el más desgraciado de los mortales, ya lo sabes.

CO. —¿A dónde vas? ¡Vuelve acá! Así me proteja Monipodio[4] en persona, que si no das orden de que se me devuelvan mis cacharros, te voy a armar una serenata de aúpa aquí delante de tu casa. Y ahora, ¿qué hago? Anda que no he venido aquí con mala suerte. Me han contratado por una moneda, pero ya es más que mi salario lo que me hace falta para el médico.

## ESCENA TERCERA

### EUCLIÓN, CONGRIÓN

EUC. — *(Sale de su casa con la olla.)* Ni un instante soltaré esto, donde quiera que vaya, te lo juro. Ni hablar de consentir dejarlo aquí en medio de tan grandes peligros. *(A los cocineros.)* Ea, entrar ya todos en buena hora, cocineros y flautistas, carga también adentro, si te parece bien,

[4] El texto latino pone *Laverna,* divinidad patrona de los ladrones.

con un ejército de esclavos, hale, a guisar, a hacer y a trajinar ya lo que os dé la gana.

Co. — A buena hora, después que me has llenado la cabeza de rachas a fuerza de palos.

Euc. — Anda, adentro: se os ha contratado para trabajar, no para echar discursos.

Co. — Eh, tú, abuelo, entonces te voy a exigir también una paga por los golpes que me has dado, ¡caray!, yo he sido contratado para guisar y no para recibir palos.

Euc. — Llévame si quieres a los tribunales, no te pongas cargante. Anda, vete ya a preparar la cena o lárgate de una vez a la horca.

Co. — Lo mismo digo.

## ESCENA CUARTA

### Euclión

Euc. — Por fin se fue. Santo Dios, qué atrevimiento de parte de una persona pobre el entrar en tratos con un rico. Mira si no el dichoso Megadoro, que no sabe por dónde cogerme, pobre de mí, y va y hace con que por mor de mi persona me manda los cocineros y en realidad de verdad, para lo que los ha mandado es para que me la robaran. *(Señalando a la olla.)* Luego, por si era poco todavía, el gallo ese de la vieja me ha acabado de dar la puntilla ahí dentro, pues no que empieza a escarbar justo donde estaba escondida. En resumen, me puso tan exacerbado, que cojo un palo y lo dejo tieso, por ladrón, cogido además *in flagranti.* ¡Qué diablos!, estoy seguro que es que los cocineros le habían prometido una prima, si descubría el tesoro. Pero yo les he quitado el arma de las manos. En resumen, el

gallo es el que ha hecho los gastos del combate. Pero ahí veo a mi compadre Megadoro, que vuelve de la plaza. No me atrevo a pasar de largo sin pararme con él y hablarle.

## ESCENA QUINTA

### MEGADORO, EUCLIÓN

ME. — Les he estado contando a muchos de mis amigos mi proyecto de matrimonio: todos alaban a la hija de Euclión. Dicen que está muy bien hecho y que es una decisión acertada. Porque desde luego, en mi opinión, si los demás hicieran lo mismo, o sea, casarse los ricos con las hijas de los pobres sin recibir dote, habría muchas menos distancias entre los ciudadanos y no estaríamos los ricos tan expuestos como lo estamos a la envidia de los demás. Ellas tendrían un poco más de miedo al castigo de lo que lo tienen y nosotros menos gastos de los que tenemos. Desde luego ésa sería una solución que redundaría en beneficio de la mayor parte de la población. Hay algunos ambiciosos que me llevan la contraria, gentes a las que no hay ni ley ni zapatero capaz de tomar medida a su ambición y a sus insaciables deseos.

Bueno, y en el caso de que vaya alguien y pregunte: ¿Y con quién se van a casar entonces las ricas, si se da esa ley para las pobres? Mira, que se casen con quien les dé la gana, con tal de que no aporten una dote. Si así fuera, tendrían más cuenta con llevar como dote más virtudes de las que ahora llevan al matrimonio. Verías tú como entonces los mulos[5], que en la actualidad superan en precio a los caballos, se ponían más baratos que los jamelgos galos.

[5] Las mulas eran muy utilizadas como animales de tiro para las carrozas; según MARCIAL, III 62, 6, se pagaba más dinero por la compra de una mula que de una casa.

EUC. — Por Dios, que le estoy escuchando con gusto, se ha explayado de maravilla en favor del ahorro.

ME. — Ninguna podría decir entonces: «Mira que te he traído una dote mucho mayor que el dinero que tú tenías, o sea, que es justo que se me proporcione oro y púrpura, esclavas, mulos, muleros, servidores, mensajeros, carrozas para pasearme».

EUC. — ¡Qué bien se sabe éste las costumbres de las señoras! Estaría bien de prefecto para asuntos femeninos.

ME. — Hoy en día, a donde quiera que vayas, ves más carruajes en las casas de la ciudad que en el campo, cuando vas a la finca. Pero todo esto es cosa de nada en comparación con cuando empiezan a pasarte las cuentas: se presenta el de la limpieza de los vestidos, el bordador en oro, el joyero, el tejedor de lana, comerciantes de cenefas, camiseros, tintoreros de rojo, de violeta, de nogal, o los sastres de las túnicas de manga larga, o los perfumeros, los revendedores de lencería de lino y de zapatos; los zapateros de zapatos finos, los de sandalias se presentan, se presentan los fabricantes de tejidos de malva; traen sus cuentas los de la limpieza de vestidos, los que los remiendan traen sus cuentas, se presentan los corseteros y junto con ellos los fabricantes de cinturones. Te piensas que has terminado ya con todos éstos: se van y vienen entonces cientos de ellos, en los atrios están con la bolsa en la mano los fabricantes de cenefas, los de cofres para joyas. Entran, se les paga. Te piensas que has acabado con ellos, cuando aparecen los tintoreros de azafrán o si no, el malasangre que sea, que viene y quiere algo.

EUC. — Me gustaría abordarle, si no temiera que dejase de enumerar las mañas de las mujeres. Es mejor dejarle por lo pronto.

ME. — Cuando has terminado con todos estos mercaderes de bagatelas, al final, para colmo se presenta un sol-

dado y pide su impuesto; vas y echas las cuentas con tu banquero; el soldado allí esperando con el estómago vacío y diciendo que quiere cobrar: cuando has terminado las cuentas con el banquero, resulta que tienes deudas con él, o sea, que hay que decirle al soldado que vuelva al día siguiente. Todo esto y mucho más es lo que traen consigo las dotes fuertes en cuanto a inconvenientes y gastos intolerables. Total, que la mujer sin dote, ésa está en manos del marido, y las dotadas lo único que aportan al matrimonio es la ruina y la desgracia de sus esposos. Pero mira, ahí está mi pariente a la puerta de su casa. ¿Qué hay, Euclión?

## ESCENA SEXTA

### EUCLIÓN, MEGADORO

EUC. —Sí que no me he tragado con gusto tus razonamientos.

ME. —Ah, pero ¿lo has oído?

EUC. —Desde el principio todo ce por be.

ME. —De todos modos me parece que no haría mal en ponerte un poco más elegante para las bodas de tu hija.

EUC. —El saber acomodar la elegancia a lo que se tiene y el afán de representar a la propia fortuna, es dar prueba de no haberse olvidado de la propia proveniencia. De verdad, Megadoro, ni a mí ni a otra persona pobre le trae ventaja alguna en cuanto a sus asuntos económicos el qué dirán.

ME. —Pero bueno, tú tienes lo suficiente y Dios así lo quiera y te aumente cada vez más lo que ahora tienes.

EUC. —*(Aparte.)* Eso de «lo que ahora tienes» no me hace gracia. Éste sabe lo que tengo lo mismo que yo. La vieja lo ha dicho todo.

ME. —¿A qué andas ahí haciendo corrillo aparte?

EUC. —¡Caray!, estaba pensando, y con razón, cómo podría culparte.

ME. —Pero, ¿qué es lo que pasa?

EUC. —¿Que qué pasa, dices? Después que me has llenado de ladrones todos los rincones de mi casa, desgraciado de mí, y me has metido dentro mil cocineros cada uno con seis manos, como si fueran hijos de Gerión[6]. Ni Argos siquiera, que no era más que ojos, que le encargó Juno custodiar a Ío, ni Argos sería capaz de vigilarlos, y además una flautista, capaz de bebérseme sola, si manara vino, la mismísima fuente Pirene de Corinto; luego, la compra.

ME. —Caray, la compra bastaría para un regimiento, he mandado hasta un cordero.

EUC. —Sí, un cordero, que seguro estoy que no hay bicho más curioso[7] que éste.

ME. —Me gustaría realmente saber qué tiene que ver un cordero con la curiosidad ni con la curia.

EUC. —Pues es que no es más que hueso y pellejo, tal está comido de curiosear; bueno, es que vivo y todo, si le pones al sol, nada, que se le ven las entrañas, es más transparente que una farola púnica.

ME. —Pero si yo he pagado uno que estaba a punto para matar.

EUC. —Entonces más vale que le pagues también el entierro, porque muerto, lo está ya, según creo.

ME. —Bien, Euclión, tenemos que echar hoy un copeo juntos.

EUC. —Te juro que yo, desde luego, de beber, nada.

---

[6] Gigante de tres cuerpos, en la isla de Eriteia en el Océano al otro lado de las Columnas de Hércules, a quien éste robó sus rebaños de bueyes (décimo trabajo).

[7] Juego de palabras en el texto latino.

ME. — Que sí, hombre, que voy a mandar traer una garrafa de vino viejo de mi casa.

EUC. — ¡Que no!, que no quiero, yo no bebo más que agua.

ME. — Ya verás la melopea que te voy a hacer coger hoy, a ti que dices que no vas a beber más que agua.

EUC. — *(Aparte.)* Yo me sé lo que pretende éste. Eso no es más que un pretexto para dejarme fuera de combate con el vino y así, cambie después de domicilio esto que llevo aquí. *(Señalando a la olla.)* Pero ya tomaré yo mis medidas, porque voy a coger y a esconderlo donde sea, fuera, y no va a conseguir más que perder el tiempo y el vino al mismo tiempo.

ME. — Yo, Euclión, si no quieres nada más, me voy al baño, para prepararme para el oficio religioso. *(Se va.)*

EUC. — Por Dios, olla de mis entrañas, qué de enemigos tienes, tú y el oro que se te ha confiado. Ahora lo mejor es, olla querida, que te lleve fuera de casa, al templo de la Fidelidad. Allí te dejaré bien escondida, Santa Fidelidad, tú me conoces a mí lo mismo que yo a ti. No vayas, te suplico, a cambiar tu nombre, si te entrego mi tesoro. A ti dirijo mis pasos, confiado en la fidelidad que llevas por nombre. *(Se dirige al templo.)*

## ACTO IV

### ESCENA PRIMERA

### ESCLAVO DE LICÓNIDES

ESCL. — He aquí una acción digna de un buen esclavo, el hacer lo que yo traigo entre manos, ejecutar las órdenes del amo sin demora y con buena voluntad. Porque el

esclavo que quiere servir a su señor según los deseos de éste, debe poner mano primero a las cosas de su señor y después a las suyas propias. Si duerme, debe dormir de manera que no olvide su condición de esclavo. Pues quien sirve a un amo enamorado, como es mi caso, si ve que el amor es más fuerte que su amo, yo pienso que es el deber del esclavo el contenerle para que no se pierda, pero no empujarle a donde le lleva su pasión. Así como a los niños, cuando están aprendiendo a nadar, se les pone un flotador para que no tengan que esforzarse tanto y naden y muevan las manos más fácilmente, igual pienso yo que el siervo debe de ser como un salvavidas para su amo enamorado, para que se sostenga y no se vaya al fondo como una sonda de plomo. El siervo debe adivinar las órdenes de su amo, de modo que sus ojos sepan leer la expresión de su rostro, debe apresurarse a ejecutar sus órdenes con más velocidad que una veloz cuadriga. Quien tenga estos preceptos en cuenta, se verá libre del castigo del látigo y no dará ocasión a sacar brillo a las cadenas de sus pies. El caso es que mi amo está enamorado de la hija de Euclión, el viejo ese pobre que vive ahí, pero según ha sabido, la muchacha ha sido prometida aquí a Megadoro, su tío. Por eso me ha mandado a espiar, para que le tenga al corriente de lo que pasa. Así que ahora, sin que nadie tenga nada que sospechar, me voy a sentar aquí en este altar, para poder observar lo que sucede de esta parte y de la otra.

## ESCENA SEGUNDA

### EUCLIÓN, ESCLAVO DE LICÓNIDES

EUC. —Santa Fidelidad, yo te suplico, no descubras a nadie el escondrijo de mi oro. No es que tenga miedo de

que lo encuentre, que lo he dejado bien escondido. ¡Dios mío, bonita presa iba a hacer el que se encontrara la olla llena de oro! No lo permitas, Santa Fidelidad, yo te suplico. Ahora me voy al baño, para luego hacer el servicio religioso y no hacer esperar a mi yerno; de modo que cuando venga, lleve a mi hija enseguida a su hogar. Santa Fidelidad, mira, una y otra vez te lo pido, que me lleve la olla salva de tu templo; a tu fidelidad he confiado el oro, en tu bosque sagrado y en tu templo lo he depositado.

ESCL. —Santo Dios, ¿qué es lo que dice este hombre?, ¿que ha escondido aquí en el templo de la Fidelidad una olla llena de oro? Santa Fidelidad, escucha mi súplica y no le seas más fiel a él que a mí. Pero me parece que éste es el padre de la muchacha que quiere mi amo. Voy a entrar y a registrar el templo, a ver si encuentro dónde sea el oro, mientras que el otro está ocupado. Pero si lo encuentro, ¡oh Santa Fidelidad!, prometo ofrecerte una jarra de vino con miel de más de tres litros de cabida; primero te la ofrezco a ti, y luego, al coleto que me la tiro, después que te la haya ofrecido.

## ESCENA TERCERA

EUCLIÓN

EUC. —*(Volviendo.)* Por algo es que me grazna el cuervo aquí a la mano izquierda; y es que además estaba al mismo tiempo graznando y escarbando la tierra con las patas. Al momento se me ha puesto el corazón a saltar y a danzar en el pecho. ¡Venga, venga, deprisa y a la carrera! *(Va hacia el templo.)*

## ESCENA CUARTA

### Euclión, Esclavo de Licónides

Euc. —*(Saliendo del templo tirando del esclavo.)* Fuera de aquí, lombriz de caño sucio, conque acabas ahora mismo de salir de la tierra, hace nada ni rastro había de ti, pues ahora que estás ahí, verás, vas a acabar tus días, tú, malabarista, te las vas a tener que ver conmigo pero que de muy mala manera.

Escl. —Pero, ¿a qué viene esa furia, qué tengo yo que ver contigo, abuelo, por qué me zarandeas, por qué me arrastras, por qué me golpeas?

Euc. —Tú, cosechero de palos, ¿todavía me lo preguntas, ladrón, más que ladrón?

Escl. —¿Pero qué es lo que te he robado?

Euc. —¡Venga, devuélvemelo!

Escl. —Pero, ¿qué te voy a devolver?

Euc. —¿Encima me lo preguntas?

Escl. —Yo no te he quitado nada a ti.

Euc. —Pero para ti me has quitado algo, ¡dámelo, venga!

Escl. —¿Cómo venga?

Euc. —No puedes quitármelo.

Escl. —Pero, ¿qué es lo que quieres?

Euc. —Dame.

Escl. —Desde luego que me creo yo que estás acostumbrado a que te las den, abuelo.

Euc. —Dame, hale, déjate de pamplinas, no estoy yo ahora para bromas.

Escl. —Pero, ¿qué te voy a dar? ¿Por qué no llamas a lo que sea por su nombre? ¡Maldición!, yo no he cogido ni tocado nada.

Euc. —Enséñame las manos.

Escl. — Aquí las tienes, te las enseño, míralas.

Euc. —Bien, venga, enséñame la tercera.

Escl. — Este viejo está endemoniado y mal de la cabeza. ¿No ves que me estás tratando injustamente?

Euc. —Desde luego que sí, pero sólo por no haberte colgado ya, pero bien sabe Dios, que te colgaré, si no confiesas.

Escl. — Pero, ¿qué voy a confesar?

Euc. —¿Qué es lo que te has llevado de aquí?

Escl. —Los dioses me confundan, si te he quitado algo tuyo *(aparte)* y si no es que quería quitártelo.

Euc. — Venga, sacude la capilla esa.

Escl. — Como quieras.

Euc. —No sea que lo tengas entre los vestidos.

Escl. —Tienta tú mismo por donde te dé la gana.

Euc. —¡Ah!, mira que amable se pone ahora el muy sinvergüenza, para que piense que no se ha llevado nada. Yo me sé esos trucos. Venga enséñame otra vez la mano derecha.

Escl. —Aquí la tienes.

Euc. — Ahora enséñame la izquierda.

Escl. —Toma, las dos al mismo tiempo.

Euc. —Basta de registros. Devuélvemelo.

Escl. —¿El qué te voy a devolver?

Euc. —Ah, te estás burlando, tú lo tienes.

Escl. —¿Que lo tengo? ¿El qué tengo?

Euc. —No quiero decirlo, no estás más que deseando oírlo; lo mío, sea lo que sea, que lo tienes tú, devuélvemelo.

Escl. —¡Estás mal de la cabeza! Me has registrado como te ha dado la gana y no me has encontrado nada tuyo. *(Hace ademán de irse.)*

Euc. —Espera, espera, ¿quién es aquél?, ¿quién era el otro que estaba ahí dentro contigo? ¡Dios mío, estoy per-

dido! El otro está ahí dentro haciendo de las suyas; si dejo a éste, se me escapa. En fin de cuentas a éste ya le he registrado de punta a cabo, éste no tiene nada. Vete donde te dé la gana.

Escl. — Mal rayo te parta.

Euc. — Bonita manera de dar las gracias. Ahora voy ahí a cortarle el gañote a tu cómplice. ¿Te largas ya de mi presencia? ¿Acabas o no acabas de irte? Mucho cuidado con volver a aparecer ante mi vista. *(Entra en el templo.)*

## ESCENA QUINTA

### Esclavo de Licónides

Escl. — Morirme de la peor de las muertes prefería antes que no dársela hoy al viejo. Ahora ya no se atreverá a esconder el oro ahí, seguro que lo saca y lo cambia de lugar. ¡Ajajá!, suena la puerta: ¡el viejo, que saca el oro fuera! Voy a retirarme aquí un poco junto a la puerta.

## ESCENA SEXTA

### Euclión, Esclavo de Licónides

Euc. — Anda, que tenía yo una opinión bien distinta de la confianza que merecía la diosa de la Fidelidad, pero sí, a punto ha estado de burlarse de mí en mis propias barbas; de no ser por el cuervo, perdido hubiera estado, pobre de mí. No, que no me gustaría poco ver otra vez al cuervo que me dio el aviso, para decirle algunas palabras de reconocimiento, porque algo de comer, lo mismo sería darlo que

perderlo. Ahora estoy pensando un sitio solitario, para esconder esto. Fuera de la muralla está el bosque de Silvano, que queda apartado del camino y está muy cerrado con sauces; allí buscaré un sitio. Desde luego, mejor se lo confío a Silvano que no a la Fidelidad.

ESCL. — ¡Ole, ole!, los dioses están de mi parte, voy a adelantarme al viejo, me subo a un árbol y desde allí observaré dónde esconde el oro. Aunque, ahora que lo pienso, el amo me había mandado esperarle aquí; es igual, prefiero los monises, aunque sea a costa de palos.

## ESCENA SÉPTIMA

LICÓNIDES, EUNOMIA, (FEDRIA)

LI. — Esto es todo, madre, ya estás tú también al tanto de toda la historia con la hija de Euclión. Ahora, madre, te ruego y te suplico otra vez lo mismo que antes; habla al tío, madre, por favor.

EUN. — Bien sabes tú que mi único deseo es cumplir los tuyos; yo confío que tendré éxito con mi hermano. El motivo es además justificado, si es verdad lo que dices, que violaste a la muchacha cuando estabas bebido.

LI. — ¿Voy yo a decirte a ti una mentira, madre?

FE. — *(Desde dentro.)* ¡Ay, aya, por favor, me muero, me vienen los dolores, Juno Lucina, ayúdame!

LI. — ¡Mira, madre, hechos y no palabras, grita, le viene el parto!

EUN. — Ven conmigo, hijo, a mi hermano, que consiga de él lo que me pides.

LI. — Ve, madre, yo te sigo. Pero, ¿dónde puede estar mi esclavo? Le había dicho que me esperara aquí. Aunque

ahora que lo pienso, si es que está ocupado en mi servicio, no es justo que me enfade con él. Voy dentro, donde se están celebrando los comicios sobre mi vida.

## ESCENA OCTAVA

### ESCLAVO DE LICÓNIDES

ESCL. — *(Entra con la olla en las manos.)* En el mundo entero no hay fuera de mí nadie que supere en riquezas a los grifos, habitantes de montes de oro. Los reyes corrientes no merecen ni nombrarlos, mendigos son en comparación mía: ¡el rey Filipo[8] en persona soy! ¡Qué día tan fantástico! Cuando me fui hace un momento, llegué allí mucho antes que el viejo y me puse a esperar subido en un árbol. Desde allí podía observar dónde escondía el oro. De que se va, me bajo y saco de la tierra la olla llena de oro. Entonces veo al viejo que vuelve, pero él no me ve a mí, que me había desviado un poco del camino. Eh, eh, ahí está. Me voy a esconderlo en casa.

## ESCENA NOVENA

### EUCLIÓN, LICÓNIDES

EUC. — Estoy perdido, destrozado, muerto. ¿En qué dirección echaré a correr, en cuál no echaré a correr? ¡Al ladrón, al ladrón! ¿A cuál, quién? No lo sé, tengo nublada la vista, voy andando a ciegas y no puedo percibir ni a

[8] *Vid.* nota al v. 86.

dónde voy ni dónde estoy ni quién soy. *(Al público.)* Por favor, auxiliadme, os lo pido y os lo suplico, y decidme quién me lo ha quitado. ¿Qué dices tú? A ti te daré crédito, que tienes cara de buena persona. ¿Qué pasa? ¿Por qué os reís? Os conozco a todos, sé que hay aquí muchos ladrones, disimulados con el blanco de sus vestiduras[9] y que están aquí sentados como si fueran personas decentes. ¿Qué, no lo tiene ninguno de éstos? ¡Me has matado! Dime entonces, ¿quién lo tiene? ¿No lo sabes?

¡Ay desgraciado de mí, qué desgracia me ha caído!
721a Mala es mi perdición y peores mis avíos,
gemidos, males, tan grande tristeza
722a me trajo este día, hambre y pobreza.
Soy el más desgraciado de toda la tierra.
723a ¿Para qué quiero ya vivir, si tanto oro perdí,
724a guardado con cuidados sin fin?
Yo mismo de tantas satisfacciones me privé,
725a otros por mi ruina y mi mal
del oro van ahora a disfrutar.
726 ¿Cómo lo podré soportar?

LI. —¿Quién se queja aquí delante de nuestra casa con tan tristes lamentos? ¡Pero si es Euclión! Ahora sí que estoy del todo perdido, seguro que sabe que su hija ha dado ya a luz. Ahora no sé, si irme o quedarme, si acercarme a hablarle o salir huyendo. ¿Qué hago? Por Dios, no lo sé.

[9] Se hace referencia probablemente a los ciudadanos de las clases altas, que ocupaban las primeras filas del teatro (cf. *Captivi* 15).

## ESCENA DÉCIMA

### EUCLIÓN, LICÓNIDES

EUC. —¿Quién habla ahí?

LI. —Yo, un desgraciado.

EUC. —Yo sí que lo soy, un hombre perdido, tan grandes son los males y las tristezas que me acosan.

LI. —No te pongas así.

EUC. —¿Cómo no voy a ponerme así, por favor?

LI. —Porque yo soy quien ha cometido la acción que te inquieta, lo confieso.

EUC. —¿Pero qué es lo que dices?

LI. —La pura verdad.

EUC. —Pero, joven, ¿qué motivos te he dado yo para que hicieras una cosa semejante, acarreándome la perdición mía y de mis hijos?

LI. —Un dios me empujó, él fue quien me sedujo hacia ella.

EUC. —¿Cómo?

LI. —Confieso que he cometido una falta y que soy culpable; por eso vengo a rogarte, que te dignes concederme tu perdón.

EUC. —Pero, ¿cómo te has atrevido a hacer una cosa así, tocar lo que no era tuyo?

LI. —¿Qué quieres que le hagamos? Ya está hecho, y lo hecho hecho está; los dioses lo han querido, digo yo, porque de no ser así, seguro estoy que no hubiera sucedido.

EUC. —Y yo digo que los dioses han querido que te ponga en mi casa en el potro y te mande al otro barrio.

LI. —Por Dios, no digas una cosa así.

EUC. —¿Qué tenías tú que tocar lo que era mío sin mi consentimiento?

LI. —Es que lo hice por culpa del vino y de la pasión.

EUC. —Descarado, ¿te atreves a venirme con esas explicaciones, sinvergüenza? Pues si fuera una cosa permitida el poder disculparse en esa forma, en pleno día les arrebataríamos las joyas a las señoras a todas vistas y luego, si nos echaban mano, nos disculparíamos diciendo que estábamos borrachos y enamorados. Una cosa bien barata es el amor y el vino si al borracho y al enamorado le es lícito hacer impunemente lo que le venga en gana.

LI. —Pero yo vengo por mi voluntad a suplicarte que me perdones mi locura.

EUC. —No me hace a mí gracia la gente que viene con excusas, después de haber obrado mal. Tú sabías que no era tuya, no debías haberla tocado.

LI. —Pues porque me he atrevido a tocarla, no pongo inconvenientes en que sea yo precisamente el que me quede con ella.

EUC. —¿Tú te vas a quedar con ella siendo mía en contra de mi voluntad?

LI. —Yo no la exijo en contra de tu voluntad, pero juzgo que me pertenece, es más, tú mismo, Euclión, tendrás que reconocer, digo, que debe ser mía.

EUC. —Como no me devuelvas...

LI. —¿Qué es lo que te voy a devolver?

EUC. —Lo que es mío y me has quitado, ¡maldición!, te voy a llevar al juez y te voy a hacer un proceso.

LI. —¿Que yo te quito lo tuyo? ¿De dónde? o ¿de qué se trata?

EUC. —*(Irónicamente)* ¡Que Dios te bendiga tal y como es verdad que no lo sabes!

LI. — Como no sea que tú me digas qué es lo que echas de menos.

EUC. — La olla de oro, digo, te reclamo, que me has confesado tú mismo que me la has quitado.

LI. — Por Dios, ni lo he dicho ni mucho menos lo he hecho.

EUC. — ¿Lo niegas?

LI. — Una y mil veces, porque ni sé ni tengo la menor idea de qué oro ni de qué olla se trata.

EUC. — La olla que me has robado del bosque de Silvano, venga, hale, devuélvemela, yo la reparto contigo, aunque seas un ladrón, no te voy a molestar, hale, devuélvemela.

LI. — Tú no estás en tu juicio, llamarme a mí ladrón. Yo, Euclión, creía que tú habías tenido noticia de otra cosa, que me atañe; es algo de mucha importancia sobre lo que quisiera hablar contigo en calma, si es que tienes tiempo.

EUC. — Dime entonces bajo palabra de honor: ¿no me has robado tú el oro?

LI. — Palabra de honor que no.

EUC. — ¿Ni sabes tampoco quién me lo ha quitado?

LI. — Palabra.

EUC. — ¿Y me lo dirás, si sabes quién ha sido?

LI. — Lo prometo.

EUC. — ¿Y no cogerás para ti parte alguna de aquel que lo tiene ni darás acogida al ladrón?

LI. — Así es.

EUC. — Y ¿si mientes?

LI. — Entonces, que el soberano Júpiter haga de mí lo que le venga en gana.

EUC. — Eso me basta. Venga, di ahora qué quieres.

LI. — Por si acaso no conoces a mi familia: Megadoro,

tu vecino, es mi tío, mi padre era Antímaco, yo soy Licónides, mi madre es Eunomia.

EUC. — Claro que conozco a tu familia. ¿Qué es lo que quieres? Eso es lo que deseo saber.

LI. — Tú tienes una hija.

EUC. — Sí, ahí en mi casa.

LI. — Según yo sé, se la has prometido a mi tío.

EUC. — Estás al tanto de todo.

LI. — Mi tío me ha encargado comunicarte, que renuncia al matrimonio.

EUC. — ¿Qué renuncia, después de estar todo dispuesto y hechos los preparativos para la boda? ¡Los dioses todos de la corte celestial le maldigan, que por su culpa he perdido yo hoy por mi mala suerte tal cantidad de oro, desgraciado de mí!

LI. — Anímate, Euclión, no digas cosas de mal agüero. Ahora, lo cual sea para bien tuyo y de tu hija, di, Dios lo haga.

EUC. — Dios lo haga.

LI. — Lo mismo digo en mi favor. Escucha ahora: nadie que ha cometido una falta, tiene luego la vileza de no avergonzarse y no querer disculparse. Ahora yo te conjuro, Euclión, a que si yo, por atolondramiento, os he faltado a ti o a tu hija, me perdones y me la des por legítima esposa. Yo confieso que he hecho violencia a tu hija, durante la vigilia de Ceres, por culpa del vino y de la pasión juvenil.

EUC. — ¡Ay de mí!, ¿qué fechoría oigo de ti?

LI. — ¿A qué esos ayes, si te he hecho abuelo para las bodas de tu hija? Porque ha dado a luz, nueve meses después, echa la cuenta; por eso ha presentado mi tío la renuncia al matrimonio en favor mío; entra en casa, infórmate de si es así como digo.

EUC. — Estoy del todo perdido, una desgracia llama a

la otra, voy dentro, para enterarme de cuál es la verdad de todo esto.

Li. — Yo te sigo ahora mismo. Ya parece que vamos llegando a buen puerto. Pero, ¿por dónde andará mi esclavo? Le esperaré aquí un poco y después me acercaré a casa de Euclión. Entretanto le daré tiempo para informarse de todo por la vieja, el aya y sirvienta de su hija; ella está al tanto de todo.

## ACTO V

### Esclavo de Licónides, Licónides

Escl. — Dioses inmortales, ¡qué felicidad tan sin límite me habéis concedido! Tengo en mi posesión una olla de cuatro libras de oro. ¿Quién más rico que yo? ¿Qué otro hay en Atenas a quien los dioses le sean más propicios?

Li. — Me parece haber oído hablar a alguien por aquí.

Escl. — Eh, ¿no es mi amo a quien diviso?

Li. — ¿No es ése mi esclavo?

Escl. — Él es en persona.

Li. — Él es, desde luego.

Escl. — Me acercaré a él.

Li. — Voy a su encuentro; seguro que, como le ordené, se habrá puesto en contacto con la vieja, el aya de la muchacha.

Escl. — ¿Por qué no voy y le digo el botín que he encontrado? Luego le pediré que me conceda la libertad. Voy a hablarle: he encontrado...

Li. — A ver, ¿qué has encontrado?

ESCL. — No lo que los chiquillos gritan que han encontrado en las habas [10].

LI. — ¿Ya estamos como siempre, con tus bromas?

ESCL. — Amo, espera, ahora te lo explico.

LI. — Venga pues, habla.

ESCL. — Amo, he encontrado unas riquezas inmensas.

LI. — ¿Dónde, pues?

ESCL. — Una olla, digo, de cuatro libras de oro.

LI. — ¿Qué es lo que oigo?

ESCL. — Se la he quitado a Euclión, el viejo ese de ahí.

LI. — ¿Dónde está ese oro?

ESCL. — En un arca, en mi cuarto. Ahora quería pedirte que me dieras la libertad.

LI. — ¿La libertad te voy a dar yo, cúmulo de maldades?

ESCL. — Vamos, amo, yo sé lo que estás pensando, anda que bien que te he tomado el pelo; ya estabas dispuesto a quitármelo. ¿Qué hubieras hecho, si lo hubiera encontrado de verdad?

LI. — No puedes decirme que era una broma, anda ve y devuelve el oro.

ESCL. — ¿Que devuelva el oro?

LI. — Devuélvelo, digo, que se lo devolvamos a Euclión.

ESCL. — ¿Y de dónde lo voy a sacar?

LI. — ¿No acabas de confesar que lo tienes en un arca?

ESCL. — ¡Bah!, yo soy de esa condición, de andar gastando bromas. *** Sí, eso digo.

LI. — ¿Sabes lo que te espera?

ESCL. — ¡Maldición!, jamás lo conseguirás, así me mates.

*(El final de la comedia falta en los manuscritos.)*

[10] No es seguro a qué clase de juego infantil se hace referencia.

## FRAGMENTOS

I Para pagar esos vestidos de color azafrán, los corsés y demás gastos femeninos.

II ¡Qué mordisco le ha tirado!

III (EUC. —) Diez hoyos cavaba al día.

IV (EUC. —) Ni de noche ni de día tenía un momento de tranquilidad. ¡Ahora podré volver a dormir!

V (ESCL. —) Si me ponen verduras crudas, que les añadan una salsa.

## FRAGMENTOS DUDOSOS

VI Estróbilo, no me frunzas la frente en esa forma.

VII Pero sale el chulo, vamos a escuchar aquí a escondidas qué es lo que dice.

# LAS DOS BÁQUIDES

*(Bacchides)*

# INTRODUCCIÓN

Las *Báquides*, otra pieza única en el repertorio plautino —aunque, ¿cuál de ellas no lo es?—. Una vez más, los tipos de siempre: dos seductoras cortesanas hermanas, del mismo nombre, dos jóvenes enamorados, dos padres —el condescendiente y el severo—, el militar, y un esclavo *factotum,* que hace y deshace y tiene en sus manos los hilos con que maneja a los personajes; pero, así y todo, una obra bien distinta de las demás, de fluido desarrollo, rica en diversos tipos de escenas, no sólo en cómicas, que culmina en el giro inesperado y de una hilaridad sin condiciones del acto final. El comienzo de la obra se ha perdido, junto con el final de la *Aulularia,* y no se conoce más que por fragmentos conservados en los gramáticos. La Báquide samia (Báquide II), que ha conocido en Samos al joven ateniense Menesíloco, ha ido a Atenas con el militar Cleómaco, que la ha contratado por un año. En Atenas vive una hermana suya del mismo nombre (Báquide I). Menesíloco ha sido enviado por su padre Nicobulo a Éfeso, para cobrar una suma de 1.200 filipos de oro, que tenía entregada a un amigo suyo, y encarga por carta a su amigo Pistoclero que trate de localizar a su amiga Báquide, con ocasión de lo cual entra éste en contacto también con la hermana, Báquide I: incapaz de resistir a sus encantos, se enamora de ella. Vuelta de Menesíloco de Éfeso, junto con su esclavo Crísalo. Crísalo es informado por Pistoclero del éxito de su

gestión, pero se necesita, como siempre, dinero para liberar a la Báquide samia de su contrato con el militar. Nada más fácil para Crísalo, puesto que todavía no han entregado la suma traída de Éfeso a Nicobulo; una sarta de mentiras hace su efecto y el dinero queda a disposición del joven amo, Menesíloco. Pero Menesíloco es víctima de una confusión: a su llegada tiene ocasión de escuchar una conversación entre Lido, el viejo preceptor de Pistoclero y el padre de éste: Pistoclero está perdidamente enamorado de una cortesana llamada Báquide. Desesperado al creerse traicionado por su amigo y por Báquide misma, entrega todo el dinero traído de Éfeso a su padre, del que a duras penas consigue que no castigue al esclavo por su impostura. Cuando Menesíloco se da cuenta de su error, es ya un poco tarde, porque los doblones han ido a parar a manos de Nicobulo. A pesar de los pesares, vuelve Crísalo a prestarse a un nuevo ataque, el doble engaño, por el que se ha supuesto como original de la obra el *Dis exapatón* de Menandro. Crísalo vuelve a salir victorioso: hace creer a Nicobulo que Báquide es la mujer, no la amiga del militar Cleómaco, que aparece entonces oportunamente a enterarse en qué para la cosa con Báquide. Horrorizado, Nicobulo promete al militar doscientos filipos de oro, creyendo haber comprado y salvado así la vida de su hijo, al que de otro modo hubiera dado muerte en venganza el airado militar. Por si ello fuera poco, vuelven con una nueva mentira a sacarle otros doscientos filipos: Menesíloco le comunica a su padre en una carta habérselos prometido bajo juramento a la mujer del militar antes de que se marchara de con él para seguir a su marido. Al volver del foro, donde ha entregado al militar los doscientos filipos prometidos y ha sido informado por éste de la verdad de las cosas, da Nicobulo en un monólogo rienda suelta a su desesperación ante la serie de engañifas sufridas. Los dos viejos, él y

Filóxeno, padre de Pistoclero, se lamentan de sus comunes desgracias y deciden llamar a la casa de las dos hermanitas para reclamarles sus hijos. Pero las cosas no llevan siempre el camino que uno se figura y, sobre todo, no se puede decir nunca 'de este agua no he de beber': salen a abrir la puerta las dos jóvenes y deciden entre sí arremeter a su manera contra los dos viejos, repartiéndose el trabajo; la Báquide samia se encargará de Filóxeno, cosa que, como el lector puede tener ocasión de comprobar, es pan comido. A la hermana le cuesta algo más de trabajillo, pero al fin caen los dos como moscas víctimas de sus encantos y sus halagos.

El modelo de las *Bacchides* es, como se ha dicho, con mucha probabilidad el *Dis exapatón* de Menandro; aparte del motivo de la intriga, se hace referencia también a la frase famosa de *quem di diligunt adulescens moritur* de los vv. 815 s., citada en el *Florilegio* de Estobeo 120, 8, como perteneciente a la misma comedia[1].

Sobre la fecha, se sabe sólo de manera segura que es posterior al *Epidicus*, obra a la que se hace alusión en v. 214 s.: *etiam Epidicum quam ego fabulam aeque ac me ipsum amo,/ nullam aeque invitus specto, si agit Pellio.* Los otros argumentos son inseguros: alusión a la banalidad de los desfiles triunfales de los que se conocen tres en el 189-88 y dos en el 187; las alusiones a las bacantes de los vv. 53 y 731; la parodia de la Andrómeda de Ennio en el v. 933 *(o Troia, o patria, o Pergamum, o Priame periisti senex),* que se considera como una de sus últimas tragedias. Así y todo, es probable que las *Bacchides* pertenezcan a los últimos años de la actividad literaria del poeta.

De las *Bacchides* no existen refundiciones o imitaciones dignas de especial mención.

[1] Sobre un nuevo fragmento del *Dis exapatón* de Menandro, *vid.* Introducción, pág. 7.

## PERSONAJES

PISTOCLERO, joven.
BÁQUIDE I, cortesana ateniense.
BÁQUIDE II, cortesana samia, su hermana.
LIDO, preceptor de Pistoclero.
CRÍSALO, esclavo.
NICOBULO, viejo, padre de Menesíloco.
MENESÍLOCO, joven.
FILÓXENO, viejo, padre de Pistoclero.
PARÁSITO.
Un joven ESCLAVO.
ARTAMÓN, verdugo.
CLEÓMACO, militar.

La acción transcurre en Atenas.

FRAGMENTOS

## ACTO I

I Los que son de carácter complaciente, sin impertinencia, sin servilismo.

II Cadenas, látigos, molino: el castigo se hace aún más duro.

III A coger las escobas y a barrer, venga, deprisa.

IV A ver si llama alguien a ese tío asqueroso, que salga aquí con la regadera y con agua.

V Dos gotas de leche no son más iguales.

VI (BÁ. —) Ella se llamaba igual que yo.

VII Un mercenario que expone su vida por dinero.

VIII Yo sé que se da mucho más aire que el que echan los fuelles de piel de toro cuando se funde el mineral para sacar el hierro. ¿De dónde piensas tú que es? Yo me figuro que es de Preneste, como era tan fardón.

IX Yo no creo que esta ciudad goce de una fama inmerecida.

X (UN ESCLAVO.) Que no recibieras de ningún otro una paga por un año fuera de él ni que te besuquearas con nadie más.

XI Hombres pegajosos.

XII Mi alma, mi esperanza, mi dulzura, mi delicia, mi alimento, mi alegría.

XIII Déjame amarte.

XIV ¿Es Cupido o el Amor quien te atormenta?

XV BÁ. — Según yo sé tuvo que soportar Ulises trabajos innumerables, ya que se pasó veinte años errante fuera de su patria; pero este joven le deja chico a Ulises, que anda errante aquí dentro de los muros de la ciudad.

XVI Sea cual sea su nombre.

XVII (PI. —) Que nos trae a mal traer a mi amigo y a mí.

XVIII Desde luego me creo que eres capaz de hechizar el corazón a cualquiera.

XIX Si es que quieres hacer de seductor, mira a ver cuál es el salario que se te va a dar, que a la edad que tienes no vas a seguirme de balde.

XX Árabe.

## ACTO I

### ESCENA PRIMERA

BÁQUIDE I, BÁQUIDE II, PISTOCLERO

* * *

BÁ. I. — ¿No te parece mejor que tú no digas nada y yo sea la que hable?

BÁ. II. — Estupendo, vale.

BÁ. I. — Si se me escapa algo, entonces tú no dejes de echarme una mano, hermanita.

BÁ. II. — Más peligro veo yo en que no se me ocurra a mí qué decir para ayudarte.

BÁ. I.—¡Y yo en que le faltara la voz al ruiseñor! Ven conmigo.

PI.—¿Qué tal las dos chulillas, las hermanitas Báquide y Báquide? ¿Qué es lo que acabáis de decidir ahí la una con la otra?

BÁ. I.—Nada más que cosas buenas.

PI.—Tú, eso no es propio de gentes de vuestro gremio.

BÁ. I.—No hay nada más desgraciado que una mujer.

PI.—Y ¿quién se lo tiene más merecido?

BÁ. I.—Mi hermana me pide que busque a alguien que mire por ella, para que el militar ese..., para que cuando se termine el tiempo concertado con él, vuelva. ¿No podrías tú encargarte de arreglarle este asunto?

PI.—¿Qué asunto es el que quieres que le arregle?

BÁ. I.—Que vuelva a casa cuando haya terminado su servicio con el militar, para que no se quede con ella como de esclava; desde luego que si ella tuviera el dinero para devolvérselo, lo haría con mucho gusto.

PI.—¿Dónde está él ahora?

BÁ. I.—Debe de estar a punto de llegar. Pero es mejor que te ocupes de ello aquí en casa; te sientas y esperas aquí hasta que venga, y yo, te doy un besito luego después que hayas bebido.

PI.—¡Menuda liga son vuestras caricias!

BÁ. I.—Pero, ¿por qué?

PI.—Pues porque lo veo bien claro, sois dos a echar mano de un solo palomo, pobre de mí, ya siento en las alas los golpes de la caña. Chica, yo creo que ése es un negocio que no me trae cuenta.

BÁ. I.—¿Se puede saber por qué?

PI.—Báquide, yo temo a las bacantes y a tu bacanal.

BÁ. I.—¿Qué pasa? ¿De qué tienes miedo? ¿Acaso de que aquí, en nuestro diván, te vaya a dar tentación de alguna cosa indebida?

PI. — Más temo yo tus devaneos que tu diván. Eres un bicho malo. Es que, chica, a mi edad, hay que tener cuidado de no meterse en estas madrigueras.

BÁ. I. — Yo, por mi parte, si te dan ganas de hacer alguna tontería en mi casa, te lo impediré. Es que yo quiero que estés aquí cuando venga el militar, porque, si tú estás, no se atreverá nadie a cometer un atropello, ni con mi hermana ni conmigo. Tú lo impedirás y así le prestas un servicio a tu amigo. El militar, cuando venga, pensará que yo soy tu amiga. ¿Por qué te quedas ahora tan callado?

PI. — Pues porque todas esas cosas están muy bien de palabra, pero de hecho y cuando llega la hora de la verdad, son como si dijéramos aguijones, que te acribillan el alma, acaban con tu fortuna y te dejan hecha migas tu conducta y tu reputación.

BÁ. II. — Pero, ¿qué es lo que te inspira temor de parte de mi hermana?

PI. — ¿Que qué me inspira temor, me preguntas, a un hombre de mi edad? ¿Meterme en un polideportivo tal, donde te hartas de sudar en perjuicio propio, donde en vez de coger el disco me busco mi ruina y mi deshonra en lugar de ejercitarme en la carrera?

BÁ. I. — Chico, hablas como un libro.

PI. — Donde en vez de la espada, vaya a coger el ave de Venus, donde se me ponga en la mano una copa en lugar del guante, en vez del casco, una bacía, donde en lugar de un penacho, lleve una corona de flores, donde coja las tabas en vez de la lanza y una blanda capa en lugar de la coraza, donde se me dé un diván en lugar de un caballo y en vez de un escudo una chula reclinada a mi vera. ¡Quita, quita!

BÁ. I. — ¡Huy, cómo te pones!

PI. — Yo sé lo que me hago.

BÁ. I. —Hay que amansarte un poco. Yo todo es sólo por hacerte un favor.

PI. —Sí, sí; que es un favor que me va a salir caro.

BÁ. I. —Tú haz como que estás enamorado de mí.

PI. —Pero, ¿en serio, o sólo así por broma?

BÁ. I. —Hala, tú también, mejor es, si lo haces de verdad. Cuando venga el militar, quiero que me abraces.

PI. —Pero, ¿para qué?

BÁ. I. —Quiero que él te vea abrazarme. Yo sé lo que me hago.

PI. —Caray, y yo sé lo que me temo. Pero, a ver...

BÁ. I. —Dime.

PI. —Si se organiza aquí de pronto un almuerzo o un copeo o una cena, como suele en estas reuniones vuestras, ¿dónde me pongo yo entonces?

BÁ. I. —A mi vera, mi alma, que somos tal para cual, encanto. Aquí en casa, aunque vengas de improviso, siempre hay un sitio dispuesto para ti. Cuando tú quieras pasártelo bien, no tienes más que decirme: tú, monada, que me lo quiero pasar bien, y yo te busco entonces un sitio bueno, donde te lo pases de maravilla.

PI. —Esto no es un río, es un torrente, por aquí no se puede cruzar a la buena ventura.

BÁ. I. —*(Aparte.)* Un torrente del que te juro que te va a tocar salir esquilmado. Anda, dame la mano y ven conmigo.

PI. —¡Eh, no, de eso, ni hablar!

BÁ. I. —Pero, ¿qué pasa?

PI. —Pues que esto es el colmo de la tentación: un palomino como yo, la noche, una mujer, el vino.

BÁ. I. —Bueno, hale, a mí desde luego me da igual, yo lo hago sólo por interés tuyo; el militar se llevará a mi hermana; no estés tú aquí presente, si no quieres.

PI. —*(Aparte.)* Pero bueno, ¿es que soy tan poca cosa, que no vaya a ser capaz de contenerme?

BÁ. I. —Pero, ¿de qué tienes miedo?

PI. —De nada, tonterías; chica, estoy a tu disposición; tuyo soy, a mandar.

BÁ. I. —Eres un encanto. Lo que quiero que hagas es lo siguiente: yo quiero dar esta noche una cena de bienvenida a mi hermana; ahora mismo digo que te saquen aquí dinero para que te ocupes de que se nos haga una compra de primera.

PI. —No, no, de la compra me encargo yo, sería una vergüenza que tú hagas lo que haces por mí y encima te costara el dinero.

BÁ. I. —No, que no quiero que se te ocasionen gastos.

PI. —Deja.

BÁ. I. —Bueno, si te empeñas... Pero date prisa, por favor.

PI. —Antes estaré de vuelta que dejarte de amar. *(Se va.)*

BÁ. II. —Me haces un recibimiento muy bueno, hermanita.

BÁ. I. —¿A qué te refieres?

BÁ. II. —Me refiero a que me parece a mí que has hecho una buena pesca.

BÁ. I. —Ése está en mis manos, desde luego. Ya verás cómo te ayudo con lo de Menesíloco, hermana, y consigues el dinero y no tienes que irte con el militar.

BÁ. II. —¡Ojalá!

BÁ. I. —Se pondrán los medios. El agua está caliente, vamos dentro para que tomes un baño, así nos quitamos también de quien sea que viene ahí armando jaleo. Porque tengo la impresión que estás descompuesta de la travesía.

BÁ. II. —Sí, un poco, hermana.

BÁ. I. —Ven conmigo dentro y échate, que descanses.

## ESCENA SEGUNDA

### LIDO, PISTOCLERO

LI. —Ya hace un rato, Pistoclero, que voy tras de ti sin decir una palabra, preguntándome, qué es lo que te traes entre manos con esa vestimenta. Porque a fe mía, que el mismo Licurgo estaría en peligro de pervertirse en esta ciudad. ¿A dónde te diriges calle arriba con todo este cortejo?

PI. —Aquí.

LI. —¿Cómo «aquí»? ¿Quién vive ahí?

PI. —Aquí vive San Amor, San Placer, Santa Venus, Santa Gracia, Santa Diversión, las Bromas, el Juego, la Conversación y San Dulcebesuqueo.

LI. —¿Y qué tienes tú que ver con todos esos santos tan ruinosos?

PI. —Quien dice mal de los buenos es una mala persona: tú dices mal de los santos; no obras bien.

LI. —¿Es que hay acaso un San Dulcebesuqueo?

PI. —¿Es que te habías creído que no lo había? ¡Ay, Lido, eres un bárbaro! Yo que creía que sabías más que Tales de Mileto y ahora resulta que eres más tonto que un chiquillo[2]. ¡Mira que a tu edad no saberte los nombres de los santos!

LI. —No me gusta tanto aparato.

PI. —Nadie ha dispuesto todo esto para ti, sino para mí, y a mí me gusta.

LI. —¿Te atreves a venirme a mí con esas sofisterías? Así tuvieras diez lenguas, no deberías decir palabra.

[2] Texto y sentido inseguros.

Pi. —El liceo, Lido, no es más que para los chiquillos. Yo lo único que tengo ahora en la cabeza es sólo a ver si el cocinero prepara todo esto con arreglo a la calidad de la compra que he hecho.

Li. —Te has perdido a ti, a mí y a todo el trabajo que he echado en mostrarte tantas veces en vano el buen camino.

Pi. —Los dos hemos perdido el trabajo al mismo tiempo: tú y yo; tus enseñanzas no aprovechan ni al uno ni al otro.

Li. —¡Oh, qué pecho más obcecado!

Pi. —No te pongas cargante, cállate y ven conmigo, Lido.

Li. —¿Te fijas, te fijas? Ya no me llama maestro, sino Lido.

Pi. —Bueno, es que no parece propio que, estando tu discípulo ahí dentro a la mesa con su amiga besándose, y todos los otros comensales allí, pues no sería razonable que delante de todos ellos estuviera también el preceptor.

Li. —Pero bueno, por favor, ¿es que para eso has hecho toda esta compra?

Pi. —Así lo espero, al menos, pero el giro que tomen las cosas, eso está en manos de los dioses.

Li. —¿Y es que vas a estar tú ahí con una amiga?

Pi. —Cuando lo veas, entonces lo sabrás.

Li. —No, ni estarás ahí con una amiga ni yo lo permitiré; ¿te irás a casa?

Pi. —Deja, Lido, que te la vas a cargar.

Li. —¿Cómo «que te la vas a cargar»?

Pi. —Yo ya no tengo edad de estar bajo tu magisterio.

Li. —¡Tierra, trágame! ¡Con cuánto gusto me arrojaría ahora en tu seno! He visto ya muchísimo más de lo que hubiera querido; más prefería la muerte que no seguir viviendo. ¡Un discípulo amenazar a su maestro! No tengo interés ninguno en discípulos a quien les hierve la sangre en

esa forma: él, en todo su vigor, la emprende conmigo, ya falto de fuerzas.

PI. — Aquí vamos a resultar, yo, Hércules, y tú, su maestro Lino[3].

LI. — Más bien me temo que no vaya a resultar yo un Fénix[4] por culpa tuya y tenga que ir a darle a tu padre la noticia de tu muerte.

PI. — Basta ya de cuentos.

LI. — Éste ha perdido la vergüenza. A fe mía que no has hecho una ganancia muy deseable para tu edad al adquirir esa desfachatez; éste es hombre perdido. ¿Se te pasa acaso por las mientes que tienes un padre?

PI. — ¿Quién es aquí el esclavo, tú o yo?

LI. — Todo eso te lo ha enseñado un maestro peor, que no yo; más dócil eres para aprender tales cosas, que no las que yo, perdiendo mi tiempo, te enseñé. A fe mía que has hecho una mala jugada para tu edad al ocultarnos esas vilezas a mí y a tu padre.

PI. — Hasta aquí has tenido licencia para hablar, Lido, basta ya; ven conmigo y cállate. *(Entran en casa de Báquide.)*

## ACTO II

### ESCENA PRIMERA

CRÍSALO

CR. — *(Viniendo del lado del puerto.)* ¡Salud, patria de mi amo!, ¡salve!, ¡qué alegría volver a verte después de dos

[3] Lino, hijo de Apolo y Terpsícore, maestro de música de Hércules, que le dio muerte con un golpe de cítara.

[4] Fénix, preceptor de Aquiles, llevó la noticia de su muerte a su padre Peleo.

años que salí para Éfeso! Yo te saludo, vecino Apolo, que tienes tu sede aquí junto a nuestra casa y te suplico que no permitas que me encuentre con nuestro viejo Nicobulo antes de que vea a Pistoclero, el amigo de Menesíloco, a quien ha enviado éste una carta sobre su amiga Báquide.

## ESCENA SEGUNDA

### Pistoclero

Pi. —*(Hablando a la puerta con Báquide dentro de la casa.)* Me asombro de que me pidas con tanto empeño que vuelva, siendo así que, ni aunque quisiera, podría irme de aquí de ninguna manera, tan obligado y atado me tienes con tu amor.

Cr. —¡Santo Dios, es Pistoclero a quien veo, salud!

Pi. —¡Hola, Crísalo!

Cr. —Te voy a resumir en pocas palabras todo lo que me quieres decir: te alegras de que haya venido; te lo creo; me ofreces albergue y una cena, como es costumbre cuando alguien vuelve de fuera; yo te digo que acepto; yo entonces te digo que muchos saludos de parte de tu compañero; tú me preguntas, que dónde está: entre los vivos.

Pi. —O sea, que ¿está bien?

Cr. —Eso quería preguntarte yo a ti.

Pi. —Pero, ¿cómo lo voy a saber yo?

Cr. —¿Quién sino tú?

Pi. —Pero, ¿cómo?

Cr. —Pues porque si has localizado al objeto de sus amores, está bien; si no lo has localizado, no está bien, sino a punto de morir. Para quien está enamorado, la amiga es la vida; si no está con él, adiós él, si está con él, adiós su fortuna —y él— un desgraciado y un hombre que no vale

para maldita la cosa. Pero tú, ¿qué es lo que has conseguido de lo que se te encargó?

Pi. —¿No iba yo, después que recibí su mensaje, a tenerle resuelto este asunto a su venida? ¡Mejor hubiera preferido verme en el otro mundo!

Cr. —Oye, entonces, ¿has encontrado a Báquide?

Pi. —Sí señor, a la Báquide de Samos.

Cr. —Pues ten cuidado de que no la trate nadie mal, ya sabes lo frágiles que son los cacharros de Samos.

Pi. —Eres el mismo de siempre.

Cr. —Dime dónde está ahora, por favor.

Pi. —Aquí, de donde acabas de verme salir.

Cr. —¡Anda, qué gracia, resulta que vive aquí mismo al lado! Y ¿se acuerda de Menesíloco?

Pi. —¿Que si se acuerda? No piensa más que única y exclusivamente en él.

Cr. —¡Vaya!

Pi. —Lo que es más, qué te crees, la pobre se deshace en deseos, de enamorada que está.

Cr. —¡Qué bien que está eso!

Pi. —Lo que es más, Crísalo, fíjate, no deja pasar ni un tanto así de tiempo sin nombrarle.

Cr. —Tanto mejor, ¡qué caramba!

Pi. —Lo que es más...

Cr. —Lo que es más, ¡caray!, es que más vale que me vaya.

Pi. —¿Es que no tienes acaso ganas de oír los éxitos de las gestiones en favor de tu amo?

Cr. —No es la cosa en sí, sino el actor lo que me resulta inaguantable. También la comedia *Epídico*, que la tengo yo en tanta estima como a mi propia persona, pues no hay otra que vea con más disgusto, si es Pelión[5] quien

[5] *T. Publilius Pellio,* mencionado también como actor en la didascalia

la representa. Pero volviendo a Báquide, dime, qué, ¿te parece buena moza?

PI. —¿Que si me parece buena moza? Si yo no tuviera ya una Venus, diría que ella es mi Juno.

CR. —Caray, Menesíloco, tal como se presentan las cosas, diría yo que para amar ya tienes; ahora hay que encontrar para pagar, porque seguro que aquí se necesita oro.

PI. —Y de la mejor calidad.

CR. —Y seguramente lo necesitáis ahora.

PI. — Más bien antes que ahora, porque el militar está a punto de llegar.

CR. —¿El militar?

PI. — El militar que pide dinero por devolver a Báquide.

CR. —Que venga cuando quiera y no me haga esperar. En mis manos está, no tengo miedo ni necesidad de suplicar a nadie, mientras que este magín aquí tenga fuerzas para inventar mentiras. Éntrate tú, yo me encargaré aquí de todo. Dile a Báquide que Menesíloco ha venido.

PI. —De acuerdo. *(Se va.)*

CR. —La cuestión esta monetaria es cosa mía. Hemos traído de Éfeso mil doscientas monedas de oro filípico[6], que se las debía a nuestro viejo un amigo suyo. Ya me inventaré yo alguna trama para poner el oro a disposición del enamorado hijo del amo. Pero suena nuestra puerta. ¿Quién es el que sale?

del *Stichus;* Símaco lo nombra (en *Epist.* X 2, 1) entre otros famosos actores de la Antigüedad, Ambivio, Esopo y Roscio.

[6] *Vid.* nota a *Asinaria* 153.

## ESCENA TERCERA

### NICOBULO, CRÍSALO

NI. — *(Saliendo de casa sin ver a Crísalo.)* Voy a acercarme al puerto, a ver si ha llegado algún barco mercante de Éfeso, que ando yo ya un poco inquieto de que tarde tanto mi hijo y no acabe de volver.

CR. — *(Aparte.)* Verás qué bien desplumado le voy yo a dejar a éste, si Dios quiere. No hay que dormirse: Crísalo necesita oro. Voy a abordarle, que le voy a dejar hecho un carnero de Frixo[7], le voy a esquilar el oro pero que hasta el cuero vivo. ¡Crísalo saluda a su amo Nicobulo!

NI. — ¡Santo Dios, Crísalo! ¿Dónde queda mi hijo?

CR. — ¿Por qué no me contestas primero a mi saludo?

NI. — ¡Salud! Pero, ¿dónde está Menesíloco?

CR. — Vive, está bien.

NI. — ¿Ha venido?

CR. — Sí, ha venido.

NI. — ¡Bravo, me vuelves a la vida! Y ¿le ha ido bien?

CR. — ¡De campeonato!

NI. — ¿Y eso por lo que le había mandado a Éfeso? ¿Ha cobrado el oro de mi amigo Archiquitón[8]?

CR. — ¡Ay, Dios mío, se me parte el alma, Nicobulo, nada más que oír mentar a ese hombre! ¿Amigo llamas tú a una persona que en realidad de verdad no es sino tu enemigo?

NI. — Pero bueno, ¿cómo es eso?

[7] El carnero del toisón de oro, a la conquista del cual fueron los Argonautas.

[8] En el texto latino, *Archidemides*.

CR. —Pues que tengo por cierto de todas todas que Vulcano, la Luna, el Sol, el Día, ninguno de estos cuatro dioses ha alumbrado nunca jamás a un malvado mayor.

NI. —¿Que Archiquitón?

CR. —Que Archiquitón, sí señor.

NI. —¿Y qué es lo que ha hecho?

CR. —¿Por qué no me preguntas más bien qué es lo que no ha hecho? En primer lugar se puso a decirle a tu hijo que no te debía ni una perra. Inmediatamente Menesíloco trajo como testigo a nuestro antiguo amigo, el viejo Pelagón; en su presencia le enseñó a Archiquitón la contraseña que tú le habías dado para que se la presentara a él.

NI. —¿Y qué pasó cuando le presentó la contraseña?

CR. —Empezó a decir que estaba falsificada y que no era la contraseña. ¡Qué serie de injurias le dijo, sin haber dado él pie para ello! Decía también que no era aquélla la única falsificación que hacía.

NI. —Pero, ¿tenéis el oro? Eso es lo que quiero saber.

CR. —Después que el juez nombró unos árbitros, una vez que fue condenado, entregó, a la fuerza, 1.200 monedas de oro filípico.

NI. —Eso es lo que me debía.

CR. —No, espera, escucha todavía la complicación que quiso organizar.

NI. —Pero, ¿es que hay algo todavía?

CR. —Verás, y es que la de ahora es de ave de rapiña.

NI. —Me han engañado, ha sido a Monipodio[9] en persona a quien entregué mi dinero.

CR. —Espera, escucha.

NI. —Pero es que yo no sabía que mi amigo era de una condición tan avariciosa.

[9] El texto latino pone «Autólico», abuelo materno de Ulises, tipo del hombre ladrón y perjuro.

CR. — Una vez que nos hicimos con el oro, nos embarcamos, deseosos de volver a casa. Estaba yo sentado en cubierta y da la casualidad que mirando así en derredor, veo de pronto que están aparejando una barca larga, de mala catadura.

NI. — ¡Santo Dios! Muerto soy, la barquita esa me ataca de flanco.

CR. — La barca la llevaban tu amigo y unos piratas.

NI. — Pero, ¡mira que haber sido yo un papanatas tal para haber hecho confianza en él, cuando hasta su mismo nombre de Archiquitón me estaba diciendo a gritos que se iba a quedar con lo que le entregara!

CR. — La barca estaba al acecho de nuestra nave. Yo me pongo a observar, qué es lo que se traen entre manos. Entre tanto, levamos anclas en el puerto. Cuando hubimos salido de él, los otros empiezan a seguirnos al remo, más ligeros que los pájaros y los vientos. En el momento que me apercibo de sus intenciones, paramos el barco enseguida. Cuando ven que no nos movemos, empiezan ellos a retardar también su barca en el puerto.

NI. — ¡Caray, qué gente! ¿Y qué hacéis entonces?

CR. — Damos vuelta otra vez al puerto.

NI. — Y ellos entonces, ¿qué?

CR. — Ellos se vuelven también a tierra, al atardecer.

NI. — Lo que querían era quitaros el oro, para eso hacían todas esas maniobras.

CR. — No se me pasó desapercibido, me di bien cuenta, estaba medio muerto. Cuando vemos que están al acecho del oro, tomamos inmediatamente una resolución: al día siguiente descargamos el oro, a la vista de ellos, clara y abiertamente, para que se enteraran de que lo habíamos retirado de allí.

NI. — No, eso estuvo pero que muy bien hecho, y ellos, ¿qué?

CR. —Todos consternados, al vernos marchar del puerto con el oro, sacan su barca a tierra meneando la cabeza. Nosotros vamos y depositamos todo el oro en casa de Teotimo, que es allí sacerdote de la Diana de Éfeso.

NI. —¿Quién es ese Teotimo?

CR. —Es hijo de Megalobulo, una persona carísima en la actualidad para los efesios en Éfeso.

NI. —¡Bah!, a mí sí que me va a resultar carísimo, si me birla esa cantidad de oro.

CR. —Pero si está depositado en el templo mismo de Diana; allí está vigilado oficialmente.

NI. —Me has matado, mucho mejor estaría aquí bajo mi vigilancia particular. Pero, ¿no habéis traído entonces oro ninguno de allí?

CR. —Sí, sí, pero cuánto, no lo sé.

NI. —¿Qué, no lo sabes?

CR. —No, porque Menesíloco fue de noche a escondidas a casa de Teotimo y no ha querido hacer confianza de ello ni a mí ni a otro ninguno de los pasajeros, por eso no sé yo cuánto será lo que ha traído, pero seguro que no es mucho.

NI. —¿Crees tú que la mitad?

CR. —No lo sé, caramba, pero, no creo.

NI. —¿Habrá traído una tercera parte?

CR. —¡Caray!, no creo, pero, la verdad, no lo sé. De hecho, yo sobre el oro, sólo sé que no sé nada. Ahora tú, lo que tienes que hacer es coger un barco e irte allí, para hacerte con el oro que tiene Teotimo y traerlo a casa. ¡Ah, oye, otra cosa!

NI. —¿Qué?

CR. —No se te olvide llevar el anillo de tu hijo.

NI. —¿Para qué hace falta el anillo?

CR. —Pues porque ésa es la contraseña para Teotimo: entregar el oro al que le lleve el anillo.

NI. —Lo tendré presente, gracias por el aviso. Pero ese Teotimo, ¿es rico?

CR. —¿Que si es rico? Si lleva las suelas de los chapines claveteadas en oro.

NI. —¿Y a qué viene ese derroche?

CR. —Tan grandes son las riquezas que posee, no sabe lo que hacerse con el oro.

NI. —¡Ojalá me lo diera a mí! Pero, ¿en presencia de quién se le ha entregado el oro a Teotimo?

CR. —En presencia del pueblo, no hay nadie en Éfeso que no lo sepa.

NI. —En eso al menos ha sido prudente mi hijo, al dar el oro a guardar a una persona rica, porque él lo podrá devolver sin demora.

CR. —¡Buenooo! Ni un tanto así te pondrá demoras en forma que no tengas tu oro el mismo día en que llegues allí.

NI. —¡Bah!, hombre, pensaba yo haberme quedado ya libre de viajes por mar y no tener que andar de travesías todavía a mi edad. Pero ya veo que no hay otra solución, por más que quisiera; ¡bonito amigo el dichoso Archiquitón!, a él le tengo que agradecer toda esta historia. Pero, ¿dónde está mi hijo Menesíloco?

CR. —Ha ido al foro para orar ante los dioses y saludar a sus amigos.

NI. —Pues yo me voy ahora a buscarle, que quiero verle cuanto antes. *(Se va.)*

CR. —Anda que éste va pero que bien cargado y tirando de más de lo que puede. No me ha salido mal el principio de mi trama. Para que mi joven y enamorado amo no tuviera que andar con escaseces, puede por obra mía tomar del oro cuanto quiera y devolverle a su padre lo que le venga en gana. El viejo se largará a Éfeso a recoger el oro y nosotros entretanto aquí, a pasárnoslo a lo grande, si es

que el viejo nos deja en casa a Menesíloco y a mí, y no se nos lleva con él a Éfeso. ¡La serie de líos que voy a organizar aquí! Pero, ¿y cuando el viejo se entere, cuando se dé cuenta de que se ha largado allí en tonto y de que nosotros hemos dado entretanto al traste con el oro? ¿Qué va a ser de mí entonces? Me parece que cuando vuelva, me va a cambiar el nombre y, en vez de Crísalo, me va a poner Crucísalo. Bueno, me escaparé, si es necesario: si me atrapan, mal rayo parta al viejo, si él tiene látigos en el campo, yo tengo en casa mis costillas. Ahora voy a contarle al hijo del amo la que he organizado y que ya está localizada su amiga Báquide.

## ACTO III

### ESCENA PRIMERA

LIDO

LI.—*(Saliendo de casa de las Báquides.)* ¡Abridme, abridme, por favor, de par en par esta puerta del infierno, que otro nombre no merece, como que no hay nadie que venga aquí, sino quien no tiene esperanza alguna de ser jamás una persona de bien! Anda, que las dos Báquides no son Báquides, sino dos bacantes de aúpa. Quita, lejos de mí esas hermanas, que no hacen sino chupar la sangre de los hombres. Hay que ver cómo tienen dispuesta toda la casa, con qué riqueza y qué lujo, todo nada más que para la perdición de quienes ahí se aventuran. Nada más que echar ahí una mirada, puse los pies en polvorosa. ¿Y voy yo a llevar todo esto guardado en secreto para mis adentros? ¿Voy a ocultar a tu padre, Pistoclero, tus infamias, tus derroches y tus francachelas? Camino llevas de hundirnos en la des-

honra, la ruina, la infamia y la perdición a tu padre y a mí, a ti mismo y a todos tus amigos. Ni de ti ni de mí te has avergozando ahí dentro de cometer las acciones que cometes, con las que nos conviertes a todos, a tu padre y a mí, a tus amigos y parientes, en cómplices de tus infamias. Pero antes de que añadas ese nuevo mal a los ya presentes, estoy decidido a dar cuenta de ello a tu padre: yo salvaré así mi responsabilidad y se lo haré saber todo al amo, para que se apresure a arrancarte de este fangoso cieno.

## ESCENA SEGUNDA

MENESÍLOCO

ME. —*(Llegando de la parte del foro.)* Le he estado dando muchas vueltas y he llegado a la convicción de que es así: no hay nada más grande, aparte de los dioses, que un amigo que sea verdaderamente digno de este nombre; y esto lo sé yo por experiencia. Porque luego que me marché a Éfeso (hace unos dos años aproximadamente) le escribí una carta desde allí a mi amigo Pistoclero, para que tratara de localizar a mi amiga Báquide. Según me ha dicho Crísalo, mi esclavo, sé que la ha encontrado. Crísalo tampoco se ha quedado atrás, con la jugada que le ha hecho a mi padre con el oro para que tuviera yo para mis amores. Realmente en mi opinión no hay nada peor que una persona desagradecida; hasta dejar escapar a quien te ha hecho un mal, es preferible que no abandonar a quien te ha hecho un bien. Vale mucho más que te tachen de pródigo que no de desagradecido; a las personas generosas las alaban los buenos, a las desagradecidas, hasta los malos las condenan. Por eso precisamente tengo que esforzarme más

en portarme de una manera correcta. ¡Mucho ojo! Ahora, Menesíloco, llega la hora de la verdad, ahora se decide el juego, de si eres o no como se debe, si eres, a tu elección, una mala, o una buena persona, si eres justo o injusto, mezquino o generoso, [condescendiente o intratable]. A ver si te vas a dejar superar en generosidad por un esclavo. Tal como te portes, sea de una manera o de la otra, así quedarás también ante los demás, no creas que vas a poder andar disimulando. Pero ahí veo venir al padre y al preceptor de mi amigo, voy a observarlos desde aquí, a ver qué dicen.

## ESCENA TERCERA

LIDO, FILÓXENO, MENESÍLOCO

LI. —Ahora me voy a enterar de si es que ese pecho alberga un corazón con algo de coraje: sígueme.

FI. —¿A dónde? ¿A dónde me llevas ahora?

LI. —Te llevo a la persona que ha perdido y arruinado a tu hijo único y queridísimo.

FI. —Vamos, Lido, quien corrige con moderación, da prueba de una mayor cordura; en esa edad, más habría que extrañarse si no hiciera tales cosas, que si las hace. Yo también hice lo mismo en mi juventud.

LI. —¡Ay de mí, ay de mí, esa condescendencia es lo que le ha perdido! Si no fuera por ti, yo le hubiera conducido derechamente hacia la virtud; tu actitud y el saber que tú le respaldas han sido la causa de la corrupción de Pistoclero.

ME. —¡Dios mío, está hablando de mi amigo! ¿Qué es lo que pasa, para que Lido hable en esa forma de él?

FI. —Breve es el tiempo, Lido, en que se siente el gusto de no privarse de nada; pronto llegará el día en que sea él

quien se haga la contra a sí mismo. Llévale la corriente; con tal de que se evite que se pase demasiado de la raya, no te preocupes.

LI. — Sí me preocupo, ni a fe mía que permitiré su corrupción mientras yo viva. Pero tú, que haces de abogado de un hijo tan corrompido, ¿has gozado tú acaso de una educación semejante cuando eras joven? Yo te aseguro que, en los primeros veinte años de tu vida, no te era posible apartarte un dedo de casa sin la compañía de tu preceptor. Si no estabas en el polideportivo antes de la salida del sol, no era chico el castigo que te imponía el prefecto, a lo cual se añadía aún, el que tanto el discípulo como el maestro quedaban entonces en mal lugar a los ojos de todos. Allí se daban al ejercicio de la carrera, la lucha, la jabalina, el disco, el boxeo, la pelota, nada de golfas y de besuqueos. Allí era donde pasaban su tiempo y no en lugares sospechosos. A la vuelta del hipódromo y el polideportivo a casa, te sentabas en tu silla bien vestidito junto a tu maestro; cuando leías, si te equivocabas en una sola sílaba, te ponían los cueros con más manchas que el mantón de una nodriza.

ME. — ¡Pobre de mí, me consumo pensando que es por causa mía por lo que se le echa en cara todo eso a mi amigo! Por mi culpa se levantan esas sospechas contra él, sin que haya dado motivo para ello.

FI. — Lido, las costumbres han cambiado.

LI. — Bien que lo sé, porque antiguamente, hasta después de ostentar un cargo público por voto del pueblo, uno seguía ateniéndose a lo que decía el preceptor; pero ahora, los chicos, ya antes de cumplir los siete años, si les tocas con la punta de los dedos, enseguida le rompen al maestro la pizarra en la cabeza. Si te vas a quejarte al padre, va y le dice al chiquillo: «Muy bien, eso es salir a los tuyos, eres capaz de no dejarte echar la pata». Luego se cita al maes-

tro: «¡Eh, tú!, viejo imbécil, no le pongas la mano encima al niño por haber mostrado que tiene agallas». El maestro se larga con un trapo untado de aceite a la cabeza, tal que fuera una farola. Se termina la sesión después de dictada la sentencia. ¿Es que puede un maestro mantener su autoridad, si es él el primero en recibir palos?

ME. — Esto es una acusación muy dura. Milagro, si no es que Pistoclero ha tundido a puñetazos a Lido.

LI. — Pero ¿quién es ese que veo ahí a la puerta? Ah, Filóxeno, ni siquiera el favor de los dioses preferiría mejor que ver a quien estoy viendo.

FI. — ¿Quién es?

LI. — Menesíloco, el amigo de tu hijo Pistoclero; ése no se parece en nada al otro, ahí de convite en una casa de perdición. ¡Dichoso su padre Nicobulo, por tener un hijo tal!

FI. — Se te saluda, Menesíloco, me alegro que hayas vuelto bien.

ME. — Dios te guarde, Filóxeno.

LI. — Esto se llama salirle a uno un hijo como se debe: se da a la mar, se ocupa de su patrimonio, defiende los intereses de su casa y es sumiso y obediente a los deseos y las órdenes de su padre. Ya de niño era compañero de juegos de Pistoclero; no se llevan ni tres días, pero en cuanto al carácter, son treinta años de diferencia en lo que supera el uno al otro.

FI. — Te la vas a ganar, si no paras ya de vituperar injustamente a mi hijo.

LI. — Calla, eres un necio, que no soportas que se hable mal de quien lo hace. Verdaderamente preferiría que administrara mis desgracias que no mis bienes.

FI. — ¿Por qué?

LI. — Pues porque si administrara mis desgracias, se harían cada vez menores.

ME.—Lido, ¿por qué censuras de esa manera a mi amigo, tu discípulo?

LI.—Te has quedado sin amigo.

ME.—¡No lo permita Dios!

LI.—Así es como digo, más aún, yo mismo he sido testigo de ello, no es que hable de oídas.

ME.—¿Qué es lo que ha pasado?

LI.—El muy sinvergüenza está perdido por una fulana.

ME.—¡Calla, por favor!

LI.—Y una fulana que es como un torbellino: se traga a todo el que está a su alcance.

ME.—¿Dónde vive esa mujer?

LI.—Ahí.

ME.—¿De dónde es?

LI.—De Samos.

ME.—¿Cómo se llama?

LI.—Báquide.

ME.—Estás equivocado, Lido; yo sé cómo es toda esa historia. Tus acusaciones a Pistoclero son injustificadas, él es inocente, él no hace sino cumplir celosamente un encargo de su amigo y afecto camarada; no te vayas a creer que es que está él enamorado.

LI.—¿Es ésa una manera de cumplir celosamente el encargo de un amigo, estar sentado con la otra encima besuqueándola? ¿Es que no hay otra forma de cumplir un encargo, sin quitarle las manos de las tetitas y sin separar sus labios de los de la otra? Porque vergüenza me da decir otras cosas que le vi hacer, que es que hasta metió la mano por debajo del vestido de Báquide en mi presencia, sin darle una pizca de reparo. ¿Para qué más? Yo me he quedado sin discípulo, tú sin amigo, Filóxeno sin su hijo; porque desde luego para mí, ha desaparecido aquel, para quien ha desaparecido el sentimiento del pudor. ¿Para qué más? Si hubiera querido quedarme un poco más rato y

hubiera tenido ocasión de seguirle observando, habría visto seguro más de lo debido, más de lo oportuno tanto para mí como para él.

ME. —*(Aparte.)* Amigo Pistoclero, eres la causa de mi perdición. ¿Voy a poder contenerme de matar a esa mujer? Mejor querría ahora morir con la peor de las muertes. ¿Mira que no poder saber quién te es fiel o a quién puedes confiarte?

LI. —Fíjate cómo le duele el ver la corrupción de tu hijo, su amigo, cómo se retuerce de sufrimiento.

FI. —Menesíloco, yo te ruego que trates de influirle, para que no se deje llevar de su natural y sus impulsos, sálvate a tu amigo y sálvame a mi hijo.

ME. —No faltaba más.

499 FI. —A tus cuidados dejo todo este problema. Lido, ven conmigo.

496 LI. —Mejor sería que me quedara yo también con él.

497 FI. —Con uno basta.

498 LI. —Anda, Menesíloco, ve y repréndele a fondo, que está deshonrando con sus vilezas a ti, a mí y a sus amigos todos.

## ESCENA CUARTA

### MENESÍLOCO

ME. —No sé en absoluto de cuál de los dos pensar que se porta peor conmigo, Pistoclero o Báquide. ¿Es que le prefiere a él? ¡Que se lo quede! ¡Magnífico! Pero te aseguro que por... por mi mal lo ha hecho, porque, que no me vuelva nadie a creer jamás un juramento, si no cojo y de mil maneras y a las claras... la quiero. Verás cómo no va a poder afirmar que ha encontrado de quién burlarse; porque

ahora mismo me voy a casa y le quitaré... algo a mi padre para dárselo a ella. Verás cómo me vengo de ella de mil maneras, así voy a apurarla, hasta reducir... a mi padre a la mendicidad. Pero ¿tengo la cabeza clara, para estar charlando aquí de esta manera cosas que están por venir? Dios, me parece que estoy enamorado, al menos que yo sepa; pero antes que enriquecerla a ella ni un pelo con mi dinero, preferiría verme convertido en el último de los mendigos. Nunca se reirá en vida de mí. Desde luego estoy decidido a devolver todo el oro a mi padre. Y entonces me hará carantoñas, cuando ya no tenga yo ni una perra, cuando no traerán sus carantoñas más provecho que irse al cementerio a contarle cuentos a un muerto. [Pero antes que enriquecerla a ella ni un pelo con mis riquezas, preferiría morirme acabado por la miseria.][10]. Desde luego me mantengo en mi decisión de devolverle a mi padre el oro. Al mismo tiempo conseguiré de él que no le haga nada a Crísalo por causa mía ni se enfade con él por haberle burlado el oro por mi culpa, que es mi deber mirar por el bien de quien por mi causa ha mentido a mi padre. *(A sus esclavos.)* ¡Seguidme! *(Entra en su casa.)*

## ESCENA QUINTA

PISTOCLERO

PI. — *(Saliendo de casa de Báquide y hablando con ella dentro.)* Yo haré primero que nada tu encargo, Báquide: buscaré a Menesíloco y te lo traeré aquí junto conmigo;

[10] Los vv. $519^a$-$519^c$ son, según opinión general de los editores, una ditografía.

desde luego que me extraña por qué se retrasa tanto, si es que le ha llegado mi mensaje. Voy a acercarme a ver si es que está en casa.

## ESCENA SEXTA

MENESÍLOCO, PISTOCLERO

ME. —*(Saliendo de casa sin ver a Pistoclero.)* Ya le he devuelto todo el oro a mi padre. Ahora me gustaría encontrarme con la que me desprecia, una vez que tengo las manos vacías. Pero, ¡qué a duras penas me ha concedido mi padre el perdón de Crísalo! Con todo, al final conseguí que no esté enojado con él.

PI. —¿No es éste mi amigo?

ME. —¿No es ése que veo mi enemigo?

PI. —Él es seguro.

ME. —Él es, voy a su encuentro.

PI. —Hola, Menesíloco.

ME. —Hola.

PI. —Hoy cenarás conmigo para celebrar tu feliz llegada.

ME. —No tengo gana de una cena que me remueva las bilis.

PI. —¿Es que has encontrado al llegar algún motivo de disgusto?

ME. —Y muy duro.

PI. —¿De parte de quién?

ME. —De parte de una persona a quien hasta ahora tenía por un amigo.

PI. —Sí que hay muchos de esos, que, mientras estás creyendo que son amigos tuyos, resulta que son unos falsos

y unos embusteros, gente de muchas palabras, pero de pocas obras, de una fidelidad muy ligera: envidian los éxitos ajenos y ellos mismos, por no dar golpe, son la causa de evitar la envidia de los demás.

ME. —¡Caray, qué bien te los conoces! Y otra cosa todavía: su misma condición malvada es la causa de su desgracia; no son amigos de nadie, a todos tienen por enemigos y en tanto que se engañan a sí mismos, piensan, los muy necios, que engañan también a los demás. Como uno que creía yo que era tan amigo mío como un otro uno, que en lo que ha estado de su parte, se ha esforzado en hacerme todo el mal posible, en destrozarme todos mis bienes.

PI. —Por lo que dices, realmente una mala persona.

ME. —Eso mismo digo yo.

PI. —Tú, por favor, ¡dime quién es!

ME. —Uno que te quiere bien, que si no fuera así, te pediría yo, que le hicieses todo el mal que pudieras.

PI. —Dime ya quién es: si no me vengo de él como sea, puedes tenerme como la persona más despreciable del mundo entero.

ME. —Es una mala persona, pero es amigo tuyo.

PI. —Tanto más motivo para que me digas quién es, porque para mí no significa nada la amistad de una mala persona.

ME. —Veo que no tengo más remedio que decirte su nombre: Pistoclero, tú has sido la causa de la ruina de tu amigo.

PI. —¿Qué es lo que dices?

ME. —¿Que qué es lo que digo? ¿No te escribí yo una carta desde Éfeso hablándote de mi amiga, para que me la localizaras?

PI. —Sí, y así lo hice.

ME. —¿Qué, es que no tenías en Atenas todas las chu-

las que quisieras para ligar con ellas, sino que tenía que ser con la que yo te había encomendado y te pusieras a hacerle el amor y a jugarme a mí una mala pasada?

PI. —¿Estás en tu juicio?

ME. —Me he enterado de todo por tu preceptor; no lo niegues, has sido la causa de mi perdición.

PI. —¿Acabas ya de insultarme gratuitamente?

ME. —¿Por qué le haces el amor a Báquide?

PI. —¡Dos Báquides hay ahí dentro!

ME. —¿Cómo, dos?

PI. —Dos, y dos hermanas.

ME. —Te estás burlando de mí a sabiendas.

ME. —Al fin, si te empeñas en no creerme, te agarraré por el cuello y te llevaré ahí dentro.

ME. —No, ya voy contigo, espera.

PI. —No espero, ni consiento que estés sospechando de mí en falso.

ME. —Voy contigo. *(Entran en casa de Báquide.)*

## ACTO IV

### ESCENA PRIMERA

PARÁSITO

PA. —Yo soy el parásito de un pillo y un malvado, el militar que se llevó consigo de Samos a su amiga. Ahora me ha mandado ir a su casa a preguntarle, si le devuelve el dinero o se va con él. *(A un esclavo.)* Tú, muchacho, tú has venido antes con ella aquí, a ver, cuál es su casa, anda, llama a la puerta, venga, deprisa, llégate a la puerta y llama. *(El esclavo llama flojo.)* ¡Vete ya de aquí, maldito!

¡Qué manera de llamar, el infame! ¡Comerte un pan de tres varas sabes, pero llamar a la puerta, eso no, ¿verdad? ¡Ah de la casa! Eh, ¿no hay nadie? ¿No hay quién abra la puerta? ¿No sale nadie a abrir?

## ESCENA SEGUNDA

### PISTOCLERO, PARÁSITO

PI. —¿Qué es eso? ¿Qué manera es esa de llamar? ¿Qué demonios tienes dentro del cuerpo para poner a prueba tus fuerzas en esa forma llamando a una puerta ajena? ¡Por poco la haces pedazos!

PA. —Buenos días, joven.

PI. —Buenos días. Pero, ¿a quién buscas?

PA. —A Báquide.

PI. —¿A cuál de las dos?

PA. —Yo no sé otra cosa más que Báquide. Resumiendo: el militar Cleómaco me ha mandado aquí a ella, para que o le devuelva las doscientas monedas de oro filípico o se vaya hoy con él a Elatea.

PI. —No se va; dile que no se va. Vete y díselo. Ella quiere a otro, no a él. ¡Largo de aquí!

PA. —¡Qué maneras más farrucas!

PI. —¿Sabes tú bien lo farruco que soy? Te juro que esa cara está a punto de pasarlo pero que muy mal, según la desazón que sienten aquí estos partedientes de mis manos.

PA. —*(Aparte.)* Según lo que se me alcanza, tengo que andar con cuidado de que no me haga saltar de las mandíbulas mis partenueces. O sea, yo le daré parte de esto al militar bajo tu responsabilidad.

PI. —¿Cómo?

PA. —Que le diré eso al militar.

PI. —Y tú, ¿quién eres?

PA. —Yo soy, por así decir, su coraza.

PI. — Mala pieza tiene que ser uno que te tiene a ti por coraza.

PA. —Va a venir hecho una furia.

PI. —Mejor, a ver si así explota.

PA. —¿Algo más?

PI. —Sí, que te largues de aquí, y deprisa.

PA. —Adiós, cascadientes.

PI. —Adiós, coraza. *(Se va el parásito.)* Las cosas están de tal manera, que no sé qué aconsejar a Menesíloco sobre su amiga, después que por despecho ha ido y entregado todo el oro a su padre y no tiene ni un céntimo para devolver al militar. Pero voy a retirarme aquí, que suena la puerta; es Menesíloco, que sale todo cariacontecido.

## ESCENA TERCERA

### MENESÍLOCO, PISTOCLERO

ME. —Soy un alocado, un precipitado, un iracundo, un desenfrenado, un aturdido, una persona sin moderación ni mesura, sin justicia ni honor, no merezco la confianza de nadie, soy un hombre sin control de mí mismo, desagradable, antipático, un carácter malévolo por naturaleza, en fin, que tengo todos los defectos que preferiría ver en otros y no en mí. ¿Se puede dar crédito a una cosa semejante? No hay nadie más empecatado ni más indigno del favor de los dioses o de la atención de los hombres. Merezco mejor tener enemigos que no amigos, más la ayuda de los malos que no la de los buenos. No hay nadie más digno de todas

las injurias que merecen las malas personas: ¡mira que estando enamorado, haber entregado a mi padre todo el *oro que tenía a mi disposición!* ¿Seré desgraciado? Me he buscado la propia perdición y he tirado al aire toda la labor de Crísalo.

PI. —Tengo que consolarle, voy a acercarme. ¿Qué 625
pasa, Menesíloco?

ME. —Estoy perdido.

PI. —No lo permita Dios. 626a

ME. —Estoy perdido.

PI. —Calla ya, bobo.

ME. —¿Que me calle?

PI. —Tú no estás bien de la cabeza. 627a

ME. —Estoy perdido. Se me vienen a la mente tantos pensamientos que me hieren y me amargan. ¡Mira que haber dado crédito sin más a una acusación! Me puse hecho una furia contigo sin motivo.

PI. —Vamos, cobra ánimos.

ME. —¿De dónde los voy a sacar? Un muerto vale más 630a
que yo.

PI. —Acaba de estar aquí el criado del militar a buscar 631a
el dinero; yo le he espantado, y se lo he sacudido a tu amiga con muy malos modos y lo he largado de aquí.

ME. —Y ¿qué saco yo con eso? ¿Qué hacer, si no tengo absolutamente nada, pobre de mí? Verás cómo se la lleva el militar.

PI. —Si yo tuviera, ¿no te lo ofrecería? 635

ME. —Lo sé, ya me lo hubieras dado, estoy seguro. Y 635a
más ahora, sabiendo que estás tú también enamorado, aún más motivo para hacer confianza en ti; pero la cosa es que tú tienes ahora bastante con lo tuyo. ¿Cómo voy a pensar que me puedes ayudar estando tú mismo necesitado de ayuda?

638a PI. — Calla, ya habrá algún dios que nos eche una mano.

ME. — ¡Tonterías! *(Hace ademán de irse.)*

PI. — ¡Espera!

ME. — ¿Por qué?

PI. — Ahí veo venir a Crísalo, ésta es la tuya.

## ESCENA CUARTA

### CRÍSALO, MENESÍLOCO, PISTOCLERO

640 CR. — He aquí un tipo, que vale su peso en oro, un tipo
que merece una estatua de oro: dos son las proezas que me
puedo apuntar hoy, dobles los despojos que he conseguido:
primeramente con el viejo mi amo, que le he engañado
pero que de maravilla, ¡ja!, ¡qué forma de burlarme de él!
Con lo ladino que es él, eh, pues así y todo a fuerza de
serlo yo también, le he apretado hasta conseguir que me lo
645 creyera todo; luego con el muchacho, el hijo del viejo, que
está el hombre enamorado: juntos bebemos, comemos y
nos la corremos: pues a él le he puesto en mano una for-
tuna regia, en oro, para que tenga en casa de donde gastar
y no necesite andar buscando fuera nada. No me gustan a
650 mí esos Siros y Parmenones [11] que se limitan a sisar a sus
amos una quisicosa de nada. No hay nada peor que un
esclavo sin ideas propias, sin suficiencia mental, de
donde poder ir sacando, cuando haga falta. Nadie
655 puede ser un hombre de provecho sin saber hacer el bien y
656 hacer el mal; con los malos debe ser malo, ladrón con los
ladrones soplando lo que pueda; un hombre de provecho
660-661 que tiene talento debe ser como un camaleón y ser bueno
con los buenos y malo con los malos, o sea, tiene que saber

[11] Son nombres típicos de esclavos.

adaptarse a las circunstancias. Pero me gustaría saber con cuánto oro se ha quedado mi amo y qué es lo que le ha entregado al padre: si sabe lo que se pesca, habrá hecho como si el padre fuera Hércules[12], o sea, le ha dado el diezmo y se ha quedado él con las nueve partes restantes. Pero, mira qué bien, que me lo encuentro precisamente cuando lo estoy buscando. Dime, amo, es que ¿se te han caído unas monedas, que estás ahí mas que mirando al suelo? ¿Por qué se os ve tan tristes y tan cariacontecidos? No me hace gracia, algo ha pasado aquí. ¿Por qué no me contestáis?

ME. —Muerto soy, Crísalo.

CR. —¿Es que te has quedado con demasiado poco dinero?

ME. —¡Qué poco, maldición, peor todavía, muchísimo menos que poco!

CR. —Pues, so memo, después de haberte dado yo la posibilidad de que cogieras tanto cuanto quisieras, ¿por qué has cogido con la puntita de dos deditos? ¿Es que no sabías lo raramente que se le ofrece a uno una ocasión así?

ME. —Te equivocas.

CR. —Tú sí que te has equivocado, por no haber metido la mano a fondo.

ME. —¡Dios mío, cuántos más reproches me vas a hacer cuando te enteres de todo! Muerto soy.

CR. —Con esa manera de hablar me estoy poniendo en lo peor.

ME. —Estoy perdido.

CR. —Pero, ¿por qué?

ME. —Porque se lo he entregado a mi padre todo, hasta el último céntimo.

[12] Del tributo del diezmo a Hércules se habla también en *Stichus* 233; *Mostellaria* 984; *Truculentus* 562. *Vid.* G. Wissowa, 1912.

CR. —¿Que se lo has entregado?

ME. —Se lo he entregado.

CR. —¿Todo?

ME. —Absolutamente todo.

CR. —Muertos somos. ¿Cómo se te ha podido ocurrir cometer una fechoría tal?

ME. —Tenía sospechas, Crísalo, por una falsa acusación, de que Báquide y mi amigo me habían jugado una mala pasada. Por eso, de rabia, fui y entregué todo el oro a mi padre.

CR. —¿Y qué le has dicho a tu padre al entregarle el oro?

ME. —Que lo había recibido sin dilación alguna de su amigo Archiquitón.

CR. —Muy bien, con esas palabras has entregado hoy a Crísalo a la horca; porque en cuanto que me eche la vista, me mandará inmediatamente al verdugo.

ME. —Yo he convencido a mi padre.

CR. —De que hiciera lo que acabo de decir, ¿no?

ME. —Al contrario, de que no te haga daño alguno ni esté airado contigo por ese motivo; pero me costó su trabajo conseguirlo. Ahora, Crísalo, tienes que ocuparte de una cosa.

CR. —¿De qué quieres que me ocupe?

ME. —Que encuentres otro camino con que abordar a mi padre: trama, forja lo que sea, inventa lo que te dé la gana, combina, que engañes con tu astucia al astuto viejo y le quites el oro.

CR. —Me parece casi imposible.

ME. —Empéñate y lo conseguirás fácilmente.

CR. —¿Fácilmente, maldición, después de haber sido cogido en una mentira tan a las claras? ¡Si hasta si le rogara que no me creyera, ni eso siquiera se atrevería a creerme!

ME. —¡Pues si hubieras oído las cosas que me dijo de ti!

CR. —¿Qué es lo que dijo?

ME. — Dijo que si le dijeras que ese sol que ves ahí es el sol, él creería que era la luna y que es de noche cuando es de día.

CR. —¿Sí? Verás el timo que le voy a dar hoy mismo, para que tenga más cuidado con lo que dice.

ME. —Y ahora, ¿qué quieres que hagamos nosotros?

CR. —Nada, sino daros orden de que os dediquéis al amor; por lo demás, pedidme el dinero que os dé la gana: yo os lo daré. ¿De qué me sirve llamarme Crísalo, el Dorado, si no pruebo con mis hechos que lo soy? A ver, Menesíloco, dime la pizca de oro que necesitas; dime.

ME. — En primer lugar, necesitamos ya doscientas monedas para el militar, para rescatar a Báquide.

CR. — Yo te las entregaré.

ME. — Después, para nuestros gastos.

CR. —¡Eh, calma! Vamos por partes; cuando haya resuelto lo primero, pasaremos a lo segundo. Por primera providencia, lanzaré la catapulta contra el viejo por los doscientos filipos de oro [13]; si con esta máquina echo abajo la torre y los bastiones, me colaré enseguida derechamente en la antigua y vieja ciudad; si consigo tomarla, podréis llevar el oro a canastas a vuestras amigas, si mucho no me equivoco.

PI. — En ti tenemos puesta nuestra esperanza, Crísalo.

CR. — A ver, tú, Pistoclero, ve a casa de Báquide y me traes enseguida...

PI. —¿El qué?

CR. — Un recado de escribir.

PI. — Ahora mismo.

---

[13] *Vid.* nota a *Asinaria* 153.

ME. —Dime, ¿qué es lo que vas a hacer?

CR. —¿Está ya el almuerzo preparado? ¿Quién va a estar, vosotros dos y tu amiga contigo?

ME. —Exacto.

CR. —Y Pistoclero, ¿no tiene amiga?

ME. —Sí que la tiene, él está enamorado de una hermana, yo de la otra, las dos se llaman Báquide.

720 CR. —¿Qué es lo que dices?

ME. —Eso, cómo vamos a estar.

CR. —¿Dónde tenéis preparada la mesa?

ME. —¿Por qué lo quieres saber?

CR. —Porque sí, porque quiero saberlo; tú no te haces idea de lo que voy a hacer ni de la que estoy pensando organizar.

ME. —Ven para acá conmigo y acércate aquí a la puerta; echa una mirada dentro.

724-725 CR. —¡Ole, un sitio estupendo y exactamente así como yo me lo figuraba!

PI. —*(Volviendo de casa de Báquide.)* Aquí, lo que me has pedido: tu buen servidor ha ejecutado sin demora las sabias órdenes recibidas.

CR. —¿Qué es lo que traes?

PI. —Todo lo que tú me has encargado traer.

CR. —Coge enseguida el punzón y las tablillas.

ME. —Y ahora, ¿qué?

730 CR. —Escribe lo que yo te dicte, porque quiero que escribas tú, para que tu padre reconozca tu letra cuando lo lea. Escribe.

ME. —¿El qué escribo?

CR. —Primero pon un saludo a tu padre, en la forma que te parezca bien.

PI. —¿O le escribe que ojalá se ponga enfermo y se vaya al otro barrio? Eso estaría mejor.

CR. —No incordies.

Me. —Ya está escrito lo que me has dicho.

Cr. —A ver, lee lo que has puesto.

Me. —«Menesíloco saluda a su padre.»

Cr. —Pon ahora enseguida: «Crísalo no para de regañarme, padre, porque te he entregado el oro y porque no te he engañado».

Pi. —Espera un poco mientras lo escribe.

Cr. —Los dedos del enamorado tienen que ser ligeros.

Pi. —¡Caray!, pero más para derrochar que para escribir.

Me. —Sigue; lo otro ya está.

Cr. —«Por eso, padre, ten cuidado con él; está tramando un engaño, para quitarte el oro y ha dicho que te lo quitará.» Escríbelo así como lo digo.

Me. —Sigue.

Cr. —«Y además asegura que me va a dar el oro a mí, para que yo lo gaste en amigas y en convites y en francachelas por locales de mala fama. Padre, mira que no te engañe, ten cuidado, por favor.»

Me. —¿Qué más?

Cr. —Pon también esto.

Me. —Dime qué.

Cr. —«Pero así y todo, padre, te ruego que te acuerdes de la promesa que me has hecho, no le mandes azotar, sólo déjale en casa bien amarrado.» Venga, enseguida, el lacre y los ataderos, venga, átalo y pon tu sello.

Me. —Pero, bueno, ¿qué vas a sacar con una carta así, de que no se fíe de ti y te deje atado en casa?

Cr. —Me da la gana. Tú a lo tuyo y no te preocupes de mí. Yo me he encargado de este asunto bajo mi responsabilidad y lo hago a mi riesgo.

Me. —Tienes razón.

Cr. —Dame la carta.

Me. —Toma.

CR. —Ahora, atención: tú, Menesíloco, y tú, Pistoclero, os vais y os ponéis a la mesa, cada uno con su amiga, eso es importante, y luego poneos a beber allí mismo donde están ahora preparados los divanes.

PI. —¿Algo más?

CR. —Sí, una vez que estéis allí instalados, no os mováis del sitio, hasta que yo os dé la señal.

PI. —¡Qué general tan fantástico!

CR. —Ya debíais de tener más de una copa dentro del cuerpo.

ME. —Ahora mismo salimos pitando.

CR. —Vosotros encargaos de lo vuestro, que yo me encargaré de lo mío. *(Menesíloco y Pistoclero entran en casa de Báquide.)*

## ESCENA QUINTA

CRÍSALO

CR. —¡Menuda es la empresa en que me he metido! Mis dudas tengo de si voy a ser capaz de llevarla a cabo. Lo principal ahora es que el viejo esté hecho una furia, que a la trapisonda que traigo ahora entre manos no le hace que se quede impasible cuando me eche la vista encima. Buenas vueltas y revueltas le voy a dar, si Dios me da salud; lo voy a dejar más frito que a un garbanzo. Voy hacia la puerta, para, cuando salga, entregarle en mano enseguida la carta.

## ESCENA SEXTA

### NICOBULO, CRÍSALO

NI. —*(Saliendo de casa sin ver a Crísalo.)* Tengo un disgusto espantoso de que se me haya escapado Crísalo de esa manera.

CR. —*(Aparte.)* ¡Salvo soy, el viejo está enfadado! Ahora es la ocasión de abordarle.

NI. —¿Quién habla por ahí? ¡Si me parece que es Crísalo!

CR. —Voy a acercarme.

NI. —¡Hola, buena pieza! ¿Qué hay? ¿Cuándo cojo el barco para Éfeso, para reclamar el oro a Teotimo y traérmelo a casa? ¿No me contestas? Te juro que si no fuera por el amor que profeso a mi hijo y por mi deseo de darle gusto, iban a recibir tus costillas una buena ración de palos y pasarías el resto de tus días cargado de cadenas en el molino. Menesíloco me ha contado todas tus maldades.

CR. —Conque me ha chivateado, ¿eh? ¡Muy bien, yo soy el malo, el maldito, el criminal! Pero tú mira bien las cosas; yo no voy a decir ni una palabra.

NI. —¿Todavía vienes con amenazas, bandido?

CR. —Tú vas a saber enseguida qué clase de persona es tu hijo. Él me ha dado esta carta para ti, con el ruego de que hagas lo que viene escrito aquí dentro.

NI. —Trae.

CR. —Examina el sello.

NI. —Está bien, ¿Dónde queda mi hijo?

CR. —No sé. Yo ya no tengo nada que saber, se me ha olvidado todo; sólo sé que soy un esclavo, ni siquiera lo que sé lo sé ya. *(Aparte, mientras Nicobulo lee la carta.)* El

tordo pica la lombriz de la trampa; bien colgado va a quedar, el lazo está bien tendido.

NI. —Espera un momento; ahora mismo vuelvo, Crísalo. *(Entra en casa.)*

CR. —Ja, ése se cree quizá que me engaña. ¡Como si no supiera yo lo que trae entre manos! Va naturalmente a buscar unos esclavos para que me aten: la nave lleva buen curso, va derecha al asalto. Pero, ¡chitón!, que oigo que se abre la puerta.

## ESCENA SÉPTIMA

### NICOBULO, CRÍSALO, VERDUGO

NI. —Tú, Artamón, átale las manos inmediatamente.

CR. —Pero, ¿qué es lo que he hecho?

NI. —Dale un puñetazo bien dado, si dice una sola palabra. *(A Crísalo.)* ¿Qué es lo que dice esta carta?

CR. —¿A qué me lo preguntas a mí? Tu hijo me la ha entregado y la he traído lacrada.

NI. —¡Eh, tú! ¿Conque has estado malmetiendo a mi hijo porque me había devuelto el oro y le has dicho que te las arreglarías para engañarme y quitármelo otra vez?

CR. —¿Que yo he dicho eso?

NI. —¡Sí, señor!

CR. —¿Quién es el que dice que yo he dicho eso?

NI. —Calla, nadie lo dice, esta carta que me has traído te acusa, esta carta es la que dice que te atemos.

CR. —Ajá, conque tu hijo me ha tomado por un Belerofonte[14]; yo mismo he sido el que he traído la carta diciendo que me ataran, espérate.

[14] Belerofonte fue enviado por Preto al rey de Licia Yóbates con una carta en la que se le pedía que diera muerte al portador (*Ilíada* VI 168 ss.).

NI. —Esto es para que vuelvas a aconsejar a mi hijo que se dedique a una vida de francachela contigo, emponzoñador.

CR. —¡Ay, necio, más que necio, no te das cuenta de que estás siendo vendido ahora mismo y de que estás ya en capilla, como quien dice[15]!

NI. —¡Contesta! ¿Quién me vende?

CR. —El que los dioses aman, muere joven, mientras que goza aún de salud y puede hacer uso de sus sentidos y de su caletre; si hubiera algún dios que amara a éste, hace ya más de diez, más de veinte años que debía estar en la tumba. No es ya más que una carga odiosa para la tierra sobre la que se arrastra, ni siente ni padece, vale exacto lo que un hongo pocho.

NI. —¿Te atreves a decir que soy una carga odiosa para la tierra? *(A los otros esclavos.)* ¡Lleváoslo de aquí adentro y amarradlo bien amarrado a una columna! ¡Jamás te llevarás de aquí el oro!

CR. —Tú mismo me lo darás.

NI. —¿Que yo te lo daré?

CR. —Y me rogarás encima que lo coja, cuando te enteres en el peligro y en la situación tan crítica en que se encuentra mi acusador. Entonces darás la libertad a Crísalo, pero yo no la aceptaré jamás.

NI. —Dime, mala pieza, dime, ¿en qué peligro está mi hijo Menesíloco?

CR. —Sígueme y lo verás.

NI. —¿A dónde demonios te voy a seguir?

CR. —A tres pasos de aquí.

---

[15] El texto latino dice 'que estás ya en el mismo poyo donde el pregonero anuncia la subasta' (según interpretación de la *Lateinische Grammatik* de HOFMANN-SZANTYR, Múnich, 1965, pág. 630 s., con sentido local del *ut);* se trata del poyo *(lapis)* o la tribuna *(catasta, machina),* donde se colocaba al esclavo en venta; cf. MARQUARDT, 171 s.).

Ni. — Aunque sean diez.

Cr. — Venga, tú, Artamón, abre un poquito esa puerta, pero con cuidado, que no haga ruido, ya basta. Acércate. ¿Ves cómo están ahí de convite?

Ni. — Veo de frente a Pistoclero y a Báquide.

Cr. — ¿Y quiénes son los que están en el otro diván?

Ni. — Muerto soy, desgraciado de mí.

Cr. — ¿Le conoces?

Ni. — Le conozco.

Cr. — Y ahora a ver, dime. ¿Te parece guapa la muchacha?

Ni. — Y mucho.

Cr. — ¿Te crees que es una golfa?

Ni. — ¿Por qué no?

Cr. — Te equivocas de parte a parte.

Ni. — Pues, ¿quién es entonces, por favor?

Cr. — Ya te enterarás. De mí no sacas ni una palabra más.

## ESCENA OCTAVA

### Cleómaco, Nicobulo, Crísalo

Cl. — *(Sin ver a los otros.)* ¿Cómo, que Menesíloco el de Nicobulo, quiere quedarse por la fuerza con una mujer que me pertenece? ¿En qué país vivimos?

Ni. — *(A Crísalo.)* ¿Quién es ése?

Cr. — *(Aparte.)* El militar me viene como llovido del cielo.

Cl. — Ése me toma seguro no por un soldado, sino por una mujer y piensa que no sé defenderme a mí y a los míos. Belona y Marte no vuelvan a fiarse un pelo de mí, si, como dé con él, no le rompo la crisma y le mando al otro barrio.

NI. —Crísalo, ¿quién es ese que amenaza a mi hijo en esa forma?

CR. —El marido de la mujer con quien está.

NI. —¿Cómo?, ¿el marido?

CR. —Sí señor, el marido.

NI. —Por favor, entonces ¿es una mujer casada?

CR. —Bien pronto lo sabrás.

NI. —¡Adiós, desgraciado de mí, estoy del todo perdido!

CR. —Y ahora, ¿qué?, ¿todavía te parece Crísalo un infame? Venga, amárrame, presta oídos a tu hijo. ¿No te dije yo que ya te darías cuenta de qué clase de hijo tienes?

NI. —¿Qué hacer ahora?

CR. —Hazme soltar enseguida, porque si no me sueltas, el otro cogerá a tu hijo *infraganti.*

CL. —No deseo otra cosa sino cogerle junto con ella, para matarlos a los dos.

CR. —¿Oyes lo que dice? ¿Por qué no das orden de que me suelten?

NI. —¡Soltadle! Estoy perdido, desgraciado de mí, estoy muerto de miedo.

CL. —Yo haré que una mujer que se entrega a cualquiera no diga que ha encontrado a uno de quien se puede burlar.

CR. —Seguro que soltando un poquillo de dinero puedes llegar con él a un acuerdo.

NI. —Por favor, prométele lo que te parezca con tal de que no lo coja *infraganti* y lo mate.

CL. —Como no se me devuelvan los doscientos filipos, les arrancaré el alma a los dos.

NI. —Crísalo, llega a un acuerdo con él por esa suma, si es posible, anda, por favor, prométele lo que quieras.

CR. —Enseguida, con toda mi alma. *(Al militar.)* ¿Qué son esos gritos?

CL. —¿Dónde está tu amo?

CR. —En ninguna parte, no lo sé. A ver, ¿estás dispuesto, en el caso de que se te prometan doscientos filipos a acabar aquí con ese escándalo y esos improperios?

CL. —No me puedes hacer una oferta mejor.

CR. —¿Y a que se te añada una buena carga de insultos?

CL. —Como te parezca.

NI. —*(Aparte.)* ¡Qué manera de camelarlo, el muy bribón!

CR. —El padre de Menesíloco está aquí, ven conmigo, él te prometerá el dinero; pídeselo tú. Y basta ya de palabras.

NI. —*(A Crísalo.)* ¿Qué hay?

CR. —He concertado un arreglo por doscientos filipos.

NI. —¡Ah, Crísalo, eres mi salvación, me has salvado la vida! Me consumo de impaciencia por decirle que se los daré.

CR. —*(A Cleómaco.)* Tú pregúntale a éste; y tú, prométele el dinero.

NI. —Estoy dispuesto, dime.

CL. —¿Me darás doscientos filipos de oro auténtico?

CR. —Di: «sí», contéstale.

NI. —Te los daré.

CR. —*(A Cleómaco.)* Y ahora, ¿qué?, tío asqueroso, ¿qué se te debe ahora, por qué importunas al otro, por qué le amenazas con la muerte? Mal rayo te parta, te digo en mi nombre y en el suyo. Si tú tienes una espada, nosotros tenemos un pincho, con el que si me achuchas, te voy a dejar más acribillado que la tripa de una musaraña[16]. ¡Caray!, que ya hace tiempo que me doy cuenta de la sos-

[16] Texto de sentido oscuro.

pecha que te trae a mal traer, de que el otro está con tu amiga.

CL. —Y lo está también.

CR. —Así me protejan Júpiter, Juno, Ceres, Minerva, Latona, la Esperanza, la Abundancia, el Valor, Venus, Cástor y Pólux, Marte, Mercurio, Hércules, Sumano, el Sol, Saturno y todo el resto de la corte celestial como es verdad que ella ni se pone a la mesa ni se pasea con él, ni se besa, ni..., etc.

NI. —¡Qué manera de jurar! Me salva con sus perjurios.

CL. —¿En dónde está entonces ahora Menesíloco?

CR. —Su padre lo ha mandado al campo. Y ella se ha ido a la Acrópolis a visitar el templo de Minerva, ahora está precisamente abierto. Anda y ve a ver si está allí.

CL. —Me voy entonces al foro.

CR. —O a la horca, ¡demonio!

CL. —¿Puedo cobrar hoy el dinero?

CR. —Cóbralo y cuélgate. No pienses que vamos a andarnos con súplicas a un donnadie como tú. *(Se va Cleómaco.)* ¡Por fin nos libramos de él! Déjame, amo, te lo ruego por los dioses inmortales, entrar aquí un momento con tu hijo.

NI. —¿Para qué quieres entrar?

CR. —Para reprenderlo a fondo por portarse de la forma que se porta.

NI. —Eso, venga, por favor, Crísalo, pero no te quedes corto con tus reprimendas.

CR. —¿Todavía me vienes con avisos? ¿No te basta si oye hoy de mí más reproches que Clinias de Demetrio[17]? *(Entra en casa de Báquide.)*

NI. —Hm, este esclavo es como cuando tienes un ojo

[17] Parece tratarse de dos nombres típicos de personajes de comedia.

legañoso: si no lo tienes, no quieres tenerlo ni lo echas de menos; si lo tienes, no te puedes contener de echar mano de él. Si no llega a ser por haber tenido la suerte de que estuviera él aquí en este mismo momento, hubiera cogido el militar a Menesíloco con su mujer y lo hubiera hecho pedazos por adulterio *infraganti,* o sea, que ahora se puede decir que por los doscientos filipos que he prometido entregar al militar, he rescatado a mi hijo de una muerte segura; pero no los entregaré así sin más ni más, antes de haber hablado con él. Desde luego yo no volveré jamás de los jamases a creer algo sin más ni más a Crísalo; pero voy a releer la carta; de una carta lacrada no hay en sí motivo para no fiarse. *(Se va.)*

## ESCENA NOVENA

CRÍSALO

CR. —Los dos Atridas son famosos por haber llevado a cabo una hazaña sin precedentes, por haber domeñado a Pérgamo, la patria de Príamo, amurallada por mano de los dioses; diez años les costó y han necesitado para ello armas, caballería, un ejército y famosos guerreros, una escuadra de mil naves —una bagatela en comparación de la forma en que voy yo a conquistar a mi amo, sin flota, sin ejército y sin esa cantidad de soldados—. Para los amores del hijo he tomado, he conquistado el oro del padre. Ahora, antes de que vuelva el viejo, voy a hacer aquí unas lamentaciones, mientras sale: ¡Oh Troya, oh patria, oh Pérgamo, oh anciano Príamo!, te ha llegado tu hora, ya que, por desgracia, vas a sufrir la pérdida de cuatrocientos filipos de oro. Porque esta carta cerrada y lacrada que

traigo, no es una carta, sino el caballo de madera regalo de los aquivos. Pistoclero es Epeo[18]; él es quien me la ha dado; Menesíloco es Sinón[19], aparentemente abandonado por los griegos en Troya, pero no yace sobre la tumba de Aquiles, sino ahí en un diván con Báquide; Sinón encendió entonces un fuego para dar la señal a los griegos; este Sinón nuestro, en cambio, está él consumido por un fuego; yo soy Ulises, el organizador de todo. Las letras que van aquí escritas son los soldados que lleva el caballo dentro, bien armados y llenos de coraje. Hasta ahora me ha salido todo a pedir de boca. Pero además este caballo no dirigirá su ataque contra una fortaleza, sino contra una caja fuerte: la perdición, el desastre, el pillaje va a traer él hoy al oro del viejo. Al estúpido este de nuestro viejo, le pongo desde luego el nombre de Ilión; el militar es Menelao, yo Agamenón y Ulises Laercio; Menesíloco es Paris, que va a traer la ruina de su linaje. Paris raptó a Helena, por cuya causa tengo yo hoy puesto sitio a Ilión. Porque según tengo entendido, Ulises se portó allí con la misma osadía y la misma maldad que yo ahora. Yo he sido cogido en mis embustes; él, disfrazado de mendigo, estuvo a punto de perder la vida al ser descubierto mientras trataba de averiguar los oráculos que pesan sobre el destino de Troya: igualmente me ha pasado a mí: he sido amarrado, pero me he salvado con mis mentiras, lo mismo que él con las suyas. Yo he oído decir que había tres hados que pesaban sobre la ciudad de Troya: la desaparición de la imagen de la ciudadela, después, la muerte de Troilo[20], tercero, la caída del dintel de la Puerta Frigia. Tres hados exacta-

[18] Epeo es el constructor del caballo de Troya.

[19] Sinón fingió que los griegos habían desistido del sitio de Troya y se habían marchado a la patria, habiéndole dejado abandonado a él allí.

[20] Troilo, hijo de Príamo, de cuya muerte se habla en la *Ilíada* XXIV 257.

mente iguales que esos tres tiene esta Ilión nuestra. Porque el cuento ese que le conté al viejo del amigo de Éfeso y el oro y la barca, equivale a llevarme la imagen de la ciudadela. Entonces faltaban todavía dos de los tres hados, o sea que no había tomado aún la ciudad. Después, cuando le llevé la carta al viejo, entonces maté a Troilo, cuando se creyó que Menesíloco estaba con la mujer del militar, que faltó entonces poco para que me pescaran, o sea, igual que cuando dicen que Ulises fue reconocido por Helena y delatado a Hécuba[21]; pero, lo mismo que dicen que se libró él entonces con sus carantoñas y la convenció que le dejara libre, así logré yo zafarme de aquel peligro y engañar al viejo. Después di la batalla con el fardón del militar, que toma las ciudades sin hacer uso de las armas, sólo con palabras, y conseguí quitárnoslo de enmedio; luego, trabé batalla con el viejo: con una sola mentira lo vencí de un sólo golpe, sobre el campo me llevé los despojos. El viejo le entregará ahora al militar los doscientos filipos que le prometió. Ahora hacen falta otros doscientos, para repartirlos después de la toma de Ilión, que tengan los soldados vino con que festejar el triunfo. Pero este Príamo nuestro sobrepasa en mucho al Príamo de Troya: no sólo tiene cincuenta hijos, sino cuatrocientos y todos ellos selectos y sin tacha: a éstos los haré pedazos hoy a todos con sólo dos papirotazos. Ahora, si es que hay algún comprador para nuestro Príamo, les comunico que venderé al viejo a precio de saldo, que le tengo puesto a la venta, en cuanto que haya tomado la ciudadela. Pero ahí lo veo en persona en pie a la puerta de la ciudad; voy a acercarme y a hablarle.

[21] En la *Odisea* IV 242 ss., se cuenta que Ulises entró como espía disfrazado de mendigo en Troya, donde fue reconocido por Helena; según EURÍPIDES, *Hécuba* 239 ss., lo delató Helena a la esposa de Príamo, Hécuba, y consiguió salvarse sólo a fuerza de súplicas con ella.

NICOBULO, CRÍSALO

NI. —¿De quién es esa voz que suena por ahí?

CR. —¡Nicobulo!

NI. —¿Qué hay? ¿Qué tal el encargo ese que te hice?

CR. —¡Qué preguntas! Ven para acá.

NI. —Aquí me tienes.

CR. —Yo tengo unas explicaderas como el primero. Le he hecho saltársele las lágrimas con mi reprimenda y con todos los improperios que se me pudieron venir a la memoria.

NI. —Y él, ¿qué dice?

CR. —Ni una palabra; no hacía más que escuchar en silencio entre lágrimas lo que yo le decía; sin decir nada, me escribió esta carta y me la dio después de lacrada; me ha encargado que te la entregue, sólo que me temo no vaya a salir con la misma canción que la anterior. Examina el sello. ¿Es de él?

NI. —Sí, a ver, que la lea.

CR. —Venga. *(Aparte.)* Éste es el momento en que se viene abajo el dintel de la Puerta Frigia. Ahora llega la hora de la ruina de Troya. ¡Bonito alboroto el que está armando el caballo de madera!

NI. —Crísalo, estáte aquí mientras leo la carta.

CR. —¿Y para qué hace falta que esté aquí? 988[a]

NI. —Haz lo que te mando, para que te enteres de lo que dice.

CR. —No me interesa, ni lo quiero saber. 989[a]

NI. —A pesar de todo, quédate.

CR. —Pero, ¿para qué?

NI. —Calla, haz lo que te mando. 990[a]

Cr. — Bueno.

Ni. — ¡Huy, qué letras más chicas!

Cr. — Chicas, para quien no tiene buena vista, para quien la tiene, bastante grandes que son.

Ni. — Atiende, pues.

Cr. — No quiero, digo.

Ni. — Pero yo sí, digo.

Cr. — Pero, ¿para qué?

Ni. — Haz lo que te mando.

Cr. — Bien, es natural que tu esclavo te sirva según tus deseos.

Ni. — Vamos, venga.

Cr. — Empieza cuando quieras, soy todo oídos.

966 Ni. — Desde luego no ha ahorrado ni cera ni punzón; pero sea lo que sea, la leo de punta a cabo: «Padre, te ruego que le entregues a Crísalo doscientos filipos, si es que te va algo en conservar sano y salvo a tu hijo». ¿Doscientos filipos? ¡Una buena ración de palos, sí que sí!

Cr. — A ti, que diga, tú, oye.

Ni. — ¿Qué?

1000 Cr. — Pero, ¿no te ha puesto un saludo al principio?

Ni. — No lo veo por ninguna parte.

Cr. — Si tienes dos dedos de frente, no le darás ni un céntimo, pero para el caso de que te empeñes en dárselo, harás bien en buscarte otro que se lo lleve, porque yo, por mucho que te empeñes, no estoy dispuesto a hacerlo; bastantes son ya los cargos que se me hacen, sin culpa alguna por mi parte.

1005 Ni. — Escucha, que la lea hasta el final.

Cr. — Desde luego la carta es ya desde el principio una frescura.

Ni. — «Padre, me da vergüenza presentarme delante de ti; me he enterado de que sabes el delito tan grande que he
1010 cometido, de estar con la mujer de un militar forastero.»

¡Caray!, que no es cosa de risa, doscientos filipos me ha costado el evitarte el escándalo.

CR. —Lo mismísimo acabo yo de decirle ahora.

NI. —«Confieso que he obrado sin cabeza. Pero yo te ruego, padre, no me abandones, si he cometido una falta en un momento de ofuscación. Estaba dominado por la pasión y no he sabido controlar mis ojos; me he dejado inducir a hacer una cosa de la que ahora me avergüenzo.» Más te valiera haberte contenido antes que no avergonzarte después.

CR. —Exactamente esas mismas palabras le acabo yo de decir ahora.

NI. —«Yo te ruego, padre, que te des por satisfecho, con que Crísalo me haya reprendido mucho y muy duramente y me haya hecho volver al buen camino con sus consejos, por lo cual debes de quedarle agradecido.»

CR. —¿Eso pone?

NI. —Aquí, míralo y lo sabrás.

CR. —¡Qué suave se pone uno con todos cuando se tiene mala conciencia!

NI. —«Ahora, si se me permite todavía pedirte un favor, padre, dame doscientos filipos, yo te suplico.»

CR. —Ni uno siquiera desde luego, si tienes cabeza.

NI. —Deja, que acabe de leer: «Yo he jurado solemnemente, que le entregaría esta suma a ella hoy antes de anochecer, antes de que se marchara. Ahora, padre, no permitas que haga un perjurio y líbrame de este lugar y de esta mujer lo más pronto posible, por motivo de la cual he causado tan grandes pérdidas y cometido tamaño delito. No te preocupes por los doscientos filipos, que yo te devolveré seiscientos, si Dios me da vida. Adiós, ten presente lo que te pido.» ¿Qué te parece, Crísalo?

CR. —Yo no estoy dispuesto a darte consejo alguno ni me expondré a que, si se hace algo en falso, digas que ha

sido por instigación mía. Pero en mi opinión, si yo estuviera en tu lugar, preferiría cien veces dar el dinero, que no consentir que se perdiera el muchacho. Hay dos posibilidades, tú verás qué es lo que prefieres: quedarte sin el dinero o que el otro haga un perjurio. Yo, ni te digo que sí ni que no, ni te aconsejo nada.

NI. —Me da lástima de él.

CR. —Tu hijo es, no tiene nada de particular. Incluso si tuvieras que perder una suma mayor, sería preferible perderla que no que llegue a oídos de todos un escándalo semejante.

NI. —Verdaderamente, ojalá se hubiera quedado en Éfeso, con tal que le fuera bien y no haber vuelto a casa para esto. ¿Qué hacer ahora? Manos a la obra, a perder lo que no queda sino perderlo. Sacaré dos veces doscientos filipos, lo que acabo de prometer al militar, pobre de mí, y estos otros. Espérame aquí, Crísalo, ahora mismo vuelvo. *(Entra en casa.)*

CR. —Troya queda asolada, los héroes devastan Pérgamo. No, si me lo tenía yo bien sabido, que iba a ser la causa de la ruina de la ciudad. Caray, que quien dijera que me merezco la horca, que no me atrevería a hacer una apuesta con él, con los jaleíllos que estoy organizando; pero ha sonado la puerta: he aquí que es sacado el botín de Troya.

NI. —Toma este dinero, Crísalo, ve, llévaselo a mi hijo, que yo voy al foro a pagar al militar.

CR. —Yo no cojo el dinero; busca otro que se lo lleve, no quiero que se me entregue a mí.

NI. —Cógelo, no me hagas dificultades.

CR. —Que no lo cojo.

NI. —Pero bueno, por favor.

CR. —Yo no te digo más que como son las cosas.

NI. —Me estás haciendo perder el tiempo.

CR. —Te digo que no quiero que se me entregue a mí el dinero, o si no, por lo menos pon otra persona que me controle.

NI. —¡Señor, qué manera de ponerme dificultades!

CR. —Bueno, hale, si no hay otro remedio...

NI. —Tú ocúpate de esto, ahora mismo estoy de vuelta. *(Se va al foro.)*

CR. —No, que no me he ocupado ya de que no haya en el mundo otro abuelo más desgraciado que tú. Esto sí que ha sido llevar bonitamente a buen término una empresa: triunfante y cargado de botín he vuelto de mi expedición, sin daño personal alguno; tras tomar la ciudad a traición conduzco el ejército íntegro a la patria. Distinguido público, no os extrañeis de que no se me conceda un desfile triunfal: se le concede a cualquiera, o sea, que no me va nada en ello. No obstante, los soldados, recibirán su ración de vino. Ahora, a entregar todo este botín al cuestor.

## ESCENA DÉCIMA

### FILÓXENO

FI. —Mientras más vueltas le doy a los desórdenes de mi hijo y a la forma de vida en que el muy loco se precipita, más preocupación me entra y más me temo que no se esté buscando su perdición y acabe por corromperse del todo. Bien, yo también he sido de su edad y he hecho exactamente lo mismo, pero en forma más moderada; iba de golfas, me eché una amiga, bebía, soltaba dinero, regalos, pero a la verdad, sólo una vez que otra. Por otra parte, tampoco puedo aprobar la manera general de proceder los padres con sus hijos: yo, desde un primer momento, tomé

la resolución de dar dinero a mi hijo para que pudiera satisfacer sus deseos; creo que es una cosa razonable, aunque naturalmente tampoco quiero dar demasiado juego a
1084a su vida de disipación. Ahora voy a ver el encargo ese que le di a Menesíloco, si ha sido capaz de hacerle volver al buen
1085 camino y a una vida como Dios manda. Estoy seguro de
1086 que si ha coincidido con él, lo habrá hecho, porque ésa es su condición.

## ACTO V

### ESCENA PRIMERA

NICOBULO, FILÓXENO

NI. —*(Viniendo del foro, sin ver a Filóxeno.)* A todos los imbéciles, los necios, los bobos, los memos, los estúpidos, los majaderos, los idiotas que han sido, que son y que serán en todo el mundo, los dejo yo atrás en necedad
1090 y en estupidez. Estoy perdido, me muero de vergüenza. ¡Mira que haberse burlado dos veces de mí, a mi edad, de una forma tan vergonzosa! Mientras más lo pienso, más rabia me entra de ver los líos que ha organizado mi hijo. Estoy completamente perdido y aniquilado; soy víctima de todos los suplicios, todos los males me persiguen, he muerto de todas las muertes. Crísalo me ha hecho trizas, Crísalo
1095 me ha sacado las costillas, desgraciado de mí. Malvado ese, que me ha dejado más que esquilado de mi oro con sus ladinos engaños, imbécil de mí, tal como le ha dado la gana. Pues resulta que el militar va y me cuenta que la que el otro decía que era su mujer, que es una golfa y me ha

contado todo ce por be, que él la tenía contratada para el año y que el resto de la suma entregada es lo que yo, imbécil de mí, había prometido entregarle. Esto, esto es lo que me amarga el alma, lo que de verdad me atormenta, que se hayan burlado de mí a mis años, ¡maldición!, que con estas canas y esta barba blanca me hayan tomado el pelo de una manera semejante y me hayan birlado el oro, desgraciado de mí. Muerto soy, haberse atrevido ese mierda de esclavo a hacer una cosa así. De verdad, que si hubiera experimentado hasta una pérdida de mayor envergadura, pero en otra forma cualquiera, que no la llevaría tan a mal, no consideraría sus perjuicios tan subidos para mí.

FI. —Me ha parecido oír hablar a alguien por aquí; pero, ¿qué veo? Es el padre de Menesíloco.

NI. —¡Bueno está! ¡Mi compañero de desdichas! Hola, Filóxeno.

FI. —Hola, ¿de dónde venimos?

NI. —De donde se viene cuando se es un desgraciado y un malasuerte.

FI. —¡Caray!, yo sí que me encuentro en donde corresponde a un desgraciado y un malasuerte.

NI. —Entonces, nada, gozamos los dos del mismo destino, así como de la misma edad.

FI. —Así es. Pero a ti, ¿qué es lo que te pasa?

NI. —Lo mismo, exactamente lo mismo que a ti.

FI. —¿Se trata de algún disgusto con tu hijo?

NI. —Exacto.

FI. —El mismo mal me roe el alma.

NI. —Pero es que en mi caso, la bellísima persona de Crísalo ha dado al traste con mi hijo, conmigo y con toda mi fortuna.

FI. —Pero bueno, ¿qué es lo que tienes con tu hijo?

NI. —Yo te lo diré, lo siguiente: se busca su ruina a la par del tuyo, los dos tienen una amiga.

FI. —¿Cómo lo sabes?

NI. —Pues porque lo he visto.

FI. —¡Ay de mí, muerto soy!

NI. —¿Por qué no llamamos a la puerta y los hacemos salir a los dos?

FI. —Por mí, venga.

NI. —¡He, Báquide, di que nos abran, a no ser que prefiráis que echemos abajo la puerta de raíz a fuerza de hachazos!

## ESCENA SEGUNDA

BÁQUIDE I, NICOBULO, BÁQUIDE II, FILÓXENO

BA. I. —¿Quién me llama, quién da esos golpes a la puerta, qué son esos gritos y ese escándalo?

NI. —Somos nosotros.

BA. I. —*(A su hermana.)* ¿Qué es esto, tú? ¿Quién ha traído aquí a este par de ovejas?

NI. —Ovejas nos llaman, las malvadas.

BA. II. —Eso debe ser que el pastor está echando una siesta y por eso van así balando descarriadas.

BA. I. —Pero, oye, están bien lustrosas, no tienen mal aspecto ninguna de las dos.

BA. II. —Las han esquilado a las dos, pero que bien apurado.

FI. —¡Qué manera de reírse de nosotros!

NI. —Déjalas hacer a su gusto.

BA. I. —¿Crees tú que es que las esquilan tres veces al año?

BA. II. —Desde luego, por lo menos una de ellas ha sido esquilada hoy ya dos veces.

BA. I.—Son un si es no es viejecillas.

BA. II.—Pero deben haber sido buenas.

BA. I.—Fíjate, ¿no ves cómo nos miran de reojo?

BA. II.—De verdad, oye, yo creo que no tienen malicia ninguna.

FI.—Nos está bien empleado, por venir aquí.

BA. I.—Vamos a hacerlas entrar.

BA. II.—No sé para qué, si no tienen ni leche ni lana; déjalas estar ahí, ya han dado de sí el precio por el que fueron compradas, ya no hay nada que sacar de ellas. ¿No ves cómo van ahí solas, errantes, como les da la gana? Lo que es más, yo creo que a fuerza de años se han quedado mudas; ni siquiera balan, a pesar de estar separadas del rebaño. Parecen más bien bobas que malas.

BA. I.—¡Vámonos dentro, hermana!

NI.—¡No, quietas ahí! Las ovejas quieren hablar con vosotras.

BÁ. II.—Oye, esto es un portento, estas ovejas hablan como si fueran hombres.

NI.—Estas ovejas os van a dar el escarmiento que os deben.

BÁ. I.—Ah, si es que tienes una deuda conmigo, te la perdono; quédate con ello, no te lo voy a reclamar nunca. Pero, ¿por qué nos amenazáis con un escarmiento?

FI.—Porque dicen que tenéis ahí encerrados a dos borregos que son nuestros.

NI.—Y además de los borregos tenéis ahí también a un perro que muerde, que me pertenece; si no nos los sacáis y nos los ponéis aquí fuera, nos convertiremos en dos carneros furiosos y arremeteremos contra vosotras.

BÁ. I.—Hermana, ven que te diga una cosa a solas.

BÁ. II.—Dime, por favor.

NI.—¿A dónde se van?

BÁ. I.—Tú coge por tu cuenta al viejo de más allá,

encárgate de amansarle; yo me dedicaré a éste, el furioso, a ver si podemos engatusarlos que entren aquí en casa.

BÁ. II.—Yo cumpliré mi tarea de maravilla. Mmm, qué cosa más desagradable, tener que dar abrazos a la muerte pelona.

BÁ. I.—Procura dominarte.

BÁ. II.—Deja, tú a lo tuyo, yo no me volveré atrás de lo prometido.

NI.—¿Qué es lo que traman ahí las dos entre sí?

FI.—Tú, ¿qué te parece?

NI.—¿Qué es lo que quieres?

FI.—Me da apuro decirte una cosa.

NI.—¿Qué es lo que te da apuro?

FI.—Pero como eres mi amigo, te haré confidencia de lo que me pasa: no valgo tres perras.

NI.—Eso no es ninguna novedad, pero, ¿por qué no vales tres perras? Dime.

FI.—He quedado preso de su liga: siento un dardo aguijonearme el corazón.

NI.—Mejor sería los costados. Pero, ¿de qué se trata? Aunque me parece a mí que más o menos lo sé; pero así y todo, prefiero que me lo digas tú.

FI.—¿Ves a ésta?

NI.—Sí que la veo.

FI.—No está mal la joven, ¿eh?

NI.—Sí que está mal y tú eres un sinvergüenza.

FI.—¿Qué quieres que te diga? Estoy enamorado.

NI.—¿Que estás enamorado?

FI.—*¡Yes!*

NI.—Viejo asqueroso, ¿te atreves a enamorarte a tus años?

FI.—¿Por qué no?

NI.—Porque es una desvergüenza.

FI.—Resumiendo: se me ha pasado el enfado con mi

hijo. Y a ti se te debe pasar el que tienes con el tuyo: tienen razón en amar.

BÁ. I. —*(A su hermana.)* Ven conmigo.

NI. —Ahí vienen por fin esas dos seductoras, que no saben otra cosa más que inducir al mal. A ver, ¿qué?, ¿nos devolvéis a nuestros hijos y a mi esclavo?, ¿o queréis que lo intente por la fuerza?

FI. —¡Anda y vete ya! Tú no estás en tus trece, ¡portarte de esa manera tan descortés con una persona tan encantadora!

BÁ. I. —*(A Nicobulo.)* Eres el viejo más encantador del mundo; hazme el favor que te pido: no te pongas de esa manera por lo que ha ocurrido aquí.

NI. —Como no desaparezcas de mi vista, por muy guapa que seas, te la vas a ganar.

BÁ. I. —De acuerdo, no tengo miedo de tus golpes.

NI. —¡Qué suavita se pone! ¡Ay de mí, tengo miedo!

BÁ. II. —Éste de aquí es más tratable.

BÁ. I. —Anda ven dentro conmigo y allí puedes reprender si quieres a tu hijo.

NI. —¿Me dejas ya en paz, malvada?

BÁ. I. —Hazme caso, cariño.

NI. —¿Yo te voy a hacer caso?

BÁ. II. —Pero éste al menos me lo hará.

FI. —No, si soy yo el que te pido que me hagas entrar.

BÁ. II. —Eres un encanto.

FI. —Pero, ¿sabes con qué condición me tienes que hacer entrar?

BÁ. II. —Sí, que estés conmigo.

FI. —Te sabes al dedillo todos mis deseos.

NI. —Yo he visto ya en mi vida muchos sinvergüenzas, pero uno más grande que tú, jamás.

FI. —¡A ver, qué le voy a hacer!

BÁ. I. —Entra conmigo, verás qué bien te lo vas a

pasar, hay una comida de primera, y luego, el vino, los perfumes.

NI. —Basta, basta ya de vuestros convites, no tengo necesidad de vuestras invitaciones; cuatrocientos filipos me han sido birlados hoy entre mi hijo y mi esclavo; aunque me ofrecieran el doble, no renunciaría a mandarlo a la horca.

BÁ. I. —¿Qué te parece, si se te devuelve la mitad del dinero, entras entonces conmigo? Y tienes además que prometer perdonarlos a los dos.

FI. —Seguro que consiente.

NI. —No señor, no consiento. No me interesa, déjame. Prefiero que reciban los dos el castigo que se merecen.

FI. —¿Con ésas vienes ahora, imbécil? No pierdas por culpa propia los bienes regalo de los dioses: se te devuelve la mitad del dinero, acéptalo, tómate unas copas y estáte junto a la chulilla.

NI. —Señor, ¿voy a tomarme unas copas en el escenario mismo de la corrupción de mi hijo?

FI. —¡Venga, a beber!

NI. —Hala ya, sea lo que sea, aunque es una infamia, pasaré por ello, me haré violencia. Pero, ¿voy a estar yo mirando cuando ésta esté con mi hijo?

BÁ. I. —¡Pero si es contigo con quien voy a estar, a ti te voy a hacer el amor y te voy a abrazar!

NI. —Me da vueltas la cabeza, muerto soy, casi no soy capaz de negarme.

BÁ. I. —¿No te das cuenta, querido, que si te lo pasas bien mientras vivas, que realmente ya no puede durar mucho, y que si dejas pasar hoy esta ocasión, después de muerto no la volverás a encontrar?

NI. —¿Qué hago?

FI. —¿Que qué haces? ¿Todavía lo preguntas?

NI. —Ganas tengo, pero también miedo.

BÁ. I. — Miedo, ¿de qué?

NI. — De quedar por debajo de mi hijo y mi esclavo.

BÁ. I. — Tú, dulzura mía, aunque así fuera, es tu hijo. ¿De dónde va a sacar él nada, sino de lo que tú le des? Anda, concédeme el perdón para ellos dos.

NI. — No ceja, ¿eh? ¡Pues no va a conseguir hacerme cambiar una decisión tan firme! A ver si no eres tú el motivo y la causa de que me porte como no debiera.

BÁ. I. — Me alegro. ¿Me lo prometes de verdad?

NI. — No me volveré atrás de mis palabras.

BÁ. I. — El tiempo corre, entrad y poneos a la mesa, vuestros hijos esperan dentro.

NI. — Sí, a que nos larguemos cuanto antes al otro barrio.

BÁ. II. — Ya atardece, venid.

NI. — Llevadnos a donde os plazca, como si fuéramos unos doctrinos.

BÁ. I. — *(Al público.)* En buena trampa han caído los dos, ellos que venían a ponérsela a sus hijos.

## EL CORO DE ACTORES

Si estos viejos no hubieran sido ya desde su juventud unos pillos, no harían hoy una afrenta tal a sus canas y nosotros no representaríamos una cosa así, si no supiéramos por experiencia que hay padres que les hacen la competencia a sus hijos en las casas de trata. Distinguido público, a seguir bien y un gran aplauso.

# LOS CAUTIVOS

*(Captivi)*

# INTRODUCCIÓN

«¡Dios mío, qué gente tan noble, me hacen saltárseme las lágrimas!» Estas palabras de Hegión en el v. 418 s. de los *Captivi* nos dan la clave de esta comedia, una excepción entre las obras de Plauto, una pieza para llorar y no para reír. «Aquí no sale ni el rufián perjuro ni la pícara de la golfa ni el militar fanfarrón» (v. 59 s.). Aparte de las escenas donde interviene el gorrón Ergásilo, no hay realmente en los *Captivi* nada para reír. Hay guerra entre la Élide y Etolia, y Hegión, que ha sufrido ya la pérdida de uno de sus hijos, secuestrado por su esclavo Estalagmo a la edad de cuatro años, se ve privado ahora del segundo, que ha sido hecho prisionero. Entonces decide dedicarse al comercio de cautivos, por ver si da con uno que le sirva para canjearlo por su hijo. Uno de rica familia, Filócrates, es quizá uno de ellos y junto con él compra, sin saberlo, al hijo que perdió de chico, que ahora lleva el nombre de Tíndaro y sirve de esclavo a Filócrates. Entre los dos traman un plan para conseguir la libertad: cambian los nombres y los vestidos, Filócrates, el amo, es ahora el esclavo; Tíndaro, el esclavo, el amo. Filócrates, el falso esclavo, podrá así más fácilmente regresar a la patria y lo hace con la promesa de buscar allí a Filopólemo, el hijo de Hegión prisionero. Hasta aquí todo marcha a las mil maravillas. Pero otro de los prisioneros eleos, Aristofonte, descubre, sin quererlo, el engaño, y Tíndaro sufre el duro castigo de ser enviado a las

canteras. Filócrates cumple su palabra y vuelve, trayendo a Filopólemo y también a Estalagmo, el esclavo que huyó hacía tiempo de casa de Hegión llevándose consigo al otro de sus hijos. Tíndaro es reconocido y Hegión es feliz de haberlos recuperado a los dos.

Según el conocido veredicto de G. E. Lessing, son los *Captivi* la pieza más bella que jamás haya sido puesta en escena, juicio que refuta con un largo catálogo de elementos negativos A. Ernout en la introducción a la obra de su edición y traducción de las obras completas de Plauto: inconsecuencias, arbitrariedades, lentitud excesiva en el desarrollo de la acción, etc. Así y todo son los *Captivi* una obra maestra en cuanto a sus personajes y a su realización literaria, y la nobleza de la figura de Tíndaro, la perla de toda la pieza, no puede por menos de emocionar. Todas sus palabras, todo lo que a él se refiere debe ser escuchado con especial atención: Tíndaro es el esclavo de Filócrates, pero es también —sólo el público lo sabe, que ha sido informado de ello en el prólogo— el hijo de Hegión y este doble carácter de su persona le presta a todo una doble dimensión; en el logro de la expresión literaria de ello reside el atractivo, el encanto y el mérito principal de la obra.

Desconocido es el original griego, así como la fecha de su estreno. A causa del juego de palabras entre «boyo» y «boia» (v. 888), un tipo especial de virote, se ha pensado en una alusión al acontecimiento histórico del año 193, en que los boyos, pueblo galo, fueron vencidos en la batalla de Módena y ésta es también la fecha propuesta por Lindsay en la introducción a su famoso comentario a los *Captivi* (pág. 106).

Las más conocidas imitaciones de los *Captivi* se encuentran en los *Suppositi* de Ariosto y en *El príncipe constante* de Calderón de la Barca.

# ARGUMENTO

Un hijo de Hegión ha sido hecho prisionero en el curso de un combate; a otro que tenía lo vendió en edad de cuatro años un esclavo que se fugó de la casa. Hegión se dedica a la trata de prisioneros eleos, con el único deseo de redimir a su hijo de la cautividad y compra entre otros al hijo que perdió de pequeño, quien trocando con su amo, también cautivo, el nombre y el vestido, consigue que dejen a éste en libertad, cosa que a él en cambio le vale el castigo. Pero su amo vuelve trayendo al hijo de Hegión que había sido hecho prisionero y también al esclavo que se fugó, por cuyas declaraciones reconoce Hegión a su otro hijo.

## PERSONAJES

ERGÁSILO, parásito.
ESCLAVO SAYÓN.
HEGIÓN, viejo, padre de Tíndaro y Filopólemo.
FILÓCRATES, joven, prisionero de guerra.
TÍNDARO, joven, hijo de Hegión y esclavo de Filócrates, prisionero de guerra.
ARISTOFONTE, joven.
ESCLAVO.
FILOPÓLEMO, joven, hijo de Hegión.
ESTALAGMO, esclavo.

La acción transcurre en Etolia.

## PRÓLOGO

Estos dos cautivos que veis aquí en pie, como ésos de ahí del final, están de pie, por eso están ellos también los dos de pie y no sentados[1]; vosotros me sois testigos de que digo la verdad. Hegión, el viejo que vive aquí en esta casa, es el padre de éste. *(Señala a Tíndaro.)* Si me prestáis atención os digo ahora mismo por qué motivo está aquí de esclavo de su propio padre: el viejo este tuvo dos hijos; a uno de ellos lo secuestró un esclavo cuando tenía cuatro años, se escapó y lo vendió en la Élide al padre de este otro. *(Señala a Filócrates.)* ¿Comprendido? ¡Muy bien! ¡Caray!, ése de ahí del final dice que no; acércate, si no hay sitio donde te sientes, lo hay para que te vayas a paseo, si es que quieres obligar al actor a andar mendigando; yo, desde luego, no me voy a reventar por causa tuya, para que te enteres bien de todo. A vosotros *(Dirigiéndose a los de las primeras filas)* que podéis inscribiros en el censo por vuestra fortuna[2], os doy ahora mismo el resto de la historia, que a mí no me gustar andar debiendo nada a nadie. El esclavo fugitivo, como dije antes, vendió al hijo de su amo que se había llevado con él al escaparse, al padre de éste *(Filócrates),* quien después que lo compró, se lo entregó a

[1] Para la interpretación de estos versos se sigue, a falta de otra mejor, la propuesta de Lindsay en su comentario.

[2] *Ope censi,* los ricos en oposición a los *capite censi,* los proletarios.

su hijo, porque eran los dos más o menos de la misma edad; Tíndaro es, pues, ahora esclavo en casa de su padre, pero el padre no lo sabe; desde luego es que los dioses nos tratan como si fuéramos pelotas. Ahora ya tenéis la cuenta de cómo perdió el padre a uno de sus hijos. Así como son las cosas, es hecho prisionero el otro en el curso de una guerra entre los etolios y los eleos; un médico llamado Menarco lo compró allí en la Élide. Hegión se dedicó entonces al comercio de prisioneros eleos, con el fin de ver si podía encontrar alguno para cambiarlo con su hijo, con el que había sido hecho prisionero en la guerra —el otro que tiene en su casa no sabe que es su hijo—. Al enterarse de que había sido hecho prisionero un jinete eleo de alto rango y de una familia muy distinguida, no ha ahorrado en el precio con tal de evitar males a su hijo, y para poder hacerle volver más fácilmente a casa, ha comprado a estos dos del botín a los cuestores. Ellos han tramado entre sí un plan, para que el esclavo pueda dejar ir a su amo a la patria, y han trocado entre sí los vestidos y los nombres: aquél *(señalando a Tíndaro)* se llama ahora Filócrates, éste *(señalando a Filócrates)* Tíndaro; los dos se hacen pasar hoy cada uno por el otro. Éste *(Tíndaro)* sabrá llevar hoy a buen término el engaño, consiguiendo así la libertad para su amo; al mismo tiempo salvará a su hermano y le hará volver libre a la patria a casa de su padre, sin saberlo: muchas veces pasa eso, sin darse cuenta se hace más bien que no a sabiendas. Pero también sin pretenderlo con el truco este suyo, han imaginado y compuesto un engaño, han tramado un plan, por el que Tíndaro se queda aquí de esclavo con su padre; así que ahora sin saberlo está sirviendo a su propio padre. Hay que ver, si bien se piensa, es que no somos nadie. Éste es el tema de nuestra representación y la comedia que vais a ver. Pero todavía quiero haceros algunas advertencias. Desde luego merecerá la pena

prestar atención a la obra, porque no es una pieza rutinaria ni así como las demás; tampoco contiene versos con cosas feas, que no puedan repetirse; aquí no sale ni el rufián perjuro, ni la pícara de la golfa, ni el militar fanfarrón: tampoco tenéis que tener miedo porque dije que los etolos están en guerra con los eleos: las batallas tendrán lugar allí fuera de la escena. Y es que desde luego sería fuera de razón el intentar de pronto representar una tragedia con una compañía de teatro cómico. Por eso, si es que alguien está esperando ver aquí una batalla, que busque pelea: si da con un adversario más fuerte que él, yo haré que sea testigo de un combate que no le salga bien, de modo que se le quiten las ganas de ver toda clase de peleas para todos los días de su vida. Os dejo. A pasarlo bien, vosotros, los más ecuánimes jueces en tiempo de paz y los mejores guerreros en la guerra.

## ACTO I

### ESCENA PRIMERA

ERGÁSILO

ER. — La gente joven me llama «Fulana», porque suelo asistir a los convites invocado, quiero decir sin que me llamen. Yo sé que los colegas dicen que es un nombre inapropiado, pero yo afirmo que está pero que muy bien puesto: los amantes, al echar los dados, nombran, llaman a su amiga: ¿está entonces invocada la fulana, o no? La cosa está más clara que el agua; pues, ¡qué caray!, todavía está más clara con nosotros, los gorrones, a los que nadie jamás ni

llama ni invoca[3]: tal que ratones comemos siempre la comida ajena; en las vacaciones, cuando la gente se va al campo, también tienen que tomárselas nuestros dientes.

Cuando hace calor, los caracoles se esconden y viven de su propio jugo a falta del rocío; igualitamente los gorrones, que se retiran los pobres a sus escondrijos y van tirando de la vida con los propios recursos mientras que están de temporada en el campo las gentes de las que chupan. En tiempo de vacaciones los gorrones somos perros de caza, galgos delgaduchos, en época normal, molosos[4], bien comidos, odiosos y engorrosos. Y aún entonces, ¡uf!, como no sea que sepas aguantar guantazos y ver rotas las ollas en tu cabeza, te puedes largar al otro lado de la Puerta Trigémina[5], a transportar sacos; cosa que yo tengo un cierto peligro de que me ocurra; porque después que mi rey ha caído en poder de los enemigos —es que hay ahora guerra entre los etolos y los eleos—, aquí estamos en Etolia y Filopólemo ha sido hecho prisionero allí en la Élide, Filopólemo, el hijo de Hegión, el viejo que vive aquí en esta casa, que para mí es la casa de las lamentaciones, cada vez que la veo, me echo a llorar; Hegión se dedica ahora, por mor de su hijo, a un negocio poco honorable y que no le va nada a su manera de ser: compra cautivos, para ver si

---

[3] Juego de palabras en latín.

[4] Los perros molosos (cf. VIRGILIO, *Geórg.* III 405, *velocis Spartae catulos acremque Molossum)* se utilizaban para guardar los ganados y las casas (cf. HORACIO, *Épod.* 6, 5; *Sat.* II 6, 114).

[5] La *porta Trigemina* estaba situada entre el monte Aventino y el Tíber, lugar de reunión de los cargadores; el lugar equivalente en Grecia era el Pireo en Atenas; en un texto del epistológrafo griego Alcifrón, que utiliza mucho en sus escritos la comedia ática, especialmente la nueva, se habla de un parásito que en parecidas circunstancias se va al Pireo a buscar trabajo: III, 7. Como en otras ocasiones, se refiere aquí Plauto a un lugar en Roma, a pesar de transcurrir la acción en Etolia.

encuentra a alguno que pueda canjear con su hijo —una cosa que yo estoy deseandito que consiga, porque si no lo recupera, no hay a donde yo me pueda recuperar—. De la gente joven no se puede esperar nada, no piensan más que en sí mismos. Pero el joven este, Filopólemo digo, está hecho a la antigua: nunca le hice ponerse de buen humor sin que dejara de darme una recompensa. Y su padre es de la misma condición, voy a buscarle. Pero se abre la puerta de donde yo tantas veces salí tambaleándome a fuerza de hartura.

## ESCENA SEGUNDA

### HEGIÓN, ESCLAVO SAYÓN, ERGÁSILO

HE. —*(Al esclavo.)* A ver, tú, atiéndeme: a estos dos prisioneros que compré ayer del botín a los cuestores, les pones unas cadenas individuales y les quitas esas otras más pesadas con las que están atados juntos; déjalos que anden por aquí fuera o dentro de la casa, como ellos quieran, pero que se les guarde con toda diligencia: un cautivo en libertad es como un pájaro salvaje: si se le ofrece una vez la ocasión de escaparse, ya basta, nunca jamás le podrás echar después mano.

ESCL. —Para chasco si no es que preferimos todos ser libres a ser esclavos.

HE. —Pues en tu caso no parece así.

ESCL. —Si no tengo qué darte, ¿quieres acaso que me dé a la fuga?

HE. —Si te das, verás cómo tengo yo también enseguida algo que darte.

ESCL. —Imitaré entonces a los pájaros salvajes, como tú dices.

HE. —Exacto, porque en ese caso, te meteré en una jaula; pero basta ya de conversación. Ocúpate de lo que te he encargado y vete. Yo voy a casa de mi hermano a dar una vuelta a los otros cautivos, a ver si han hecho esta noche alguna de las suyas, luego vuelvo enseguida a casa.

ER. —*(Aparte.)* Me sabe mal ver a Hegión, el pobre, dedicado a carcelero, por la desgracia de su hijo. Pero si consigue hacerle volver de alguna manera, por mí, puede hacer hasta de verdugo.

HE. —¿Quién habla?

ER. —Yo, que me consumo con tu pena, pierdo carnes, me estoy haciendo un viejo, me muero a pedazos, pobre de mí: no soy más que hueso y pellejo, todo por ese maldito enflaquecimiento; y es que lo que como en casa no me aprovecha, en cambio, lo que tomo fuera, aunque sea poco, eso es lo que me luce.

HE. —Hola, Ergásilo.

ER. —Ven con Dios, Hegión.

HE. —No llores.

ER. —¿No voy a llorarle, no voy a llorar a un muchacho como él?

HE. —Siempre tuve la impresión de que tú querías bien a mi hijo y sabía que él a ti también.

ER. —Los hombres no sabemos apreciar los bienes hasta que los perdemos. Yo, después de que tu hijo cayó prisionero, lo echo ahora de menos, después de haber comprendido lo que valía.

HE. —Si tú, siendo un extraño, llevas tan mal su desgracia, ¿qué tendría yo que hacer que soy su padre, después de ser él además hijo único?

ER. —¿Extraño? ¿Yo un extraño para él? Hegión, Hegión, no digas, no se te pase siquiera por las mientes una cosa así. Para ti es único, para mí, todavía más único que único.

HE. — Me parece muy noble el que consideres la desgracia de un amigo como la tuya propia. Pero no pierdas las esperanzas.

ER. — ¡Ay, a éste *(señalando el estómago)* es a quien le duele... de ver licenciado al ejército de la pitanza!

HE. — ¿Y no has encontrado a nadie que pudiera ponerse al frente del ejército ese licenciado que dices?

ER. — ¿Qué te crees? Todos huyen este campo de operaciones, después que ha sido hecho prisionero tu Filopólemo, a quien le había caído en suerte.

HE. — ¡Caray!, no es extraño que lo huyan, porque son muchos y de muchas clases los soldados que necesitas. Necesitas en primer lugar a los de Molinolandia, en su ramificación de los de Villapán y los de Bollullos; necesitas a los tordetanos y los papafigos y luego toda la infantería de marina.

ER. — ¡Cuántas veces pasan desapercibidos los mayores talentos! Como yo, que soy un general sin empleo.

HE. — No pierdas las esperanzas, que yo confío recuperarlo en un día de éstos. Tengo aquí un prisionero joven de Élide, de una familia muy rica y muy distinguida, y espero que lo podré canjear por mi hijo.

ER. — ¡Dios lo haga! Pero, ¿estás invitado a cenar fuera?

HE. — Que yo sepa, no. Pero, ¿por qué lo preguntas?

ER. — Porque hoy es el día de mi cumpleaños y quiero que me invites a cenar.

HE. — ¡Estupendo! Pero sólo si te contentas con poco.

ER. — Si es que no es demasiado poco, porque eso lo disfruto yo a diario en mi casa; venga, vamos a hacer el trato; «si no hay nadie que nos ofrezca un mejor partido, que nos parezca mejor a mí y a mis amigos, como si se tratara de un latifundio, me entrego con las condiciones susodichas».

HE. — No es un latifundio lo que me vendes, sino un pozo sin fondo. Pero si estás dispuesto a venir, no te tardes.

ER. — Bien, si quieres, por mí, yo tengo tiempo ya.

HE. — Hale, ve y cázate una liebre; por lo pronto, aquí lo que tienes no es más que un erizo, que mis comidas llevan una ruta muy pedregosa.

ER. — A ese tenor, Hegión, no acabarás nada conmigo, no te hagas ilusiones; sea como sea, yo vendré, con unos dientes bien calzados.

HE. — Te digo de verdad que yo llevo un régimen muy áspero.

ER. — ¿Es que comes abrojos?

HE. — Mi cena es cosa de la tierra.

ER. — El cerdo es un animal terrestre.

HE. — Muy vegetariana.

ER. — Eso déjalo, para cuando tengas algún enfermo en casa. ¿Algo más?

HE. — Que vengas a tiempo.

ER. — No necesito avisos. *(Se va.)*

HE. — Voy adentro, que tengo que echar unas cuentecillas, a ver cuánto es el dinero que tengo en el banquero; a casa de mi hermano, que había dicho que quería ir, iré luego. *(Entra en casa.)*

## ACTO II

### ESCENA PRIMERA

ESCLAVO SAYÓN, TÍNDARO, FILÓCRATES

ESCL. — Si es que sufrís esta desgracia por la voluntad de los dioses, debéis soportarla con paciencia; si así lo

hacéis, os será la carga más ligera. En vuestra patria erais, según yo creo, libres; ahora, una vez que habéis caído en la esclavitud, debéis someteros a ella y a la autoridad de vuestro amo y hacerla así más llevadera; lo que el amo hace, 200
aunque esté mal hecho, no hay más que darlo por bueno.

FILÓC., TÍ. —¡Ay, ay, ay!

ESCL. —Dejaos de quejas, así no hacéis más que añadir males sobre males; el no apurarse en la desgracia, es ya un alivio.

TÍ. —Pero es que nos da vergüenza vernos encadenados.

ESCL. —Pero es que el amo se arrepentiría después, si os quitara las cadenas y os dejara sueltos, habiéndoos 205
comprado por buen dinero.

TÍ. —¿Qué tiene que temer de nosotros? Bien sabemos cuál es nuestro deber, si nos deja sueltos. 206ª

ESCL. —Estáis maquinando la fuga; me huelo lo que traéis entre manos.

FILÓC. —¿Qué nos vamos a escapar? ¿A dónde?

ESCL. —¡A la patria!

FILÓC. —¡Quita, eso sería indigno de nosotros, hacer como esclavos fugitivos!

ESCL. —Pues yo, la verdad, si hay ocasión, no os lo desaconsejo.

TÍ. —Concedednos un favor por lo menos. 210-211

ESCL. —¿El qué?

TÍ. —Que nos dejéis hablar a solas, sin que nos puedan escuchar esos de ahí ni vosotros.

ESCL. —Concedido. Alejaos de ahí *(a los otros escla-* 213-214
*vos);* nosotros nos apartamos aquí. Pero no te alargues mucho.

TÍ. —No son otras mis intenciones. Ven para acá. *(A* 215
*Filócrates.)*

ESCL. —¡Apartaos de ellos!

TÍ. — Os quedamos los dos muy obligados por acceder a nuestros deseos.

FILÓC. — Apártate de aquí, por favor, que no sea nadie testigo de lo que hablamos ni transcienda nuestro plan, que si no se procede con astucia, los engaños no son engaños, sino el mayor de los males, en el caso de que se descubran. Si tú vas a hacer como que eres mi amo y yo simulo que soy tu esclavo, hay que tener vista, precaución, para llevar a cabo la empresa con aplomo y sin que trascienda, sabiendo lo que se hace y estando en todo, que se trata de un asunto de mucha envergadura, no hay que andar durmiéndose.

TÍ. — Yo estoy dispuesto a cumplir todos tus deseos.

FILÓC. — Así lo espero.

TÍ. — Como ves, yo, por tu vida, que me es tan cara, expongo la mía, que también me lo es.

FILÓC. — Lo sé.

TÍ. — Pero acuérdate de saberlo, cuando hayas alcanzado el objeto de tus deseos. Porque por lo general los hombres son así, que se portan bien mientras están intentando conseguir algo; una vez que lo tienen en su poder, se vuelven, de buenos que eran, en malos y pérfidos redomados.

FILÓC. — Ahora te voy a decir lo que espero de ti. Los consejos que te voy a dar, se los podría dar a mi propio padre; bien sabe Dios que, si me atreviera, te daría a ti el nombre de padre, que lo eres para mí en segundo lugar después de él.

TÍ. — Hm.

FILÓC. — Y por eso te aviso una y otra vez, que tengas presente que no soy ahora tu amo, sino tu esclavo; ahora te ruego una sola cosa: puesto que los dioses inmortales nos han mostrado ser su voluntad, que yo, que he sido y soy tu amo, sea tu consiervo, lo que antes podía ordenarte por

derecho, ahora te lo ruego como súplica: por la incertidumbre de nuestra suerte y por la bondad que mi padre ha tenido siempre contigo y por nuestro común destino de esclavos que el enemigo nos ha deparado, no me honres ahora de otra manera que cuando eras mi esclavo y ten presente no olvidar quién has sido hasta este momento y quién eres de ahora en adelante.

TÍ. —Yo sé muy bien que ahora yo soy tú y tú eres yo.

FILÓC. —Bien, si puedes tener esto bien presente en tu memoria, no hay miedo de que no salgamos adelante con nuestro engaño.

## ESCENA SEGUNDA

### HEGIÓN, FILÓCRATES, TÍNDARO

HE. —*(Hablando a los de la casa.)* Ahora mismo vuelvo, que les quiero preguntar a éstos una cosa. *(A los esclavos en escena.)* ¿Dónde están los cautivos que os había dicho que sacarais aquí fuera delante de la casa?

FILÓC. —Por Dios, a la vista está que has tomado las precauciones necesarias para que no tuvieras que andar buscándonos. ¡Sí que no son buenos los parapetos de cadenas y guardianes que nos rodean!

HE. —Cuando hay que andar con vigilancia para no ser engañado, no se vigila nunca bastante, aun cuando se vigila. También cuando se piensa haber vigilado, sucede con frecuencia que el cazador es cazado. ¿O es que no tengo un motivo justo de custodiaros con tanto empeño, después de haberos comprado por una suma tan elevada de dinero contante y sonante?

FILÓC. —Verdaderamente, ni es justo que nosotros te tomemos a mal el que nos vigiles, ni tú a nosotros el que nos escapáramos, si se ofreciera la ocasión.

HE. —Lo mismo que se os custodia a vosotros aquí, se custodia en vuestra tierra a mi hijo.

FILÓC. —¿Es que lo han cogido prisionero?

HE. —Sí.

FILÓC. —O sea, que no hemos sido nosotros los únicos cobardes.

HE. —Ven para acá, que te quiero hacer algunas preguntas a solas. Pero no vayas a decirme mentiras.

FILÓC. —No las diré, en lo que yo sepa; si hay algo que no sé, te haré saber que no lo sé.

TÍ. —Ya está el viejo en la barbería y el otro con la navaja en la mano; ni siquiera le ha puesto un peinador, para no mancharle el vestido. Vamos a ver si le pela al cero o utilizando el peine; si es que sabe lo que hace, espero que lo escamoche a fondo.

HE. —Vamos a ver, dime si preferirías ser esclavo o libre.

FILÓC. —Yo prefiero lo que se parece más al bien y menos al mal; aunque a decir verdad, la esclavitud no me fue nunca demasiado pesada, siempre me ha ido como si fuera el hijo del amo.

TÍ. —*(Aparte.)* ¡Bravo! No compraría yo a Tales de Mileto ni por un talento, que en comparación de la sabiduría de éste, es el otro cosa de broma. ¡Qué bien sabe imitar la forma de hablar de los esclavos!

HE. —¿De qué familia es Filócrates?

FILÓC. —Pues de la más poderosa y la más distinguida de todas, de los Poliplusios.

HE. —Y a éste, ¿en qué estima se le tiene allí?

FILÓC. —Éste goza allí de la más alta estima posible y de parte de la gente más importante.

HE. —Entonces, si es que disfruta de tan alta consideración entre los eleos como dices, ¿qué tal sus riquezas?, ¿son jugosas?

Filóc. —Tanto, que el viejo puede extraer de ellas sebo, si las derrite.

He. —Entonces el padre, ¿vive?

Filóc. —Vivo le dejamos cuando salimos de allí; si ahora vive o no vive, eso sólo lo puede saber el Orco.

Tí. —*(Aparte.)* Estamos salvados, ya hasta se mete en filosofías, no sólo inventa mentiras.

He. —¿Cómo se llama?

Filóc. —Tesaurocrisonicocrísides.

He. —Seguro que es por sus riquezas por lo que se le ha puesto un nombre así.

Filóc. —O más bien, ¡qué caray!, por su avaricia y por su cara dura, porque antes se llamaba por su verdadero nombre Teodoromedo.

He. —¿Cómo? Entonces, ¿es un hombre agarrado el padre de éste?

Filóc. —¡Caray!, agarrado y más que agarrado. Para que te des mejor cuenta: cuando ofrece un sacrificio a su genio tutelar, sólo utiliza para lo que hace falta, así para la ofrenda, cacharros de Samos [6], no se los vaya a quitar el otro. De modo que tú figúrate lo que se fiará de los demás.

He. —Ven ahora conmigo, que le quiero hacer unas preguntas a éste otro. Filócrates, tu esclavo se ha portado como una persona de bien, porque ahora sé de qué familia eres, él me lo ha revelado; si tú quieres confirmarme lo que él me ha dicho, obrarás en interés propio; de todos modos, sábete que yo lo sé ya todo por él.

Tí. —Él no ha hecho más que cumplir con su deber al confesarte la verdad, aunque yo en sí hubiera querido ocultarte mi nobleza y el rango de mi familia y mis riquezas, Hegión; ahora, después que he perdido la patria y la libertad, soy de opinión, que es natural que tenga él más temor

---

[6] La cerámica de Samos era barata y muy frágil, cf. *Bacchides* 200 ss.

de ti que no de mí. La fuerza del enemigo nos ha igualado a los dos; todavía me acuerdo de cuando no se atrevía a ofenderme ni de palabra; ahora puede hacerlo hasta de obra. ¿Ves? la fortuna humana hace y deshace como le viene en gana; a mí, que era libre, me ha hecho esclavo, de lo más alto a lo más bajo; yo, que estaba hecho a mandar, ahora tengo que obedecer las órdenes de otro. Y desde luego, si tuviera un dueño tal como yo lo fui para mis esclavos, no temería tener que recibir órdenes injustas o duras. Una cosa te querría decir, Hegión, si me lo permites.

HE. — Puedes hablar con toda tranquilidad.

TÍ. — Tan libre he sido yo hasta ahora como tu hijo, tanto a mí como a él han sido las huestes enemigas quienes nos han arrebatado la libertad, tanto es él esclavo en nuestra patria como lo soy yo aquí en tu casa. Yo estoy seguro que existe un dios, que oye y ve todo lo que hacemos: tal como me trates tú aquí a mí, así procederá él allí con tu hijo y sabrá recompensar la bondad de unos y la maldad de otros. Lo mismo que tú echas de menos a tu hijo, me echa de menos mi padre a mí.

HE. — Lo sé. Pero, ¿me confirmas las informaciones de éste?

TÍ. — Yo confieso también que mi padre posee grandes riquezas y que soy de una familia del más alto rango. Pero yo te suplico, Hegión, que no te inciten mis riquezas a hacer uso de una excesiva avaricia, no sea que a mi padre le parezca mejor, a pesar de ser yo su único hijo, que haga de esclavo aquí en tu casa, bien comido y bien vestido a cuenta tuya, que no verme obligado a vivir como un mendigo allí, donde supondría ello una deshonra tan grande.

HE. — Yo, gracias a Dios y a nuestros antepasados, tengo riquezas suficientes y no soy en absoluto de la opinión de que el lucro sea siempre y en toda ocasión de provecho para los hombres; yo sé muy bien que el afán de

lucro ha echado a muchos al barro; hay también ocasiones en las que es preferible perder que no ganar. Yo aborrezco el oro, que en buen número de casos fue para muchos el motivo de obrar como no debían. Ahora, préstame atención, para que sepas lo mismo que yo, qué es lo que me mueve. Un hijo mío ha sido hecho prisionero y sirve como esclavo en vuestra patria, en la Élide: si me lo devuelves, no me tienes que dar ni un céntimo más y os dejaré ir libres a ti y a tu esclavo: ésta es la única forma en que puedes salir de aquí.

TÍ. —Tu petición no puede ser más justa y más razonable, Hegión, eres una persona excelente. Pero, ¿es tu hijo esclavo privado o público?

HE. —Privado, lo ha comprado el médico Menarco.

FILÓC. —¡Anda, si ése es cliente de mi amo! Esto te va a salir como llovido del cielo.

HE. —Encárgate de que sea redimido mi hijo.

TÍ. —Lo haré. Pero yo te ruego, Hegión...

HE. —Haré lo que quieras, con tal que no me pidas algo que vaya en contra de mis intereses.

TÍ. —Escúchame y lo sabrás. Yo no exijo que se me deje marchar, mientras que no haya vuelto tu hijo. Sólo te ruego, que me permitas enviar a mi esclavo a mi padre, después de que lo hayas tasado, para que pueda rescatar allí a tu hijo.

HE. —Yo enviaré a otro, cuando haya una tregua, para que vaya a ver a tu padre y le comunique lo que tú le encargues con arreglo a tus deseos.

TÍ. —Mandarle una persona desconocida no tiene sentido; perderías el tiempo. Mándale a éste, él lo llevará todo a buen fin, si va allí. Tú no puedes mandarle a nadie más fiel, ni más digno de confianza, ni a un esclavo más a su gusto, ni hay hoy por hoy otra persona a quien él encomendara a su hijo con más tranquilidad. No temas, es a

costa mía que yo pondré a prueba su fidelidad, confiado en su condición, que él sabe que yo le quiero bien.

HE. —Lo enviaré bajo tu fianza, después de haberlo tasado, si quieres.

TÍ. —Sí que quiero; quiero que acabemos este asunto lo más rápidamente posible.

HE. —¿Tienes algo en contra de que, si no vuelve, me des por él veinte minas?

TÍ. —De ninguna manera, todo lo contrario.

HE. —*(A los esclavos.)* ¡Soltad a éste! *(Filócrates.)* Y al otro también.

TÍ. —Que los dioses te cumplan todos tus deseos, por hacerme tan gran honor y librarme de las cadenas. De verdad que no me pesa tener el cuello libre del collar.

HE. —Por los beneficios que se hacen a los buenos, no se reciben más que bienes a cambio. Ahora, si es que vas a mandarlo a la patria, dile, infórmale, ordénale lo que quieres que comunique a tu padre. ¿Quieres que le diga que se acerque aquí?

TÍ. —Sí, hazle venir.

## ESCENA TERCERA

### HEGIÓN, FILÓCRATES, TÍNDARO

HE. —¡Ojalá sea todo para bien mío, de mi hijo y vuestro! *(A Filócrates.)* Tu amo actual desea que te pongas con toda fidelidad a las órdenes del anterior, para lo que él quiera mandar. Yo te he entregado a él después de tasarte en veinte minas y él dice que te quiere mandar a su padre, para que rescates a mi hijo y se haga un intercambio de nuestros hijos entre los dos.

FILÓC. — Estoy del todo a tu disposición y a la suya; podéis utilizarme como si fuera una rueda: lo mismo puedo dar una vuelta hacia acá que hacia allá, según lo que me mandéis.

HE. — Al ser de esa condición no haces sino obrar en interés propio, llevando la esclavitud como se debe. Ven conmigo. *(A Tíndaro.)* Aquí le tienes.

TÍ. — Mucho te agradezco el que me des la ocasión y la posibilidad de mandar a mi esclavo como mensajero a mis padres, para que le comunique a mi padre detalladamente cómo me va y cuáles son mis deseos. Hegión y yo, Tíndaro, nos hemos puesto de acuerdo en tasarte y mandarte luego a la Élide a mi padre y en que, si no vuelves, que le entregue veinte minas por tu persona.

FILÓC. — Me parece que habéis hecho bien. Porque tu padre está a la espera, o de mí, o de algún mensajero que le llegue de aquí.

TÍ. — Así pues, pon atención a lo que quiero que le comuniques a mi padre en la Élide.

FILÓC. — Filócrates, yo estoy dispuesto a hacer lo mismo que he hecho hasta ahora, empeñarme con todo mi corazón y toda mi alma y todas mis fuerzas por conseguir aquello que sirva a tus intereses.

TÍ. — No haces sino lo que debes. Ahora préstame atención: lo primero de todo saluda a mi madre y a mi padre y a mis parientes y también a todos los que me quieren bien que veas; diles que yo quedo aquí bien y que estoy al servicio de una persona excelente, que me trata y me ha tratado siempre con toda clase de consideraciones.

FILÓC. — Eso no me lo tienes que decir, que me lo tengo yo bien sabido.

TÍ. — Porque desde luego, aparte de que tengo un guardián, tengo la impresión de que soy libre. Dile a mi padre el acuerdo a que hemos llegado acerca del hijo de Hegión.

FILÓC. — Al buen entendedor con pocas palabras basta.

TÍ. — O sea, que lo rescate y lo mande aquí a cambio de nosotros dos.

FILÓC. — Lo tendré presente.

HE. — Pero lo más pronto posible, que es una cosa del mayor interés para ambas partes.

FILÓC. — Tú no deseas más ver a tu hijo que él al suyo.

HE. — A mí me es querido el mío, a cada uno el suyo.

FILÓC. — ¿Quieres algo más para tu padre?

TÍ. — Dile que yo quedo bien y que —y esto puedes decírselo con toda tranquilidad, Tíndaro— no ha habido entre nosotros disensión alguna, que ni tú te has hecho culpable de nada, ni yo te he sido hostil, y que aún en medio de tan grandes desgracias, has sido siempre obsequioso con tu amo, y que no me ha faltado nunca ni tu cooperación ni tu fidelidad en medio de los peligros y las privaciones. Cuando mi padre sepa todo esto, Tíndaro, cuáles son tus sentimientos para con su hijo y para con él mismo, estoy seguro que no será tan avaro que no te haga gracia de la libertad; yo también intercederé, si es que consigo volver de aquí, para que lo haga más fácilmente. Porque por mediación tuya y por tu bondad y tu hombría de bien y tu cordura has hecho que pudiera yo volver a mis padres, al haber declarado a Hegión la familia a la que pertenezco y mis riquezas, habiendo así librado a tu amo de las cadenas con tu sagacidad.

FILÓC. — Así lo he hecho como dices, y te agradezco que lo tengas presente. No tienes tú poca parte en que yo me haya portado así contigo; porque si yo ahora, Filócrates, hiciera recuento de todos tus beneficios para conmigo, se nos echaría la noche encima, que al igual que si fueras mi esclavo, no fuiste tú de otra manera obsequioso conmigo siempre.

HE. — ¡Dios mío, que gente tan noble! Me hacen saltár-

seme las lágrimas. Se quieren realmente de corazón. ¡Con qué elogios ha alabado el esclavo al amo!

FILÓC. — Por Dios, los elogios que ha hecho de mí no son ni la centésima parte de los que él mismo se merece.

HE. — *(A Filócrates.)* Ea pues, ya que has mostrado hasta aquí tan buena conducta, ahora es la ocasión de potenciar tus buenas obras cumpliendo con fidelidad lo que te ha sido encomendado.

FILÓC. — Mis deseos porque así sea igualan a mis esfuerzos por conseguirlo, y para que así lo sepas, Hegión, pongo por testigo al soberano Júpiter de que no seré infiel a Filócrates.

HE. — Eres una buena persona.

FILÓC. — Y de que no me portaré nunca con él de otra forma que conmigo mismo.

TÍ. — ¡Ojalá hagas verdaderas esas palabras con tus hechos! Y como no he dicho aún todo lo que quería de ti, préstame ahora atención y, por favor, no te molestes conmigo por lo que te voy a decir: yo te lo ruego, reflexiona que tú eres enviado a la patria bajo mi garantía, después de haber sido tasado, y que yo respondo aquí de ti con mi vida: no vayas a olvidarte de mí en cuanto que desaparezcas de mi vista, y después de haberme dejado como esclavo para responder de ti con mi esclavitud y tú te veas como un hombre libre, no vaya a ser que abandones a quien queda en prenda en lugar tuyo y no te ocupes de hacer volver aquí al hijo de Hegión a cambio de mí. Ten presente que te vas de aquí bajo la fianza de veinte minas. Sé fiel con quien es fiel contigo, no dejes tambalearse tu fidelidad en ruta, que yo estoy seguro que mi padre hará todo lo que corresponde. Haz eterna nuestra amistad y gánate la de Hegión, que ya te ha dado pruebas de ella. Yo te ruego por tu diestra, que estrecho ahora con la mía, que no me muestres menos fidelidad que te muestro yo a ti. Tenlo en cuenta: tú

eres ahora para mí, mi amo, mi patrono, mi padre. En tus manos pongo todo lo que espero y lo que poseo.

FILÓC. — Basta ya de instrucciones. ¿Te quedas contento si te traigo cumplidos todos tus encargos?

TÍ. — Sí.

FILÓC. — Yo volveré bien acompañado, según tus deseos *(a Tíndaro)* y los tuyos *(a Hegión)*. ¿Algo más?

TÍ. — Que vuelvas lo más pronto posible.

FILÓC. — Ni que decir tiene.

HE. — Ven conmigo al banquero, que te dé dinero para el viaje y al mismo tiempo le pediré el documento al pretor.

TÍ. — ¿Qué documento?

HE. — Un pasaporte, para que lo presente a nuestras tropas, para que le dejen marchar de aquí a su patria. Tú éntrate.

TÍ. — Buen viaje.

FILÓC. — Que te vaya bien.

HE. — Vaya que no he hecho un buen negocio al comprar a estos prisioneros del botín a los cuestores; si Dios quiere, he librado de la esclavitud a mi hijo. Y estuve dudando mucho tiempo si los compraba o no. A ver, vosotros, mucho cuidado con él ahí dentro, que no dé un paso aquí afuera sin alguien a su lado; yo vuelvo enseguida. Voy ahora a casa de mi hermano, a dar una vuelta a los otros cautivos y al mismo tiempo me informaré, si hay allí alguien que conozca al joven este. *(A Filócrates.)* Ven que te despida, esto corre más prisa. *(Se van.)*

# ACTO III

## ESCENA PRIMERA

ERGÁSILO

ER. — Desgraciado de aquel que tiene que buscarse por sí mismo de comer y no lo encuentra sino a fuerza de fatigas, pero todavía más desgraciado aquel que lo busca con fatigas y no lo encuentra; y el más desgraciado de todos es aquel que, cuando tiene hambre, no tiene qué comer. Desde luego yo, ¡qué caray!, si pudiera, le sacaría con gusto los ojos al día de hoy. ¡Qué manera de poner a todos y cada uno de los mortales en contra mía! Yo no he visto nada ni más ayunado ni más hambriento ni de más poco éxito en todas sus empresas; así mi estómago y mi gaznate están en huelga de hambre; a este paso puede irse el oficio de gorrón a hacer puñetas, tal es la forma en que la juventud de hoy excluye a los bufones y a los desposeídos: no quieren saber ya nada de estos pobres espartanos, que se sientan a comer en sus taburetillos, estos aguantapalos, que saben decir gracias, pero andan a la cuarta pregunta en materia de víveres y de pesetas; sólo invitan a aquellos que, después que han comido, tienen posibilidades para corresponder por su parte a la invitación; ¡y luego! ellos mismos hacen la compra, cosa que era antes oficio de los gorrones, ellos mismos se van derechitos del mercado a los locales de bureo con la cabeza igual de alta que cuando en la asamblea pública condenan a los acusados culpables; una mierda les importan los bufones, no piensan más que en sí mismos. Pues es que cuando me fui ahora hace un rato de aquí, voy y me acerco a unos jóvenes en el foro;

«hola», digo, «¿a dónde os parece que vayamos?» digo, y ellos, callados; «¿quién dice 'venga, a mi casa' o quién se ofrece?», digo; como si fueran mudos, todos en silencio, ni siquiera se me ríen; «dónde cenamos», digo; y ellos 'que nones'. Digo uno de mis mejores chistes, que me valía antes cenas para un mes: nadie se ríe, yo me di cuenta enseguida que se habían puesto de acuerdo para portarse así: ni siquiera hubo uno que quisiera imitar a un perro con malas pulgas: al menos, ya que no se reían, que hubieran enseñado los dientes. Me marcho, al ver que se burlan de mí en esa forma, me acerco a otro grupo, y luego a otro: ¡todos igual! Se han puesto todos de acuerdo, lo mismo que los vendedores de aceite en el Velabro[7]. O sea, que me he venido, porque allí no hacen más que tomarme el pelo. Igualito que yo andaban por la plaza otros gorrones sin sacar prenda. Ahora estoy decidido a defender mis derechos según las leyes romanas: citaré ante los tribunales a quienes se han propuesto privarnos de alimentos y del derecho a la vida, y haré que les impongan un castigo, que me den diez cenas a discreción mía en tiempo de carestía. Ahora me voy al puerto, allí es la única esperanza comestible que me queda; si se me escabulle también ésa, me volveré aquí a casa del viejo, a la cena esa espinosa que decía. *(Se va en dirección al puerto.)*

## ESCENA SEGUNDA

### HEGIÓN, ARISTOFONTE

HE. —¿Qué cosa hay más satisfactoria que llevar a cabo un buen negocio con provecho también para el bien

[7] En el Velabro, situado entre el *vicus Tuscus* y el *forum Boarium* había un famoso mercado de víveres (cf. HORACIO, *Sat.* II 3, 227 ss.).

común, como he hecho yo ayer al comprar a estos dos pri- 500
sioneros?; todos los que me ven se me acercan y me felici- 502-503
tan —pobre de mí, me han dejado agotado de tanto
pararse conmigo y detenerme—; trabajillo me ha costado el
salir a flote de un tal montón de felicitaciones, pobre de mí.
Pero al fin, conseguí llegar al pretor; lo que es que luego 505
allí, tampoco un momento de descanso: pido el documento
de salvoconducto, me lo dan enseguida, se lo entrego a
Tíndaro, se marcha en dirección a su patria. Entonces cojo
enseguida el camino de casa, después que termino allí; de
paso, me voy primero a casa de mi hermano, donde tengo
otros cautivos. Pregunto si hay alguno que conozca a Filó-
crates de Élide; al fin grita éste *(señalando a Aristofonte)* 510
que es amigo suyo; le digo que lo tengo en casa; él al ins-
tante me pide y me suplica que se le consienta verlo; doy
enseguida orden de que lo suelten. Hale, ven conmigo, que 514-515
se te cumplan tus deseos de ver a tu compañero. *(Entran en
casa.)*

ESCENA TERCERA

TÍNDARO

Tí. —*(Saliendo de casa de Hegión.)* Ahora sí que prefe-
riría mil veces estar mejor muerto que vivo, ahora me dejan
y me abandonan toda esperanza, todo recurso, cualquier
clase de remedio. Éste es el día en el que no hay salvación
alguna que esperar para mi vida; ni hay salida alguna para
evitar mi perdición, ni esperanza que pueda sacudirme el
miedo, ni tapujo alguno para mis engaños y mi ficción, ni 520
hay perdón posible para mis perfidias, ni escapatoria para
mis fechorías, ni hay en parte alguna refugio para mi auda-
cia, ni asilo para mis engaños. Descubierto está lo que

estaba encubierto, a la vista de todos quedan mis juegos malabares, todo ha salido a la luz, fuera de discusión está que me espera una mala muerte y que voy al encuentro de mi perdición pagando así por mi amo, y por mí mismo. Aristofonte me ha perdido al entrar ahora ahí en la casa; él me conoce, él es amigo y pariente de Filócrates. Ni la diosa de la Salvación en persona puede salvarme aunque quisiera, ni hay medio alguno para ello, aparte de si se me ocurre alguna patraña, pero ¿cuál? ¡Maldición! ¿Qué voy a tramar?, ¿qué voy a inventar? Se me ocurren las tonterías y las locuras más grandes: no sé por dónde tirar.

## ESCENA CUARTA

### HEGIÓN, TÍNDARO, ARISTOFONTE

HE.—¿A dónde puede haberse ido éste, que no está en casa?

TÍ.—Ahora sí que puedo darme por muerto; los enemigos se te acercan, Tíndaro. ¿Qué decir, qué contar, qué voy a negar, qué voy a confesar? Estoy lleno de incertidumbre. Mi situación es desesperada. ¡Ojalá te hubieran perdido los dioses antes de haber perdido la patria, tú, Aristofonte, que vienes a echarnos abajo todo nuestro edificio! La cosa está perdida, a no ser que se me ocurra alguna engañifa descomunal.

HE.—Ven, ahí le tienes, acércate y háblale.

AR.—¿Por qué se diría que rehúyes mi mirada, Tíndaro? Me haces el mismo caso que si fuera un desconocido y no me hubieras visto en toda tu vida. Verdad es que yo soy ahora tan esclavo como tú, aunque en mi patria era libre y tú desde tu niñez fuiste esclavo en la Élide.

HE.—¡Caray!, no me asombro en absoluto, si te esquiva

a ti o a tu mirada o si no quiere cuentas contigo, le estás llamando Tíndaro en lugar de Filócrates.

TÍ. — Hegión, este hombre era sabido en Élide que es un loco furioso, no prestes oídos a lo que cuenta, porque en su patria ha perseguido a lanzadas a su madre y a su padre y a veces le ataca la enfermedad esa a la que se escupe[8], o sea que es mejor que te alejes de él.

HE. — ¡Largo de aquí!

AR. — ¿Qué dices, bribón? ¿Estás contando que yo estoy loco y que he perseguido a lanzadas a mi padre y que tengo la enfermedad esa que me tienen que escupir encima?

HE. — No te apures, hay muchas personas que sufren esa enfermedad a los que les ayudó y les fue de provecho el que les escupieran.

AR. — Pero, ¿cómo? Entonces, ¿es que le das crédito a éste?

HE. — ¿De qué le voy a dar crédito?

AR. — De que yo estoy loco.

TÍ. — ¿No ves con qué cara tan aviesa mira? Lo mejor es apartarse, Hegión; es lo que te acabo de decir, le está viniendo el ataque, ten cuidado.

HE. — Yo pensé enseguida que estaba loco, al oír que te llamaba Tíndaro.

TÍ. — Pero si a veces se le olvida hasta su propio nombre y no sabe ni quién es.

HE. — Pero decía que tú eras amigo suyo.

TÍ. — No me digas, a ese tenor Alcmeón y Orestes y Licurgo son amigos míos lo mismito que ése[9].

---

[8] Se trata del *comitialis morbus* o epilepsia; cf. PLINIO, *Nat.* XXVIII 35, *despuimus comitiales morbos.*

[9] Tíndaro nombra a tres personajes míticos famosos por su locura: Alcmeón y Orestes dieron muerte a la propia madre; Licurgo, rey de los edones, pueblo de Tracia, fue castigado por Dioniso con la locura.

AR. — Pero bribón, ¿te empeñas en seguir insultándome? ¿No te conozco yo acaso?

HE. — Por Dios, bien claro está que no le conoces, porque le llamas Tíndaro en vez de Filócrates: desconoces al que ves y nombras al que no ves.

AR. — No, sino al revés, es que éste dice que es quien no es y afirma que no es quien en realidad es.

TÍ. — O sea que resulta que tú quedas por encima de Filócrates en veracidad.

AR. — Demonio, por lo que veo, resulta que tú dejas por falsa la verdad con tus mentiras. Pero, venga, por favor, mírame a la cara.

TÍ. — Sí, y qué.

AR. — Dime ahora: ¿sigues afirmando que no eres Tíndaro?

TÍ. — Sí que lo afirmo.

AR. — ¿Dices que eres Filócrates?

TÍ. — Sí que lo soy, digo.

AR. — *(A Hegión.)* ¿Y tú le crees?

HE. — Más al menos que a ti, o a mí. Porque ése que tú dices, ha salido hoy de aquí en dirección a la Élide, a casa del padre de éste.

AR. — ¡Qué padre, si éste es un esclavo!

TÍ. — Tú también eres un esclavo y has sido libre y yo confío que lo seré, si consigo la libertad para el hijo de éste.

AR. — ¿Qué dices, miserable, afirmas que tús has nacido libre?

TÍ. — Yo no digo que soy libre, sino Filócrates.

AR. — ¿Cómo? ¡Ay Hegión, cómo se burla de ti, el malvado!, porque éste es un esclavo y bien esclavo, ni tuvo jamás otro esclavo que él mismo.

TÍ. — ¿Porque tú eres un menesteroso en tu patria y no tienes allí donde caerte muerto, quieres que todos sean como tú? No haces nada nuevo: es propio de los desgracia-

dos ser hostiles y envidiosos para con los bienes de los demás.

AR. — Hegión, mira por favor que no persistas en creer sin más a éste; y, por lo que veo, te ha hecho ya una buena jugada, eso de que dice que va a redimir a tu hijo, no me gusta en absoluto.

TÍ. — Bien sé que tú no quieres que sea así, pero yo lo conseguiré a pesar de eso, si Dios quiere. Yo le devolveré a su hijo y él a mí a mi padre en la Élide. Para eso he mandado a Tíndaro a mi padre.

AR. — Tú mismo eres Tíndaro y no hay en toda la Élide otro esclavo con ese nombre.

TÍ. — ¿Te empeñas en seguir echándome en cara que soy un esclavo, una cosa de la que sólo tiene la culpa la violencia del enemigo?

AR. — Verdaderamente no puedo ya contenerme.

TÍ. — Eh, Hegión, ¿no oyes lo que dice? ¿Por qué no sales corriendo? Este nos va a perseguir a pedradas, como no des orden de que lo sujeten.

AR. — Estoy desesperado.

TÍ. — Le arden los ojos, ya le viene el ataque, Hegión, ¿no ves cómo se le pone todo el cuerpo lleno de manchas lívidas? La bilis negra le atormenta.

AR. — Demonio, si este viejo tuviera dos dedos de frente te atormentaría a ti la pez negra en manos del verdugo y echaría llamas en tu cabeza.

TÍ. — Está delirando, tiene un demonio dentro del cuerpo, Hegión.

HE. — ¿Doy orden de que lo sujeten?

TÍ. — Mejor sería.

AR. — Me desespero de no tener una piedra para hacerle saltar los sesos a ese bribón, que me vuelve loco con lo que está diciendo.

TÍ. — ¿No estás oyendo que busca una piedra?

AR. — Hegión, quiero hablar contigo a solas.

HE. — Háblame desde ahí lejos, si quieres decirme algo; yo te oigo.

TÍ. — Claro, que si te acercas un poco más, te arrancará la nariz de un muerdo.

AR. — No creas, Hegión, que yo estoy loco ni que lo he estado jamás, ni que tengo la enfermedad que dice ése. Pero si tienes miedo de mí, da orden de que me aten: consiento en ello, con tal de que se le ate también a éste.

TÍ. — No, Hegión, que le aten a él, él es quien lo quiere.

AR. — Calla ya; ya verás tú, Filócrates de pega, cómo vas a quedar descubierto por lo que eres, Tíndaro y nada más que Tíndaro. ¿Qué me quieres ahora con esos guiños?

TÍ. — ¿Que yo te hago guiños?

AR. — ¡Qué no haría éste, si no estuvieras tú presente, Hegión!

HE. — ¿Qué te parece? ¿Le abordo, a pesar de su locura?

TÍ. — ¡Tonterías! Se burlará de ti, empezará a contarte cosas sin pies ni cabeza: no le falta más que el disfraz para parecer Áyax cuando loco [10] en persona.

HE. — Me da igual, así y todo, voy a hablarle.

TÍ. — *(Aparte.)* Ahora sí que estoy del todo perdido, ahora está el hacha a punto de caer sobre mi cabeza, no sé qué hacer.

HE. — Aquí me tienes, Aristofonte, si es que tienes algo que decirme.

AR. — Tú vas a oír de mí, Hegión, cosas que son verdaderas, aunque tú las tienes ahora por falsas. Pero lo primero, quiero subsanar ese error de que estoy loco o de que tengo alguna clase de enfermedad, aparte de que sirvo como esclavo. Pero así el rey de los dioses y los hombres

[10] Áyax Telamonio perdió la razón al ser vencido por Ulises en su disputa por las armas de Aquiles.

me devuelva a mi patria, como ese Filócrates no es más Filócrates que yo o que tú.

HE. —Tú, entonces, dime, ¿quién es?

AR. —El que te dije yo antes desde un primer momento; si resultara no ser así, no tengo nada en contra de quedarme aquí para siempre a tu servicio con pérdida de mis padres y de mi libertad.

HE. —*(A Tíndaro.)* Y tú, ¿qué dices?

TÍ. —Que yo soy tu esclavo y tú mi señor.

HE. —No es eso lo que te pregunto. ¿Eres tú libre?

TÍ. —Sí que lo era.

AR. —Pues no lo era, está chungueándose.

TÍ. —¿Y cómo lo sabes tú? ¿Es que fuiste tú la comadrona de mi madre, que te atreves a afirmar eso con tanta seguridad?

AR. —Yo te he visto de niño, cuando yo era niño.

TÍ. —Y yo te veo ahora mayor, cuando yo soy mayor: ahí tienes la vuelta. Harías mejor en no meterte en mis asuntos. ¿Me meto yo acaso en los tuyos?

HE. —*(A Aristofonte.)* ¿Se llama el padre de éste Tesaurocrisonicocrisides?

AR. —No, ni he oído yo jamás ese nombre hasta hoy. El padre de Filócrates se llama Teodoromedes.

TÍ. —*(Aparte.)* ¡Muerto soy! Tú, maldito corazón, a ver si nos calmamos; a la horca contigo; tú ahí pegando brincos, y yo casi no me puedo tener de miedo.

HE. —¿Es que no está ya más claro que el agua que éste era esclavo en la Élide y que no es Filócrates?

AR. —Desde luego, tan claro como imposible que fueras a comprobar que no es así. Pero, ¿dónde está ahora Filócrates?

HE. —Donde yo no querría de forma alguna y él de todas. O sea, que he sido embaucado y hecho trizas, desgraciado de mí, por las maquinaciones de este malvado,

que me ha tomado el pelo como le ha dado la gana con sus engaños. Pero, mira si estás en lo cierto.

AR. —Yo te digo lo que tengo bien sabido y bien reflexionado.

HE. —¿Seguro?

AR. —Tan seguro, digo, que no encontrarás otra seguridad más segura que ésta; Filócrates y yo hemos sido siempre amigos desde niños.

HE. —A ver, descríbeme entonces a tu amigo Filócrates.

AR. —Delgado de cara, nariz aguileña, piel blanca, ojos negros, el pelo tirando a rojo, crespo y rizado.

HE. —Exacto.

TÍ. —*(Aparte.)* Sí, exacto, ¡maldición!, que me he levantado hoy con el pie izquierdo. ¡Ay de las desgraciadas vergas, que van a encontrar hoy la muerte sobre mis espaldas!

HE. —Veo que me han engañado.

TÍ. —*(Aparte.)* ¿Por qué os tardáis, grillos, en correr hacia mí y estrechar mis piernas, para que os custodie?

HE. —¡Malditos cautivos!, nada, que soy el cazador cazado. El que se marchó hacía como que era esclavo, éste como que era libre: he dejado escapar la almendra y me he quedado con la cáscara. ¡Imbécil de mí, me la han pegado de todas todas! Pero lo que es éste no se va a reír de mí. ¡Cólafo, Cordalión, Corax, salid, traed las sogas!

CÓLAFO. —¿Qué, asunto de leña?

## ESCENA QUINTA

HEGIÓN, TÍNDARO, ARISTOFONTE

HE. —Ponedle las esposas a este bribón.

TÍ. —¿Qué significa esto? ¿Qué delito he cometido?

HE. —¿Que qué delito has cometido, tú, grandísimo sembrador y escardador y cosechero de maldades?

TÍ. —¿Por qué no ha dicho primero rastrillador? Porque los labradores rastrillan siempre antes de escardar.

HE. —¡Anda, anda, con qué atrevimiento me hace cara!

TÍ. —Un esclavo sin culpa y sin tacha puede permitirse ser atrevido, sobre todo con su amo.

HE. —Venga, atadle las manos bien atadas.

TÍ. —Tuyo soy, si quieres, di que me las corten. Pero, ¿qué es lo que pasa?, ¿por qué estás airado conmigo?

HE. —Porque con tus malditos engaños y tus mentiras me has destrozado a mí y a mi fortuna y me has hecho trizas mis bienes, en lo que estaba en tu mano. Has acabado con todos mis proyectos y mis planes al robarme a Filócrates con tus engaños. Yo creí que él era esclavo y tú libre, tal como me lo dijisteis, cambiando los nombres entre vosotros.

TÍ. —Confieso que tienes razón y que él se ha escapado fraudulentamente por obra mía y por mi astucia; por favor, yo te ruego, ¿es éste el motivo por el que estás airado conmigo?

HE. —¡Y que me las vas a pagar bien pagadas!

TÍ. —Con tal que no perezca por haberme portado mal, me trae sin cuidado. Si yo sufro aquí la muerte y él no vuelve como dijo, será para mí después de muerto una acción digna de memoria el haber hecho volver a mi amo del cautiverio y del poder de los enemigos a su patria y a su padre y el haber preferido exponer mi vida al peligro, que no que él pereciera.

HE. —¡Venga, disfruta de tu gloria en el otro mundo!

TÍ. —Quien muere heroicamente, no perece.

HE. —Cuando yo te atormente con los peores suplicios y te dé muerte por tus tejemanejes, da igual que digan que

has muerto o que has perecido: con tal que mueras, no impido a nadie que diga que vives.

Tí. —Por Dios, si haces eso, no lo harás sin castigo, si es que vuelve aquí mi compañero, como es mi esperanza.

AR. —¡Dios mío, ahora me doy cuenta, ahora sé qué es lo que ocurre aquí! Mi amigo Filócrates está en libertad con su padre en la patria. Un motivo de satisfacción para mí, que no hay otra persona a quien más se lo deseara; pero me duele el haberle hecho un perjuicio a éste, que está ahora entre cadenas por culpa mía y de mis palabras.

HE. —¿No te había yo prohibido decirme mentiras?

Tí. —Sí.

HE. —¿Por qué te has atrevido entonces a mentirme?

Tí. —Porque la verdad hubiera perjudicado a quien yo quería ayudar; en cambio la mentira le ha sido de provecho.

HE. —Pero te perjudicará a ti.

Tí. —Muy bien; porque he salvado a mi joven amo y eso me es un motivo de alegría, que el padre me había encomendado a mí su custodia, ¿o es que piensas tú que es eso una mala acción?

HE. —Una acción malísima.

Tí. —Pero yo tengo una opinión distinta y te digo que es una buena acción. Reflexiona: si un esclavo tuyo hiciera lo mismo con tu hijo, ¿qué agradecimiento no le tendrías?, ¿no le darías la libertad?, ¿no te sería el predilecto entre todos los esclavos? Contéstame.

HE. —Seguramente.

Tí. —Entonces, ¿por qué estás airado conmigo?

HE. —Porque le fuiste más fiel a él que a mí.

Tí. —Y qué, ¿querías que en un plazo de 24 horas fueras a poder convencer a un hombre recién hecho prisionero y recién comprado, de que mirara más por ti que no por

una persona con la que llevaba toda su vida desde su niñez?

HE. — Pues pídele a él que te lo agradezca. Llevadle que se le pongan unos buenos y pesados grillos; de allí irás luego a las canteras; si mientras los otros extraen ocho bloques de piedra no haces tú la mitad más de trabajo cada día, se te pondrá el nombre de Milazotes.

AR. — Por Dios, yo te suplico, Hegión, no pierdas a este hombre.

HE. — Se pondrán los medios: de noche se le custodiará bien sujeto, de día sacará las piedras bajo tierra; yo le atormentaré largo tiempo, no creas que le voy a despachar en un solo día.

AR. — ¿Seguro?

HE. — La muerte no lo es más. Llevadle enseguida a Hipólito el herrero, decidle que le ponga unos grillos bien gruesos, después haced que sea conducido fuera de la ciudad a mi liberto Córdalo a las canteras y le decís que quiero que se le trate de tal modo que no le vaya peor que al que le va peor que a ninguno.

TÍ. — ¿A qué voy yo a querer salvarme en contra de tu voluntad? El riesgo de mi vida es al mismo tiempo un riesgo para ti. Después de la muerte, una vez muerto no tengo ningún mal que temer. Aún en el caso de que siga sirviendo hasta una edad muy avanzada, con todo, es corto el espacio de tiempo en que tenga que soportar los males con que me amenazas. Adiós, que te vaya bien, aunque en sí merecerías que te hablara de otra manera. Tú, Aristofonte, ojalá que te alcance la suerte que corresponde a tu conducta para conmigo, que tú eres el que tienes la culpa de lo que me sucede.

HE. — Lleváosle.

TÍ. — Ahora sólo te pido una cosa, que si vuelve Filócrates, me permitas verle.

HE. —Muertos sois, si no os le lleváis inmediatamente de mi vista.

TÍ. —¡Por Dios, esto se llama hacer violencia, de un lado me empujan, de otro me arrastran! *(Se lo llevan.)*

HE. —¡Ea! Ya va derecho camino de la encerrona, tal como se merece. Les voy a dar una buena lección a los otros cautivos, para que a nadie le entren ganas de hacer algo parecido. Si no hubiera sido porque éste me lo ha descubierto, todavía me estarían tomando el pelo con sus patrañas. Ahora, bien seguro es que no volveré en adelante a creer nada a nadie, basta con haber sido engañado una vez. Desgraciado de mí, yo que esperaba poder librar a mi hijo de la esclavitud; vana es ya esa esperanza; perdí a uno de mis hijos, cuando era un niño de cuatro años, que me robó un esclavo, sin que me fuera posible encontrar ni al esclavo ni a mi hijo; el otro ha caído de mayor en poder del enemigo. ¿Cómo he podido merecer una tal desgracia? Como si hubiera tenido hijos más que para quedar privado de ellos. *(A Aristofonte.)* Ven conmigo, que te lleve a donde estabas. Desde luego que en adelante no voy a tener compasión de nadie, que tampoco la tiene nadie conmigo.

AR. —Había tenido el augurio de que estaba ya libre de cadenas, ahora hay que volver a reinaugurarlas de nuevo.

## ACTO IV

### ESCENA PRIMERA

ERGÁSILO

ER. —Soberano Júpiter, gracias por tu protección y por tu favor; de ti recibo suculencias sobre toda pondera-

ción, honras, ganancias, diversiones, bromas, fiestas, días de asueto, caravanas de provisiones, una despensa bien abastada, borracherías, hartones, felicidad. Y desde luego que no me voy a andar suplicando más a nadie; porque ahora puedo yo según me venga en gana o prestar servicios a mis amigos o vengarme de mis enemigos, tan grande es la dulce dulzura de que me ha colmado este dulce día; ¡menuda es la herencia que me ha caído en suerte, libre de cargos y obligaciones! Ahora derecho a casa de Hegión, a quien le soy portador de una felicidad tan grande como él mismo se espera de los dioses, y aún mayor. Ahora, ya está, así como hacen los esclavos en las comedias, me arremangaré la capa y echaré a correr, para que sea yo el primero en darle la noticia, una noticia, que si no me equivoco, me va a valer la pitanza para todos los días de mi vida.

## ESCENA SEGUNDA

### HEGIÓN, ERGÁSILO

HE. — Cuanto más vueltas le doy al asunto este, más disgusto me entra. ¡Mira que habérseme burlado de esa manera y no haberme yo dado cuenta de ello! Cuando se sepa, voy a ser objeto de risa en toda la ciudad; en cuanto que me presente en el foro dirán todos: «Éste es el viejo ese tan listo al que se la han pegado». Pero ¿no es Ergásilo ese que veo ahí a lo lejos? Lleva la capa al hombro, ¿por qué será?

ER. — Déjate de dilaciones, Ergásilo, y pon manos a la obra. Mucho cuidado con ponerse nadie en medio de mi camino, como no sea alguno que piense haber vivido bastante: el suelo va a besar, quien se me ponga al paso.

HE. —*(Aparte.)* Este hombre se dispone a echar un combate de boxeo.

ER. —¡Y que es que no hay más! Por eso, que todos sigan su camino y no se pare nadie aquí en esta plaza a charlar de sus cosas, porque mi puño es una honda y mi codo una catapulta, el hombro un ariete, al suelo voy a tumbar al que toque mi rodilla, los propios dientes va a tener que recoger de la tierra todo el que se tope conmigo.

HE. —¿Qué amenazas son ésas? No salgo de mi asombro.

ER. —Y haré que se acuerden de por vida de este día y de mi persona.

HE. —Pero, ¿qué es lo que quiere éste con esa serie de amenazas?

ER. —Lo aviso con antelación, para que nadie caiga en la trampa por culpa propia: quedaos quietos en casa, evitad mis furias.

HE. —Milagro si no es el estómago, de donde saca una desfachatez tal: desgraciado de aquel, a cuya mesa se ha cogido éste tales aires.

ER. —Luego los dichosos molineros, que tienen cerdos y los engordan a fuerza de salvado y apestan de tal forma, que no hay quien pase por delante de un molino; como le llegue a echar la vista a un cerdo de ésos en la calle, les voy a sacudir a sus dueños a fuerza de puños todo el salvado que tienen encima de su casposa cabeza.

HE. —Son reales órdenes las que da. ¡Qué tono tan imperioso! Seguro que es que está bien harto, del estómago le viene tanto optimismo.

ER. —Y luego los pescadores, que ofrecen al público pescado pocho, transportado en jamelgos de torturante trote; con su peste hacen largarse al foro a todos los paseantes de los atrios de la basílica: a la cara les voy a tirar yo sus banastas de pescado, para que se enteren del

suplicio que hacen pasar a las narices ajenas. Después los carniceros, que dejan a las pobres ovejas huérfanas de sus crías y ponen a la venta los corderos como si fueran creciditos y a punto de matar, y dan la carne de cordero al doble de su precio, que dan el nombre de manso cebado a los carneros viejos; como llegue yo a echar la vista encima a un carnero de ésos, te aseguro que voy a hacer del carnero y de su dueño los más desgraciados de los mortales.

HE. —¡Bravo! Éste da órdenes como un alguacil, milagro que no le han nombrado los etolios policía del mercado.

ER. —Yo no soy ahora un gorrón, sino el rey más real de todos los reyes, menudas provisiones de víveres se encuentran en el puerto para mi estómago. Pero caigo en falta con no darle enseguida un alegrón al viejo Hegión, hoy por hoy el más dichoso de todos los mortales.

HE. —¿Qué alegría será esa con la que se alegra tanto de alegrarme?

ER. —¡Eh! ¿Dónde estáis? ¿No hay nadie? ¿No sale nadie a abrir la puerta?

HE. —Éste se recoge aquí a cenar en mi casa.

ER. —¡Abrid las puertas de par en par, antes que acabe con ellas y las hagas pedazos a fuerza de golpes!

HE. —Estoy deseando hablarle. ¡Ergásilo!

ER. —¿Quién llama a Ergásilo?

HE. —¡Vuelve tus ojos hacia mí!

ER. —Me mandas hacer lo que la fortuna no hace ni hará contigo. Pero, ¿quién habla?

HE. —Mira para acá, soy Hegión.

ER. —¡Oh tú, el mejor entre los mejores, qué a punto me sales al paso!

HE. —Tú has encontrado en el puerto a quien sea para cenar con él, por eso vienes con esos aires.

ER. —¡Choca la pala!

HE. —¿La pala?

ER. —Sí, venga esa mano, digo, pero ahora mismo.

HE. —Ten.

ER. —Alégrate.

HE. —¿Por qué me voy a alegrar?

ER. —Porque te lo mando yo, venga, alégrate.

HE. —Bien sabe Dios que son mayores mis penas que mis alegrías.

ER. —No te sofoques, que verás cómo te saco yo del cuerpo todas tus penas. Te digo que puedes alegrarte con toda tranquilidad.

HE. —Me alegro, a pesar de no saber por qué me alegro.

ER. —Gracias. Da órdenes de...

HE. —¿De qué voy a dar órdenes?

ER. —De que se encienda una buena lumbre.

HE. —¿Una buena lumbre?

ER. —Sí, una buena lumbre, una lumbre grande.

HE. —Qué, tú, pozo sin fondo, ¿te piensas que voy a prender fuego a mi casa por mor de ti?

ER. —No te sofoques. ¿Das orden o no das orden de que se pongan al fuego las ollas, que se lave la vajilla, que se ponga a calentar en las ardientes vasijas el tocino de jamón y los demás manjares? Y di que vaya otro a comprar pescado.

HE. —Éste sueña despierto.

ER. —Y otro que compre carne de cerdo y de cordero y pollos.

HE. —Anda, que sabes vivir bien, si hubiera de qué.

ER. —Jamón y lamprea, bacalao, escombro, raya y atún, y queso fresco.

HE. —Te va a ser más fácil nombrar todos esos platos que comerlos aquí en mi casa, Ergásilo.

ER. —¿Pero es que te crees que yo digo todo esto por interés mío?

HE. —Ergásilo, ni vas a quedarte sin comer algo hoy aquí, ni va a ser mucho más que algo lo que comas, no te llames a engaño. O sea, que es mejor que traigas el estómago preparado para una comida corriente.

ER. —Pero hombre, si es que verás cómo hago que seas tú mismo el que estés dispuesto a hacer esos gastos, aunque yo te lo prohíba.

HE. —¿Yo?

ER. —Sí, tú.

HE. —O sea, que entonces tú eres mi amo.

ER. —Mejor dicho, uno que te quiere bien. ¿Quieres que te haga feliz?

HE. —Por supuesto, mejor que no desgraciado.

ER. —Venga, choca la pala.

HE. —Aquí.

ER. —Los dioses todos te favorecen.

HE. —No lo noto por ninguna parte.

ER. —No estás en una notaría, por eso no lo notas[11]. Pero di que te preparen enseguida las vasijas purificadas para el servicio divino y que te traigan un cordero sin tacha y gordo.

HE. —¿Para qué?

ER. —Para que ofrezcas un sacrificio.

HE. —¿A cuál dios?

ER. —A mí, ¡caray!, porque yo soy ahora para ti el soberano Júpiter, yo te soy también la Salud, la Fortuna, la Luz, la Alegría, el Gozo; o sea, que procura hacerte propicio a este dios, dejándole bien harto.

HE. —Me parece que tienes hambre.

ER. —A mí es al que lo parece, todavía más que a ti.

---

[11] Juego de palabras en latín, difícil de reproducir al pie de la letra.

HE. —Como quieras, yo me amoldo a todo.

ER. —Eso me lo creo yo muy bien, que de chico estabas hecho a ello.

HE. —¡Mal rayo te parta!

ER. —A ti, te juro —tú, quiero decir—, tendrías que darme las gracias por una noticia, una felicísima noticia que te traigo ahora del puerto; ahora sí que tengo motivo para aceptar tu invitación.

HE. —Quita, necio, llegas demasiado tarde.

ER. —Pues si hubiera venido antes, entonces sí que lo dirías con razón; ahora, escucha la buena noticia que te traigo: acabo de ver en el puerto a tu hijo Filopólemo, vivo, sano y salvo en barco oficial y junto con él al muchacho ese de Élide y a tu esclavo Estalagmo, el que se fugó, el que te robó a tu hijo de cuatro años.

HE. —Vete al cuerno, te estás burlando de mí.

ER. —Así me sea propicia la Santa Hartura, Hegión, y se digne honrarme con su nombre, como es verdad que lo he visto.

HE. —¿A mi hijo?

ER. —Al hijo tuyo y genio tutelar mío.

HE. —¿Y al cautivo ese de la Élide?

ER. —Sí, por Apolo.

HE. —¿Y a mi esclavo Estalagmo, el que me robó a mi hijo?

ER. —Sí, por Kora.

HE. —¿Y hace ya mucho...

ER. —Sí, por Preneste.

HE. —... que ha llegado?

ER. —Sí, por Signia.

HE. —¿De verdad?

ER. —Sí, por Frosinone.

HE. —Mira bien lo que dices.

ER. —Sí, por Alatrio.

HE. —Pero, ¿por qué juras por esas ciudades extranjeras?

ER. —Pues porque tienen unos nombres igual de ásperos, como decías tú de tus comidas.

HE. —¡Ay de...

ER. —... ti! por no creerme lo que te digo con toda verdad. Pero Estalagmo, ¿qué nacionalidad tenía cuando se fue de aquí?

HE. —Siciliana.

ER. —Pues ahora no es siciliano, sino del país de los boyos, porque duerme con un virote de esos que llaman *boia;* yo creo que se la han dado por esposa, a ver si tiene hijos.

HE. —Dime bajo palabra de honor, si es verdad lo que me has dicho.

ER. —Palabra de honor.

HE. —¡Dios mío, es como si volviera a nacer, si es verdad lo que me cuentas!

ER. —Pero bueno, ¿vas a seguir dudando, después de haberte hecho un juramento solemne? Después de todo, Hegión, si no das crédito a mi juramento, acércate al puerto a verlo tú mismo.

HE. —Eso es lo que voy a hacer. Tú ocúpate en casa de lo que haga falta: coge, pide, saca de la despensa lo que quieras. Quedas nombrado mi despensero.

ER. —Tú, de verdad, si no me paso bien de la raya en mis suministros, péiname con un bastón.

HE. —Yo te prometo el sustento para todos los días de tu vida, si es verdad lo que me cuentas.

ER. —¿Y quién se encarga de los gastos?

HE. —Yo y mi hijo.

ER. —¿Me lo prometes?

HE. —Prometido está.

ER. —Y yo por mi parte te prometo, que tienes aquí a tu hijo.

HE. —Hale, ocúpate de todo lo mejor que puedas.

ER. —Hala, buen viaje de ida y vuelta.

## ESCENA TERCERA

### ERGÁSILO

ER. —Hegión se ha marchado y ha dejado a mi cargo la dirección general de asuntos alimenticios. Dioses inmortales, ni un canal de cerdo voy a dejar sin cortarle el pescuezo; qué gran ruina amenaza a los jamones, qué epidemia va a caer sobre el tocino, cómo se van a consumir las tetillas, qué gran desgracia para los chicharrones, qué gran fatiga para los carniceros, para los tratantes de ganado porcino. Pues si me pusiera a enumerar otros artículos pertenecientes a la manutención del estómago, sería cuento de nunca acabar. Ahora voy, para en funciones de mi cargo, administrar justicia al tocino y prestar auxilio a los jamones, que cuelgan sin haber sido sentenciados. *(Entra en casa de Hegión.)*

## ESCENA CUARTA

### ESCLAVO

ESCL. —Júpiter y los dioses todos te confundan a ti y a tu estómago, Ergásilo, y a todos los gorrones y a cualquiera que de aquí en adelante los invite a cenar. ¡Qué desastre, qué calamidad, qué tormenta la que ha caído sobre

nuestra casa! Parecía un lobo hambriento, hasta tuve miedo de que me atacara también a mí. *** ¡Uf!, estaba todo amedrentado. ¡Qué manera de rechinarle los dientes! Vino y puso patas arriba toda la alacena, cogió una espada, cortó las mollejas a tres cerdos en canal, rompió todas las ollas y todos los pucheros aparte de los que hacían un celemín. Estaba preguntando al cocinero, si no sería mejor poner al fuego los toneles. Ha descerrajado todas las puertas de las bodegas y abierto el aparador. Por favor, muchachos, vigiladle. Yo voy a buscar al amo, le diré que se prepare otra despensa, si es que quiere poder hacer uso de ella; porque tal como éste la está preparando, o no existe ya o dejará pronto de existir.

## ACTO V

### ESCENA PRIMERA

HEGIÓN, FILOPÓLEMO, FILÓCRATES

HE. — Bien debo dar las gracias más efusivas a Júpiter y a los dioses todos por haberte devuelto a tu padre y por haberme librado de las penas tan grandes que he tenido que soportar al verme privado de ti, y por ver a Estalagmo en nuestro poder y por no habernos salido fallida la fidelidad de Filócrates.

FILOP. — Bastante es ya lo que he sufrido, bastante lo que he pasado a fuerza de inquietudes y de lágrimas, bastante he escuchado ya todas las penas que me has contado en el puerto. Ahora, a lo que estamos.

FILÓC. — ¿Qué dices tú ahora, después que te he guardado mi palabra y te he devuelto libre a tu hijo?

HE. —Tú, Filócrates, te has portado en una forma tal, que no me será posible agradecerte nunca los servicios que nos has prestado, a mí y a mi hijo.

FILOP. —Sí que te es posible, padre y te lo será, y los dioses hagan que recompenses como se merece a nuestro bienhechor su beneficio tal como se lo merece; tú puedes realmente, padre mío, recompensarle su inmenso beneficio.

HE. —Basta de palabras; sea lo que sea lo que me pidas, no serán mis labios los que te lo nieguen.

FILÓC. —Yo te pido, Hegión, que me devuelvas al esclavo que dejé aquí como rehén por mi persona; él fue siempre más bueno conmigo que para sí mismo: devuélvemelo, que pueda darle la recompensa que merecen sus buenas obras.

HE. —Por el bien que me has hecho, se te concederá en agradecimiento lo que me pides, y no sólo esto, sino también cualquier otra cosa. Además querría que no me tomes a mal el que la ira me haya inducido a darle malos tratos.

FILÓC. —¿Qué es lo que has hecho?

HE. —Meterle cargado de cadenas en las canteras, al enterarme que había sido engañado.

FILÓC. —¡Ay desgraciado de mí, haber caído por mi culpa tales padecimientos sobre una persona tan buena!

HE. —Por eso no quiero que me des ni un céntimo por él: llévatelo sin pagar nada, para que sea libre.

FILÓC. —Gracias, Hegión, eres muy generoso. Pero por favor, hazle venir.

HE. —De acuerdo. *(A los esclavos.)* ¿Dónde andáis? Id inmediatamente y traed a Tíndaro. Vosotros, entrad. Entretanto intentaré sacarle a esta estatua de zurriagazos qué ha sido de mi hijo el más pequeño. Vosotros tomad entretanto un baño.

FILOP. —Ven conmigo dentro, Filócrates.

FILÓC. —Voy.

## ESCENA SEGUNDA

### HEGIÓN, ESTALAGMO

HE. — Venga, acércate, buena pieza, encanto de esclavo.

EST. — ¿A ver, qué voy a hacer yo si una persona como tú se pone a decir mentiras? Un guaperas, un tío con gracia sí que lo he sido, pero lo que es una persona de bien, ni lo fui nunca, ni lo seré jamás: no te hagas ilusiones de que vaya a ser nunca un hombre de provecho.

HE. — Yo creo que más o menos te das cuenta de la situación en que estás: si dices la verdad, será tu suerte, en vez de mala... un poquillo mejor. Habla con sinceridad y con verdad, aunque no lo hayas hecho hasta ahora en todos los días de tu vida.

EST. — ¿Te crees que me vas a hacer salir los colores a la cara por decir tú lo mismo que yo confieso de mí?

HE. — Verás cómo te los hago salir, pero no sólo a la cara, sino por todo el cuerpo.

EST. — Vaya, según eso, me estás amenazando con palos, como si no supiera lo que son; déjate ahora de pamplinas y hazme una oferta, si quieres conseguir de mí lo que pides.

HE. — No te faltan salidas. Pero ya hemos hablado bastante.

EST. — Como quieras.

HE. — Éste, de jovencillo, era muy pronto a hacer favores; pero ahora ya, no hay nada que hacer. Vamos a lo que estamos; atiéndeme bien y contesta con exactitud a lo que te pregunte. Si me dices la verdad, mejorarás algo tu situación.

EST. — ¡Pamplinas! ¿Te crees que no sé yo lo que me merezco?

HE. — Pero en tu mano está escapar a algo, si no a todo.

EST. — El algo sí que lo evitaré, bien lo sé; pero serán muchos los castigos que caigan sobre mí, y con razón, porque me escapé y te robé tu hijo y lo vendí.

HE. — ¿A quién?

EST. — A Teodoromedes Poliplusio en Élide, por seis minas.

HE. — ¡Dios mío, ése es el padre de Filócrates! ¡Filócrates! *(Llamándolo.)*

EST. — Buenó, yo lo conozco mejor que tú y lo he visto muchas veces.

HE. — Soberano Júpiter, piedad para mí y para mi hijo. Filócrates, por tu vida te ruego, sal aquí, que quiero hablarte.

## ESCENA TERCERA

### FILÓCRATES, HEGIÓN, ESTALAGMO

FILÓC. — Aquí me tienes, Hegión, dime qué es lo que quieres.

HE. — Éste dice que vendió mi hijo a tu padre por seis minas en Élide.

FILÓC. — ¿Cuánto tiempo hace de eso?

EST. — Ahora va a hacer veinte años.

FILÓC. — Está mintiendo.

EST. — O yo o tú, uno de los dos, porque tu padre te lo entregó a ti cuando eras un niño de cuatro años.

FILÓC. — ¿Cómo se llamaba? A ver, si es verdad lo que dices, dímelo.

EST. — Le llamaban Pegnio y vosotros le pusisteis después Tíndaro.

FILÓC. —¿Y cómo no te conozco yo a ti?

EST. —Porque es una cosa corriente el olvidarse y no conocer a aquellos de quienes no hay nada que esperar.

FILÓC. —Y dime, ¿fue ése que dices que vendiste a mi padre el que se me dio a mí luego como esclavo particular?

EST. —Sí, el hijo de éste. *(Hegión.)*

HE. —¿Vive?

EST. —Yo cogí mi dinero y no me preocupé de más.

HE. —¿Y qué dices tú? *(A Filócrates.)*

FILÓC. —Yo creo que Tíndaro es tu hijo, según lo que dice éste; él ha sido criado desde niño junto conmigo hasta la juventud y así como Dios manda.

HE. —Si es que es verdad eso, soy al mismo tiempo un desgraciado y un hombre feliz: soy un desgraciado por haberme portado con él como no debía, si es que es mi hijo. ¡Ay, que he hecho por una parte más, por otra menos de lo que debía! Me angustia el mal trato que le di. ¡Si pudiera deshacer lo hecho! Pero ahí viene, en un atuendo no conforme con sus merecimientos.

## ESCENA CUARTA

### TÍNDARO, HEGIÓN, FILÓCRATES, ESTALAGMO

TÍ. —Muchas veces he visto yo pintados los suplicios de los infiernos; pero no hay otro infierno que se pueda igualar con las canteras donde he estado; aquello es un lugar en donde no queda sino echar fuera del cuerpo la fatiga por medio del trabajo. Pues cuando llegué allí, así como a los niños de los ricos se les dan grajos, patos o codornices para que jueguen con ellos, igual se me dio a mí este pico *(señalando el instrumento que tiene en la mano),*

para que me distrajera. Pero veo a mi amo a la puerta; y también a mi otro amo, que ha vuelto de Élide.

He. —Salud, hijo mío de mi alma.

Tí. —¿Hm? ¿Qué es eso de «hijo mío»? ¡Ahá! Ya sé por qué hablas así como si fueras mi padre y yo tu hijo, porque al igual que los padres, me das la posibilidad de ver la luz.

Filóc. —¡Hola, Tíndaro!

Tí. —Hola, tú, por cuya causa estoy pasando estas fatigas.

Filóc. —Pero ahora te traigo la libertad y las riquezas; porque éste, Hegión, es tu padre y éste es el esclavo que te raptó cuando tenías cuatro años y te vendió a mi padre por seis minas; mi padre te entregó luego a mí para que fueras mi esclavo particular, cuando yo era niño; él mismo nos lo ha revelado, porque nosotros lo hemos traído aquí de Élide.

Tí. —¿Y el hijo de Hegión?

Filóc. —Ahí en casa tienes a tu hermano.

[Tí. —¿De verdad has traído contigo al hijo de Hegión que había caído prisionero?

Filóc. —Dentro en casa está, te digo.

Tí. —De verdad que te has portado como una persona de bien.

Filóc. —Ahora, aquí tienes a tu padre, y éste es el ladrón que te raptó de pequeño.

Tí. —Y ahora que soy mayor, le voy a entregar a él a su edad al verdugo en pago de su robo.

Filóc. —Merecido se lo tiene.

Tí. —Te aseguro que le voy a dar el pago que merece. Pero tú, dime, por favor, ¿eres realmente mi padre?

He. —Sí, hijo mío.

Tí. —Ahora cuando lo pienso, se me viene a la memoria.] Ahora por fin se me viene a la memoria haber oído, así como en una nebulosa, que mi padre se llamaba Hegión.

HE. — Sí, Hegión soy.

FILÓC. — Por favor, aligera a tu hijo de sus cadenas y haz caer su peso sobre el esclavo este.

HE. — Esto es lo primero que voy a hacer. Vamos dentro, que se haga venir un herrero, para que te quite esas cadenas y se las pongamos a ése.

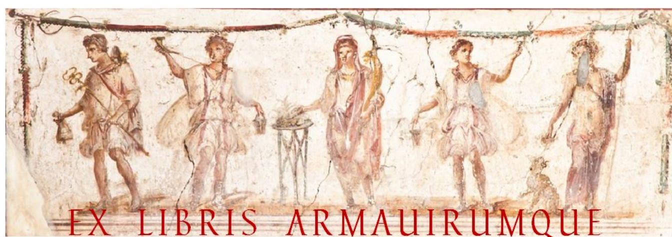
EST. — Como no poseo bienes ningunos, me vendrá bien este regalo.

## EL CORO DE ACTORES

Distinguido público, esta comedia es una obra muy moral: no hay en ella ni indecencias, ni amoríos, ni suplantaciones de niños, ni dineros burlados, ni un joven enamorado que libera a una golfa a espaldas de su padre. No es frecuente que los poetas escriban comedias de esta clase, en las que los buenos tengan ocasión de hacerse aún mejores. Ahora vosotros, si os parece bien y si os hemos gustado y no os hemos aburrido, hacedlo patente con un aplauso, si es que queréis que la virtud tenga su recompensa.

# CÁSINA

*(Casina)*




# INTRODUCCIÓN

Y tras los *Captivi*, el polo opuesto, la *Casina:* realmente una exuberante explosión de humor incontenido, desenfadado, de la que son responsables, aparte de la esclava Pardalisca, dos viejos y sus respectivas esposas, dos esclavos y la pareja invisible de Cásina y Eutinico. En casa del viejo Lisídamo hay una esclavita llamada Cásina, que atrae la atención no sólo del joven amo Eutinico, sino desgraciadamente también de su padre Lisídamo. El padre propone que se la case con el capataz de su finca Olimpión, el hijo quiere casarla con su escudero Calino; los dos en la esperanza de poder tener de esta manera a la joven a la propia disposición. Pero el padre no es tonto, y, cuando se da cuenta de la maniobra, utiliza el consabido motivo de la comedia de dar el pasaporte al hijo enviándole a un viaje. La madre Artemona, tampoco lo es, y procura defender los intereses del hijo en su ausencia. Como no acaban de ponerse de acuerdo sobre el futuro marido de Cásina, echan suertes saliendo favorecido Olimpión, o sea, el padre. El partido contrario no se da por vencido: gustosa accede Artemona a ocuparse de los preparativos de la boda —y bien preparada que la prepara, que con la ayuda de su esclava Pardalisca y su vecina Mirrina, disfraza a Calino de novia—. El resto se puede leer, aunque el texto está muy mutilado, directamente. Olimpión y el viejo son abuchea-

dos —y perdonados—, y Cásina, que según comunica al público Calino en los versos finales, resulta ser libre de nacimiento e hija de los vecinos, es dada en matrimonio al joven Eutinico.

Del original griego se nos da noticia en el prólogo: la comedia de Dífilo titulada *Klerúmenoi,* en latín *Sortientes,* por la suerte echada entre los dos pretendientes Olimpión y Calino. Se ha hablado también de contaminación, por el segundo motivo en el que aparece la figura del *Maccus virgo* de la fábula atelana; como por lo general, nada más que conjeturas imposibles de comprobar, al menos por lo pronto.

Aparte de la abundancia de partes líricas, hablan quizá otros argumentos en favor de una datación tardía de la *Casina:* la alusión en el v. 980 a la supresión de las Bacanales *(Senatus consultum* del 186: «*nam ecastor nunc Bacchae nullae ludunt*»). Imitaciones o reminiscencias de la *Casina* se encuentran entre otros autores modernos, por ejemplo, en Maquiavelo, Aretino o Molière.

Los eruditos franceses se han mostrado piadosos con Lisídamo; Ernout, en su advertencia preliminar a la *Casina,* cita y corrige la opinión de Lejay de que se trate de un enfermo y afirma por su parte: «Lysidame est moins un caractère qu'un fantoche». En todo caso hay que conceder que se le ha logrado al poeta un retrato del eterno hijo de Adán capaz de infundir nuevos ánimos bélicos a cualquier grupo feminista de vanguardia.

## ARGUMENTO

Dos esclavos quieren casarse con una esclava de la misma casa; uno actúa por delegación del padre, el otro del hijo. Se echan suertes y sale el viejo ganando, pero es luego víctima de un engaño. En lugar de la joven se le da un bribón de esclavo, que los deja maltrechos a los dos, al amo y al capataz. Cásina resulta ser ciudadana libre, y el joven se casa con ella.

## PERSONAJES

OLIMPIÓN, esclavo, capataz de Lisídamo.
CALINO, esclavo, escudero del hijo de Lisídamo.
CLEÚSTRATA, matrona, mujer de Lisídamo.
PARDALISCA, esclava de Cleústrata.
MÍRRINA, matrona, mujer de Alcésimo.
LISÍDAMO, viejo.
ALCÉSIMO, viejo.
CITRIÓN, cocinero.

La acción transcurre en Atenas.

## PRÓLOGO

Un saludo, distinguidos espectadores, que tenéis en tal alta estimación a la Fidelidad —al igual que la Fidelidad a vosotros—. Si es cierto lo que acabo de decir, ¡un aplauso!, que ya desde un primer momento sepa que me haceis objeto de una favorable acogida.

En mi opinión, los que beben vino viejo y a los que les gusta ver comedias antiguas son gente con vista; dado que os gustan las obras y el lenguaje de tiempos pasados, es natural que deis vuestra preferencia a las comedias de otras épocas; y es que en realidad, las de hoy en día son todavía peores que la moneda nueva. Nosotros, al percatarnos por lo que se oye decir, de que existe un gran interés por las comedias de Plauto, hemos puesto en escena una vieja comedia suya, a la que habéis dado vuestro aplauso los de más edad de entre vosotros; los más jóvenes desde luego que no la conocen; pero ahora mismo vamos a dar los pasos para que la conozcáis. Esta comedia que damos hoy, cuando se estrenó tuvo un éxito extraordinario, y eso aún siendo aquélla la época de la mejor flor de nuestros poetas, que ahora ya han pasado al lugar en que todos un día hemos de acabar. Con todo, a pesar de no estar ya entre nosotros, nos hacen el mismo servicio que si lo estuvieran. Yo os ruego a todos encarecidamente que tengáis la bondad de prestarnos vuestra atención: dejad de lado las preocupaciones y las deudas, nadie debe tener miedo a su

acreedor: estamos de fiesta, incluso los banqueros —reina la calma, en el foro hay una tranquilidad que ni para los alciones[1]—, ellos saben calcular bien, durante las fiestas no reclaman nada a nadie, después de las fiestas —no devuelven nada a nadie—. Ahora, prestadme atención, si es que están vuestros oídos desocupados, os voy a decir el título de la comedia: en griego se llama *Klerúmenoi;* en latín, *Sortientes;* Dífilo la escribió en griego, después la puso en latín Plauto, el poeta del nombre ladrador[2].

Aquí *(señala la casa de Lisídamo)* vive un viejo, que está casado y tiene un hijo, que vive con su padre en esta casa. Un esclavo suyo, que yace ahora en una enfermedad, mejor dicho, caray, yace en la cama, para no mentir; pues este esclavo, pero de esto hace ya dieciséis años, vio, cómo, nada más amanecer, era expuesta una niña; va entonces enseguida a la mujer que la exponía y le ruega que se la dé; lo consigue y se la lleva derecho a casa y se la entrega a su ama, rogándole que se haga cargo de ella y que la críe. El ama accede y la cría con tanta solicitud como si fuera su propia hija, ni más ni menos. Cuando la chica llega a la edad de agradar a los hombres, el viejo este que vive aquí, se enamora perdidamente de ella y lo mismo le pasa a su hijo. Ahora preparan ambos, padre e hijo, cada uno sus legiones en contra del otro solapadamente: el padre ha dado al capataz de su finca el encargo de que la pida en

[1] Los días llamados de los alciones se caracterizaban por una calma absoluta en el mar; cf. PLINIO, *Nat.* II 125: «*Ante brumam autem VII diebus totidemque post eam sternitur mare alcyonum feturae, unde nomen ii dies traxere*», y X 90.

[2] Por lo general se entiende la expresión *latranti nomine* como referida al nombre de Plauto (cf. PAUL. FEST., pág. 231, «*Plauti appellantur canes, quorum aures languidae sunt ac flaccidae et latius videntur patere*»); Ussing rechaza en su comentario esta opinión y lo refiere al nombre de Cásina, del que afirma, basándose precisamente en este único pasaje, que era un nombre corriente para perros.

matrimonio, con la esperanza de que si el otro se casa con ella, tendrá él a su disposición dónde pasar las noches fuera de casa a espaldas de su mujer; por su parte, el hijo ha encargado a su escudero que la pida en matrimonio: sabe que si lo consigue, tendrá en su propio establo al objeto de sus amores. La mujer del viejo se ha dado cuenta de que su marido anda enamorado y por eso se ha puesto de parte del hijo. Pero al percatarse el viejo de que su hijo está prendado de una y la misma persona que él y que es así un obstáculo para sus amores, manda al muchacho de viaje; la madre está, con todo, al tanto y ayuda a su hijo en su ausencia. El hijo, no esperéis que vaya a volver hoy en la comedia a la ciudad; Plauto no lo quiso así e hizo cortar un puente que había en el camino. Seguro que hay aquí ahora algunos que dicen: «Pero bueno, ¡caramba!, ¿qué es esto?, ¿bodas entre esclavos?, ¿los esclavos van a tomar esposa o a pedirla? Eso es un uso nuevo, que no lo hay en parte ninguna del mundo». Pero yo os digo que ese uso lo hay en Grecia y en Cartago y aquí, entre nosotros, en Apulia[3], donde se suelen muchas veces celebrar las bodas de los esclavos con más aparato que las de los libres. Si no es así, el que quiera, que se apueste conmigo una jarra de vino con miel, con la condición de que el árbitro sea un cartaginés, o un griego, o por mí, también uno de Apulia. A ver, ¿no aceptáis la apuesta? Ya veo que nadie tiene sed. Pero a lo que iba de la niña expósita: la solicitada por esposa con tanto empeño por dos esclavos, resulta luego ser una joven honrada y libre, nacida de padres libres en Atenas. Ella no va a hacer ninguna indecencia aquí en la comedia. Des-

[3] Sobre el matrimonio entre esclavos, cf. P. P. SPRANGER, 1984; A. R. W. HARRISON, 1968, pág. 177, considera este pasaje, así como *Miles* 1007, como «probably satiric exaggerations»; W. HUSS, 1985, concede valor histórico al pasaje por lo que se refiere al matrimonio en Cartago. Parece, con todo, que no se le puede prestar a la noticia un estricto valor jurídico.

pués, una vez que se haya acabado la pieza, si alguien apoquina, según lo que yo sospecho, dará el sí sin hacerse rogar y sin mucho esperar a los augures. Y nada más. Que lo paséis bien, mucho éxito y que consigáis la victoria por vuestro verdadero valor, como hasta lo presente.

## ACTO I

### OLIMPIÓN, CALINO

OL. —Pero bueno, ¿es que no me va a ser posible hablar ni discurrir yo a solas sobre mis cosas como me venga en gana, sin que tengas que estar tú presente? ¡Maldición! ¿Por qué vas siempre pisándome los talones?

CAL. —Porque me he propuesto seguirte siempre a donde quiera que vayas como si fuera tu sombra; te juro que, hasta si se te pone en irte a la horca, estoy decidido a ir tras de ti. Así que echa cuentas, a ver si a fuerza de embrollos eres capaz o no, a mis espaldas, de birlarme a Cásina, como pretendes.

OL. —¿Y qué tienes tú que ver conmigo?

CAL. —¿Qué dices, sinvergüenza? ¿Para qué tienes tú que andar arrastrándote por la ciudad, tú, mierda de campesino?

OL. —Porque me da la gana.

CAL. —¿Por qué no te estás en el campo, donde está tu cargo? ¿Por qué no te ocupas más bien del oficio que se te ha encomendado y dejas de meter las narices en los asuntos de la ciudad? No has venido aquí más que para quitarme la novia; márchate al campo, desgraciado, allí, a tu campo de operaciones.

OL. —Calino, yo no me he olvidado de mi deber; yo he dejado en el campo al frente de los negocios a quien se ocupe como es debido de ellos en mi ausencia. Una vez que consiga el objetivo que me ha traído a la ciudad, o sea, casarme con esa por la que tú estás perdido, con esa personita tan linda y tan dulcecita, Cásina, tu compañera, en cuanto que sea mi mujer y me la lleve conmigo al campo, verás cómo me estoy allí pegado, sin moverme un pelo de mi gobierno.

CAL. —¿Que tú te vas a casar con ella? En la horca querría verme antes de que tú te la lleves.

OL. —Ella es presa mía, o sea, que ya te puedes poner la soga al cuello.

CAL. —¡Tú, desenterrado de un estercolero!, ¿tuya va a ser?

OL. —Ya lo verás.

CAL. —¡Ay de ti!

OL. —¡De cuántas formas te voy a mortificar en mis bodas, si Dios me da vida!

CAL. —Anda, dime, qué es lo que vas a hacer conmigo.

OL. —¿Que qué voy a hacer contigo? Por primera providencia, tú serás el que lleve la antorcha delante de la novia; después, para que sigas siendo siempre un cretino y un mierda, después, cuando vengas a la finca, se te dará un cántaro y una vereda, una fuente, un caldero y ocho tinajas; lleno de latigazos te voy a dejar, como no las tengas siempre llenas. A fuerza de acarrear agua te voy a dejar tan doblado que vas a poder servir de grupera. Además, allí en el campo, a no ser que comas grano o tierra como una lombriz, como quieras probar algo, te juro que no habrá un ayuno más ayuno que como de ayuno te voy a dejar yo allí en el campo. Después, cuando ya estés agotado y famélico, se tomarán las medidas para que de noche te acuestes como te mereces.

CAL. —¿Qué es lo que vas a hacer?

OL. —Te voy a encerrar bien encerrado en el hueco de
una ventana, desde donde puedas escuchar los besos que le
voy a dar a ella: cuando ella me diga «mi alma, mi Olim-
135 pión, mi vida, dulzura mía, alegría mía, déjame besarte los
ojos, amor mío, déjame por favor amarte, mi día de fiesta,
gorrioncito, pichoncito, conejito mío». Mientras que se me
dicen a mí todas estas cosas, tú, desgraciado, andarás
140 revolviéndote como un ratón en el muro. Ahora, para que
no vayas a querer darme contestación, me voy dentro, que
no tengo ganas de oírte hablar.

CAL. —Voy contigo, aquí por lo menos, ten por seguro, que no vas a dar un paso sin que esté yo presente.

## ACTO II

### ESCENA PRIMERA

CLEÚSTRATA, PARDALISCA

CL. —*(A los esclavos dentro de la casa.)* Cerrad las
145 despensas y traedme el sello del precinto: voy a casa de la
vecina. Si mi marido me busca, me llamáis.

PA. —El amo había dicho que preparásemos el almuerzo.

149-150 CL. —¡Chis! Calla y vete; ni lo preparo ni se hace hoy
comida ninguna, después que no está más que a hacernos
152-154 la contra a mí y a su hijo, sólo por su gusto y sus amo-
155 ríos, el muy sinvergüenza. Verás si no me vengo yo de ese
ligón haciéndole pasar hambre y sed, con mis dichos y mis
hechos. Te juro que le voy a acorralar a fuerza de imprope-
160 rios, que lleve la vida que se merece, con un pie en la

sepultura que está, que no piensa más que en desvergüenzas, madriguera de maldades. Ahora me voy a contarle mis desventuras a mi vecina. Pero ha sonado la puerta, es ella misma la que sale. ¡Por Dios!, con qué poca oportunidad me he puesto camino de su casa.

## ESCENA SEGUNDA

### MÍRRINA, CLEÚSTRATA

MÍ. — *(A sus esclavas dentro de la casa.)* Vosotras, 165-166
venid conmigo aquí a la casa de al lado. ¡Eh! ¿No me oye
nadie lo que digo? Allí estoy, si mi marido o alguien me
quiere algo. Porque es que cuando estoy ahí sola en casa, 168-169
me entra un sueño, que se me cae la labor de las manos. 170-171
¿No os he dicho que me traigáis la rueca?

CL. — Hola, Mírrina.

MÍ. — Caray, Cleústrata, hola. Pero, dime, ¿por qué se 172-173
te ve tan triste?

CL. — Así suelen estar las malcasadas: 174-175

Lo mismo dentro que fuera de casa, siempre hay motivo 177
de disgusto. Pues, oye, yo iba precisamente a tu casa.

MÍ. — Anda, y yo iba a la tuya. Pero, ¿qué es lo que
te da disgusto ahora? Porque lo que te disgusta a ti, me 180-181
produce a mí también pena.

CL. — Bien que te lo creo, hija, porque con razón eres
para mí la más querida de todas las vecinas, ni hay otra
que tenga tantas cualidades, como yo para mí las quisiera. 183ª

MÍ. — Eres muy amable. Pero estoy deseando saber qué es lo que te pasa.

CL. — Sufro en casa unos desdenes espantosos. 185-186

MÍ. — ¿Cómo? ¿Qué es lo que ocurre? Dime, por favor, que no acabo de comprender bien de qué te quejas.

190 CL. — Mi marido me ultraja de una manera espantosa y yo no tengo medios de hacer valer mis derechos.

MÍ. — Pues es una cosa rara, si es que es verdad lo que dices, porque, por lo general, son los maridos los que no pueden hacer valer sus derechos con sus mujeres.

195 CL. — Sí, se empeña en contra de mi voluntad en dar a su capataz una joven esclava, que me pertenece a mí, que
195a ha sido criada de lo mío, y la cosa es que en realidad es él quien está enamorado de ella.

MÍ. — Dime, por favor, que aquí podemos hablar con tranquilidad, estamos entre nosotras.

CL. — Así es.

197-198 MÍ. — ¿Y de dónde has sacado a la chica esa? Porque
200 una buena mujer no debe tener nada a espaldas del marido, y la que lo tiene no se lo ha procurado por buenas maneras, sino que, o se lo ha sisado al otro o se lo ha buscado por tratos con otros hombres.

CL. — Todo lo que dices no es más que en contra de tu amiga.

205 MÍ. — Calla, tonta y escúchame: no le lleves la contra-
206-207 ria, déjale que esté enamorado, déjale que haga lo que le dé la gana, mientras que a ti no te falte de nada en casa.

208-209 CL. — ¿Estás loca? ¿No te das cuenta que al hablar así, hablas también en contra de tus intereses?

210-212 MÍ. — Boba, tú procura sólo evitar que tu marido te diga eso de...

CL. — ¿El qué?

MÍ. — «Afuera, mujer[4]».

CL. — ¡Chis! Calla.

MÍ. — ¿Qué pasa?

CL. — ¡Mira!

MÍ. — ¿A quién estás viendo?

---

[4] Fórmula de divorcio.

Cl. — Ahí viene mi marido; vete a casa, deprisa, venga, por favor.

Mí. — Como quieras, ya me voy.

Cl. — Luego, cuando tengamos tiempo las dos, entonces hablaremos; ahora, adiós.

Mí. — Hasta luego.

## ESCENA TERCERA

### Lisídamo, Cleústrata

Li. — En mi opinión el amor supera a todas las cosas de este mundo y es la maravilla de las maravillas, ni hay nadie que pueda nombrar algo que sea al mismo tiempo más picante y más encantador; yo desde luego me asombro de que los cocineros, que hacen uso de condimentos, no hagan uso precisamente del condimento que deja atrás a todos los demás; porque un manjar en el que el amor entre como condimento, tiene necesariamente que ser del agrado general, ni puede haber nada que tenga la gracia de la sal o que sea dulce al paladar, si le falta el ingrediente del amor. Hasta de la misma hiel, que es en sí una cosa amarga, hace el amor miel, las personas se convierten de hurañas en afables y tolerantes, cosas todas que las sé yo más por propia experiencia que no de oídas, porque, desde que estoy enamorado de Cásina, me encuentro más flamante, me dejo atrás en elegancia a la elegancia en persona: pongo en movimiento a todos los perfumeros, me doy con las lociones más finas que encuentro, todo para agradarla a ella, y tengo la impresión que de hecho le agrado. La cosa es mi mujer, que me trae atormentado, porque vive. Ahí la veo a la puerta, está de morros; mala pieza es, pero no tengo más

remedio que hablarle con dulzura: ¿qué tal, esposa querida, encanto mío?

CL. —Quita ya y no me toques.

LI. —Vamos, Juno mía, no está bien eso de ponerte tan mal encarada con tu Júpiter. Eh, ¿a dónde te vas?

CL. —Déjame.

LI. —Espera.

CL. —No me espero.

LI. —Pues me voy contigo.

CL. —Tú, por favor, ¿estás en tu juicio?

LI. —Claro que lo estoy. ¡Ay, cuánto te quiero!

CL. —No quiero que me quieras.

LI. —No lo conseguirás.

CL. —Me matas.

LI. —*(A media voz.)* ¡Ojalá dijeras la verdad!

CL. —Eso te lo creo muy bien.

LI. —Échame una miradita, encanto.

CL. —¿Encanto? Estamos a la recíproca. Dime, ¿de dónde salen esos olores a perfume?

LI. —¡Oh, muerto soy! Me ha cogido *infraganti* —hale, deprisa, a limpiarme la cabeza con la capa—. Que el buen Mercurio te confunda, perfumero, por haberme endosado tales zarandajas. *(Hace ademán de irse.)*

CL. —¡Eh, tú, pelanas, moscón canoso, apenas me puedo contener de decirte todo lo que te mereces, ir por las calles a tu edad apestando a perfume, viejo calavera!

LI. —Te juro que es que he estado con un amigo que estaba comprándolos

CL. —¡Mira, qué ligero para inventar mentiras! ¿No te da vergüenza?

LI. —Como tú quieras, mujer.

CL. —¿En qué burdeles te has estado revolcando?

LI. —¿Yo en burdeles?

CL. —Yo sé más de lo que tú te piensas.

LI. —¿Qué, qué es lo que sabes?

CL. —Sé que no hay otro viejo más calavera que tú. ¿De dónde vienes, tunante, dónde has estado, por dónde has ido de bureo, dónde has estado bebiendo? ¡Traes una curda, demonio! ¡Fíjate, fíjate cómo está el capotillo de arrugado!

LI. —Los dioses nos confundan a los dos, si es que he echado hoy una gota de vino a mi paladar.

CL. —No, deja, hale, bebe, fórrate a placer, dilapida tu fortuna.

LI. —Por Dios, ya basta, mujer, repórtate, para de rajar, deja un poco para que puedas pelear conmigo también mañana. Pero, a ver..., una cosa..., ¿te has puesto ya en razón y estás dispuesta a hacer lo que tu marido quiere que se haga en vez de dedicarte a llevarle la contraria?

CL. —¿A qué te refieres?

LI. —¿Que a qué me refiero? Pues me refiero a la esclava Cásina, a que se la case con nuestro capataz, un esclavo como Dios manda; con él no le faltará comodidad ninguna, tendrá leña, agua caliente, su manutención, vestidos, y podrá criar a los hijos que Dios le dé, y no que se la entregues a ese mal esclavo, ese bribón y malvado de escudero, que no tiene hoy por hoy ni una perra de peculio.

CL. —Me asombro de que a tu edad no sepas cómo portarte.

LI. —¿Pero, por qué?

CL. —Porque si obraras como es debido y razonablemente, me dejarías a mí ocuparme de las esclavas, que eso es asunto de mi incumbencia.

LI. —Pero, maldición, ¿por qué te empeñas en dársela a un diablo de escudero?

CL. —Pues porque nuestro deber es apoyar a nuestro hijo único.

LI. —Pues aunque sea único, no es él más único para

mí, que yo, su padre, para él; más natural es que él me conceda a mí lo que yo quiero, que no yo a él.

CL. —Tú, jefe, te lo juro, te estás buscando tu perdición.

LI. —*(Aparte.)* Ésta se lo huele, no hay duda. ¿Yo?

CL. —Sí, tú. ¿Por qué sales siempre con la misma cantilena? ¿Por qué te empeñas con un empeño tal?

LI. —Pues para que se le dé la chica a un esclavo como Dios manda y no a uno que es un donnadie.

CL. —¿Y qué, si yo consigo del capataz que por atención a mí se la ceda al otro?

LI. —¿Y qué si consigo yo del escudero que se la ceda al otro? Y además estoy seguro de que lo conseguiré.

CL. —De acuerdo. ¿Quieres que le diga a Calino de tu parte que salga aquí fuera? Tú se lo pides a él y yo al capataz.

LI. —De acuerdo.

CL. —Enseguida viene. Ahora vamos a poner a prueba, cuál de los dos se da mejor maña. *(Entra en casa.)*

LI. —Que Hércules y los dioses la confundan, ahora que puedo explayarme. Mira que estar yo aquí muertecito de amor, y ella, nada más que a hacerme la contra con toda intención. Se huele ya la parienta lo que estoy tramando, por eso se pone adrede de parte del escudero.

## ESCENA CUARTA

CALINO, LISÍDAMO

LI. —*(Viendo salir a Calino.)* ¡Que los dioses todos y las diosas le confundan!

CAL. —A ti, decía tu mujer, digo que decía que viniera a buscarte.

LI. — Sí, yo te he hecho llamar.

CAL. — Di qué es lo que quieres.

LI. — En primer lugar quiero que hables conmigo sin fruncirme el ceño: es una estupidez poner mala cara a quien tiene autoridad sobre ti. Calino, yo siempre te he tenido por un buen muchacho y por un hombre de mérito.

CAL. — ¡Comprendo! Entonces, si es esa tu opinión, ¿por qué no me das la libertad?

LI. — No, si yo querer, quiero; pero de nada sirve que yo lo quiera, si tú no pones lo tuyo de tu parte.

CAL. — Me gustaría saber, qué es lo que quieres de mí.

LI. — Escucha. Te lo voy a decir. He prometido dar a Cásina por esposa a nuestro capataz.

CAL. — Pero tu mujer y tu hijo me la han prometido a mí.

LI. — Lo sé, pero, qué prefieres mejor, ¿quedarte soltero y recibir la libertad o pasarte la vida casado siendo esclavo tú y tus hijos? Tú tienes la decisión; escoge de estos dos partidos el que mejor te parezca.

CAL. — Si soy libre, tengo que vivir a costa mía, ahora vivo a la tuya. En cuanto a Cásina, bien seguro es que no renuncio a ella en favor absolutamente de nadie.

LI. — Entra y haz venir aquí enseguida a mi mujer y tráete una vasija con agua y las fichas para echar suerte.

CAL. — Me parece estupendo.

LI. — Yo te aseguro que sabré desviar ese golpe en la dirección que sea; si no puedo conseguir nada por las buenas, las menos echaré a suerte, así me vengaré de ti y de tus protectores.

CAL. — Pero ya verás cómo me toca a mí la suerte.

LI. — Sí, por cierto, de que acabes tus días en la horca.

CAL. — Ella se casará conmigo, puedes tramar lo que quieras y como quieras.

LI. — ¡Lárgate de mi vista!

CAL. —Aunque me ves a disgusto, con todo, seguiré viviendo. *(Entra en casa.)*

LI. —¿Pues no soy un desgraciado? ¿No se me ponen todas las cosas en contra? Me estoy temiendo que mi mujer convenza a Olimpión de que no se case con Cásina; si es así, perdido estás, viejo. Si es que no lo ha conseguido, todavía me queda un rayo de esperanza con el sorteo. En el caso de que también esto me resulte fallido, tomaré una espada por colchón y me dejaré caer encima de ella. Pero mira qué a punto aparece por aquí Olimpión.

## ESCENA QUINTA

OLIMPIÓN, LISÍDAMO

OL. —*(Hablando con Cleústrata dentro de la casa.)* Te digo, ama, que lo mismo me puedes meter en un horno encendido y cocerme allí como si fuera un pan bien tostadito, como conseguir de mí lo que pretendes.

LI. —Estoy salvado, según lo que oigo, todavía hay esperanzas.

OL. —¿Por qué me quieres intimidar prometiéndome la libertad, ama? Si yo, aún en el caso de que tú no quieras ni tampoco tu hijo, puedo ser libre por cuatro perras, a pesar vuestro y en contra de vuestra voluntad.

LI. —¿Qué es eso? ¿Con quién peleas, Olimpión?

OL. —Con la misma que tú siempre.

LI. —¿Con mi mujer?

OL. —¿Mujer, dices? Tú eres más bien como un cazador, te pasas la vida de día y de noche con un perro.

LI. —¿Qué es lo que hace, qué es lo que dice?

OL. —Me ruega, me suplica, que no me case con Cásina.

Li. —¿Y qué le has dicho tú?

Ol. —Le he dicho, que no se la cedería al mismo Júpiter, si él me lo pidiera.

Li. —¡Los dioses te me guarden!

Ol. —Pero ahora está que arde, está que echa chispas en contra de mí.

Li. —¡Caray!, ojalá que explotara partida en dos.

Ol. —¡Caray!, yo creo que eso no tiene problema si es que tú sirves todavía para algo. Pero te juro que estoy ya harto de tus amoríos: tu mujer está a mal conmigo, tu hijo, los compañeros.

Ol. —¿Y a ti qué te va ni te viene eso? Mientras que esté a bien contigo aquí el Júpiter este, no tienen que importarte un bledo esos dioses segundones.

Ol. —Todo eso no son más que pamplinas, como si no supieras tú con qué rapidez se mueren los Júpiter humanos. Y si tú, mi Júpiter, has desaparecido y tu reino pasa a los dioses segundones, ¿quién va a proteger mis espaldas o mi cabeza o mis piernas?

Li. —Tu situación es mucho mejor de lo que tú te piensas, si conseguimos que yo me acueste con Cásina.

Ol. —¡Uf!, me parece que eso es imposible, a juzgar por la energía con que tu mujer se empeña en que no sea yo el que me case con ella.

Li. —Pues entonces voy a hacer una cosa: echar a suerte entre ti y Calino. Tal como se ponen las cosas, yo pienso que hay que cambiar de táctica.

Ol. —¿Y si la suerte decide de otro modo que tú quieres?

Li. —No hagas malos agüeros; yo tengo puesta mi confianza en los dioses, esperaremos en ellos.

Ol. —Esas palabras no tienen para mí ni el valor de una perra, porque los hombres se confían por lo general a

los dioses, y con todo he visto yo muchas veces a muchos que confiaban en ellos y se han visto defraudados.

LI. —¡Chis!, calla un poco.

OL. —¿Qué hay?

LI. —Ahí sale Calino con la vasija para echar suerte. Ahora llega el momento de luchar a brazo partido.

## ESCENA SEXTA

CLEÚSTRATA, CALINO, LISÍDAMO, OLIMPIÓN

CL. —Dime, Calino, qué es lo que mi marido quiere de mí.

CAL. —¡Caray!, él, en sí, verte muerta y en llamas fuera de la muralla.

CL. —Por Dios, eso me lo creo yo muy bien.

CAL. —¡Caray!, yo no es que lo crea, sino que estoy seguro de ello.

LI. —*(Aparte.)* Anda, tengo entre mis esclavos más profesionales de lo que pensaba, resulta que con éste tengo un adivino en casa. *(A Olimpión.)* ¿Qué te parece si tomamos las enseñas y vamos a su encuentro? Sígueme. ¿Qué hay?

CAL. —Aquí está todo lo que has pedido: tu mujer, las fichas, la vasija y yo en persona.

OL. —Tú eres el único que me sobra.

CAL. —¡Naturalmente! Yo te soy como un aguijón que te atraviesa las entrañas, estás sudando de miedo, canalla.

LI. —Calla, Calino.

CAL. —Échale la pata a ése.

OL. —Al revés, a ése, que está hecho a que se las den...

LI. —Pon aquí la vasija y dame las fichas. Atención

ahora. Yo, querida mía, había realmente pensado que iba a poder conseguir de ti que se me diera a Cásina por esposa.

CL. —¿A ti?

LI. —A mí... eh... No quise decir eso, al querer decir «a mí», dije «a éste» y por eso, por estar deseando..., ¡bah!, no hago más que decir tonterías.

CL. —De verdad que así es, y no sólo las dices, sino que también las haces.

LI. —A éste... no, ¡caray!, a mi... ¡Ay! Trabajillo me ha costado volver al buen camino.

CL. —Por Dios, que son demasiadas veces las que te equivocas.

LI. —Eso pasa cuando se desea una cosa con tanta vehemencia. Pero ahora éste y yo te hacemos una petición en virtud de tus derechos.

CL. —¿Qué es lo que queréis?

LI. —Yo te lo diré, dulzura mía: que concedas la mano de Cásina a nuestro capataz.

CL. —Pero yo te juro que ni se la concedo ni se me pasa por las mientes una cosa tal.

LI. —Entonces, yo decidiré el caso echándolo a suertes.

CL. —Nadie lo impide.

LI. —Yo creo con razón que ésta es la solución mejor y la más imparcial: en fin de cuentas, si nos sale bien, nos alegraremos; si nos sale mal, lo llevaremos con paciencia. *(A Olimpión.)* Toma tu ficha; mira lo que pone.

OL. —El uno.

CAL. —Eso es una injusticia, que él vaya antes que yo.

LI. —Tómala tú, si quieres.

CAL. —Venga. Espera, se me acaba de ocurrir una cosa, no sea que haya ahí dentro del agua otra ficha.

LI. —Piensa el ladrón, que todos son de su condición.

CL. —*(Mirándolo.)* No hay ninguna, estáte tranquilo.

CAL. —Ojalá que...

OL. —Te vas a buscar tu perdición; yo me sé muy bien la clase de pieza que eres. Pero espera un momento, ¿esta ficha tuya es de chopo o de abeto?

CAL. —¿Y a ti qué más te da?

OL. —No sea que vaya a salir a flote por eso.

LI. —¡Muy bien! Ándate con ojo. ¡Echad las fichas ahora los dos aquí! Ea, remuévelas, Cleústrata.

OL. —No te fíes de tu mujer.

LI. —Ten buen ánimo.

OL. —No, es que creo que, si toca las fichas, las va a hechizar.

LI. —Calla.

OL. —Me callo. Le pido a los dioses...

CAL. —... que te veas encadenado y con el virote al cuello.

OL. —... que me den la suerte...

CAL. —... de que te veas colgado por los pies.

OL. —Y tú que eches los ojos por la nariz.

CAL. —¿De qué tienes miedo? Tenías que tener ya la soga preparada.

OL. —Estás perdido.

LI. —Atended los dos.

OL. —Me callo.

LI. —Ahora, Cleústrata, para que no digas luego o sospeches que yo he obrado en este asunto con malicia, te dejo a ti: saca tú la ficha.

OL. —Me pierdes.

CAL. —Él sale ganando.

CL. —*(A su marido.)* Gracias.

CAL. —Ruego a los dioses, que tu ficha se haya escapado de la vasija.

OL. —¿Qué dices? ¿Porque tú eres un desertor, quieres que todos hagan lo mismo? Ojalá que le pase a tu ficha lo

mismo que a los Heraclidas, que se haya diluido en el agua al momento de sortear[5].

CAL. —Tú eres el que se va a diluir ahora al calor de los palos.

LI. —Atiende, Olimpión.

OL. —Si es que me deja este estigmatizado.

LI. —¡Ojalá me acompañe la suerte!

OL. —Ojalá, y a mí también.

CAL. —No.

OL. —Que sí, ¡maldición!

CAL. —¡Maldición!, que no.

CL. —Éste saldrá vencedor. Tú serás un desgraciado.

LI. —*(A Olimpión.)* Rómpele la cara a ése, que se pone insoportable. ¡Venga! ¿Si o no? *(A Cleústrata.)* Mucho cuidado tú con ponerte entremedias.

OL. —¿Le doy un puñetazo o un guantazo?

LI. —Como quieras.

OL. —¡Toma!

CL. —¿Qué tienes tú que tocarle a éste?

OL. —Mi Júpiter me lo ha mandado.

CL. —*(A Calino.)* Dale tú también un guantazo.

OL. —¡Muerto soy! ¡Me apuñetean, Júpiter!

LI. —¿Qué has tenido tú que tocar a éste?

CAL. —Mi Juno me lo ha mandado.

LI. —Habrá que aguantarse, ya que, aún en vida mía, es mi mujer la que tiene el bastón de mando.

CL. —Tanto tiene éste derecho a hablar como ése.

OL. —¿Por qué se mete a echarme a perder mis palabras de buen agüero?

LI. —Calino, cuidado, que te la vas a ganar.

---

[5] Alusión a las suertes que echaron los Heraclidas al repartirse el Peloponeso: Cresfontes quería Mesenía, que se otorgaría a aquel cuya piedra saliese en último lugar, por lo cual metió en la vasija un terrón que se deshizo, saliendo por lo tanto antes las piedras de sus hermanos.

CAL. — A tiempo me avisas, después que me han apuñeteado la cara.

LI. — Venga, Cleústrata, saca ya las fichas. Vosotros, atención. No sé ni dónde estoy a fuerza de miedo. Estoy perdido, parece como si el bazo me oprimiera el corazón, de los brincos que está dando, ¡qué manera de golpearme el pecho!, las está pasando canutas.

CL. — Ya tengo una ficha.

LI. — Sácala.

CAL. — ¿Te has ido ya al otro barrio?

OL. — Enséñamela. Es la mía.

CAL. — ¡La horca es!

CL. — Has perdido, Calino.

LI. — Olimpión, me congratulo de que los dioses nos hayan sido propicios.

OL. — Eso ha sido en premio a mi piedad y a la de mis antepasados.

LI. — Entra, Cleústrata, y prepara la boda.

CL. — Como tú digas.

LI. — ¿Te das cuenta de que de aquí a la finca hay un largo camino para llevársela?

CL. — Lo sé.

LI. — Anda dentro, y aunque te resulte duro, ocúpate de todo.

CL. — Vale. *(Entra en casa.)*

LI. — Vamos nosotros también dentro a darles prisa.

OL. — Yo no te detengo.

LI. — Es que delante de éste *(Calino)* no quiero decir ya nada más. *(Lisídamo y Olimpión entran en casa.)*

## ESCENA SÉPTIMA

### CALINO

CAL. — Si cogiera ahora y me ahorcara, no sólo perdería el tiempo, sino que encima tendría el gasto de la soga y luego les proporcionaría una alegría a mis enemigos. Además, ¿qué falta hace ahorcarse, si en realidad de verdad puedo darme por muerto? Al fin y al cabo me ha vencido la suerte y Cásina se casará con el capataz, y no es ya tanto lo que me resulta duro el que el otro ha salido victorioso, como el que el viejo tuviera tantísimo afán porque no me la dieran a mí y se casara con el otro. ¡Qué nervios tenía el pobre, qué prisas, qué saltos pegaba después que salió victorioso el capataz! Eh, me retiraré un poco, oigo que se abre la puerta, salen mis buenos amigos. Desde aquí, escondido, podré tenderles una emboscada.

## ESCENA OCTAVA

### OLIMPIÓN, LISÍDAMO, CALINO

OL. — Déjale que venga al campo; yo te lo devolveré a la ciudad con una horca al cuello como si fuera un carbonero.

LI. — Me parece estupendo.

OL. — Tú déjalo a mi cargo.

LI. — Yo había pensado mandar a Calino contigo a hacer la compra, si hubiera estado en casa, para que lloviera sobre mojado al añadirle ese nuevo escozor a nuestro común enemigo.

Cal. —*(Aparte.)* Me acercaré marcha atrás hacia la pared, haré como los cangrejos; tengo que enterarme de lo que hablan sin que ellos se den cuenta. Si uno de ellos me atormenta, el otro me quema la sangre. Pero mira cómo se contonea con su vestido blanco[6] el bribón ese *(Olimpión)*, ese coleccionista de palos. Más vale aplazar mi muerte y enviar a éste por delante al otro barrio.

Ol. —¿Ves qué bien he sabido servirte los deseos? Te he hecho posible el más ardiente de todos ellos: hoy estará contigo el objeto de tus amores a espaldas de tu mujer.

Li. —Calla; vive Dios que apenas puedo contener mis labios de cubrirte de besos por ello, amor mío.

Cal. —*(Aparte.)* ¿Qué? ¿Que le vas a besar? ¿Qué es eso? ¿Amor mío? Mm, yo creo que ése quiere darle al capataz por...

Ol. —Pero bueno, ¿es que ahora es a mí a quien amas?

Li. —Y te juro que más que a mí mismo. ¿Me permites abrazarte?

Cal. —*(Aparte.)* ¿Qué? ¿«Abrazarte»?

Ol. —Vale.

Li. —¡Ay Dios mío, al tocarte me parece estar lamiendo miel!

Ol. —¡Largo, maricón, retírate de mis espaldas!

Cal. —Eso, eso es el motivo por lo que le ha hecho a éste su capataz; también a mí, una vez que había salido a buscarlo, por poco me nombra así su atriense, que quería dármelas ahí a la puerta, el tío.

Ol. —¡Anda, que no dirás que no te he servido los pensamientos, mira el placer que te he proporcionado!

Li. —Hasta tal punto, que, mientras viva, gozarás de mi favor, aún anteponiéndote a mí mismo.

Cal. —*(Aparte.)* Anda que, según yo creo, éstos van a

[6] Vestido de novio, cf. también 767 s.

entrelazar hoy los pies: a este viejo le gusta dedicarse a gente con barbas.

LI. —¡Cómo voy a poner de besos a Cásina, cómo me las voy a pasar a espaldas de mi mujer!

CAL. —*(Aparte.)* ¡Ajá! Ahora al fin voy por buen camino, es él el que está perdido por Cásina; míos sois.

LI. —¡Ay!, me deshago en deseos de abrazarla y besarla.

OL. —Deja que hagamos primero la boda. ¿A qué esa prisa, maldición?

LI. —Es que estoy loco de amor.

OL. —Pues me parece que hoy no va a ser posible.

LI. —Es posible, si es que piensas que es posible que recibas mañana la libertad.

CAL. —Ahora sí que tengo que aguzar mis oídos: voy a matar dos pájaros de un tiro.

LI. —Yo tengo preparado aquí un sitio en casa de mi amigo y vecino Alcésimo; él sabe toda la historia de mi enamoramiento y me ha prometido albergarme en su casa.

OL. —Y su mujer, ¿dónde estará?

LI. —Se me ha ocurrido una solución estupenda. Mi mujer la llamará aquí a casa con motivo de la boda, para que la acompañe y la ayude y se acueste aquí con ella; yo se lo he dicho y ella me ha prometido hacerlo así. La vecina se acostará aquí en nuestra casa, yo mandaré al marido fuera; tú te llevarás a tu mujer al campo —el campo será la casa del vecino—, mientras que yo celebro mis bodas con Cásina. Tú después, antes de que amanezca te la llevarás mañana a la finca. ¿No te parece bien pensado?

OL. —Eres un lince.

CAL. —¡Hale, maquinad lo que os venga en gana, te juro que las vais a pagar todas juntas vuestras trapisondas!

LI. —¿Sabes lo que vas a hacer ahora?

OL. —Dime.

LI. —Toma esta bolsa, ve y haz la compra, date prisa, pero compra todo de lo más fino, manjares tiernecitos, así como ella.

OL. —Vale.

LI. —Compra sepias pequeñitas, lapas, chipirones, cebadillas.

CAL. —*(Aparte.)* Mejor triguillas, si no eres tonto.

LI. —Compra también suelas.

CAL. —*(Aparte.)* ¿Por qué no más bien unos buenos zuecos para patearte la cara, viejo más que sinvergüenza?

OL. —¿Quieres lenguados?

LI. —¿Para qué teniendo a mi mujer en casa? Bastante lenguado tenemos con ella, porque no para nunca de darle a la sinhueso.

OL. —Cuando vea lo que hay en el mercado, ya escogeré yo de entre todos los pescados lo que mejor me parezca.

LI. —Tienes razón, hala, márchate. No quiero que te andes con miramientos con el dinero, compra en abundancia. Yo tengo que hablar con el vecino, para que se ocupe de lo que le he encomendado.

OL. —Entonces, ¿me voy?

LI. —Sí, márchate. *(Se van.)*

CAL. —Así perdiera cien veces la ocasión de que se me diera la libertad, no dejaría de prepararles a éstos un buen escarmiento y de contárselo todo al ama: los he cogido *infraganti.* Pero si mi ama está dispuesta a hacer lo que debe, hemos ganado la pendencia. Verás cómo me hago con ellos. La cosa se va poniendo de nuestra parte; después de haber quedado vencidos, vamos a salir vencedores. Me voy dentro, para guisar de forma distinta el guiso cocinado por otro cocinero, para que no esté dispuesto para el que estaba dispuesto, sino que esté dispuesto para el que no estaba dispuesto.

## ACTO III

### ESCENA PRIMERA

LISÍDAMO, ALCÉSIMO

LI. — Ahora, Alcésimo, voy a enterarme, de si tú eres el fiel trasunto de un amigo o de un enemigo, ahora es la hora de dar la cara, ahora se juega la batalla decisiva. Ahórrate tus reproches por verme enamorado, ahórrate todo eso de que si «con esas canas», «a tu edad», «estando casado», etc.

AL. — Yo no he visto en mi vida a nadie más perdidamente enamorado que tú.

LI. — Por favor, déjame la casa libre.

AL. — Bueno, demonio, sí, hasta los esclavos, las esclavas todas te los mandaré a tu casa.

LI. — ¡Oh, eres más listo que listo! Pero ten en cuenta hacer como dice en la copla esa que cantan hasta los mirlos: que vengan «con sus víveres y todos los arreos», como si fueran a Sutri[7].

AL. — Lo tendré presente.

LI. — Ea, ahora te pones al fin más razonable que razonable. Ocúpate de todo, yo me voy al foro, enseguida vuelvo.

AL. — Hala, adiós.

LI. — Y procura que eche tu casa una lengua.

AL. — ¿Pero, para qué?

[7] Cuando la toma de Roma por los galos, Camilo reunió en Sutri los restos de las legiones y cada soldado debía llevar sus víveres (cf. PAUL. FEST., pág. 310).

LI. — Para que cuando vuelva me diga: «¡Campo libre, adelante!»[8].

AL. — ¡Eh, eh!, te mereces una buena paliza, ya son demasiados chistecitos.

LI. — ¿Y de qué me sirve estar enamorado, si no tuviera pesquis y me las supiera echar de dicharachero? Pero ten en cuenta que no tenga que andar buscándote.

AL. — No voy a faltar de casa.

## ESCENA SEGUNDA

### CLEÚSTRATA, ALCÉSIMO

CL. — ¡Válgame Dios!, por eso me rogaba mi marido con tanto ahínco que me diera prisa en traer aquí a la vecina, para tener la casa libre y poder llevar allí a Cásina. Pero descuida que la vaya yo a llamar, que no tengan los bribones esos un sitio libre, los chivos decrépitos esos. Pero mira, ahí sale la lumbrera del senado, el defensor del pueblo, mi vecino. ¡Mira que prestarse a proporcionarle a mi marido un local libre! Te juro que no pagaría por él ni el precio de un celemín de sal.

AL. — *(Sin ver a Cleústrata.)* Me extraña que no vengan a buscar a mi mujer, que hace ya no sé el rato que está preparada en casa esperando a que la llamen. Pero mira, ahí está Cleústrata, seguro que viene a buscarla. Hola, Cleústrata.

CL. — Hola, Alcésimo. ¿Dónde está tu mujer?

AL. — Ahí dentro, esperando a que vengas a buscarla, que tu marido me ha pedido que la mandara a tu casa para que te ayudara. ¿Quieres que la llame?

---

[8] Juego de palabras en el texto latino.

CL. — Déjala, mejor no, si está ocupada.

AL. — No tiene nada que hacer.

CL. — No, déjalo, no quiero importunarla, después me acercaré yo.

AL. — ¿Pues no estáis de preparativos de boda?

CL. — Sí que estamos.

AL. — ¿No necesitas entonces alguien que te ayude?

CL. — Tengo en casa gente de sobra; cuando haya pasado la boda, entonces iré a verla. Ahora, adiós, y salúdala de mi parte. *(Entra en casa.)*

AL. — *(Aparte.)* ¿Qué hago yo ahora? ¡Desgraciado de mí, que he cometido una vileza tal por mor del bribón del chivo ese desdentado, que me ha metido en este lío! Voy y prometo la ayuda de mi mujer, parece como si tuviera que ir a una casa extraña a lamer los platos. ¡Sinvergüenza ese, que me dijo que su mujer iba a venir a buscar a la mía, y ahora sale ella diciendo que no le hace falta!; y milagro si no es que se huele ya la vecina toda la historia. Aunque, por otra parte, si bien lo pienso, si hubiera algo de eso, ya me hubiera pedido explicaciones. Me voy dentro a poner la nave de nuevo en seco. *(Entra en casa.)*

CL. — Anda que no me he burlado bonitamente del tipo este. ¡Qué afanados andan los dos pobres viejos! Ahora me gustaría que viniera el vejestorio ese imbécil de mi marido, para dárselas también a él, después de habérselas dado al otro; mi objetivo es enzarzarlos a los dos. Pero mira, ahí viene: cuando lo ves así con esa cara tan seria, dirías que es una persona como Dios manda.

## ESCENA TERCERA

LISÍDAMO, CLEÚSTRATA

LI. —En mi opinión, para un hombre que está enamorado, es una gran necedad el coger e irse al foro en un día en el que tienes a la mano el objeto de tus amores; como he hecho yo ahora, necio de mí, que he perdido el día asistiendo a un pariente en un juicio; te juro que me alegro de que haya perdido el pleito, así no me ha hecho asistirle en vano; porque, en mi opinión, el que se busca un patrono en un juicio, debería primero preguntar e informarse, si esa persona tiene o no tiene el ánimo necesario para un asunto tal: si dice que no lo tiene, entonces es preferible que coja y lo mande exánime a su casa. Pero mira, ahí veo a mi mujer a la puerta de casa. ¡Ay, desgraciado de mí! Me temo que no sea sorda y se haya enterado de lo que he estado diciendo.

CL. —*(Aparte.)* Y tanto que me he enterado y me las vas a pagar.

LI. —Me acercaré. ¿Qué tal, mi vida?

CL. —Por cierto que te estaba esperando.

LI. —¿Está ya todo preparado? ¿Has hecho venir ya a la vecina para que te ayude?

CL. —Fui a buscarla como me dijiste, pero el compadre ese tuyo, desde luego el mejor de los amigos, se ha enfadado por lo que sea con su mujer: ha dicho, cuando fui a buscarla, que no la podía dejar ir.

LI. —Eso es por culpa tuya, que eres tan poco atenta.

CL. —Marido mío, no es propio de mujeres honradas, sino de golfas, el andar con amabilidades con hombres extraños. Ve tú y tráela, yo voy dentro a ocuparme de las cosas que hay que hacer.

LI. — Date prisa, pues.

CL. — Vale. *(Aparte.)* Verás el susto que le voy a pegar, caros le van a salir hoy a éste sus amoríos. *(Entra en casa.)*

## ESCENA CUARTA

### ALCÉSIMO, LISÍDAMO

AL. — Voy a ver si ha vuelto nuestro galán del foro, bien se ha burlado de mí y de mi mujer el muy fantoche. Pero ahí está a su puerta. ¡Caray! Lisídamo, precisamente iba a buscarte a tu casa.

LI. — ¡Caray!, y yo a la tuya. Pero, dime, puñetero, ¿qué fue lo que te encargué, qué fue lo que te pedí?

AL. — ¿Pero, qué pasa?

LI. — ¡Qué bien me has dejado la casa libre y has hecho pasar a tu mujer a la nuestra! ¿No ves cómo por culpa tuya estoy perdido yo y la ocasión que se me ofrecía?

AL. — ¡Vete al cuerno! Tú habías dicho que tu mujer iba a venir a buscar a la mía.

LI. — Y ella dice que ha ido a buscarla y que tú dijiste que no la dejabas ir.

AL. — ¡Pues si ella misma me dijo que no le hacía falta su ayuda!

LI. — Pues ella misma me ha mandado a buscarla.

AL. — Pues me trae sin cuidado.

LI. — Pues me matas.

AL. — Pues me alegro.

LI. — Pues esperaré lo que haga falta.

AL. — Pues no querría sino...

LI. — Pues...

AL. — ... fastidiarte como sea.

LI. —Pues eso más bien yo a ti... No te creas que te vas a quedar encima con tus «pues».

AL. —¡Pues los dioses te confundan, para acabar ya de una vez!

LI. —A ver, ¿dejas ir a tu mujer a casa o no?

AL. —Llévatela y vete al cuerno, con ella, con la tuya y con tu dichosa amiga. Vete y deja esto de mi cargo, yo la haré pasar por el jardín a tu casa.

LI. —Ahora sí que te portas como un verdadero amigo. *(Alcésimo entra en casa.)* ¿Bajo qué auspicios me ha entrado a mí este enamoramiento o qué es la falta que he podido yo cometer contra Venus, que se me ponen tantas dilaciones a mi amor? ¡Huy, huy! ¿Qué griterío es ése ahí dentro en casa, misericordia!

## ESCENA QUINTA

### PARDALISCA, LISÍDAMO

PA. —*(Saliendo de casa de Lisídamo.)* ¡Estoy perdida, estoy perdida, muerta soy, tengo el corazón en un puño, estoy toda temblando, desgraciada de mí, no sé dónde encontrar ni dónde buscar ayuda, defensa, refugio, socorro: tan sorprendente, tan increíbles son las cosas que acabo de ver ahí dentro, qué atrevimiento tan inaudito y tan espantoso! *(Hablando hacia dentro de la casa.)* Ten cuidado, Cleústrata, retírate de ella, por favor, no sea que, enfurecida como está, haga algún disparate contigo; quítale la espada, que está fuera de sí.

LI. —Pero, ¿qué es lo que ocurre, para precipitarse ésta en esa forma fuera de casa con ese susto, medio muerta? ¡Pardalisca!

PA. —¡Muerta soy! ¿De dónde sale esa voz que hiere mis oídos?

LI. —Mira para acá.

PA. —¡Ay, amo mío de mi alma!

LI. —¿Qué es lo que te pasa? ¿A qué viene ese susto?

PA. —¡Muerta soy!

LI. —¿Cómo?, ¿que estás muerta?

PA. —Muerta soy, tú también eres muerto.

LI. —¿Eh, que estoy muerto? ¿Cómo?

PA. —¡Ay de ti!

LI. —¡Qué ay de mí, ay de ti más bien, digo yo!

PA. —Cógeme, por favor, que no dé con mis huesos en el suelo.

LI. —Dime inmediatamente lo que pasa, sea lo que sea. 635-636

PA. —Cógeme por el pecho, hazme por favor un poco 637-638
de aire con la capa.

LI. —¿Qué será lo que le pasa? Como no sea que es que 639-640
se haya preparado bien a base de pura flor de vino.

PA. —Cógeme por las orejas, por favor.

LI. —¡Vete al cuerno! ¡Maldita seas tú, con tu cabeza, tu pecho y tus orejas! De verdad, que si no me haces saber inmediatamente lo que pasa, te voy a hacer saltar los sesos,
tú, víbora, que estás ahí nada más que tomándome el pelo 645
todo el rato.

PA. —¡Amo mío de mi alma! 646-647

LI. —¿Qué hay, esclava de mi corazón?

PA. —No te pongas así conmigo.

LI. —Pues, espera, que lo que has visto no es nada; pero dime, qué es lo que pasa, sea lo que sea, y en pocas palabras, ¿qué es ese jaleo que se ha armado ahí dentro?

PA. —Yo te lo hará saber, escucha: una cosa espantosa, 650
ahora mismo ahí dentro, tú no sabes cómo se ha puesto tu esclava, una cosa indigna de los modales atenienses.

LI. —¿Pero, de qué se trata?

PA. —El espanto me paraliza la lengua.

LI. —¿Puedo saber al fin de ti, qué es lo que ocurre?

PA. —Yo te lo diré. Tu esclava, la que quieres dar por esposa al capataz, ella, ahí dentro en casa...

LI. —¿Dentro? ¿Qué es lo que ocurre?

PA. —Pues que imita los malos modales de las malas mujeres y amenaza a su marido: la vida...

LI. —¿Qué?

PA. —¡Ay, Dios mío!

LI. —¿Qué pasa?

PA. —... que le va a quitar, dice, que le quiere quitar la vida; y luego, una espada...

LI. —¡Huy, por Dios!

PA. —... una espada...

LI. —¿Qué pasa con la espada?

PA. —Que tiene una espada.

LI. —¡Ay, desgraciado de mí! ¿Por qué tiene una espada?

PA. —Va persiguiendo a todos por toda la casa y no consiente que se acerque nadie a ella; todos andan escondidos debajo de los arcones y de las camas y no se atreven ni a rechistar de miedo que tienen.

LI. —¡Muerto soy, perdido estoy! ¿Qué clase de mal le ha entrado de pronto?

PA. —Se ha vuelto loca.

LI. —Soy desde luego el más desgraciado de todos los mortales.

PA. —Bueno, ¡si supieras todas las cosas que ha dicho!

LI. —A ver, dímelas, ¿qué es lo que ha dicho?

PA. —Escucha: ha jurado por todos los dioses y las diosas de la corte celestial, que matará al que se acueste con ella.

LI. —¿A mí me quiere matar?

PA. —Pero, ¿es que tiene eso algo que ver contigo?

Li. — Ah...

Pa. — ¿Qué tienes tú que ver con ella?

Li. — Me he confundido; quise decir, que si va a matar al capataz.

Pa. — A ti no te faltan salidas.

Li. — Pero, ¿me amenaza a mí?

Pa. — Contigo es sobre todo con quien está furiosa, más que con nadie.

Li. — Pero, ¿por qué?

Pa. — Porque la casas con Olimpión; y está decidida a no prolongar ni un día tu vida, ni la suya ni la de su marido; por eso me han mandado aquí a avisarte que tengas cuidado con ella.

Li. — ¡Dios, pobre de mí, estoy perdido!

Pa. — Bien te está empleado.

Li. — Soy el galán más desgraciado de todos los tiempos.

Pa. — *(Al público.)* ¡Qué manera de tomarle el pelo! Todo lo que le he dicho no es más que una pura mentira: mi ama y la vecina de al lado han inventado esta historia y me han mandado aquí a que le engañe.

Li. — ¡Oye, tú, Pardalisca!

Pa. — ¿Qué hay?

Li. — Hay...

Pa. — ¿El qué?

Li. — ... una cosa que te quiero preguntar.

Pa. — Me haces perder el tiempo.

Li. — Y tú me haces perder los nervios; pero, ¿tiene Cásina todavía la espada?

Pa. — Sí señor, y además no tiene una, sino dos.

Li. — ¿Cómo, dos?

Pa. — Con una dice que va a asesinarte a ti, con la otra al capataz.

Li. — *(Aparte.)* Soy el más asesinado de todos los vi-

695 vientes; lo mejor será que me ponga una coraza. *(A Parda-*
*lisca.)* Y mi mujer, ¿por qué no va y se la quita?

Pa. —No se atreve nadie a acercarse a ella.

Li. —Pues que intente convencerla.

Pa. —Ya lo ha hecho, pero ella dice que no soltará de ninguna manera las espadas, a no ser que tenga la seguridad de que no se la casa con el capataz.

700 Li. —Por la fuerza, si no de grado, se casará hoy. A ver
por qué motivo no voy a salirme yo con la mía de que se
case conmigo..., eh, bueno, que me diga, con el capataz.

Pa. —Te equivocas un si es no es más de la cuenta, ¿eh?

Li. —El miedo hace que se me trabe la lengua, hombre.
705 Pero, por favor, yo te suplico, dile a mi mujer que le ruego
que la convenza de que suelte la espada, que pueda yo
entrar en casa.

Pa. —Así lo haré.

Li. —Ruégaselo tú también.

Pa. —Se lo rogaré.

Li. —Pero hazlo así con zalamerías, como tú sabes. Y
08-712 otra cosa: si lo consigues, te regalaré unas sandalias y un
anillo de oro y otras muchas cosas.

Pa. —Lo intentaré.

Li. —No ahorres esfuerzos.

715 Pa. —Yo me voy, si es que no quieres algo más.

Li. —Vete y ocúpate de lo dicho. Mira, ahí vuelve mi compinche con la compra. ¡Menuda procesión trae tras de sí!

## ESCENA SEXTA

### Olimpión, Citrión, Lisídamo

Ol.—*(A Citrión señalando a sus ayudantes.)* Mira, 720
ladrón, de mantener a raya a las zarzas esas.

Ci.—¿Zarzas, por qué?

Ol.—Porque lo que tocan se lo llevan tras de sí, y si vas a quitárselo, te desgarran; o sea, que a cualquier parte que van, en cualquier sitio que están, es doble el daño que causan al que los contrata.

Ci.—¡Vamos anda!

Ol.—¡Huy! Venga, deprisa, a ponerme bien puesto, como si fuera un señorito, que ahí está mi amo.

Li.—Hola, buena pieza. 724-725

Ol.—Y tú que lo digas.

Li.—¿Qué hay de nuevo?

Ol.—Tú estás enamorado, yo tengo hambre y sed.

Li.—Qué bien arreglado que vas.

Ol.—¡Eh, hoy... ***.

Li.—¡Quieto, aunque no tengas gana de ello!

Ol.—Uff, uff, tus palabras me dan asco.

Li.—¿Pero, por qué?

Ol.—Porque sí. ¿No te largas? De verdad, ¡me vienes con unas cosas!

Li.—Te voy a dejar fuera de combate, ya lo verás, 729a
como no te quedes quieto ahí. 730

Ol.—¡Oh Dios, quieres hacerme el favor de alejarte de
mí, si no es que quieres que eche las entrañas. 732a

Li.—¡Quieto!

Ol.—*(Haciendo como que no conoce a Lisídamo.)* ¿Qué es esto! ¿Quién es este hombre?

734-736 LI. —Soy tu amo.

OL. —¿Qué amo?

LI. —El amo de quien tú eres esclavo.

OL. —¿Yo, esclavo?

LI. —Y esclavo mío.

OL. —¿No soy libre? Haz memoria, haz memoria.

LI. —Quieto ahí.

OL. —Déjame.

LI. —Soy tu esclavo.

OL. —Estupendo.

LI. —Por favor, Olimpito mío, mi padre, mi patrono.

740 OL. —Ves, ahora hablas como es debido.

740ª LI. —Soy todo suyo.

OL. —¿Y para qué quiero yo un esclavo tan malo?

LI. —A ver, qué, ¿cuándo me vuelves a la vida?

OL. —Cuando esté la cena.

744-745 LI. —Que entren éstos pues.

745 OL. —*(A los cocineros.)* Hale, enseguida, dentro, y
746-747 daos prisa; ahora mismo voy yo, preparadme una cena
que me forre, pero una cena por lo fino, nada de berzas a
749-750 lo bárbaro. *(A Lisídamo.)* ¿Qué haces ahí parado? Hale ya.

LI. —Yo me quedo aquí.

OL. —¿Es que hay alguna otra cosa que te detiene?

LI. —Dicen que Cásina tiene una espada, para matarnos a mí y a ti.

OL. —Lo sé, deja que la tenga, no son más que pampli-
754ª-755ª nas; yo me conozco muy bien esas malas piezas; venga,
entra conmigo en casa.

LI. —Pero es que tengo miedo que pase algo, ve tú
756ª primero y entérate antes, de qué es lo que ocurre ahí
dentro.

757ª OL. —Tan preciosa me es a mí mi vida como a ti la
tuya. Venga, entra.

758ª LI. —Si tú lo dices, hale, entro contigo.

## ACTO IV

### ESCENA PRIMERA

PARDALISCA

PA. —Yo respondo de que ni en Nemea ni en Olimpia, ni en parte alguna del mundo se hacen unos juegos tan divertidos como los juegos y las burlas que están teniendo lugar ahí dentro con nuestro viejo y nuestro capataz. Todos andan de trajín ahí dentro por toda la casa: el viejo grita en la cocina, dando prisa a los cocineros: «¿Por qué no dais golpe? Si es que vais a hacer algo, ¡venga ya! Daos prisa, ya debería estar hecha la cena». El capataz va de acá para allá con la corona de flores, vestido de blanco, todo pimpante. Las otras dos, por su parte, están disfrazando al escudero, para dárselo a nuestro capataz de novia en lugar de Cásina, pero disimulan de maravilla, como si no supieran nada de lo que va a suceder; los cocineros no se quedan atrás y se las pintan solos para hacer que el viejo no cene, ponen los pucheros patas arriba, apagan el fuego con agua; ellas les han dicho que lo hagan así —es que quieren echar al viejo de casa sin cenar, para poder luego ellas solas llenarse bien la panza, yo me las conozco bien, son unas comilonas: son capaces de acabar con un galeón lleno de víveres—. Pero se abre la puerta.

## ESCENA SEGUNDA

### LISÍDAMO, PARDALISCA

LI. —*(A su mujer, dentro de casa.)* Yo creo, Cleústrata, que haríais bien en cenar cuando esté la cena; yo cenaré en el campo; es que quiero acompañar a los novios a la finca, yo me sé lo mala que es la gente, no sea que la vayan a raptar a ella. No os privéis de nada. Pero daos prisa en despedir ya a los novios, para que lleguemos allí antes que se haga de noche. Yo volveré mañana; yo, querida, celebraré mañana el convite.

PA. —*(Aparte.)* Lo que dije: las dos parientas le largan al viejo sin cenar.

LI. —¿Qué haces tú aquí?

PA. —Voy a donde el ama me ha mandado.

LI. —¿De verdad?

PA. —En serio.

LI. —¿Qué es lo que estás espiando aquí?

PA. —Yo no estoy espiando.

LI. —Hala dentro; tú estás aquí de brazos cruzados y los otros trajinando en casa.

PA. —Voy, voy.

LI. —Lárgate ya de aquí, mala, más que mala. *(Pardalisca entra en casa.)* ¿Se fue ya? Ahora puedo hablar lo que me venga en gana: cuando se está enamorado, en serio, aunque se tenga hambre, es como si no se tuviera. Pero mira, ahí viene con su corona y su antorcha mi compinche, mi colega, el capataz, mi *conmarido*.

## ESCENA TERCERA

OLIMPIÓN, LISÍDAMO

OL. — Venga, tú, flautista, mientras que traen a la novia aquí fuera, llena esta plaza toda con una dulce melodía para celebrar mis bodas.

LI., OL. — ¡Oh Himen, Himeneo, oh Himen!

LI. — ¿Qué tal, mi bien?

OL. — Hambriento estoy, ¡qué narices!, y en un grado más de lo debido.

LI. — Pues yo estoy enamorado.

OL. — Pues a mí, ¡qué caray!, me trae eso sin cuidado; a ti te sustituye el amor a la comida, pero a mí, ya hace tiempo que a fuerza de ayunar, me están sonando las tripas.

LI. — Pero, ¿qué hacen ya tanto rato ahí dentro esas tardonas? Parece que lo hacen adrede, mientras más prisa tengo yo, más despacio va todo.

OL. — ¿Qué te parece, si entono otra vez el himeneo, a ver si así salen más pronto?

LI. — Me parece de perlas y yo también cantaré, puesto que las bodas son de los dos.

LI., OL. — ¡Himen, Himeneo, oh Himen!

LI. — ¡Maldición!, muerto soy, desgraciado de mí, puedo reventar a fuerza de cantar el Himeneo, pero del mal que estoy deseando reventar, de eso ni hablar.

OL. — ¡Caray, de verdad, tú, si fueras un caballo, serías indómable!

LI. — ¿Por qué lo dices?

OL. — Eres muy fogoso.

LI. — ¿Es que acaso lo has experimentado tú?

OL.—¡Dios me libre! Pero ha sonado la puerta, ya salen.

LI.—¡Uff, gracias a Dios!

## ESCENA CUARTA

### CALINO, PARDALISCA, OLIMPIÓN, LISÍDAMO CLEÚSTRATA

15-816 CAL.—Ya desde lo lejos se deja sentir el olor de Cásino.

PA.—Levanta el pie con cuidado sobre el umbral, novia: da comienzo con buenos auspicios a este camino,
19-820 para que mantengas siempre la supremacía sobre tu marido, que afirmes tu poderío sobre él y lo domines y salgas siem-
21-822 pre victoriosa, y para que con tu autoridad seas tú siempre la que lleve la voz cantante; que tu marido te vista y tú lo despojes a él; ten siempre presente, por favor, no parar de engañarle, ni de día ni de noche.

825 OL.—¡Caray!, que se las va a ganar en cuanto que se propase lo más mínimo.

LI.—¡Calla!

OL.—No me callo.

LI.—¿Por qué?

OL.—Una mala persona le da malas instrucciones a otra que también es mala.

LI.—¡A ver si ahora que está todo a punto me lo vas a echar abajo! Eso es lo que buscan, eso es lo que pretenden, que se quede ahora todo en agua de borrajas.

PA.—Hala, Olimpión, puesto que así es tu deseo,
830 recibe a Cásina por esposa de nuestras manos.

OL.—Venga ya, dádmela, si es que vais a acabar al fin hoy de dármela por esposa.

LI. — Entraos.

PA. — Yo te ruego, Olimpión, trátala con cariño, que es una joven sin experiencias.

OL. — Así se hará.

PA. — Ea, adiós.

OL. — Íos ya.

LI. — Ea, marchaos.

CL. — Adiós, pues. *(Cleústrata y Pardalisca entran en casa.)*

LI. — ¿Se fue ya mi mujer?

OL. — En casa está, no tengas miedo.

LI. — ¡Ole! Ahora al fin soy libre, caray. *(A la novia.)* ¡Tú, corazoncito mío, mielecita, primavera mía!

OL. — ¡Eh, tú, cuidado, que te la vas a ganar, la novia me pertenece a mí!

LI. — Lo sé; pero el usufructo es primero para mí.

OL. — Ten la antorcha.

LI. — No, no, mejor a ésta. *(La novia.)* Poderosa Venus, muchos son los bienes que me has concedido al poner a ésta en mis brazos.

OL. — ¡Ay, ay, qué cuerpecito tan tierno! Mujercita de mis entretelas... ¿Qué es esto?

LI. — ¿Qué pasa?

OL. — Nada, que me ha dado un pisotón como si fuera un elefante.

LI. — Calla, por favor, su pecho es más blando que una nubecilla.

OL. — ¡Ay Dios mío, qué tetitas más lindas!... ¡Ay, pobre de mí!

LI. — Pero, ¿qué pasa?

OL. — Me ha dado un revés en el pecho, no con el codo, sino con un ariete.

LI. — Quita, por favor, eso es porque tienes un tacto

tan duro con ella; mira como a mí, que la sé tratar con delicadeza, no me hace la guerra... ¡Ay!

OL. —¿Qué ocurre?

LI. —Por favor, sí que no tiene fuerza, la joven; casi me echa por la borda de un codazo.

OL. —Eso es que está ya deseando echarse ella.

LI. —Pues venga, vamos.

OL. —Anda, monada, ven, sé buenecita. *(Entran en casa de Alcésimo.)*

## ACTO V

### ESCENA PRIMERA

MÍRRINA, PARDALISCA, CLEÚSTRATA

MÍ. —Después de habernos regalado a placer ahí dentro, salimos ahora a la calle para presenciar los juegos nupciales. En serio, jamás me he puesto así de reírme, ni pienso volver a reírme más en el resto de mis días.

PA. —Tengo ganas de saber qué tal le va a Calino de novia con su marido.

MÍ. —Yo creo que un engaño así tan bien pensado como el que hemos tramado nosotras no se le ha ocurrido jamás a ningún poeta.

CL. —¡Cuánto me gustaría ver venir al viejo con la cara partida a fuerza de bofetadas, el tío más sinvergüenza que he visto en todos los días de mi vida, ***, a no ser que pienses que es todavía más sinvergüenza el otro, que le pone a su disposición su casa. *** Tú, Pardalisca, quédate ahora aquí de guardia, para que le tomes el pelo al primero que salga.

PA. — Con mil amores ***.

CL. — *** desde aquí lo puedes ver todo; <dime> qué 870-871
es lo que hacen dentro.

<MÍ.> — Detrás de mí, por favor.

CL. — Ahí puedes además hablar con más tranquilidad lo que quieras.

MÍ. — Calla, suena nuestra puerta.

## ESCENA SEGUNDA

### OLIMPIÓN, MÍRRINA, CLEÚSTRATA, PARDALISCA

OL. — *(Saliendo de casa de Alcésimo.)* Yo no sé ni a 875
dónde huir, ni en dónde esconderme, ni cómo ocultar esta
vergüenza, tan sin igual es el oprobio del que hemos que-
dado cubiertos por nuestras bodas los dos, el amo y yo,
estoy muerto de miedo y de vergüenza, hay que ver el ridí-
culo en que hemos quedado los dos. Pero, necio de mí,
salir ahora con estas novedades, de sentir vergüenza, yo
que no la he sentido jamás de los jamases. *(Al público.)*
Estad atentos, mientras que os cuento lo sucedido, que
merece la pena oírlo, se parte uno de risa al oír y al contar 880
los líos que he organizado ahí dentro. Después que llevé la
novia a la casa, la metí derechamente en el dormitorio.
Aquello estaba más oscuro que boca de lobo; aprove-
chando que el viejo no estaba todavía allí, cojo y le digo
«anda, échate»; la pongo en la cama, le arrimo las almoha-
das y me pongo a amansarla con caricias, para conseguir
consumar el matrimonio antes que el viejo. Pero luego 885
empiezo a ir algo más despacio, porque *** y me vuelvo a
mirar, no sea que el viejo ***. Para ponerme en forma cojo
y le quiero dar un beso, pero ella va y me quita la mano y 888a

889-890 no me deja besarla. Me van entrando cada vez más prisas y más ganas de echarme sobre Cásina, y sobre todo que quiero adelantarme al viejo, y voy y echo el cerrojo a la puerta para que no me coja con las manos en la masa.

CL. — *(A Pardalisca.)* Venga, abórdalo ahora.

PA. — Oye, ¿dónde está tu novia?

893-895 OL. — *(Aparte.)* ¡Ay de mí, muerto soy, todo se ha descubierto!

PA. — Tienes que contárnoslo todo ce por be. ¿Qué es lo que ocurre ahí dentro? ¿Qué tal Cásina? ¿Te deja hacer?

OL. — Me da vergüenza decirlo.

PA. — Anda, cuéntalo todo ce por be, como habías comenzado.

899-900 OL. — Tú, me da apuro.

PA. — Venga, dilo tranquilamente. Después que te echaste..., sigue, desde ahí. Cuenta, ¿qué pasó?

OL. — Es que es una vergüenza.

PA. — Así tendrán cuidado los que lo oigan de no hacer lo mismo.

OL. — ***.

PA. — Me haces perder el tiempo. ¿Por qué no sigues?

904-905 OL. — ... cuando, *** por debajo.

PA. — ¿El qué?

906ª OL. — ¡Bah!

PA. — ¿El qué?

OL. — ¡Pah!

PA. — *** el qué es?

OL. — ¡Ay, era una cosa enorme! Temí que tuviera una espada y me pongo a buscarla. Mientras busco a ver no sea que tenga una espada, voy y me encuentro que tengo en la
910 mano la empuñadura; pero si bien lo pienso, no era una espada lo que tenía, porque hubiera estado fría.

PA. — Sigue.

OL. — Pero es que me da apuro.

PA. —¿Era acaso un nabo?

OL. —No era.

PA. —¿Un pepino, quizá?

OL. —Desde luego, ¡qué caray!, no era ninguna clase de hortaliza, a no ser, que, bueno, sea lo que fuere, desde luego una tormenta no le había caído nunca encima, tan grande era, sea lo que fuere.

PA. —¿Y qué pasó luego? Acaba ya de contarlo.

OL. —Entonces le digo, «Cásina», le digo, «por favor, mujercita mía de mi alma, por qué me rechazas siendo tu marido. Caray, no me merezco que me trates así, después de lo mucho que te he deseado». Ella no dice ni pío y con el vestido se tapa las partes por las que sois mujeres. Cuando veo ese paso cerrado, la pido que me deje ir por otro lado ***; voy, para volverme hacia ella a apoyarme en el codo ***; sin decir palabra *** me levanto, para *** y ***.

MÍ. —Lo cuenta divertidísimo ***.

OL. —Un beso *** y me pincha los labios con la barba, como si tuviera cerdas; en cuanto que me pongo de rodillas, va y empieza a darme patadas en el estómago; me caigo de cabeza de la cama; salta tras de mí y me apuñetea la cara; sin decir palabra salgo fuera huyendo con el atuendo que ves, para que el viejo se trague la misma copa que me he tragado yo.

PA. —Me parece estupendo. Pero, ¿dónde está tu capotillo?

OL. —Lo he dejado ahí dentro.

PA. —¿Qué te parece? ¿No habéis sido chasqueados de lo lindo?

OL. —Bien empleado nos está. Pero ha sonado la puerta, a ver si es que viene todavía persiguiéndome.

## ESCENA TERCERA

### LISÍDAMO, CLEÚSTRATA

LI. — *(Sale de casa de Alcésimo con sólo la túnica.)*
Estoy comido de vergüenza, no sé qué partido tomar ni
940 cómo voy a presentarme a la vista de mi mujer, estoy per-
dido; toda mi ignominia ha quedado al descubierto, des-
graciado de mí, estoy del todo perdido; *** me han cogido
*infraganti,* *** no sé cómo me voy a poder disculpar ante
945 mi mujer, *** me he quedado sin mi capa, pobre de mí,
*** esas bodas clandestinas, *** me parece *** es lo
950 mejor. Voy a buscar a mi mujer dentro y pondré mis espal-
das a su disposición por la ofensa que le hecho. *** ¿Hay
952-953 aquí quizá alguien que quiera ponerse en lugar mío? No sé
realmente qué hacer, como no sea que imite a los esclavos
que han cometido alguna fechoría y coja y me marche de
955-956 casa; porque si vuelvo a casa, ¡ay de mis costillas! ¿Encima
viene éste ahora con esas pamplinas?, diréis; ¡caray!, es que
no tengo ganas de recibir palos, aunque merecido me los
959-960 tengo. Echaré piernas por aquí y me daré a la fuga.

CL. — ¡Eh, alto ahí, viejo verde!

961-962 LI. — ¡Muerto soy! Me llaman, haré como si no oyera y
me largo.

## ESCENA CUARTA

### CALINO, LISÍDAMO, CLEÚSTRATA, MÍRRINA OLIMPIÓN

CAL. — ¿Dónde andas? ¿Conque quieres poner aquí de moda las costumbres marsellesas?, ¿eh? Ahora, si me quie-

res tomar por montura, tienes buena ocasión; venga, vuelve a la alcoba. ¡Ja, te la has buscado! Hale, ven aquí, aquí tengo un árbitro imparcial, no hay necesidad de acudir a los tribunales. *(Enseñando el bastón.)*

LI. —¡Muerto soy! Éste me va a machacar el espinazo con el bastón; me iré por aquí, porque por ahí no me espera sino quedar derrengado.

CL. —Se te saluda, galán enamorado.

LI. —Y por aquí me sale al paso mi mujer: ahora estoy entre la espada y la pared, y no sé por dónde escapar: por un lado, lobos, por el otro los perros; por la parte de los lobos se andan a bastonazos; creo que voy a dejar por mentiroso al refrán ese, me iré por aquí, la suerte canina creo que no será tan peligrosa.

MÍ. —¿Qué tal, bígamo?

CL. —Marido mío, ¿de dónde vienes en ese atuendo, qué has hecho del bastón o de la capa que tenías?

MÍ. —Seguro que lo ha perdido, mientras te estaba engañando con Cásina.

LI. —Muerto soy.

CAL. —Venga, ¿nos vamos a acostar? Soy Cásina.

LI. —¡Vete a hacer puñetas!

CAL. —¿Es que ya no me quieres?

CL. —Venga, contesta, ¿qué ha sido de tu capa?

LI. —Mujer, es que las Bacantes, ¡qué caramba!

CL. —¿Las Bacantes?

LI. —Sí, las Bacantes, ¡qué caramba!, mujer.

MÍ. —Está diciendo tonterías a sabiendas, porque precisamente ahora no hay fiestas ningunas de Bacantes[9].

LI. —Se me había olvidado, pero a pesar de eso, es que las Bacantes...

[9] Alusión al *S. C. de Bacchanalibus* del año 186 que prohibió las fiestas de las Bacanales en Italia.

CL. —¿Qué pasa con las Bacantes?

LI. —Si no es posible, que...

CL. —¡Caray!, tú tienes miedo.

LI. —¿Yo? Te juro que estás mintiendo.

CL. —Pues estás muy pálido. ***.

991 <OL.>—Y además ha puesto mi reputación por los suelos con sus vilezas.

LI. —¿No te callarás?

OL. —No me callo, ¡maldición!, porque tú fuiste el que
me rogaste con tantísimo empeño que pidiera a Cásina por
994-995 esposa, por mor tuyo.

LI. —¿Que yo he hecho eso?

OL. —No, tú no, sino Héctor el troyano.

LI. —¡Que ojalá hubiera acabado contigo! *(A las mujeres.)* ¿He hecho yo eso que decís?

CL. —¿Que si lo has hecho?

LI. —No, si de verdad lo he hecho, mal hecho está.

CL. —Vuélvete a casa ahora, yo te haré recordar, si es que has perdido la memoria.

LI. —No, me parece que es preferible creer lo que me
1000 decís. Ahora, mujer mía, concede el perdón a tu marido;
tú, Mírrina, pídeselo a Cleústrata; si en adelante nunca jamás o hago el amor a Cásina o solo con que dé muestras de querérselo hacer, si en adelante vuelvo a hacer una cosa semejante, yo te concedo el derecho, mujer, de que me cuelgues y me des de palos.

MÍ. —Por Dios, Cleústrata, yo creo que se le debe conceder el perdón.

1005 CL. —Como tú quieras, y además hay otro motivo, por el que me cuesta menos el concedérselo y es para no alargar más aún esta comedia.

LI. —¿No estás ya enfadada?

CL. —No.

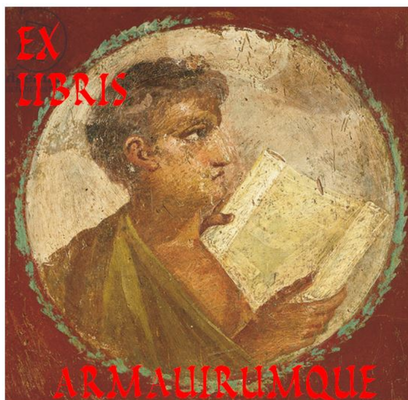
LI. —¿Palabra?

CL. — Palabra.

LI. — No hay nadie en el mundo que tenga una mujer más encantadora que la mía.

CL. — *(A Calino.)* Venga, tú, devuelve el bastón y la capa.

CAL. — Ten, si te empeñas. Desde luego a mí se me ha hecho a todas luces una gran injusticia: me he casado con dos, y ninguno de los dos ha hecho conmigo lo que se hace con las novias. Distinguido público, os vamos a contar lo que va a suceder ahora ahí dentro: Cásina quedará reconocida como la hija del vecino de al lado y se casará con Eutinico, el hijo de nuestro amo. Ahora es justo que nos deis con vuestro aplauso la recompensa que nos merecemos; el que así lo haga, tendrá a espaldas de su mujer la amiga que le venga en gana, pero el que no aplauda con todas sus fuerzas, encontrará a su lado, en lugar de su amiga, un macho cabrío perfumado con agua de la alcantarilla.



# ÍNDICE GENERAL